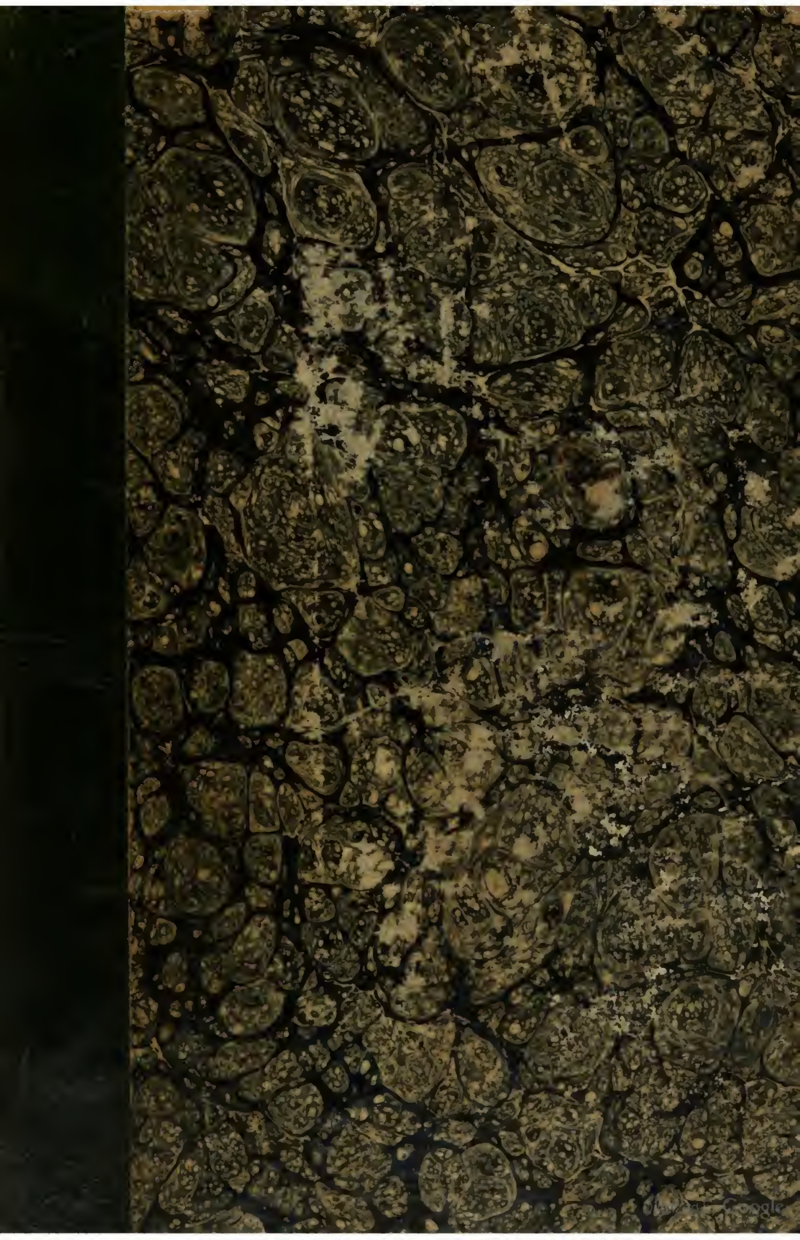
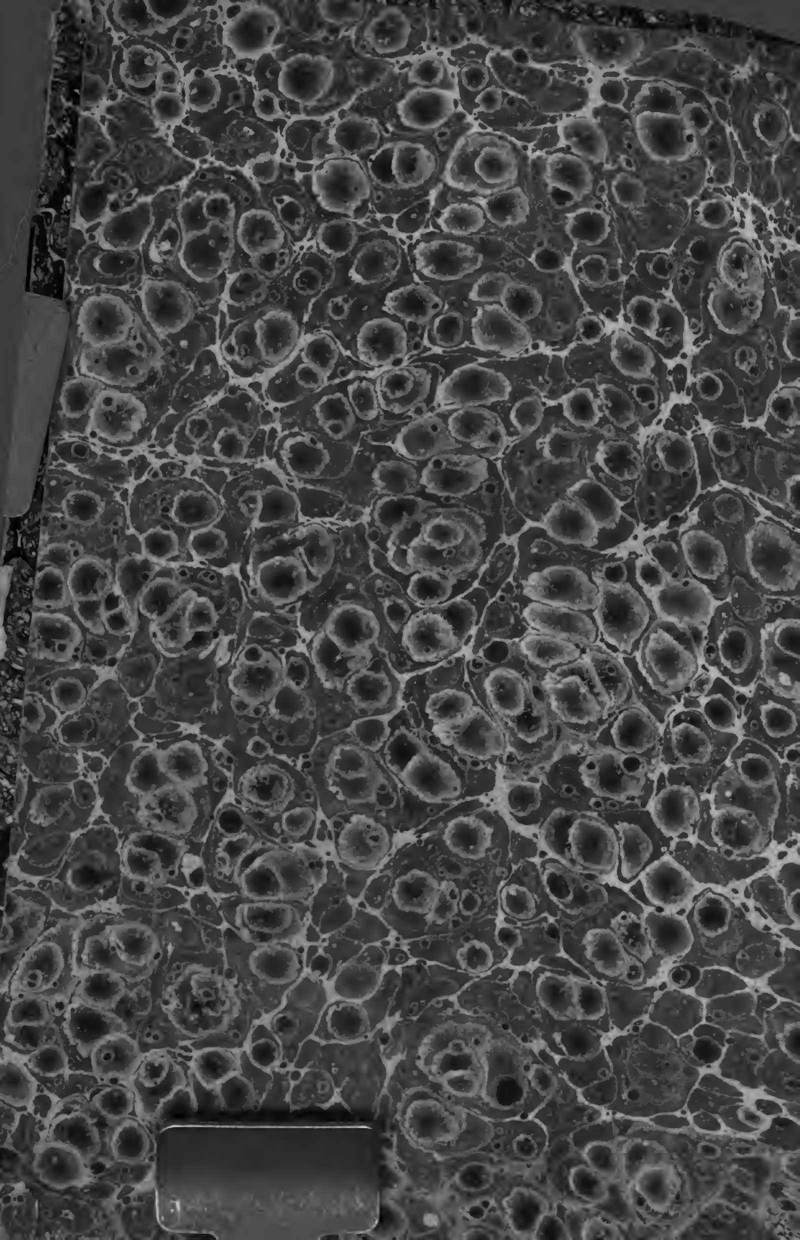
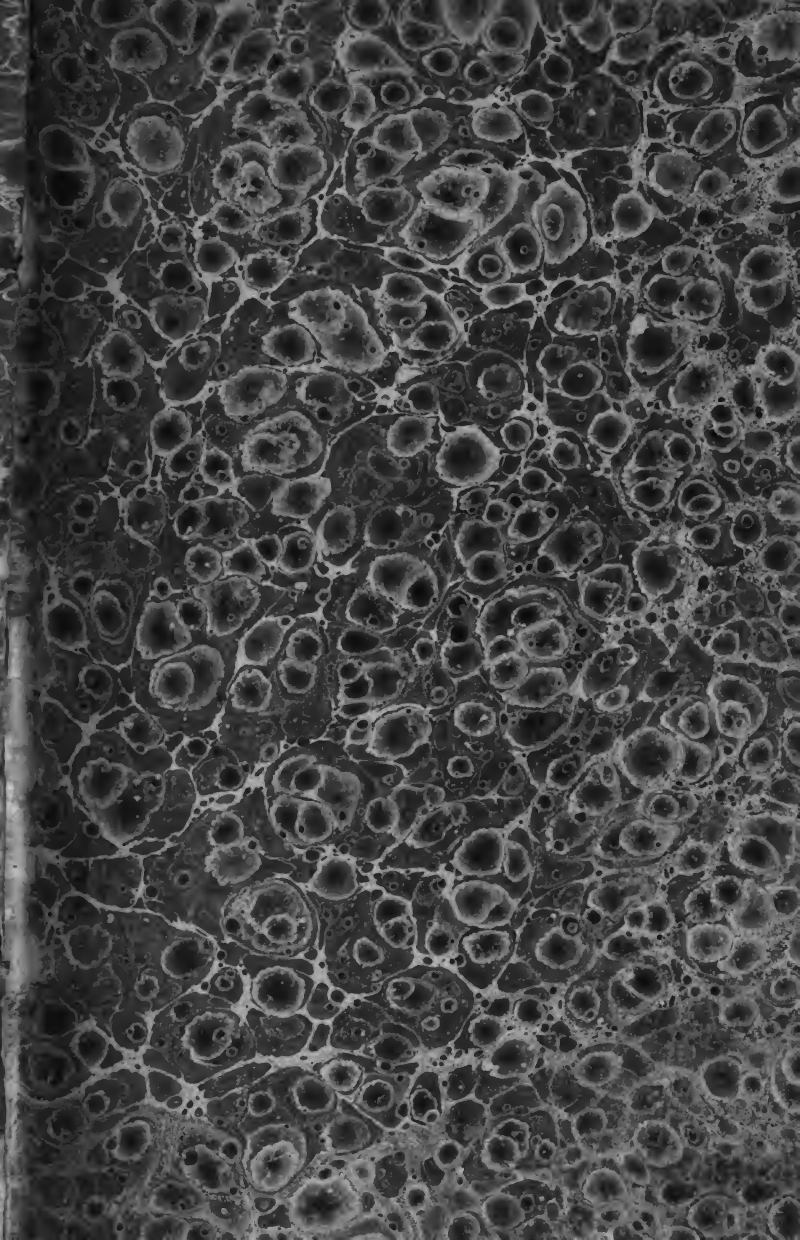






HISTORIA

DEL

Levantamiento, Guerra y Revolucion

de España.





HISTORIA

DEL

Levantamiento, Guerra y Revolucion

de España.

HISTORIA

DEL

Levantamiento, Guerra y Revolucion

DE ESPAÑA

POR

EL CONDE DE TORENO.



TOMO II.

Madrid:

IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN,

1835.

......quis nescit, primam esse historiæ legem, ne quid falsi dicere audeat? deinde ne quid veri non audeat? ne qua suspicio gratiæ sit in scribendo? ne qua simultatis?

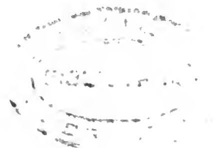
Cicer. *De Oratore. Lib.* 2, c. 15.

RESUMEN

DEL

LIBRO QUINTO.

PRIMER *sitio y defensa de Zaragoza.—Asiento de la ciudad.—Estado apurado de la misma.—Salida de Palafox, 15 de junio.—Primera embestida de los franceses contra Zaragoza y su derrota, 15 de junio.—Don Lorenzo Calvo de Rozas.—Preparativos de defensa en Zaragoza.—Don Antonio San Génis.—Intimacion de Lefebvre Desnouettes.—El general Palafox en Epila.—Accion de Epila.—Piensa Palafox en volver á Zaragoza.—Entrada alli de Lazan el* 24 *de junio.—Juramento de los zaragozanos.—Amenaza villana de un polaco á Calvo.—Conferencia y proposiciones de los generales franceses.—Los franceses reforzados. Verdier general en gefe.—Vuélase un almacen de pólvora.—Ataque contra el monte Torrero.—Cas-*



tigo del comandante.—Llegada de un refuerzo á los españoles.— 30 de junio, principia el bombardeo.—Nuevas obras de defensa de los sitiados.—Ataques del 1.º y 2 de julio.— Agustina Zaragoza.—Entrada de Palafox el 2 en Zaragoza.—Otros combates.—Puente echado por los franceses en San Lamberto.—Estrago hecho por los mismos.— Otras medidas de los sitiados.— Apodérase el enemigo de Villafeliche.—Otros combates.—Ataques del 3 y 4 de agosto.—Avanzan los franceses al Coso.—Salida de Palafox de Zaragoza.—Vuelve Lazan el 5 con socorros. —El 8 Palafox.—Continuan los choques y reencuentros.—Los franceses reciben el 6 órden de retirarse.— Contraórden poco despues.—Resolucion magnánima de los zaragozanos.—13, órden definitiva dada á los franceses de retirarse.— Llegada á Zaragoza de una division de Valencia.—Aléjanse los franceses de Zaragoza el 14. —Fin del sitio.—Alegría de los aragoneses, estado de la ciudad.—Cataluña.—Bloqueo de Figueras por los somatenes.—Socorre la plaza el general Reille.—Don Juan Claròs.—Vuelve Duhesme á Gerona.—Junta de Lérida.—Tropas de Menorca mandadas por el marqués del Palacio.—El conde de Caldagués va en socorro de Gerona.—Atacan los franceses á Gerona el 13 de agosto.—Son derrotados el 16.—Levantan el sitio.—Portugal.—Estado de aquel reino y de su insurreccion.—Evora.—Expedicion inglesa enviada á Portugal.—Sir Arturo Welleslev.—Sale la expedicion de Cork.— Desembarco en Mondego.—Estado de Junot y sus disposiciones.—Accion de Roliza.—Socorros llega-

dos al ejército inglés.—Batalla de Vimeiro 21 de agosto.—Armisticio entre ambos ejércitos.—Convenio del almirante ruso con el inglés.—Convencion de Cintra.—Españoles de Portugal.—Restablecen los ingleses la regencia de Portugal.—Yelbes sitiada por los españoles.—Almeida por los portugueses.—Desaprobacion general de la convencion de Cintra en Inglaterra.—Declaracion de S. M. B. de 4 de julio.—Peticiones y reclamaciones que se hacen á los diputados españoles.—Dumourier.—Conde d' Artois.—Luis XVIII.—Príncipe de Castelcicala.—Tropa española en Dinamarca.—Marqués de la Romana.—Lobo.—Fábregues.—Se disponen á embarcarse las tropas del norte.—Kindelan.—Kindelan y Guerrero.—Juramento de los españoles en Langeland.—Dan la vela para España.—Trátase de reunir una junta central.—Situacion de Madrid.—Consejo de Castilla.—Sus manejos.—Opinion sobre aquel cuerpo.—Estado de las juntas provinciales.—Llegada á Gibraltar del príncipe Leopoldo de Sicilia.—Correspondencia entre las juntas.—Proceder del consejo.—Entrada en Madrid de Llamas y Castaños.—Proclamacion de Fernando VII.—Insurreccion de Bilbao.—Movimientos en Guipúzcoa y Navarra.—Nuevos manejos del consejo.—Propuesta de Cuesta á Castaños.—Consejo de guerra celebrado en Madrid.—Prende Cuesta á Valdes y Quintanilla.—Acaba el gobierno de las juntas provinciales.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

de España.

LIBRO QUINTO.

Sin muro y sin torreones, segun nos ha transmitido Floro *, defendióse largos años la inmortal Numancia contra el poder de Roma. Tambien desguarnecida y desmurada resistió al de Francia con tenaz porfia, si no por tanto tiempo, la ilustre Zaragoza. En esta como en aquella mancillaron su fama ilustres capitanes: y los impetuosos y concertados ataques del enemigo tuvieron que estrellarse en los acerados pechos de sus invictos moradores. Por dos veces en menos de un año cercaron los franceses á Zaragoza; una malogradamente, otra con

(* Ap. n. 1.)

Primer sitio y defensa de Zaragoza.

pérdidas é inauditos reveses. Cuanto fue de realce y nombre para Aragon la heróica defensa de su capital, fue de abatimiento y desdoro para sus sitiadores aguerridos y diestros no haberse enseñoreado de ella pronto y de la primera embestida.

Asiento de la ciudad.

Baña á Zaragoza, asentada á la derecha márgen, el caudaloso Ebro. Cíñela al mediodia y del lado opuesto Huerba acanalado y pobre, que mas abajo rinde á aquel sus aguas, y cási en frente á donde desde el Pirineo viene tambien á fenecer el Gállego. Por la misma parte y á un cuarto de legua de la ciudad se eleva el monte Torrero, cuya altura atraviesa la acequia imperial, que asi llamán al canal de Aragon por traer su orígen del tiempo del emperador Cárlos V. Antes del sitio hermoseaban á Zaragoza en sus contornos feraces campiñas, viñedos y olivares con amenas y deleitables quintas, á que dan en la tierra el nombre de torres. A izquierda del Ebro está el arrabal que comunica con la ciudad por medio de un puente de piedra, habiéndose destruido otro de madera en una riada que hubo en 1802. Pasaba la poblacion de 55,000 almas: menguó con las muertes y destrozos. No era Zaragoza ciudad fortificada; diciendo Colmenar *, á manera de profecía, cosa ha de un siglo, «que estaba sin defensa, pero que »reparaba esta falta el valor de sus habitantes.” Cercábala solamente una pared de diez á doce pies de alto y de tres de espesor, en parte de tapia y en otras de mampostería, interpolada á veces y formada por algunos edificios y conventos, y en la que se cuentan ocho puertas

(* Ap. n. 2.)

que dan salida al campo. No léjos de una de ellas, que es la del Portillo, y extramuros se distingue la Aljafería, antigua morada de los reyes de Aragon, rodeada de un foso y muralla, cuyos cuatro ángulos guarnecen otros tantos bastiones. Las calles en general son angostas, escepto la del Coso muy espaciosa y larga, cási en el centro de la ciudad, y que se extiende desde la puerta llamada del Sol hasta la plaza del Mercado. Las casas de ladrillo y por la mayor parte de dos ó tres pisos. La adornan edificios y conventos bien construidos y de piedra de sillería. La piedad admira dos suntuosas catedrales, la de nuestra Señora del Pilar y la de la Seo, en las que alterna por años para su asistencia el cabildo. El último templo antiquísimo, el primero muy venerado de los naturales por la imágen que en su santuario se adora. Como no es de nuestra incumbencia hacer una descripcion especial de Zaragoza, no nos detendremos ni en sus antigüedades ni grandeza, reservando para despues hablar de aquellos lugares, que á causa de la resistencia que en ellos se opuso adquirieron desconocido renombre; porque alli las casas y edificios fueron otras tantas fortalezas.

Si ningunas eran en Zaragoza las obras de fortificacion, tampoco abundaban otros medios de defensa. Vimos cuán escasos andaban al levantarse en mayo. El corto tiempo transcurrido no habia dejado aumentarlos notablemente, y antes bien se habian minorado con los descalabros padecidos en Tudela y Mallen. En semejante estado déjase discurrir la consternacion de

Estado apurado de Zaragoza.

Zaragoza al esparcirse la nueva, en la noche del 14 de junio, de haber sido aquel dia derrotado Don José de Palafox en las cercanías de Alagon, segun dijimos en el anterior libro. Desapercibidos sus habitantes tan solamente hallaron consuelo con la presencia de su amado caudillo, que no tardó en regresar á la ciudad. Mas el enemigo no dió descanso ni vagar. Siguieron de cerca á Palafox, y tras él vinieron proposiciones del general Lefebvre Desnouettes á fin de que se rindiese, con un pliego enderezado al propio objeto y firmado por los emisarios españoles Castelfranco, Villela y Pereira que acompañaban al ejército francés, y de quienes ya hicimos mencion.

Salida de Palafox, 15 de junio.

Fue la respuesta del general Palafox ir al encuentro de los invasores; y con las pocas tropas que le quedaban, algunos paisanos y piezas de campaña se colocó fuera no léjos de la ciudad al amanecer del 15. Estaba á su lado el marqués de Lazan y muchos oficiales, mandando la artillería el capitan Don Ignacio Lopez. Pronto asomaron los franceses y trataron de acometer á los nuestros con su acostumbrado denuedo. Pero Palafox viendo cuán superior era el número de sus contrarios, determinó retirarse, y ordenadamente pasó á Longares, pueblo seis leguas distante, desde donde continuó al puerto del Frasno cercano á Calatayud: queriendo engrosar su corta division con la que reunia y organizaba en dicha ciudad el baron de Versages.

Semejante movimiento si bien acertado en tanto que no se consideraba á Zaragoza con me-

dios para defenderse, dejaba á esta ciudad del todo desamparada y á merced del enemigo. Asi se lo imaginó fundadamente el general francés Lefebvre Desnouettes, y con sus 5 á 6000 infantes y 800 caballos á las nueve de la mañana del mismo 15 presentóse con ufanía delante de las puertas. Habian crecido dentro las angustias: no eran arriba de 300 los militares que quedaban entre miñones y otros soldados: los cañones pocos y mal colocados como por gente á quien no guiaban oficiales de artillería, pues de los dos únicos con quien se contaba en un principio Don Juan Cousul y Don Ignacio Lopez, el último acompañaba á Palafox y el primero por órden suya hallabáse de comision en Huesca. El paisanage andaba sin concierto y por todas partes reinaba la indisciplina y confusion. Parecia por tanto que ningun obstáculo detendría á los enemigos, cuando el tiroteo de algunos paisanos y soldados desbandados los obligó á hacer parada y proceder precavidamente. De tan casual é impensado acontecimiento nació la memorable defensa de Zaragoza.

Primera embestida de los franceses contra Zaragoza y su derrota, 15 de junio.

La perplejidad y tardanza del general francés alentó á los que habian empezado á hacer fuego, y dió á otros alas para ayudarlos y favorecerlos. Pero como aun no habia ni baterías ni resguardo importante, consiguieron algunos ginetes enemigos penetrar hasta dentro de las calles. Acometidos por algunos voluntarios y miñones de Aragon al mando del coronel Don Antonio de Torres, y acosados por todas partes por hombres, mugeres y niños, fueron los mas de ellos despedazados cerca de nuestra

Señora del Portillo, templo pegado á la puerta del mismo nombre.

Enfurecidos los habitantes y con mayor confianza en sus fuerzas despues de la adquirida si bien fácil ventaja, acudieron sin distincion de clase ni de sexo á donde amagaba el peligro, y llevando á brazo los cañones antes situados en el mercado, plaza del Pilar y otros parages desacomodados, los trasladaron á las avenidas por donde el enemigo intentaba penetrar, y de repente hicieron contra sus huestes horrorosas descargas. Creyó entonces necesario el general francés emprender un ataque formal contra las puertas del Cármen y Portillo. Puso su mayor conato en apoderarse de la última, sin advertir que situada á la derecha la Aljafería eran flanqueadas sus tropas por los fuegos de aquel castillo, cuyas fortificaciones aunque endebles, le resguardaban de un rebate. Asi sucedió que los que le guarnecian, capitaneados por un oficial retirado de nombre Don Mariano Cerezo, militar tan bravo como patriota, escarmentaron la audacia de los que confiadamente se acercaban á sus muros. Dejáronles aproximarse y á quema ropa los ametrallaron. En sumo grado contribuyó á que fuera mas certera la artillería en sus tiros un oficial sobrino del general Guillelmi, quien encerrado alli con su tio desde el principio de la insurreccion, olvidándose del agravio recibido, solo pensó en no dar quiebra á su honra, y cumplió debidamente con lo que la patria exigia de su persona. Igualmente fueron los franceses repelidos en la puerta del Cármen, sosteniendo por los lados el tremendo fue-

go, que de frente se les hacia, escopeteros esparcidos entre las tapias, alameda y olivares, cuya buena puntería causó en las filas enemigas notable matanza. Nadie rehusaba ir á la lid: las mugeres corrian á porfia á estimular á sus esposos y á sus hijos, y atropellando por medio del inminente riesgo los socorrian con víveres y municiones. Los franceses aturdidos al ver tanto furor y ardimiento titubeaban y crecia con su vacilar el entusiasmo y valentía de los defensores. De nuevo no obstante y reiteradas veces embistieron la entrada del Portillo, desviándose de la Aljafería, y procurando cubrirse detras de los olivares y arboledas. Menester fue para poner término á la sangrienta y reñida pelea que sobreviniese la noche. Bajo su amparo se retiraron los franceses á media legua de la ciudad, y recogieron sus heridos, dejando el suelo sembrado de mas de 500 cadáveres. La pérdida de los españoles fue mucho mas reducida, abrigados de tapias y edificios. Y de aquella señalada victoria, que algunos llamaron de las Eras, resultó el glorioso empeño de los zaragozanos de no entrar en pacto alguno con el enemigo y resistir hasta el último aliento.

Fuera de sí aquellos vecinos con la victoria alcanzada, ignoraban todavía el paradero del general Palafox. Grande fue su tristeza al saber su ausencia, y no teniendo fé en las autoridades antiguas ni en los demas gefes, los diputados y alcaldes de barrio á nombre del vecindario se presentaron luego que cesó el combate al corregidor é intendente Don Lorenzo Calvo de Rozas, que hechura de Palafox merecia su con-

Don Lorenzo Calvo de Rozas.

fianza. Instáronle para que hiciera sus veces, y condescendió con sus ruegos en tanto que aquel no volviera. Unia Calvo en su persona las calidades que el caso requería. Declarado abiertamente en favor de la causa pública, habíase fugado de Madrid en donde estaba avecindado. Hombre de carácter firme y sereno encerraba en su pecho, con apariencias de tibio, el entusiasmo y presteza de un alma impetuosa y ardiente. Autorizado como ahora se veia por la voz popular y punzado por el peligro que á todos amenazaba, empleó con diligencia cuantos medios le sugería el deseo de proteger contra la invasion extraña la ciudad que se ponia en sus manos.

Preparativos de defensa en Zaragoza.

Prontamente llamó al teniente de rey D. Vicente Bustamante para que expidiese y firmase á los de su jurisdiccion las convenientes órdenes. Mandó iluminar las calles con objeto de evitar cualquiera sorpresa ó excesos; empezáronse á preparar sacos de tierra para formar baterías en las puertas de Sancho, el Portillo, Cármen y Santa Engracia; abriéronse zanjas ó cortaduras en sus avenidas; dispusiéronse á artillarlas, y se levantó en toda la tapia que circuía á la ciudad una banqueta para desde allí molestar al enemigo con la fusilería. Previnose á los vecinos en estado de llevar armas, que se apostasen en los diversos puntos debiendo alternar noche y dia; ocupáronse los niños y mugeres en tareas propias de su edad y sexo, y se encargó á los religiosos hacer cartuchos de cañon y fusil, cumpliéndose con tan buen deseo y ahinco aquellas disposiciones, que á las diez de la noche se

habia ya convertido Zaragoza en un taller universal, en el que todos se afanaban por desempeñar debidamente lo que á cada uno se habia encomendado.

Con mas lentitud se procedió en la construccion de baterías por falta de ingeniero que dirigiese la obra. Solo habia uno, que era Don Antonio San Genis, y este habia sido el 15 llevado á la cárcel por los paisanos que le conceptuaban sospechoso, habiendo notado que reconocia las puertas y la ronda de la ciudad. Ignoróse su suerte en medio de la confusion, pelea y agitacion de aquel dia y noche, y solo se le puso en libertad por órden de Calvo de Rozas en la mañana del 16. Sin tardanza trazó San Genis atinadamente varias obras de fortificacion, esmerándose en el buen desempeño, y ayudado en lugar de otros ingenieros por los hermanos Tabuenca arquitectos de la ciudad. Pintan estos pormenores, y por eso no son demás, la situacion de los zaragozanos, y lo apurados y escasos que estaban de recursos y de hombres inteligentes en los ramos entonces mas necesarios. Don Antonio San Genis.

Los franceses atónitos con lo ocurrido el 15, juzgaron imprudente empeñarse en nuevos ataques antes de recibir de Pamplona mayores fuerzas, con artillería de sitio, morteros y municiones correspondientes. Mientras que llegaba el socorro queriendo Lefebvre probar la via de la negociacion, intimó el 17 que á no venir á partido pasaria á cuchillo á los habitantes cuando entrase en la ciudad. Contestósele dignamente, * y se prosiguió con mayor empeño en prepararse á la defensa. Intimacion de Lefebvre Desnouettes. (* Ap. n. 3.)

El general Palafox en Épila.

El general Palafox en tanto vista la decision que habian tomado los zaragozanos de resistir á todo trance al enemigo, trató de hostigarle y llamar á otra parte su atencion. Unido al baron de Versages contaba con una division de 6000 hombres y cuatro piezas de artillería. El 21 de junio pasó en Almunia reseña de su tropa, y el 23 marchó sobre Épila. En aquella villa hubo gefes que notando el poco concierto de su tropa, por lo comun allegadiza, opinaron ser conveniente retirarse á Valencia, y no empeorar con una derrota la suerte de Zaragoza. Palafox asistido de admirable presencia de ánimo congregó su gente, y delante de las filas exhortando á todos á cumplir con el duro pero honroso deber que la patria les imponia, añadió que eran dueños de alejarse libremente aquellos á quienes no animase la conveniente fortaleza para seguir por el estrecho y penoso sendero de la virtud y de la gloria, ó que tachasen de temeraria su empresa. Respondióse á su voz con universales clamores de aprobacion, y ninguno osó desamparar sus banderas. De tamaña importancia es en los casos árduos la entera y determinada voluntad de un caudillo.

Accion de Épila.

Seguro de sus soldados hizo propósito Palafox de avanzar la mañana siguiente á la Muela, tres leguas de Zaragoza, queriendo coger á los franceses entre su fuerza y aquella ciudad. Pero barruntando estos su movimiento se le anticiparon, y acometieron á su ejército en Épila á las nueve de la noche, hora desusada y en la que dieron de sobresalto é impensadamente sobre los nuestros por haber sorprendido y hecho

prisionera una avanzada, y tambien por el descuido con que todavía andaban nuestras inexpertas tropas. Trabóse la refriega que fue empeñada y reñida. Como los españoles se vieron sobrecogidos no hubo órden premeditado de batalla, y los cuerpos se colocaron segun pudo cada uno en medio de la obscuridad. La artillería dirigida por el muy inteligente oficial Don Ignacio Lopez se señaló en aquella jornada, y algunos regimientos se mantuvieron firmes hasta por la mañana que sin precipitacion tomaron la vuelta de Calatayud. En su número se contaba el de Fernando VII, que aunque nuevo sostuvo el fuego por espacio de seis horas, como si se compusiera de soldados veteranos. Tambien hombres sueltos de guardias españolas defendieron largo rato una batería de las mas importantes. Disputaron pues unos y otros el terreno á punto que los franceses no los incomodaron en la retirada.

Piensa Palafox en volver á Zaragoza.

Palafox convencido no obstante de que no era dado con tropas bisoñas combatir ventajosamente en campo raso, y de que seria mas útil su ayuda dentro de Zaragoza, determinó superando obstáculos meterse con los suyos en aquella ciudad, por lo que despues de haberse rehecho, y dejando en Calatayud un depósito al mando del baron de Versages, dividió su corta tropa en dos pequeños trozos: encargó el uno á su hermano Don Francisco, y acaudillando en persona el otro volvió el 2 de julio á pisar el suelo zaragozano.

Entrada alli el 24 de junio de Lazan.

Ya habia alli acudido desde el 24 de junio su otro hermano el marqués de Lazan, que era el gobernador, con varios oficiales, á instancias y

*

por aviso del intendente Calvo de Rozas. Deseaba este un arrimo para robustecer aun mas sus acertadas providencias, acordar otras, comprometer en la defensa á las personas de distincion que no lo estuviesen todavía, imponer respeto á la muchedumbre congregando una reunion escogida y numerosa, y afirmarla en su resolucion por medio de un público y solemne juramento. Para ello convocó el 25 de junio una junta general de las principales corporaciones é individuos de todas clases, presidida por el de Lazan. En su seno expuso brevemente Calvo de Rozas el estado en que la ciudad se hallaba, y cuáles eran sus recursos, y excitó á los concurrentes á coadyuvar con sus luces y patriótico zelo al sostenimiento de la causa comun. Conformes todos aprobaron lo antes obrado, se confirmaron en su propósito de vencer ó morir, y resolvieron que el 26 los vecinos, soldados, oficiales y paisanos armados prestarian en calles y plazas, en baterías y puertas un público y magestuoso juramento. Amaneció aquel dia y á una hora señalada de la tarde se pobló el aire de un grito asombroso y unánime, «de que los defensores de »Zaragoza juntos y separados derramarian hasta »la última gota de su sangre por su religion, su »rey y sus hogares."

Juramento de los zaragozanos.

Movió á curiosidad entre los enemigos la impensada agitacion que causó tan nueva solemnidad, y con ansia de informarse de lo que pasaba, aproximóse á la línea española un comandante de polacos acompañado de varios soldados; y aparentando deseos de tomar partido él y los suyos con los sitiados, pidió como seguro de su deter-

Amenaza villana de un polaco á Calvo.

minacion tratar con los gefes superiores. Salió Calvo de Rozas, indicó al comandante que se adelantase para conferenciar solos: hízolo asi, mas á poco y alevosamente cercaron á Calvo los soldados del contrario. Encaráronle las armas, y despues de preguntar lo que en Zaragoza ocurria, tuvo el comandante la descompuesta osadía de decirle, que no era su intento desamparar sus banderas; que habia solo inventado aquella artimaña para averiguar de qué provenia la inquietud de la ciudad, é intimar de nuevo por medio de una persona de cuenta la rendicion, siendo inevitable que al fin se sometiesen los zaragozanos al ejército francés, tan superior y aguerrido. Añadióle que á no consentir con lo que de él exigia seria muerto ó prisionero. En vez de atemorizarse con la villana amenaza, reportado y sereno contestóle Calvo: «harto conocidas »son vuestras malas artes y la máscara de amis»tad con que encubris vuestras continuadas per»fidias, para que desprevenido y no muy sobre »aviso acudiera yo á vuestro llamamiento: los »muertos ó prisioneros sereis vos y vuestros sol»dados si intentais traspasar las leyes admitidas »aun entre las naciones bárbaras. El castillo de »donde estamos tan próximos á la menor señal »mia disparará sus cañones y fusiles, que por dis»posicion anterior estan ya apuntados contra vo»sotros." Alteróse el polaco con la áspera contestacion, y reprimiendo la ira suavizó su altanero lenguage, ciñéndose á proponer al intendente Calvo una conferencia con sus generales. Vino en ello, y tomando la venia del de Lazan se escogió por sitio el frente de la batería del Portillo.

Conferencia y proposiciones de los generales franceses.

Todavía en el mismo dia avistáronse allı con Calvo y otros oficiales españoles autorizados por el gobernador y vecindario, los generales franceses Lefebvre y Verdier recien llegado. Limitáronse las pláticas á insistir estos en la entrega de Zaragoza, ofreciendo olvido de lo pasado, respetar las personas y propiedades, y conservar á los empleados en sus destinos; con la advertencia que de lo contrario convertirian en cenizas la ciudad, y pasarian á cuchillo los moradores. Calvo contestó con brio, prometiendo sin embargo que daria cuenta de lo que proponian, y que en la mañana siguiente se les comunicaria la definitiva resolucion, en cuya conformidad pasó el 27 temprano al campo francés Don Emeterio Barredo llevando consigo una respuesta * firmada por el marqués de Lazan, en la que se desechaban las insidiosas proposiciones del enemigo. (* Ap. n. 4.)

Los franceses reforzados. Verdier general en gefe.

Claro era que estrechar el asedio y nuevas embestidas seguirian á repulsa tan temeraria, mayormente cuando los franceses habian engrosado su ejército, y cuando se habia mejorado su posicion. Por aquellos dias además de haberse desembarazado de Palafox arrojándole de Épila, habian recibido de Pamplona y Bayona socorros de cuantía. Trájolos el general Verdier, quien por su mayor graduacion reemplazó en el mando en gefe á Lefebvre, y no menos fueron por de pronto reforzados que con 3000 hombres, 30 cañones de grueso calibre, cuatro morteros, 12 obuses, y 800 portugueses á las órdenes de Gomez Freire. Fundadamente pensaron entonces que con buen éxito podrian vencer la tenacidad zaragozana.

Asi fue que en el mismo dia 27 renovaron el fuego, y dirigieron con particularidad su ataque contra los puestos exteriores. Repelidos con pérdida en las diversas entradas de la ciudad, de que quisieron apoderarse, no pudo impedírseles que se acercasen al recinto. Como en sus maniobras se notó el intento de enseñorearse del monte Torrero, con diligencia se metieron en Zaragoza los víveres y municiones que estaban encerrados en aquellos almacenes; mas tan oportuna precaucion originó un desastre. A las tres de la tarde estremeciéronse todos los edificios, zumbando y resonando el aire con el disparo y caida de piedras, astillas y cascos. Tuviéronse los zaragozanos por muertos y como si fuesen á ser sepultados en medio de ruinas. Despavoridos y azorados huian de sus casas, ignorando de dónde provenia tanto ruido, turbacion y fracaso. Causábalo el haberse pegado fuego por descuido de los conductores á la pólvora que se almacenaba en el seminario conciliar, y este y la manzana de casas contiguas y las que estaban enfrente se volaron ó desplomaron, rompiéndose los cristales de la ciudad, con muertes y desdichas. Agregábase á la horrenda catástrofe la pérdida de la pólvora tan necesaria en aquel tiempo, y en el que habia de todo apretada pobreza.

Vuélase un almacen de pólvora.

Y para que apareciese enteramente acrisolada la constancia aragonesa, los franceses fiados en la desolacion y universal desconsuelo reiteraron sus ataques en tan apurado momento. No se descorazonaron los defensores, antes bien enfurecidos hicieron que se malograse la tentativa de los enemigos, inhumana en aquella sazon.

Desde aquel dia no transcurrió uno en que no hubiese reñidas contiendas, escaramuzas, salidas, acometimientos de sitiados y sitiadores. Largo seria é imposible referir hazañas tantas y tan gloriosas, rara vez empañadas con alguna bastarda accion.

Ataque contra el monte Torrero.

Túvose sin embargo por tal lo ocurrido en el monte Torrero. El comandante á cuyo cargo estaba el puesto, de nombre Falcon, ora por connivencia, ora por desaliento que es á lo que nos inclinamos, le desamparó vergonzosamente, y el enemigo enseñoreándose de aquellas alturas causó en breve notables estragos.

Castigo del comandante.

El vecindario por su parte irritado de la conducta del comandante español, le obligó mas adelante á que compareciese ante un consejo de guerra, y por sentencia de este fue arcabuceado. La misma suerte cupo durante el sitio al coronel Don Rafael Pesino gobernador de las cinco villas, y á otros de menos nombre acusados de inteligencia con el enemigo. Ejemplar castigo, tachado por algunos de precipitado, pero que miraron otros como saludable freno contra los que flaqueasen por tímidos ó tramasen alguna alevosía.

Llegada de un refuerzo á los españoles.

Empeñábase asi la resistencia, y cobraban todos ánimo con los oficiales y soldados que amenudo acudian en ayuda de la ciudad sitiada. Llenó sobre todo de particular gozo la llegada á últimos de junio de 300 soldados del regimiento de Extremadura al mando del teniente coronel Don Domingo Larripa, que vimos allá detenido en Tárrega, sin querer cumplir las órdenes de Duhesme, y tambien la que por

entonces ocurrió de 100 voluntarios de Tarragona capitaneados por el teniente coronel Don Francisco Marcó del Pont. Compensábase con eso algun tanto el haber perdido las alturas de Torrero.

Mas dueños los franceses de semejante posicion determinaron molestar la ciudad con balas, granadas y bombas. Para ello colocaron en aquella eminencia una batería formidable de cañones de grueso calibre y morteros. Levantaron otras en diversos puntos de la línea, con especialidad en el parage llamado de la Bernardona, enfrente de la Aljafería. Preparados de este modo, al terminarse el 30 de junio y á las doce de la noche rompieron el fuego, y dieron principio á un horroroso bombardeo. Los primeros tiros salvaron la ciudad sin hacer daño: acortáronlos, y las bombas penetrando por las bóvedas de la fábrica antigua de la iglesia del Pilar y arruinando varias casas, empezaron á causar quebrantos y destrozos.

30 de junio, principia el bombardeo.

Al amanecer los vecinos léjos de arredrarse á su vista, trabajaron á competencia y con sumo afan para disminuir las lástimas y desgracias. Construyéronse blindages en calles y plazas, torcióse el curso de Huerba y se le metió en la ciudad para apagar con presteza cualquiera incendio. Franqueáronse los sótanos, empleando dentro en trabajos útiles y que pedian resguardo á los que no eran llamados á guerrear. Para observar el fogonazo y avisar la llegada de las bombas, pusiéronse atalayas en la torre que denominaban nueva, si bien fabricada en 1504, la cual elevándose en la plaza de

Nuevas obras de defensa de los sitiados.

San Felipe sola y sin arrimo pareció acomodada al caso, aunque ladeada á la manera de la famosa de Pisa. No satisfechos los sitiados con estas obras y las antes construidas, ideando otras, cortaron y zanjaron calles, atroneraron casas y tapiales, apilaron sacos de tierra, trazaron y erigieron nuevas baterías, las cubrieron con cañones arrumbados por viejos en la Aljafería ó con los que sucesivamente llegaban de Lérida y Jaca, y en fin quemaron y talaron las huertas y olivares, los jardines y quintas que encubrian los aproches del enemigo, perjudicando á la defensa. Sus dueños no solamente condescendian en la destruccion con desprendimiento magnánimo, sino que las mas veces ayudaban con sus brazos al total asolamiento. Y cuando lidiando en otro lado descubrian la llama que devoraba el fruto de años de sudor y trabajo ó el antiguo solar de sus abuelos, ensoberbecíanse de cooperar asi y con largueza á la libertad de la patria. ¿De qué no eran capaces varones dotados de virtudes tan esclarecidas?

Ataques del 1.º y 2 de julio.

Al bombardeo siguióse en la mañana del 1.º de julio un ataque general en todos los puntos. Empezaron á batir la Aljafería y puerta del Portillo, mandada por Don Francisco Marcó del Pont, los fuegos de la Bernardona. La puerta del Cármen encargada al cuidado de Don Domingo Larripa fue casi al mismo tiempo embestida, y tampoco tardaron los enemigos en molestar la de Sancho custodiada por el sargento mayor Don Mariano Renovales. Con todo siendo su mayor empeño apoderarse de la del Portillo, hubo alli tal estrago que muertos en

una batería exterior todos los que la defendian, nadie osaba ir á reemplazarlos, lo cual dió ocasion á que se señalase una muger del pueblo llamada Agustina Zaragoza. Moza esta de 22 años y agraciada de rostro, llevaba provisiones á los defensores cuando acaeció el mencionado abandono. Notando aquella valerosa hembra el aprieto y desánimo de los hombres, corrió al peligroso punto, y arrancando la mecha aun encendida de un artillero que yacia por el suelo, puso fuego á una pieza, é hizo voto de no desampararla durante el sitio sino con la vida. Imprimiendo su arrojo nueva audacia en los decaidos ánimos, se precipitaron todos á la batería, y renovóse tremendo fuego. Proeza muy semejante la de Agustina á la de María Pita en el sitio que pusieron los ingleses á la Coruña en 1589, fue premiada tambien de un modo parecido, y asi como á aquella le concedió Felipe II el grado y sueldo de alferez vivo, remuneró Palafox á esta con un grado militar y una pension vitalicia.

Agustina Zaragoza.

Continuaba vivísimo el fuego, y nuestra artillería muy certera arredraba al enemigo, sin que hasta entonces hubiese oficial alguno de aquella arma que la dirigiese. No eran todavía las doce del dia cuando entre el horroroso y mortífero estruendo del cañon se presentaron los subtenientes de aquel distinguido cuerpo Don Jerónimo Piñeiro y Don Francisco Rosete, que fugados de Barcelona corrian apresuradamente á tomar parte en la defensa de Zaragoza. Sin descanso, despues de largo viage y fatigoso tránsito, se pusieron el primero á dirigir

los fuegos de la entrada del Portillo, y el segundo los de la del Cármen. Con la ayuda de oficiales inteligentes creció el brio en los nuestros, y aumentóse el estrago en los contrarios. La noche cortó el combate, mas no el bombardeo, renovándose aquel al despuntar del alba con igual furia que el dia anterior. Las columnas enemigas con diversas maniobras intentaron enseñorearse del Portillo, y abierta brecha en la Aljafería se arrojaron á asaltar aquella fortaleza; pero fuese que no hallasen escalas acomodadas, ó fuese mas bien la denodada valentía de los sitiados, los franceses repelidos se desordenaron y dispersaron en medio de los esfuerzos de gefes y oficiales. Otro tanto pasaba en el Portillo y Cármen. El marqués de Lazan durante el ataque recorrió la línea en los puntos mas peligrosos, remunerando á unos y alentando á otros con sus palabras.

Entrada de Palafox el 2 en Zaragoza.

Ya era entrada la tarde, desmayaban los enemigos, y los nuestros familiarizándose mas y mas con los riesgos de la guerra, desconocidos al mayor número, redoblaron sus esfuerzos alentados con un inesperado y para ellos halagüeño acontecimiento. De boca en boca y con rapidez se difundió que Don José de Palafox estaba de vuelta en la ciudad y que pronto gozarian todos de su presencia. En efecto penetrando en Zaragoza á las cuatro de la tarde de aquel dia, que era el 2, aparecióse de repente en donde se lidiaba, y á su vista arrebatados de entusiasmo hicieron los nuestros tan firme rostro á los franceses, que sin insistir estos en nueva acometida se contentaron con proseguir el bombardeo.

Viendo sin embargo que para aproximarse á las puertas era menester hacerse dueños de los conventos de San José y Capuchinos y otros puntos extramuros, comenzaron por entonces á embestirlos. En el convento de San José, asentado á la derecha del rio Huerba, no habia otro amparo que el de las paredes en cuyo macizo se habian abierto troneras. Asaltáronle 400 polacos, y repelidos con gran pérdida tuvieron que aguardar refuerzo, y aun asi no se posesionaron de aquel puesto sino al cabo de horas de pelea. No fueron mas afortunados en el de Capuchinos cercano á la puerta del Cármen. Lucharon los defensores cuerpo á cuerpo en la iglesia, en los claustros, en las celdas, y no desampararon el edificio hasta despues de haberle puesto fuego. **Otros combates.**

Tambien quisieron los franceses cercar la ciudad por la orilla izquierda del Ebro, principalmente á causa de los socorros que la libre comunicacion proporcionaba. Para estorbarla pensaron en cruzar el rio, echando el 10 de julio un puente de balsas en San Lamberto. Salió contra ellos el general Palafox con paisanos y una compañía de suizos que acababa de llegar. Batallaron largo tiempo, y vino con refuerzo á sostenerlos el intendente Calvo de Rozas, cuyo caballo fue derribado de una granada. Los enemigos no se atrevieron á pasar muy adelante, y aprovechando los nuestros el precioso respiro que daban, levantaron en el arrabal tres baterías, una en los tejares, y las otras dos en el rastro de los clérigos y en San Lázaro: de las que protegidos los labradores se escopetearon **Puente echado por los franceses en San Lamberto.**

Estrago hecho por los mismos.
Otras medidas de los sitiados.

varias veces con los franceses en el campo de las Ranillas y los ahuyentaron, distinguiéndose con frecuencia en la lid el famoso tio Jorge. Asi que los sitiadores no pudieron cerrar del todo las comunicaciones de Zaragoza, pero talaron los campos, quemaron las mieses, y extendiéndose hácia el Gállego vióse desconsoladamente arder el puente de madera que da paso al camino carretero de Cataluña, y destruirse é incendiarse las aceñas y molinos harineros que abastecian la ciudad. Las angustias crecian, mas al par de ellas tambien el ardimiento de los sitiados. Se acopió la harina del vecindario para amasar solamente pan de municion que todos comian con gusto, y para fabricar pólvora se establecieron molinos movidos por caballos, y se cogió el azufre en donde quiera que lo habia: se lavó la tierra de las calles para tener salitre, y se hizo carbon con la caña del cáñamo tan alto en aquel pais. No poco cooperó al acierto y direccion de estos trabajos, como de los demas que ocurrieron, el sabio oficial de artillería Don Ignacio Lopez, quien desde entonces hasta el fin del sitio fue uno de los pilares en que estribó la defensa zaragozana.

Eran estas precauciones tanto mas necesarias, cuanto no solo los franceses ceñian mas y mas la plaza, sino que tambien previeron los sitiados que bien pronto intentarian destruir ó

Apodérase el enemigo de Villafeliche.

tomar los molinos de pólvora de Villafeliche á doce leguas de Zaragoza, que eran los que la proveían. Asi sucedió. El baron de Versages desde Calatayud asomándose á las alturas inmediatas á aquel pueblo, impidió al principio que

lograsen su objeto. Mas revolviendo sobre él los enemigos con mayores fuerzas tuvo que replegarse y dejar en sus manos tan importantes fábricas.

Otros combates.

En medio del tropel de desdichas que oprimian á los zaragozanos permanecian constantes sin que nada los abatiese. En continuada vela desbarataban las sorpresas que á cada paso tentaban sus contrarios. El 17 de julio dueños ya estos del convento de Capuchinos, sigilosamente á las nueve de la noche procuraron ponerse bajo el tiro de cañon de la puerta del Cármen. Los nuestros lo notaron y en silencio tambien aguardando el momento del asalto rompieron el fuego y derribaron sin vida á los que se gloriaban ya de ser dueños del puesto. Con mayor furia renovaron los sitiadores sus ataques allí y en las otras puertas las noches siguientes: en todas infructuosamente, no habiendo podido tampoco apoderarse del convento de Trinitarios descalzos sito extramuros de la ciudad.

En lucha tan encarnizada los españoles á veces molestaban al enemigo con sus salidas, y no menos quisieron que adelantarse hasta el monte Torrero. Aparentando pues un ataque formal por el paseo antes deleitoso que de la ciudad iba á aquel punto, dieron otros de sobresalto en medio del dia en el campamento francés. Todo lo atropellaron y no se retiraron sino cubiertos de sangre y despojos. Por las márgenes del Gállego midieron igualmente unos y otros sus armas en varias ocasiones, y señaladamente en 29 de julio en que nuestros lanceros sacaron ventaja á los suyos con mucha honra y prez, so-

bresaliendo en los reencuentros el coronel Butron primer ayudante de Palafox.

Restaban aun nuevas y mas recias ocasiones en que se emplease y resplandeciese la bizarría y firmeza de los zaragozanos. Noche y dia trabajaban sus enemigos para construir un camino cubierto que fuese desde el convento de San José por la orilla del Huerba hasta las inmediaciones de la Bernardona, y á su abrigo colocar morteros y cañones, no mediando ya entre sus baterías y las de los españoles sino muy corta distancia.

Ataques del 3 y 4 de agosto.

Aguardábase por momentos una general embestida, y en efecto en la madrugada del 3 de agosto el enemigo rompió el fuego en toda la línea, cayendo principalmente una lluvia de bombas y granadas en el barrio de la ciudad situado entre las puertas de Santa Engracia y el Cármen hasta la calle del Coso. El coronel de ingenieros francés Lacoste, ayudante de Napoleon, que habia llegado despues de comenzado el sitio, con razon juzgó no ser acertado el ataque antes emprendido por el Portillo, y determinó que el actual se diese del lado de Santa Engracia, como mas directo y como punto no flanqueado por el castillo. La principal batería de brecha estaba á 150 varas del convento, y constaba de 6 piezas de á 16 y de 4 obuses. Habian ademas establecido sobre todo el frente de ataque 7 baterías, de las que la mas lejana estaba del recinto 400 varas. A tal distancia y tan reconcentrado fácil es imaginarse cuan terrible y destructor seria su fuego. Sea de propósito ó por acaso, notóse que sus tiros con parti-

cularidad se asestaban contra el hospital general en que habia gran número de heridos y enfermos, los niños expósitos y los dementes. Al caer las bombas hasta los mas postrados, desnudos y despavoridos saltaron de sus camas y quisieron salvarse. Grande desolacion fue aquella. Mas con el zelo y actividad de buenos patricios, muchos, en particular niños y heridos, se trasladaron á parage mas resguardado. Prosiguió todo aquel dia el bombardeo, conmoviéndose unos edificios, desplomándose otros, y causando todo junto tal estampido y estruendo que se difundia y retumbaba á muchas leguas de Zaragoza.

Al alborear del 4 descubrieron los enemigos su formidable batería en frente de Santa Engracia. No habia enderredor del monasterio foso alguno, coronando solo sus pisos varias piezas de artillería. Empezaron á batirle en brecha, acometiendo al mismo tiempo la entrada inmediata del mismo nombre, y distrayendo la atencion con otros ataques del lado del Cármen, Portillo y Aljafería. A las nueve de la mañana estaban arrasadas casi todas nuestras baterías y practicables las brechas. Palafox presentándose por todas partes, corria á donde habia mayor riesgo y sostenia la constancia de su gente. En lo recio del combate propúsole Lefebvre Desnouettes «paz y capitulacion." Respondióle Palafox « guerra á cuchillo." A su voz atropellábanse paisanos y soldados á oponerse al enemigo, y abalanzándose á dicho monasterio de Santa Engracia, célebre por sus antigüedades y por ser fundacion de los reyes católicos, se metian dentro sin que los arredrara ni el desplomarse

de los pisos ni la caida de las mismas paredes que amagaba. A todo hacian rostro, nada los desviaba de su temerario arrojo. Y no parecia sino que las sombras de los dos célebres historiadores de Aragon Gerónimo Blancas y Zurita, cuyas cenizas alli reposaban, ahuyentadas del sepulcro al ruido de las armas y vagando por los atrios y bóvedas, los estimulaban y aguijaban á la pelea, representándoles vivamente los heróicos hechos de sus antepasados que tan verídica y noblemente habian trasmitido á la posteridad. Tanto tenia de sobrehumano el porfiado lidiar de los aragoneses.

Al cabo de horas, y cuando el terreno quedaba no sembrado sino cubierto de cadáveres, y entorno suyo ruinas y destrozos, pudieron los franceses avanzar y salir á la calle de Santa Engracia. Pisando ya el recinto vanagloriábanse de ser dueños de Zaragoza, y formados y con arrogancia se encaminaban al Coso.

Mas pesóles muy luego su sobrada confianza. Cogidos y como enredados entre calles y casas estuvieron expuestos á un horroroso fuego que de todos lados se les hacia á manera de granizada. Cortadas las bocacalles y parapetados los defensores con sacas de algodon y lana, y detrás de las paredes de las mismas casas, los abrasaron por decirlo asi á quema ropa por espacio de tres horas, sin que pudieran salir al Coso, á donde desemboca la calle de Santa Engracia. Desesperanzaban ya los franceses de conseguirlo, cuando volándose un repuesto de pólvora que cerca tenian los españoles, con el daño y desórden que esta desgracia causó, fuéles per-

mitido á los acometedores llegar al Coso, y posesionarse de dos grandes edificios que hay en ambas esquinas, el del convento de San Francisco á la izquierda, y el hospital general á la derecha. En este fue espantoso el ataque, prendióse fuego, y los enfermos que quedaban arrojándose por las ventanas caian sobre las bayonetas enemigas. Entre tanto los locos encerrados en sus jaulas cantaban, lloraban ó reian segun la manía de cada uno. Los soldados enemigos tan fuera de sí como los mismos dementes, en el ardor del combate mataron á muchos y se llevaron á otros al monte Torrero, de donde despues los enviaron. Mucha sangre habia costado á los franceses aquel dia, habiendo sido tan de cerca ofendidos: contáronse entre el número de los muertos oficiales superiores, y fue herido su mismo general en gefe Verdier.

Avanzan los franceses al Coso.

Dueños de aquella parte sentaron los enemigos sus águilas victoriosas en la cruz del Coso, templete con columnas en medio de la calle del mismo nombre. Todo parecia asi perdido y acabado. Calvo de Rozas y el oficial Don Justo San Martin fueron los últimos que á las cuatro de la tarde, despues de haberse volado el mencionado repuesto, desampararon la batería que enfilaba desde el Coso la avenida de Santa Engracia. Pero el primero no decayendo de ánimo dirigióse por la calle de San Gil al arrabal para desde allí juntar dispersos, rehacer su gente, traer los que custodiaban aquellos puntos entonces no atacados, y con su ayuda prolongar hasta la noche la resistencia, aguardando

de fuera y antes de la madrugada, segun veremos, auxilio y refuerzos.

Favoreció á su empresa lo ocurrido en el hospital general, y una equivocacion afortunada de los enemigos, quienes queriendo encaminarse al puente que comunica con el arrabal, en vez de tomar la calle de San Gil que tomó Calvo y es la directa, desfilaron por el arco de Cineja, callejuela torcida que va á la Torrenueva. Aprovechándose los aragoneses del extravío los arremetieron en aquella estrechura y los acribillaron y despedazaron. Obligóles á hacer alto semejante choque, y en el entretanto volviendo Calvo del arrabal con 600 hombres de refresco y otros muchos que se le agregaron, desembocaron juntos y de repente en la calle del Coso en donde estaba la columna francesa. Embistió con 50 hombres escogidos, y el primero el anciano capitan Cerezo que ya vimos en la Aljafería, yendo armado [para que todo fuera extraordinario] de espada y rodela, y bien unido con los suyos se arrojaron todos como leones sobre los contrarios, sorprendidos con el súbito y furibundo ataque. Acometieron los demas por diversos puntos, y disparando desde las casas trabucazos y todo linage de mortíferos instrumentos, acosados los franceses y aterrados se dispersaron y recogieron en los edificios de San Francisco y hospital general.

Anocheció al cesar la pelea, y vueltos los españoles del primer sobresalto supieron por experiencia con cuanta ventaja resistirian al enemigo dentro de las calles y casas. Sosteníales tambien la firme esperanza de que con el alba

apareceria delante de sus puertas un numeroso socorro de tropas, que asi se lo habia prometido su idolatrado caudillo Don José de Palafox.

Habia partido este de Zaragoza con sus dos hermanos á las doce del dia del 4, despues que los franceses dueños del monasterio de Santa Engracia estaban como atascados en las calles que daban al Coso. Presumíase con fundamento que no podrian en aquel dia vencer los obstáculos con que encontraban; mas al mismo tiempo careciendo de municiones y menguando la gente, temíase que acabarian por superarlos sino llegaban socorros de á fuera, y si ademas tropas de refresco no llenaban los huecos y animaban con su presencia á los tan fatigados si bien heróicos defensores. No estaban aquellas léjos de la ciudad, pero dilatándose su entrada pensóse que era necesario fuese Palafox en persona á acelerar la marcha. No quiso este sin embargo alejarse antes que le prometiesen los zaragozanos que se mantendrian firmes hasta su vuelta. Hiciéronlo asi, y teniendo fé en la palabra dada convino en ir al encuentro de los socorros. Salida de Palafox de Zaragoza.

Correspondió á la esperanza el éxito de la empresa. A últimos de junio habia desde Cataluña penetrado en Aragon el 2.° batallon de voluntarios con 1200 plazas al mando del coronel Don Luis Amat y Teran, 500 hombres de guardias españolas al del coronel Don José Manso, y ademas dos compañías de voluntarios de Lérida, cuya division se habia situado en Jelsa diez leguas de Zaragoza. Cierto que con este auxilio y un convoy que bajo su amparo

podria meterse en la ciudad sitiada, era dado prolongar la defensa hasta la llegada de otro cuerpo de 5000 hombres procedente de Valencia que se adelantaba por el camino de Teruel. El tiempo urgía; no sobraba la mas exquisita diligencia, por lo que, y á mayor abundamiento, despachóse al mismo Calvo de Rozas para enterar á Palafox de lo ocurrido despues de su partida y servir de punzante espuela al pronto envío de los socorros. Alcanzó el nuevo emisario al general en Villafranca de Ebro, pasaron juntos á Osera, cuatro leguas de Zaragoza, en donde á las nueve de la noche entraron las tropas alojadas antes en Jelsa y Pina.

En dicho pueblo de Osera celebróse consejo de guerra, á que asistieron los tres Palafoxes con su estado mayor, el brigadier Don Francisco Osina, el coronel de artillería Don J. Navarro Sangran [estos dos procedentes de Valencia] y otros gefes. Informados por el intendente Calvo del estado de Zaragoza, sin tardanza se determinó que el marqués de Lazan con los 500 hombres de guardias españolas, formando la vanguardia se metiese en la ciudad en la madrugada del 5, que con la demas tropa le siguiese Don José de Palafox, y que su hermano Don Francisco quedase á la retaguardia con el convoy de víveres y municiones custodiado tambien por Calvo de Rozas. Acordóse asimismo que para mantener con brio á los sitiados y consolarlos en su angustiada posicion, partiesen prontamente á Zaragoza como anunciadores y pregoneros del socorro el teniente coronel Don Emeterio Barredo y el tio Jorge, cu-

ya persona rara vez se alejaba del lado de Palafox siendo capitan de su guardia. Partiéronse todos á desempeñar sus respectivos encargos, y la oportuna llegada á la ciudad de los mencionados emisarios, desbaratando los secretos manejos en que andaban algunos malos ciudadanos, confortó al comun de la gente y provocó el mas arrebatado entusiasmo.

Vuelve Lazan el 5 con socorros.

A ser posible hubiera crecido de punto con la entrada pocas horas despues del marqués de Lazan. Retardóse la de su hermano y la del convoy por un movimiento del general Lefebvre Desnouettes, quien mandaba en gefe en lugar del herido Verdier. Habíanle avisado la llegada de Lazan y queria impedir la de los demas, juzgando acertadamente que le seria mas fácil destruirlos en campo abierto que dentro de la ciudad. Palafox desviándose á Villamayor, situado á dos leguas y media en una altura desde donde se descubre Zaragoza, esquivó el combate y aguardó oportunidad de burlar la vigilancia del enemigo. Para ejecutar su intento con apariencia fundada de buen éxito, mandó que de Huesca se le uniese el coronel Don Felipe Perena con 3000 hombres que alli habia adiestrado, y despues dejando á estos en las alturas de Villamayor para encubrir su movimiento, y valiéndose tambien de otros ardides engañó al enemigo, y de mañana y con el sol entró el dia 8 por las calles de Zaragoza. Déjase discurrir á qué punto se elevaría el júbilo y contentamiento de sus moradores, y cuán difícil seria contener sus ímpetus dentro de un término conveniente y templado.

El 8 Palafox con otro nuevo.

Los franceses si bien sucesivamente habian acrecentado el número de su gente hasta rayar en el de 11,000 soldados, estaban descaecidos de espíritu, visto que de nada servian en aquella lid las ventajas de la disciplina, y que para ir adelante menester era conquistar cada calle y cada casa, arrancándolas del poder de hombres tan resueltos y constantes. Amilanáronse aun mas con la llegada de los auxilios que en la madrugada del 5 recibieron los sitiados, y con los que se divisaban en las cercanías.

Continuan los choques y reencuentros.

No por eso desistieron del propósito de enseñorearse de todos los barrios de la ciudad, y destruyendo las tapias formaron detrás líneas fortificadas, y construyeron ramales que comunicasen con los que estaban alojados dentro.

Desde el 5 hubo continuados tiroteos, peleábase noche y dia en casas y edificios, incendiáronse algunos y fueron otros teatro de reñidas lides. En las más brilló con sus parroquianos el beneficiado Don Santiago Sas, y el tio Jorge. Tambien se distinguió en la puerta de Sancho otra muger del pueblo llamada Casta Alvarez, y mucho por todas partes Doña María Consolacion de Azlor condesa de Bureta. A ningun vecino atemorizaba ya el bombardeo, y avezados á los mayores riesgos bastábales la separacion de una calle ó de una casa para mirarse como resguardados por un fuerte muro ú ancho foso. Debieran haberse eternizado muchos nombres que para siempre quedaron alli obscurecidos, pues siendo tantos y habiéndose convertido los zaragozanos en denodados guerreros, su misma muchedumbre ha perjudicado á que se perpetue su memoria.

Por entonces empezó á susurrarse la victoria de Bailen. Daban crédito los sitiados á noticia para ellos tan plausible, y con desden y sonrisa la oian sus contrarios, cuando de oficio les fue á los últimos confirmada el dia 6 de agosto. Procuróse ocultar al ejército, pero por todas partes se traslucia, mayormente habiendo acompañado á la noticia la órden de Madrid de que levantasen el sitio y se replegasen á Navarra. Meditaban los gefes franceses el modo de llevarlo á efecto, y hubieran bien pronto abandonado una ciudad para sus huestes tan ominosa sino hubieran poco despues recibido contraórden del general Monthion desde Vitoria, á fin de que antes de alejarse aguardasen nuevas instrucciones de Madrid del gefe de estado mayor Belliard. Permanecieron pues en Zaragoza, y continuaron todavía unos y otros en sus empeñados choques y reencuentros. Los franceses con desmayo, los españoles con ánimo mas levantado.

Los franceses reciben el 6 órden de retirarse.

Contraórden poco despues.

Asi fue que el 8 de agosto luego que entró Palafox congregóse un consejo de guerra, y se resolvió continuar defendiendo con la misma tenacidad y valentía que hasta entonces todos los barrios de la ciudad, y en caso que el enemigo consiguiese apoderarse de ellos, cruzar el rio, y en el arrabal perecer juntos todos los que hubiesen sobrevivido. Felizmente su constancia no tuvo que exponerse á tan recia prueba, pues los franceses sin haber pasado del Coso recibieron el 13 la órden definitiva de retirarse. Llegó para ellos muy oportunamente, porque en el mismo dia caminando á toda priesa, y condu-

Resolucion magnánima de los zaragozanos.

13. órden definitiva dada á los franceses de retirarse.

Llegada á Zaragoza de una division de Valencia.

cida en carros por los naturales del tránsito la division de Valencia al mando del mariscal de campo Don Felipe Saint-March, corrió á meterse precipitadamente en la ciudad invadida. Y tal era la impaciencia de sus soldados por arrojarse al combate, que sin ser mandados y en union con los zaragozanos embistieron á las seis de la tarde desaforadamente al enemigo. Hallábase este á punto de desamparar el recinto, y al verse acometido apresuró la retirada volando los restos del monasterio de Santa Engracia. En seguida se reconcentró en su campamento del monte Torrero, y dispuesto á abandonar tambien aquel punto, prendió por la noche fuego á sus almacenes y edificios, clavó y echó en el canal la artillería gruesa, destruyó muchos pertrechos de guerra, y al cabo se alejó al amanecer del 14 de las cercanías de Zaragoza. La division de Valencia con otros cuerpos siguieron su huella, situándose en los linderos de Navarra.

Aléjanse los franceses de Zaragoza el 14.

Fin del sitio.

Terminóse asi el primer sitio de Zaragoza, que costó á los franceses mas de 3000 hombres y cerca de 2000 á los españoles. Célebre y sin ejemplo, mas bien que sitio pudiera considerársele como una continuada lucha ó defensa de posiciones diversas, en las que el entusiasmo y personal denuedo llevaba ventaja al calculado valor y disciplina de tropas aguerridas. Pues aquellos triunfos eran tanto mas asombrosos cuanto en un principio y los mas señalados fueron conseguidos, no por el brazo de hombres acostumbrados á la pelea y estrépitos marciales, sino por pacíficos labriegos que ignorando el

terrible arte de la guerra, tan solamente habian encallecido sus manos con el áspero y penoso manejo de la azada y la podadera.

Al cerciorarse de la retirada de los franceses prorumpieron los moradores de Zaragoza en voces de alegria con loores eternos al Todopoderoso y gracias rendidas á la Vírgen del Pilar, que su devocion miraba como la principal protectora de sus hogares. No daba facultad el gozo para reparar en qué estado quedaba la ciudad: triste era verdaderamente. La parte ocupada por los sitiadores arruinada, los tejados de la que habia permanecido libre hundidos por las granadas y bombas. En unos parages humeando todavía el fuego mal apagado, en otros desplomándose la techumbre de grandes edificios, y mostrándose en todos el lamentable espectáculo de la desolacion y la muerte. Alegria de los aragoneses. Estado de la ciudad.

Celebráronse el 25 magníficas exéquias por los que habian fallecido en defensa de su patria, de quienes nunca mejor pudiera repetirse con Pericles, «que en brevísimo tiempo y con »breve suerte habian sin temor perecido en la »cumbre de la gloria *." Concedió Palafox á los defensores muchos privilegios, entre los que con razon algunos se graduaron de desmedidos. Mas este y otros desvíos desaparecieron y se ocultaron al resplandor de tantos é inmortales combates. (* Ap. n. 5.)

No desdijeron de aquella defensa las esclarecidas acciones que por entonces y con el mismo buen éxito que las primeras acaecieron en Cataluña. El Ampurdan habia imitado el ejemplo de los otros distritos de su provincia, y es- Cataluña.

taba ya sublevado cuando los franceses acometieron infructuosamente á Gerona la vez primera. El movimiento de sus somatenes fue provechoso á la defensa de aquella plaza, molestando con correrías las partidas sueltas del enemigo é interrumpiendo sus comunicaciones. Llevaron mas allá su audacia, y apoyados en algunos soldados de la corta guarnicion de Rosas, bloquearon estrechamente el castillo de San Fernando de Figueras, defendido por solos 400 franceses con escasas vituallas. Despechados estos de verse en apuro por la osadia de meros paisanos, quisieron vengarse incomodando con sus bombas á la villa y arruinándola sin otro objeto que el de hacer daño. Mas hubiéranse quizá arrepentido de su bárbara conducta, si estando ya casi á punto de capitular no los hubiera socorrido oportunamente el general Reille. Ayudante este de Napoleon habia por órden suya llegado á Perpiñan, y reunido precípitamente algunas fuerzas. Con ellas y un convoy tocó el 5 de julio los muros de Figueras y ahuyentó á los somatenes.

Bloqueo de Figueras por los somatenes.

Socorre la plaza el general Reille.

Persuadido Reille que Rosas, aunque en parte desmantelada, atizaba el fuego de la insurreccion y suministraba municiones y armas, intentó el 11 del mismo julio tomarla por sorpresa, pero le salió vano su intento habiendo sido completamente rechazado. A la vuelta tuvo que padecer bastante acosado por los somatenes, que en varios otros reencuentros, señaladamente en el del Alfar, desbarataron á los franceses. Era su principal caudillo Don Juan Claros hombre de valor y muy práctico en la tierra.

Don Juan Claros.

Duhesme por su parte luego que volvió á Barcelona despues de habérsele desgraciado su empresa de Gerona, no descansaba ni vivia tranquilo hasta vengar el recibido agravio. Juntó con premura los convenientes medios, y al frente de 6000 hombres, un tren considerable de artillería con municiones de boca y guerra, escalas y demas pertrechos conducentes á formalizar un sitio, salió de Barcelona el 10 de julio.

Vuelve Duhesme á Gerona.

Confiado en el éxito de esta nueva expedicion contra Gerona, públicamente decia: *el 24 llego, el 25 la ataco, la tomo el 26 y el 27 la arraso*. Conciso como César en las palabras no se le asemejó en las obras. Por de pronto fue inquietado en todo el camino. Detuvieron á sus soldados entre Caldetas y San Pol las cortaduras que los somatenes habian abierto, y cuyo embarazo los expuso largo tiempo á los fuegos de una fragata inglesa y de varios buques españoles. Prosiguiendo adelante se dividieron el 19 en dos trozos, tomando uno de ellos la vuelta de las asperezas de Vallgorquina, y el otro la ruta de la costa. De este lado tuvieron un reñido choque con la gente que mandaba Don Francisco Milans, y por el de la Montaña vencidos varios obstáculos, con pérdidas y mucha fatiga llegaron el 20 á Hostalrich, cuyo gobernador Don Manuel O-sulivan, de apellido extrangero, pero de corazon español y nacido en su suelo, contestó esforzadamente á la intimacion que de rendirse le hizo el general Goulas. Volviéronse á unir las dos columnas francesas despues de otros reencuentros, y juntas avanzaron á Gerona,

en donde el 24 se les agregó el general Reille con mas de 2000 hombres que traia de Figueras. Aunque á vista de la plaza, no la acometieron formalmente hasta principios de agosto, y como el no haber conseguido el enemigo su objeto dependió en mucha parte de haberse mejorado la situacion del principado con los auxilios que de fuera vinieron, y con el mejor órden que en él se introdujo, será conveniente que acerca de uno y otro echemos una rápida ojeada.

Junta de Lérida.

Habíase congregado en Lérida á últimos de junio una junta general en que se representaron los diversos corregimientos y clases del principado. Fue su primera y principal mira aunar los esfuerzos, que si bien gloriosos, habian hasta entonces sido parciales, combinando las operaciones y arreglando la forma de los diversos cuerpos que guerreaban. Acordó juntar con ellos y otros alistados el número de 40,000 hombres, y buscó y encontró en sus propios recursos el medio de subvenir á su mantenimiento. Para lisonjear sin duda la opinion vulgar de la provincia, adoptó en la organizacion de la fuerza armada la forma antigua de los miqueletes. Motejóse con razon esta disposicion como tambien el que dándoles mayor paga disgustase á los regimientos de línea. Los miqueletes, segun Melo, se llamaron antes almogavares, cuyo nombre significa gente del campo, que profesaba conocer por señales ciertas el rastro de personas y animales. Mudaron su nombre en el de miquelets en memoria, dice el mismo autor, de Miquelot de Prats, compañero del famoso César Borja. Pudo en aquel siglo y aun despues convenir

semejante ordenacion de paisanos, aunque muchos lo han puesto en duda; mas de ningun modo era acomodada al nuestro faltándole la conveniente disciplina y subordinacion.

Acudieron tambien á Cataluña por el propio tiempo parte de las tropas de las islas Baleares. Al principio se habian negado sus habitantes á desprenderse de aquella fuerza temerosos de un desembarco. Pero en julio mas tranquilos convinieron en que la guarnicion de Mahon con el marqués del Palacio que mandaba en Menorca desde el principio de la insurreccion, se hiciese á la vela para Cataluña. Dicho general si bien habia suscitado alteraciones de que hubieran podido resultar males, y abierta division entre las dos islas de Mallorca y Menorca, habíase sin embargo mantenido firmemente adicto á la causa de la patria y contestado con dignidad y energía á las insidiosas propuestas que le hicieron los franceses de Barcelona y sus parciales. Tropas de Menorca mandadas por el marqués del Palacio.

El 20 de julio salió pues de Menorca la expedicion compuesta de 4630 hombres con muchos víveres y pertrechos, y el 23 desembarcó en Tarragona. Dió su llegada grande impulso á la defensa de Cataluña, y trasladándose sin tardanza de Lérida á aquel puerto la junta del principado nombró por su presidente al marqués del Palacio, y se instaló solemnemente el 6 de agosto.

Se empezó desde entonces en aquella parte de España á hacer la guerra de un modo mejor y mas concertado. Al principio sin otra guia ni apoyo que el valor de sus habitantes redújo-

se por lo general á ser defensiva y á incomodar separadamente al enemigo. Con este fin determinó el nuevo gefe tomar la ofensiva reforzando la línea de somatenes que cubria la orilla del Llobregat. Escogió para mandar la tropa que enviaba á aquel punto al brigader conde de Caldagues, quien se juntó con el coronel Baguet gefe de los somatenes. La presencia de esta gente incomodaba á Lecchi comandante de Barcelona en ausencia de Duhesme, mayormente cuando por mar le bloqueaban dos fragatas inglesas, de una de las cuales era capitan el despues tan conocido y famoso Lord Cochrane. Temíase el francés cualquiera tentativa, y creció su cuidado luego que supo haber los somatenes recobrado el 31 á Mongat con la ayuda de dicho Cochrane, y capitaneados por Don Francisco Barceló.

El conde de Caldagues vá en socorro de Gerona.

No queriendo desperdiciar la ocasion y valiéndose de la inquietud y sobresalto del enemigo, pensó el marqués del Palacio en socorrer á Gerona. Al efecto y creyendo que por sí y los somatenes podria distraer bastantemente la atencion de Lecchi, dispuso que el conde de Caldagues saliese de Martorell el 6 de agosto con tres compañías de Soria y una de granaderos de Borbon, alrededor de cuyo núcleo esperaba que se agruparian los somatenes del tránsito. Asi sucedió, agregándose sucesivamente Milans, Claros y otros al conde de Caldagues, que se encaminó por Tarrasa, Sabadell y Granollers á Hostalrich. El 15 se aproximaron todos á Gerona, y en Castellá celebrándose un consejo de guerra y de concierto con los de la plaza se resolvió atacar á los

franceses al dia siguiente. Contaban los españoles 10,000 hombres por la mayor parte somatenes.

Veamos ahora lo que alli habia ocurrido desde que el enemigo la habia embestido en los últimos dias de julio. El número de los sitiadores si no se ha olvidado ascendia á cerca de 9000 hombres; el de los nuestros dentro del recinto á 2000 veteranos, y además el vecindario muy bien dispuesto y entusiasmado. Los franceses, fuese desacuerdo entre ellos, fuesen órdenes de Francia, ó mas bien el trastorno que les causaban las nuevas que recibian de todas las provincias de España, continuaron lentamente sus trabajos sin intentar antes del 12 de agosto ataque formal. Aquel dia intimaron la rendicion, y desechadas que fueron sus proposiciones rompieron el fuego á las doce de la noche del 13. Aviváronle el 14 y 15 acometiendo con particularidad del lado de Monjuich, nombre que se dá como en Barcelona á su principal fuerte. Adelantaban en la brecha los enemigos, y muy luego hubiera estado practicable, si los sitiados trabajando con ahinco y guiados por los oficiales de Ultonia no se hubiesen empleado en su reparo.

Atacan los franceses á Gerona el 13 de agosto.

Apurados sin embargo andaban, á la sazon que el conde de Caldagues colocado con su division en las cercanías, trató estando todos de acuerdo de atacar en la mañana del 16 las baterías que los sitiadores habian levantado contra Monjuich. Mas era tal el ardimiento de los soldados de la plaza, que sin aguardar la llegada de los de Caldagues, y mandados por Don Narciso de la Valeta, Don Enrique Odonell y Don Tadeo Aldea, se arrojaron sobre las baterías ene-

Son derrotados el 16.

migas, penetraron hasta por sus troneras, incendiaron una, se apoderaron de otra y quemaron sus montages. Hízose luego general la refriega: duró hasta la noche quedando vencedores los españoles, no obstante la superioridad del enemigo en disciplina y órden. Escarmentados los franceses abandonaron el sitio, y volviéndose Reille al siguiente dia á Figueras, enderezó Duhesme sus pasos camino de Barcelona. Pero este no atreviéndose á repasar por Hostalrich ni tampoco por la marina, ruta en varios puntos cortada y defendida con buques ingleses, se metió por en medio de los montes perdiendo carros y cañones, cuyo transporte impedian lo agrio de la tierra y la celeridad de la marcha. Llegó Duhesme dos dias despues á la capital de Cataluña con sus tropas hambrientas y fatigadas y en lastimoso estado. Terminóse asi su segunda expedicion contra Gerona, no mas dichosa ni lucida que la primera.

Levantan el sitio.

Llevada en España á feliz término esta que podemos llamar su primer campaña, será bien volver nuestra vista á la que al propio tiempo acabaron los ingleses gloriosamente en Portugal.

Portugal.

Habia aquel reino proseguido en su insurreccion, y padecido bastantemente algunos de sus pueblos con la entrada de los franceses. Cupo suerte aciaga á Leiria y Nazareth, habiendo sido igualmente desdichada la de la ciudad de Évora. Era en Portugal difícil el arreglo y union de todas sus provincias por hallarse interrumpidas las comunicaciones entre las del norte y mediodia, y árduo por tanto establecer un concierto entre ellas para lidiar ventajosamente contra

Estado de aquel reino y de su insurreccion.

los franceses. La junta de Oporto animada de buen zelo, mas desprovista de medios y autoridad, procedia lentamente en la organizacion militar, y de Galicia con escasez y tarde le llegaron cerca de 2000 hombres de auxilio. La junta de Extremadura envió por su lado una corta division á las órdenes de Don Federico Moreti, con cuya presencia se fomentó el alzamiento del Alentejo en tal manera grave á los ojos de Junot, que dió órden á Loison para pasar prontamente á aquella provincia, desamparando la Beira, en donde este general estaba, despues de haber inútilmente pisado los lindes de Salamanca y las orillas de Duero. Supieron portugueses y españoles que se acercaban los enemigos, y al mando aquellos del general Francisco de Paula Leite, y los nuestros al del brigadier Moreti, los aguardaron fuera de las puertas de Évora, dentro de cuyos muros se habia instalado la junta suprema de la provincia. Era el 29 de julio, y las tropas aliadas no ofreciendo sino un conjunto informe de soldados y paisanos mal armados y peor disciplinados, se dispersaron en breve, recogiéndose parte de ellos á la ciudad. Los enemigos avanzaron, mas tuvieron dentro que vencer la pertinaz resistencia de los vecinos y de muchos de los españoles refugiados alli despues de la accion, y que guiados por Moreti y sobre todo por Don Antonio María Gallego disputaron á palmos algunas de las calles. El último quedó prisionero. La ciudad fue entregada por el enemigo á saco, desahogando este horrorosamente su rabia en casas y vecinos. Moreti con el resto de su tropa se acogió á la frontera de Extremadura. Évora.

*

En ella y en la plaza de Olivenza reunia los dispersos el general Leite. Tambien al mismo tiempo se ocupaba en el Algarbe el conde de Castromarin en allegar y disciplinar reclutas; mas tan loables esfuerzos asi de esta parte como otros parecidos en la del norte de Portugal, no hubieran probablemente conseguido el anhelado objeto de libertar el suelo lusitano de enemigos sin la pronta y poderosa cooperacion de la Gran Bretaña.

Expedicion inglesa enviada á Portugal.

Desde el principio de la insurreccion española habia pensado aquel gobierno en apoyarla con tropas suyas. Asi se lo ofreció á los diputados de Galicia y Asturias en caso que tal fuese el deseo de las juntas; mas estas prefirieron á todo los socorros de municiones y dinero, teniendo por infructuoso, y aun quizá perjudicial, el envio de gente. Era entonces aquella opinion la mas acreditada, y fundábase en cierto orgullo nacional loable, mas hijo en parte de la inexperiencia. Daba fuerza y séquito á dicha opinion el desconcepto en que estaban en el continente las tropas inglesas, por haberse hasta entonces malogrado desde el principio de la revolucion francesa cási todas sus expediciones de tierra. Sin embargo al paso que amistosamente no se admitió la propuesta, se manifestó que si el gobierno de S. M. B. juzgaba oportuno desembarcar en la península alguna division de su ejército, sería conveniente dirigirla á las costas de Portugal, en donde su auxilio serviria de mucho á los españoles poniéndoles á salvo de cualquiera empresa de Junot.

Abrazó la idea el ministerio inglés, y una expedicion preparada antes de levantarse España,

y segun se presume contra Buenos-Aires, mudó de rumbo, y recibió la órden de partir para las costas portuguesas. Púsose á su frente al teniente general Sir Arthuro Wellesley, conocido despues con el nombre de duque de Wellington, y de quien daremos breve noticia, siendo muy principal el papel que representó en la guerra de la peninsula.

Cuarto hijo Sir Arthuro del vizconde Wellesley, conde de Mornington, habia nacido en Irlanda en 1769, el mismo año que Napoleon. De Eton pasó á Francia, y entró en la escuela militar de Angers para instruirse en la profesion de las armas. Comenzó su carrera en la desastrada campaña que en 1793 acaudilló en Holanda el duque de Yorck, donde se distinguió por su valor. Detenido á causa de temporales, no se hizo á la vela para América en 95, segun lo intentaba, y solo en 97 se embarcó con direccion á opuestas regiones, yendo á la India oriental en compañía de su hermano mayor el marqués de Wellesley nombrado gobernador. Se aventajó por su arrojo y pericia militar en la guerra contra Tipoo-Saib y los Máratas, ganándoles con fuerzas inferiores la batalla decisiva de Assie. En 1805 de vuelta á Inglaterra tomó asiento en la cámara de los comunes, y se unió al partido de Pitt. Nombrado secretario de Irlanda, capitaneó despues la tropa de tierra que se empleó en la expedicion de Copenhague. Hombre activo y resuelto al paso que prudente, gozando ya de justo y buen concepto como militar, sobremanera aumentó su fama en las venturosas campañas de la península española. Sir Arthuro Wellesley.

Sale la expedicion de Cork.

Contaba ahora la expedicion de su mando 10,000 hombres, los que bien provistos y equipados dieron la vela de Cork el 12 de julio. Al emparejar con la costa de España paráronse delante de la Coruña, en donde desembarcó el 20 su general Wellesley. Andaba á la sazon aquella junta muy atribulada con la rota de Rioseco, y nunca podrian haber llegado mas oportunamente los ofrecimientos ingleses en caso de querer admitirlos. Reiterólos su gefe, pero la junta insistió en su dictámen, y limitándose á pedir socorros de municiones y dinero, indicó como mas conveniente el desembarco en Portugal. Prosiguieron pues su rumbo, y poniéndose de acuerdo el general de la expedicion con Sir Cárlos Cotton que mandaba el crucero frente de Lisboa, determinó echar su gente en tierra en la bahía de Mondego, fondeadero el mas acomodado.

Desembarca en Mondego.

No tardó Wellesley en recibir aviso de que otras fuerzas se le juntarian, entre ellas las del general Spencer, antes en Jerez y puerto de Santa María, y tambien 10,000 hombres procedentes de Suecia al mando de Sir Juan Moore. Reunidas que fuesen todas estas tropas con otros cuerpos sueltos, debian ascender en su totalidad á 30,000 hombres inclusos 2000 de caballería; pero con noticia tan placentera recibió otra el general Wellesley por cierto desagradable. Era pues que tomaria el mando en gefe del ejército Sir H. Dalrymple, haciendo de segundo bajo sus órdenes Sir H. Burrard. Recayó el nombramiento en el primero porque habiendo seguido buena correspondencia con Castaños y los españoles, se creyó que asi se estrecharian los vínculos en-

tre ambas naciones con la cumplida armonía de sus respectivos caudillos.

No obstante la mudanza que se anunciaba, previnose al general Wellesley que nö por eso dejase de continuar sus operaciones con la mas viva diligencia. Autorizado este con semejante permiso, y quizá estimulado con la espuela del sucesor, trató sin dilacion de abrir la campaña. Desembarcadas ya todas sus tropas en 5 de agosto, y arribando con las suyas el mismo dia el general Spencer, pusiéronse el 9 en marcha hácia Lisboa. El 12 se encontraron en Leiria con el general portugués Bernardino Freire que mandaba 6000 infantes y 600 caballos de su nacion. No se avinieron ambos gefes. Desaprobaba el portugués la ruta que queria tomar el británico, temeroso de que descubierta Coimbra fuese acometida por el general Loison, quien de vuelta ya del Alentejo habia entrado en Tomar. Por tanto permaneció por aquella parte, cediendo solamente á los ingleses 1400 hombres de infantería y 250 de caballería que se les incorporaron. Wellesley prosiguió adelante, y el 15 avanzó hasta Caldas.

Estado de Junot y sus disposiciones.

El desembarco de sus tropas habia excitado en Lisboa y en todos los pueblos extremado júbilo y alegría, enflaqueciendo el ánimo de Junot y los suyos. Preveian su suerte, principalmente estando ya noticiosos de la capitulacion de Dupont y retirada de José al Ebro. Derramadas sus fuerzas no ofrecian en ningun punto suficiente número para oponerse á 15,000 ingleses que avanzaban. Tomó sin embargo Junot providencias activas para reconcentrar su gente en

cuanto le era dable. Ordenó á Loison dirigirse á la Beira y flanquear el costado izquierdo de sus contrarios, y á Kellerman que ahuyentando las cuadrillas de paisanos de Alcázar de Sal y su comarca evacuase á Setúbal y se le uniese. Negóse á prestarle ayuda Siniavin almirante de la escuadra rusa, fondeada en el Tajo, no queriendo combatir á no ser que acometiesen el puerto los buques ingleses.

Tampoco descuidó Junot celar que se mantuviese tranquila la populosa Lisboa, y para ello en nada acertó tanto como en dejar su gobierno al cuidado del general Travot, de todos querido y apreciado por su buen porte. Custodiáronse con particular esmero los españoles que yacian en pontones, y se atendió á conservar libres las orillas del Tajo. Los franceses alli avecindados se mostraron muy aficionados á los suyos, y deseosos de su triunfo formaron un cuerpo de voluntarios. El conde de Bourmont y otros emigrados, á quienes durante la revolucion se habian prodigado en Lisboa favores y consuelo, se unieron á sus compatriotas solicitando con instancia el mencionado conde que se le emplease en el estado mayor.

Tomadas estas disposiciones, parecióle á Junot ser ocasion de ponerse á la cabeza de su ejército, é ir al encuentro de los ingleses. Pero antes habian estos venido á las manos cerca de Roliza con el general Delaborde, quien saliendo de Lisboa el 6 de agosto y juntándose en Ovidos con el general Thomiers y otros destacamentos, habia avanzado á aquel punto al frente de 5000 hombres.

Accion de Roliza.

Eran sus instrucciones no empeñar accion hasta que se le agregasen las tropas en varios puntos esparcidas, y limitarse á contener á los ingleses. No le fue lícito cumplir aquellas, viéndose obligado á pelear con el ejército adversario. Habia este salido de su campo de Caldas en la madrugada del 17, y encaminádose hácia Ovidos. Se extiende desde alli hasta Roliza un llano arenoso cubierto de matorrales y arbustos terminado por agrias colinas, las que prolongándose del lado de Culumbeira cási cierran por su estrechura y tortuosidad el camino que da salida al pais situado á su espalda. Delaborde tomó posicion en un corto espacio que hay delante de Roliza, pueblo asentado en la meseta de una de aquellas colinas, y de cuyo punto dominaba el terreno que habian de atravesar los ingleses. Acercábanse éstos divididos en tres trozos: mandaba el de la izquierda el general Ferguson, encargado de rodear por aquel lado la posicion de Delaborde y de observar si Loison intentaba incorporársele. El capitan Trant con los portugueses debia por la derecha molestar el costado izquierdo de los franceses, quedando en el centro el trozo mas principal, compuesto de cuatro brigadas y á las órdenes inmediatas de Sir Arthuro, de cuyo número se destacó por la izquierda la del general Fane para darse la mano con la de Ferguson, del mismo modo que por la derecha y para sostener á los portugueses se separó la del general Hill.

Delaborde no creyéndose seguro en donde estaba, con prontitud y destreza se recogió amparado de su caballería detrás de Columbeira,

en parage de dificil acceso, y al que solo daban paso unas barrancas de pendiente áspera y con mucha maleza. Entonces los ingleses variaron la ordenacion del ataque; y uniéndose los generales Fane y Ferguson para rodear el flanco derecho del enemigo, acometieron su frente de posicion muy fuerte los generales Hill y Nightingale. Defendiéronse los franceses con gran bizarría, y cuatro horas duró la refriega. Delaborde herido y perdida la esperanza de que se le juntára Loison, pensó entonces en retirarse, temeroso de ser del todo deshecho por las fuerzas superiores de sus contrarios. Primeramente retrocedió á Azambugeira, disputando el terreno con empeño. Hizo despues una corta parada, y al fin tomó el angosto camino de Runha, andando toda la noche para colocarse ventajosamente en Montechique. Perdieron los ingleses 500 hombres, 600 los franceses. Gloriosa fue aquella accion para ambos ejércitos; pues peleando briosamente, si favoreció á los últimos su posicion, eran los primeros en número muy superiores. Con la victoria recobraron confianza los soldados ingleses, menguada por anteriores y funestas expediciones; y de allí tomó principio la fama del general Wellesley, acrecentada despues con triunfos mas importantes.

No habia Loison acudido á unirse con Delaborde receloso de comprometer la suerte de su division. Sabia que los ingleses habian llegado á Leiria, le observaban de cerca los portugueses y unos 1500 españoles que de Galicia habia traido el marqués de Valladares; el pais se mostraba hostil, y asi no solo juzgó impruden-

te empeñarse en semejante movimiento, sino que tambien abandonando á Tomar, siguió por Torres-Novas á Santaren, y el 17 se incorporó en Cercal con Junot. Los portugueses luego que le vieron léjos, entraron en Abrantes y se apoderaron de cási todo un destacamento que alli habia dejado.

Junot por su parte, segun acabamos de indicar, se habia ya adelantado. El 15 de agosto despues de celebrar con gran pompa la fiesta de Napoleon, por la noche y muy á las calladas habia salido de Lisboa. Falsas nuevas y el estado de su gente le retardaron en la marcha, y no le fue dado antes del 20 reunir sus diversas y separadas fuerzas. Aquel dia aparecieron juntas en Torres-Vedras, y se componian de 12,000 infantes y 1500 caballos. Quedaban ademas las competentes guarniciones en Yelbes, Almeida, Peniche, Palmela, Santaren y en los fuertes de Lisboa. Mandaba la 1.ª division francesa el general Delaborde, la 2.ª Loison, y Kellerman la reserva. La caballería y artillería se pusieron al cuidado de los generales Margaron y Taviel, y en la última arma mandaba la reserva el coronel entonces, y despues general Foi, célebre y bajo todos respectos digno de loa.

Era mas numeroso el ejército inglés. Se le habian nuevamente agregado 4000 hombres á las órdenes de los generales Anstruther y Acland, y constaba en todo de mas de 18,000 combatientes. Carecia de la suficiente caballería, limitándose á 200 ginetes ingleses y 250 portugueses. Despues de la accion de Roliza no habia Wellesley perseguido á su contrario. Para proteger el

Socorros llegados al ejército inglés.

desembarco en Maceira de los 4000 hombres mencionados, habia avanzado hasta Vimeiro, en donde cási al propio tiempo se le anunció la llegada con 11,000 hombres de Sir Juan Moore. A este le ordenó que saltase con su gente en tierra en Mondego, y que yendo del lado de Santaren cubriese la izquierda del ejército. No tardó tampoco en saberse la llegada de Sir H. Burrard nombrado segundo de Dalrymple en el mando: noticia por cierto poco grata para el general Wellesley, que esperaba por aquellos dias coger nuevos laureles. Su plan de ataque estaba ya combinado. Con pleno conocimiento del terreno, tomando un camino costero, escabroso y estrecho, pensaba flanquear la posicion de Torres-Vedras, y colocándose en Mafra interponerse entre Junot y Lisboa. Habia escogido aquellos vericuetos y ásperos sitios por considerarlos ventajosos para quien como él andaba escaso de caballería. Al aviso de estar cerca Burrard suspendió Wellesley su movimiento y se avistó á bordo con aquel general. Conferenciaron acerca del plan concertado, y juzgando Burrard ser arriesgada cualquiera tentativa en tanto que Moore no se les uniese, dispuso aguardarle y que permaneciese su ejército en la posicion de Vimeiro.

Tuvo empero la dicha el general Wellesley de que Junot, no queriendo dar tiempo á que se juntasen todas las fuerzas británicas, resolvió atacar inmediatamente á las que en Vimeiro se mantenian tranquilas.

Batalla de Vimeiro 21 de agosto.

Está situado aquel pueblo no léjos del mar en una cañada por donde corre el rio Maceira.

Al norte se eleva una sierra cortada al oriente por un escarpe en cuya hondonada está el lugar de Toledo. En dicha sierra no habian al principio colocado los ingleses sino algunos destacamentos. Al sudoeste se percibe un cerro en parte arbolado que por detras continúa hácia poniente con cimas mas erguidas. Seis brigadas inglesas ocupaban aquel puesto. Habia otras dos á la derecha del rio en una eminencia escueta y roqueña que se levanta delante de Vimeiro. En la cañada ó valle se situaron los portugueses y la caballería.

A las ocho de la mañana del 21 de agosto se divisaron los franceses viniendo de Torres-Vedras. Imaginóse Wellesley ser su intento atacar la izquierda de su ejército, que era la sierra al norte; y como estaba desguarnecida encaminó á aquel punto, una tras de otra, cuatro de las seis brigadas que coronaban las alturas de sudoeste y que era su derecha. No habia sido tal el pensamiento de los franceses. Mas observando su general dicho movimiento, envió sucesivamente para sostener á un regimiento de dragones, hácia allí destacado, dos brigadas al mando de los generales Brenier y Solignac.

No por eso desistió Junot de proseguir en el plan de ataque que habia concebido, y cuyo principal blanco era la eminencia situada delante de Vimeiro, en donde estaban apostadas, segun hemos dicho, dos brigadas inglesas, las cuales se respaldaban contra otras dos que aun permanecian en las alturas de sudoeste.

Rompió el combate el general Delaborde, siguió á poco Loison, y por instantes arreció la

pelea furiosamente. La reserva bajo las órdenes de Kellerman, viendo que los suyos no se apoderaban de la eminencia, fue en su ayuda, y en uno de aquellos acometimientos hirieron á Foy. Rechazaban los ingleses á sus intrépidos contrarios, aunque á veces flaqueaba alguno de sus cuerpos. Junot en la reserva observaba y dirigia el principal ataque sin descuidar su derecha. Mas en aquella no tuvieron ventura los generales Solignac y Brenier, habiendo sido uno herido y otro prisionero.

A las doce del dia, despues de tres horas de inútil lucha y disminuido el ejército francés con la pérdida de mas de 1800 hombres, determinaron sus generales retirarse á una línea casi paralela á la que ocupaban los ingleses. Estos con parte de su fuerza todavía intacta consideraron entonces como suya la victoria, habiéndose apoderado de 13 cañones, y solo contando entre muertos y heridos unos 800 hombres. Parecia que era llegado el tiempo de perseguir á los vencidos con las tropas de refresco. Tal era el dictámen de Sir Arthuro Wellesley, sin que ya fuese dueño de llevarle á cabo. Durante la accion habia llegado al campo el general Burrard, á quien correspondia el mando en gefe. Con escrúpulo cortesano dejó á Wellesley rematar una empresa dichosamente comenzada. Pero al tratar de perseguir al enemigo, recobrando su autoridad, opúsose á ello, é insistió en aguardar á Moore. De prudencia pudo graduarse semejante opinion antes de la batalla: tanta precaucion ahora sino disfrazaba zelosa rivalidad, excedia los límites de la timidez misma.

Los franceses por la tarde sin ser incomodados se fueron á Torres-Vedras. El 22 celebró Junot consejo de guerra, en el que acordaron abrir negociaciones con los ingleses por medio del general Kellerman, no dejando de continuar su retirada á Lisboa. Asi se ejecutó; pero al tocar el negociador francés las líneas inglesas, habia desembarcado ya y tomado el mando Sir H. Dalrymple. Con lo que en menos de dos dias tres generales se sucedieron en el campo británico: mudanza perjudicial á las operaciones militares y á los tratos que siguieron, apareciendo cuán erradamente á veces proceden aun los gobiernos mas prácticos y advertidos. Propuso Kellerman un armisticio, conformóse el general inglés y se nombró para concluirle á Sir Arthuro Wellesley. Convinieron los negociadores en ciertos artículos que debian servir de base á un tratado definitivo. Fueron los mas principales: 1.° Que el ejército francés evacuaria á Portugal, siendo transportado á Francia con artillería, armas y bagage por la marina británica. 2.° Que á los portugueses y franceses avecindados no se les molestaria por su anterior conducta política, pudiendo salir del territorio portugués con sus haberes en cierto plazo: y 3.° Que se consideraria neutral el puerto de Lisboa durante el tiempo necesario y conforme al derecho marítimo, á fin de que la escuadra rusa diese la vela sin ser á su salida incomodada por la británica. Señalóse una línea de demarcacion entre ambos ejércitos, quedando obligados recíprocamente á avisarse 48 horas de antemano en caso de volver á romperse las hostilidades.

Armisticio entre ambos ejércitos.

Mientras tanto Junot habia el 23 entrado en Lisboa, en donde los ánimos andaban muy alterados. Con la noticia de la accion de Roliza hubiérase el 20 conmovido la poblacion á no haberla contenido con su prudencia el general Travot. Mas permaneciendo viva la causa de la fermentacion pública, hubieron los franceses de acudir á precauciones severas, y aun al miserable y frágil medio de esparcir falsas nuevas, anunciando que habian ganado la batalla de Vimeiro. De poco hubieran servido sus medidas y artificios si oportunamente no hubiera llegado con su ejército el general Junot. A su vista forzoso le fue al patriotismo portugués reprimir ímpetus inconsiderados.

Por otra parte el armisticio tropezaba con obstáculos imprevistos. El general Bernardino Freire agriamente representó contra su ejecucion, no habiendo tenido cuenta en lo estipulado ni con su ejército, ni con la junta de Oporto, ni tampoco con el príncipe regente de Portugal, cuyo nombre no sonaba en ninguno de los artículos. Aunque justa hasta cierto punto, fue desatendida tal reclamacion. No pudo serlo la de Sir C. Cotton comandante de la escuadra británica, quien no quiso reconocer nada de lo convenido acerca de la neutralidad del puerto y de los buques rusos alli anclados. Tuvieron pues que romperse las negociaciones.

Mucho incomodó á Junot aquel inesperado suceso; y escuchando antes que á sus apuros á la altivez de su pecho engreido con no interrumpida ventura, dispúsose á guerrear á todo trance. Mas sin recursos, angustiados los suyos

y reforzados los contrarios con la division de Moore y un regimiento que el general Beresford traia de las aguas de Cádiz, se le ofrecian insuperables dificultades. Aumentábanse estas con el brio adquirido por la poblacion portuguesa, la que despues de las victorias alcanzadas, de tropel acudia á Lisboa y estrechaba las cercanías. Carecia tambien de la conveniente cooperacion del almiranto ruso, indiferente á su suerte y firme en no prestarle ayuda. Tal porte enfureció tanto mas á Junot, cuanto la estancia de aquella escuadra en el Tajo habia sido causa del rompimiento de las negociaciones entabladas. Asi mal de su grado, solo y vencido de la amarga situacion de su ejército, cedió Junot y asintió á la famosa convencion concluida en Lisboa el 30 de agosto entre el general Kellerman y J. Murray cuartel maestre del ejército inglés. El ruso ajustó por sí en 3 de setiembre un convenio con el almirante inglés, segun el cual entregaba en depósito su escuadra al gobierno británico hasta seis meses despues de concluida la paz entre sus gobiernos respectivos, debiendo ser transportados á Rusia los gefes, oficiales y soldados que la tripulaban.

Convenio del almirante ruso con el inglés. (* Ap. n. 6.)

La convencion entre franceses é ingleses llamóse malamente de Cintra, por no haber sido firmada alli ni ratificada. * Constaba de 22 artículos y ademas otros tres adicionales, partiendo de la base del armisticio antes concluido. Los franceses no eran considerados como prisioneros de guerra, y debian los ingleses transportarlos á cualquiera puerto occidental de Francia entre Rochefort y Lorient. En el tratado se in-

Convencion de Cintra.

(* Ap. n. 7.)

cluian las guarniciones de las plazas fuertes. Los españoles detenidos en pontones ó barcos en el Tajo, se entregaban á disposicion del general inglés, en trueque de los franceses que sin haber tomado parte en la guerra hubieran sido presos en España. No eran por cierto muchos, y los mas habian ya sido puestos en libertad. Entre los que todavía permanecian arrestados soltó los suyos la junta de Extremadura, condescendiendo con los deseos del general inglés. El número de españoles que gemian en Lisboa presos ascendia á 3500 hombres, procedentes de los regimientos de Santiago y Alcántara de caballería, de un batallon de tropas ligeras de Valencia, de granaderos provinciales y varios piquetes; los cuales bien armados y equipados desembarcaron en octubre á las órdenes del mariscal de campo Don Gregorio Laguna en la Rápita de Tortosa y en los Alfaques. Los demas artículos de la convencion tuvieron sucesivamente cumplido efecto. Algunos de ellos suscitaron acaloradas disputas: sobre todo los que tenian relacion con la propiedad de los individuos. Esto y falta de transportes dilataron la partida de los franceses.

Españoles de Portugal.

Causaba su presencia desagradable impresion, y tuvieron los ingleses que velar noche y dia para que no se perturbase la tranquilidad de Lisboa. No tanto ofendía á sus habitantes la franca salida que por la convencion se daba á sus enemigos, cuanto el poco aprecio con que en ella eran tratados el príncipe regente y su gobierno. No se mentaba ni por acaso su nombre, y si en el armisticio habia cabido la disculpa de ser un puro convenio militar, en el nuevo trata-

do en que se mezclaban intereses políticos no era dado alegar las mismas razones. De aqui se promovió un reñido altercado entre la junta de Oporto y los generales ingleses. Al principio quisieron estos aplacar el enojo de aquella; mas al fin desconocieron su autoridad y la de todas las juntas creadas en Portugal. Restablecieron en 18 de setiembre conforme á instruccion de su gobierno la regencia que al partir al Brasil habia dejado el príncipe Don Juan, y tan solo descartaron las personas ausentes ó comprometidas con los franceses. Portugal reconoció el nuevo gobierno y se disolvieron todas sus juntas.

Restablecen los ingleses la regencia de Portugal.

El 13 de setiembre dió la vela Junot y su nave dirigió el rumbo á la Rochela. El 30 todas sus tropas estaban ya embarcadas, y unas en pos de otras arribaron á Guiberon y Lorient. Faltaban las de las plazas, para cuya salida hubo nuevos tropiezos. El general español Don José de Arce por órden de la junta de Extremadura habia asediado el 7 de setiembre á Yelbes, y obligado al comandante francés Girod de Novilars á encerrarse en el fuerte de La Lippe. Sobrado tardía era en verdad la tentativa de los españoles, y llevaba traza de haberse imaginado despues de sabida la convencion entre franceses é ingleses. Despacharon estos para cumplirla en aquella plaza un regimiento, pero Arce y la junta de Extremadura se opusieron vivamente á que se dejase ir libres á los que sus soldados sitiaban. Cruzáronse escritos de una y otra parte, hubo varias y aun empeñadas explicaciones, mas al cabo se arregló todo amistosamente con el coronel inglés Grahan. No anduvieron res-

Yelbes sitiada por los españoles.

Almeida por los portugueses.

pecto de Almeida mas dóciles los portugueses, quienes cercaban la plaza. Hasta primeros de octubre no se removieron los obstáculos que se oponian á la entrega, y aun entonces hubo de serles á los franceses harto costosa. Libres ya y próximos á embarcarse en Oporto, sublevóse el pueblo de aquella ciudad con haber descubierto entre los equipages ornamentos y alhajas de iglesia. Despojados de sus armas y haberes debieron la vida á la firmeza del inglés Sir Roberto Wilson que mandaba un cuerpo de portugueses, conteniendo á duras penas la embravecida furia popular.

Con el embarco de la guarnicion de Almeida quedaba del todo cumplida la convencion llamada de Cintra. Fue penosa la travesía de las tropas francesas, maltratado el convoy por recios temporales. Cerca de 2000 hombres perecieron, naufragando tripulaciones y transportes: 22,000 arribaron á Francia, 29,000 habian pisado el suelo portugués. Pocos meses adelante los mismos soldados aguerridos y mejor disciplinados volvieron de refresco sobre España.

Dasaprobacion general de la convencion de Cintra en Inglaterra.

La convencion no solamente indignó á los portugueses y fue censurada por los españoles, sino que tambien levantó contra ella el clamor de la Inglaterra misma. Llenos de satisfaccion y contento habian estado sus habitantes al eco de las victorias de Roliza y Vimeiro. De ello fuimos testigos, y de los primeros. Traemos á la memoria que en 1.º de setiembre y á cosa de las nueve de la noche asistiendo á un banquete en casa de Mr. Canning, se anunció de improviso la llegada del capitan Campbell por-

tador de ambas nuevas. Estaban alli presentes los demas ministros británicos, y á pesar de su natural y prudente reserva, con las victorias conseguidas desabrocharon sus pechos con júbilo colmado. No menor se mostró en todas las ciudades y pueblos de la gran Bretaña. Pero enturbióle bien luego la capitulacion concedida á Junot, creciendo el enojo á par de lo abultado de las esperanzas. Muchos decian que los españoles hubieran conseguido triunfo mas acabado. Tan grande era el concepto del brio y pericia militar de nuestra nacion, exagerado entonces, como despues sobradamente deprimido al llegar derrotas y contratiempos. Aparecia el despecho y la ira hasta en los papeles públicos, cuyas hojas se orlaban con bandas negras, pintando tambien en caricaturas é impresos á sus tres generales colgados de un patíbulo afrentoso. Cundió el enojo de los particulares á las corporaciones, y las hubo que elevaron hasta el solio enérgicas representaciones. Descolló entre todas la del cuerpo municipal de Lóndres. No en vano levanta en Inglaterra su voz la opinion nacional. A ella tuvieron que responder los ministros ingleses, nombrando una comision que informase acerca del asunto, y llamando á los tres generales Dalrymple, Burrard y Wellesley para que satisficiesen á los cargos. Hubo en el exámen de su conducta varios incidentes, mas al cabo conformándose S. M. B. con el unánime parecer de la comision, declaró no haber lugar á la formacion de causa, al paso que desechó los artículos de la convencion, cuyo contenido podria ofender ó perjudicar á españoles y

portugueses. Decision que á pocos agradó, y sobre la que se hicieron justos reparos.

Nosotros creemos que si bien hubieran podido sacarse mayores ventajas de las victorias de Roliza y Vimeiro, fue empero de gran provecho el que se desembarazase á Portugal de enemigos. Con la convencion se consiguió pronto aquel objeto; sin ella quizá se hubiera empeñado una lucha mas larga, y España embarazada con los franceses á la espalda no hubiera tan facilmente podido atender á su defensa y arreglo interior.

Declaracion de S. M. B. de 4 de julio.

Estas pues habian sido las victorias conseguidas por las armas aliadas antes del mes de setiembre en el territorio peninsular, con las que se logró despejar su suelo hasta las orillas de Ebro. Por el mismo tiempo fueron tambien de entidad los tratos y conciertos que hubo entre el gobierno de S. M. B. y las juntas españolas, los cuales dieron ocasion á acontecimientos importantes.

Hablamos en su orígen del modo lisonjero con que habian sido tratados los diputados de Asturias y Galicia. Se habian ido estrechando aquellas primeras relaciones, y ademas de los cuantiosos auxilios mencionados y que en un principio se despacharon á España, fueron despues otros nuevos y pecuniarios. * Creciendo la insurreccion y afirmándose maravillosamente, dió S. M. B. * una prueba solemne de adhesion á la causa de los españoles, publicando en 4 de julio una declaracion por la que se renovaban los antiguos vínculos de amistad entre ambas naciones. Realmente estaban ya restablecidos desde

(* Ap. n. 7. bis.)

(* Ap. n. 8.)

primeros de junio; pero á mayor abundamiento quísose dar á la nueva alianza toda autoridad por medio de un documento público y de oficio.

La union franca y leal de ambos paises, y el tropel portentoso de inesperados sucesos habian excitado en Inglaterra un vivo deseo de tomar partido con los patriotas españoles. No se limitó aquel á los naturales, no á aventureros ansiosos de buscar fortuna. Cundió tambien á extrangeros y subió hasta personages célebres é ilustres. Los diputados españoles careciendo de la competente facultad se negaron constantemente á escuchar semejantes solicitudes. Sería prolijo reproducir aun las mas principales. Contentarémonos con hacer mencion de dos de las mas señaladas. Fue una la del general Dumourier: con ahinco solicitaba trasladarse á la península, y tener alli un mando, ó por lo menos ayudar de cerca con sus consejos. Figurábase que ellos y su nombre desbaratarian las huestes de Napoleon. Tachado de vario é inconstante en su conducta, y tambien de poco fiel á su patria, mal hubiera podido merecer la confianza de otra adoptiva. De muy diverso orígen procedia la segunda solicitud, y de quien bajo todos respectos y por sus desgracias y las de su familia merecia otro miramiento y atencion. Sin embargo no les fue dado á los diputados acceder al noble sacrificio que queria hacer de su persona el conde de Artois [hoy Carlos X de Francia] partiendo á España á pelear en las filas españolas.

Peticiones y reclamaciones que se hacen á los diputados españoles.

Dumourier.

Conde de Artois.

Acompañaron á estas gestiones otras no dignas de olvido. Pocos dias habian corrido despues de la llegada á Lóndres de los diputados

de Asturias, cuando el duque de Blacas [entonces conde] se les presentó á nombre de
Luis XVIII. Luis XVIII, ilustre cabeza de la familia de Borbon, con objeto de reclamar el derecho al trono español que asistia á la rama de Francia, extinguida que fuese la de Felipe V. Evitando tan espinosa cuestion por anticipada, se respondió de palabra y con el debido acatamiento á la reclamacion de un príncipe desventurado y venerable, léjos todavía de imaginarse que la insurreccion de España le serviria de primer escalon para recuperar el trono de sus mayores. Mas secamente se replicó á la nota, que al mismo propósito escribió á los diputados en favor de su
Príncipe de Castelcicala. amo, el príncipe de Castelcicala embajador de Fernando IV rey de las dos Sicilias. Provocó la diferencia en la contestacion el modo poco atento y desmañado con que dicho embajador se expresó, pues al paso que revindicaba derechos de tal cuantía, estudiosamente aun en el estilo esquivaba reconocer la autoridad de las juntas. La relacion de estos hechos muestra la importancia que ya todos daban á la insurreccion de España, deprimida entonces y desfigurada por Napoleon.

Pero si bien eran lisonjeros aquellos pasos, no podian fijar tanto la atencion de los diputados como otros negocios que particularmente interesaban al triunfo de la buena causa. Para su prosecucion se agregaron en primeros de julio á los de Galicia y Asturias los diputados de Sevilla el teniente general Don Juan Ruiz de Apodaca y el mariscal de campo Don Adrian Jácome. Unidos no solamente promovieron el

envio de socorros, sino que ademas volvieron la vista al Norte de Europa. Despacharon á Rusia un comisionado, mas ya fuese falta suya ó que aquel gabinete no estuviese todavía dispuesto á desavenirse con Francia, la tentativa no tuvo ninguna resulta. Mas dichosa fue la que hicieron para libertar la division española que estaba en Dinamarca á las órdenes del marqués de la Romana, merced al patriotismo de sus soldados, y á la actividad y zelo de la marina inglesa.

Tropa española en Dinamarca.

Hubiérase achacado á desvario pocos meses antes el figurarse siquiera que aquellas tropas á tan gran distancia de su patria y rodeadas del inmenso poder y vigilancia de Napoleon, pisarian de nuevo el suelo español burlándose de precauciones, y aun sirviéndoles para su empresa las mismas que contra su libertad se habian tomado. Constaba á la sazon su fuerza de 14,198 hombres, y se componia de la division que en la primavera de 1807 habia salido de España con el marqués de la Romana, y de la que estaba en Toscana y se le juntó en el camino. Por agosto de aquel año y á las órdenes del mariscal Bernardotte príncipe de Ponte-Corvo, ocupaban dichas divisiones á Hamburgo y sus cercanías, despues de haber gloriosamente peleado algunos de los cuerpos en el sitio de Stralsunda. Resuelto Napoleon á enseñorearse de España, juzgó prudente colocarlos en parage mas seguro, y con pretexto de una invasion en Suecia los aisló y dividió en el territorio danés. Estrechólos así entre el mar y su ejército. Napoleon determinó que ejecutasen aquel movimiento en marzo de 1808. Cruzó la vanguardia el

pequeño Belt y desembarcó en Fionia. La impidió atravesar el gran Belt é ir á Zelandia la escuadra inglesa que apareció en aquellas aguas. Lo restante de la fuerza española detenida en el Sleswic, se situó despues en las islas de Langeland y Fionia y en la península de Jutlandia. Asi continuó, excepto los regimientos de Asturias y Guadalajara que de noche y precavidamente consiguieron pasar el gran Belt y entrar en Zelandia. Las novedades de España aunque alteradas y tardías habian penetrado en aquel apartado reino. Pocas eran las cartas que los españoles recibian, interceptando el gobierno francés las que hablaban de las mudanzas intentadas ó ya acaecidas. Causaba el silencio desasosiego en los ánimos, y aumentaba el disgusto el verse las tropas divididas y desparramadas.

En tal congoja recibióse en junio un despacho de Don Mariano Luis de Urquijo para que se reconociese y prestase juramento á José, con la advertencia «de que se diese parte si habia »en los regimientos algun individuo tan exalta»do que no quisiera conformarse con aquella »soberana resolucion, desconociendo el interés »de la familia real y de la nacion española." No acompañaron á este pliego otras cartas ó correspondencia, lo que despertó nuevas sospechas. Tambien el 24 del mismo mes habia al propio fin escrito al de la Romana el mariscal Bernardotte. El descontento de soldados y oficiales era grande, los susurros y hablillas muchos, y temíanse los gefes alguna séria desazon. Por tanto adoptáronse para cumplir la órden recibida convenientes medidas, que no del todo basta-

ron. En Fionia salieron gritos de entre las filas de Almansa y Princesa de *viva España* y *muera Napoleon*, y sobre todo el tercer batallon del último regimiento anduvo muy alterado. Los de Asturias y Guadalajara abiertamente se sublevaron en Zelandia, fue muerto un ayudante del general Fririon, y este hubiera perecido si el coronel del primer cuerpo no le hubiese escondido en su casa. Rodeados aquellos soldados fueron desarmados por tropas danesas. Hubo tambien quien juró con condicion de que José hubiese subido al trono sin oposicion del pueblo español. Cortapisa honrosa y que ponia á salvo la mas escrupulosa conciencia, aun en caso de que obligase un juramento engañoso, cuyo cumplimiento comprometia la suerte é independencia de la patria.

Marqués de la Romana.

Mas semejantes ocurrencias excitaron mayor vigilancia en el gobierno francés. Aunque ofendidos é irritados, calladamente aguantaban los españoles hasta poder en cuerpo ó por separado libertarse de la mano que los oprimia. El mismo general en gefe vióse obligado á reconocer al nuevo rey, dirigiéndole, como á Bernadotte, una carta harto lisonjera. La contradiccion que aparece entre este paso y su posterior conducta se explica con la situacion crítica de aquel general y su carácter; por lo que daremos de él y de su persona breve noticia.

Don Pedro Caro y Sureda marqués de la Romana, de una de las mas ilustres casas de Mallorca, habia nacido en Palma capital de aquella isla. Su edad era la de 46 años, de pequeña estatura, mas de complexion récia y enjuta,

acostumbrado su cuerpo á abstinencia y rigor. Tenia vasta lectura no desconociendo los autores clásicos latinos y griegos, cuyas lenguas poseía. De la marina pasó al ejército al empezar la guerra de Francia en 1793, y sirvió en Navarra á las órdenes de su tio Don Juan Ventura Caro. Yendo de alli á Cataluña ascendió á general, y mostróse entendido y bizarro. Obtuvo despues otros cargos. Habiendo antes viajado en Francia, se le miró como hombre al caso para mandar la fuerza española que se enviaba al Norte. Faltábale la conveniente entereza, pecaba de distraido, cayendo en olvidos y raras contradicciones. Juguete de aduladores, se enredaba á veces en malos é inconsiderados pasos. Por fortuna en la ocasion actual no tuvieron cabida aviesas insinuaciones, asi por la buena disposicion del marqués, como tambien por ser cási unánime en favor de la causa nacional la decision de los oficiales y personas de cuenta que le rodeaban.

Bien pronto en efecto se les ofreció ocasion de justificar los nobles sentimientos que los animaban. Desde junio los diputados de Galicia y Asturias habian procurado por medio de activa correspondencia ponerse en comunicacion con aquel ejército; mas en vano: sus cartas fueron interceptadas ó se retardaron en su arribo. Tambien el gobierno inglés envió un clérigo católico de nombre Robertson, el que si bien consiguió abocarse con el marqués de la Romana, nada pudo entre ellos concluirse ni determinarse definitivamente. Mientras tanto llegaron á Lóndres Don Juan Ruiz de Apodaca y

Don Adrian Jácome, y como era urgente sacar, por decirlo asi, de cautiverio á los soldados españoles de Dinamarca, concertáronse todos los diputados y resolvieron que los de Andalucía enviasen al báltico á su secretario el oficial de marina Don Rafael Lobo, sugeto capaz y zeloso. Proporcionó buque el gobierno inglés, y haciéndose á la vela en julio arribó Lobo el 4 de agosto al gran Belt, en donde con el mismo objeto se habia apostado á las órdenes de Sir R. Keats parte de la escuadra inglesa que cruzaba en los mares del Norte. Lobo.

Don Rafael Lobo ancló delante de las islas dinamarquesas, á tiempo que en aquellas costas se habia despertado el cuidado de los franceses por la presencia y proximidad de dicha escuadra. Deseoso de avisar su venida empleó Lobo inutilmente varios medios de comunicar con tierra. Empezaba ya á desesperanzar, cuando el brioso arrojo del oficial de voluntarios de Cataluña Don Juan Antonio Fábregues, puso término á la angustia. Habia este ido con pliegos desde Langeland á Copenhague. A su vuelta con propósito de escaparse, en vez de regresar por el mismo parage, buscó otro apartado, en donde se embarcó mediante un ajuste con dos pescadores. En la travesía columbrando tres navíos ingleses fondeados á cuatro leguas de la costa, arrebatado de noble inspiracion tiró del sable y ordenó á los dos pescadores, únicos que gobernaban la nave, hacer rumbo á la escuadra inglesa. Un soldado español que iba en su compañía ignorando su intento, arredróse y dejó caer el fusil de las manos. Con pres- Fábregues.

teza cogió el arma uno de los marineros, y mal lo hubiera pasado Fábregues, si pronto y resuelto este, dando al danés un sablazo en la muñeca, no le hubiese desarmado. Forzados pues se vieron los dos pescadores á obedecer al intrépido español. Déjase discurrir de cuánto gozo se embargarian los sentidos de Fábregues al encontrarse á bordo con Lobo, como tambien cuánta sería la satisfaccion del último cerciorándose de que la suerte le proporcionaba seguro conducto de tratar y corresponder con los gefes españoles.

No desperdiciaron ni uno ni otro el tiempo que entonces era á todos precioso. Fábregues á pesar del riesgo se encargó de llevar la correspondencia, y de noche y á hurtadillas le echó en la costa de Langeland un bote inglés. Avistóse á su arribo y sin tardanza con el comandante español, que tambien lo era de su cuerpo, Don Ambrosio de la Cuadra, confiado en su militar honradez. No se engañó porque asintiendo este á tan digna determinacion, prontamente y disfrazado despachó al mismo Fábregues para que diese cuenta de lo que pasaba al marqués de la Romana. Trasladóse á Fionia en donde estaba el cuartel general, y desempeñó en breve y con gran zelo su encargo.

Causaron alli las nuevas que traia profunda impresion. Crítica era en verdad y apurada la posicion de su gefe. Como buen patricio anhelaba seguir el pendon nacional, mas como caudillo de un ejército pesábale la responsabilidad en que incurriría si su noble intento se desgraciaba. Perplejo se hubiera quizá mante-

nido á no haberle estimulado con su opinion y consejos los demas oficiales. Decidióse en fin al embarco, y convino secretamente con los ingleses en el modo y forma de ejecutarle. Al principio se habia pensado en que se suspendiese hasta que noticiosas del plan acordado las tropas que habia en Zelandia y Jutlandia, se moviesen todas á un tiempo antes de despertar el recelo de los franceses. Mas informados estos de haber Fábregues comunicado con la escuadra inglesa, menester fue acelerar la operacion trazada.

Dispónense á embarcarse las tropas del Norte.

Dieron principio á ella los que estaban en Langeland enseñoreándose de la isla. Prosiguió Romana y se apoderó el 9 de agosto de la ciudad de Nyborg, punto importante para embarcarse y repeler cualquiera ataque que intentasen 3000 soldados dinamarqueses existentes en Fionia. Los españoles acuartelados en Swendborg y Faaborg al mediodia de la misma isla, se embarcaron para Langeland tambien el 9, y tomaron tierra desembarazadamente. Con mas obstáculos tropezó el regimiento de Zamora, acantonado en Fridericia: engañóle Don Juan de Kindelan segundo de Romana, que alli mandaba. Aparentando desear lo mismo que sus soldados dispúsose á partir y aun embarcó su equipage; pero en el entretanto no solo dió aviso de lo que ocurria al mariscal Bernadotte, sino que temiendo que se descubriese su perfidia, cautelosamente y por una puerta falsa se escapó de su casa. Amenazados por aquel desgraciado incidente apresuráronse los de Zamora á pasar á Middlefahrt, y sin descanso caminaron desde alli

Kindelan.

por espacio de veintiuna horas, hasta incorporarse en Nyborg con la fuerza principal, habiendo andado en tan breve tiempo mas de dieciocho leguas de España. Huido Kindelan y advertidos los franceses, parecia imposible que se salvasen los otros regimientos que habia en Jutlandia: con todo lo consiguieron dos de ellos. Fue el primero el de caballería del Rey. Ocupaba á Aarhuus, y por el cuidado y zelo de su anciano coronel, fletando barcas salvóse y arribó á Nyborg. Otro tanto sucedió con el del Infante, tambien de caballería, situado en Manders y por consiguiente mas léjos y al norte. No tuvo igual dicha el de Algarbe, único que alli quedaba. Retardó su marcha por indecision de su coronel, y aunque mas cerca de Fionia que los otros dos, fue sorprendido por las tropas francesas. En aquel encuentro el capitan Costa que mandaba un escuadron, al verse vendido prefirió acabar con su vida tirándose un pistoletazo. Imposible fue á los regimientos de Asturias y Guadalajara acudir al punto de Corsoer que se les habia indicado como el mas vecino á Nyborg desde la costa opuesta de Zelandia. Desarmados antes, segun hemos visto, y cuidadosamente observados, envolviéronlos las tropas danesas al ir á ejecutar su pensamiento. Asi que entre estos dos cuerpos el de Algarbe de caballería, algunas partidas sueltas y varios oficiales ausentes por comision ó motivo particular, quedaron en el norte 5160 hombres, y 9038 fueron los que unidos en Langeland y pasada reseña se contaron prontos á dar la vela. Abandonáronse los caballos no habiendo ni transportes ni tiempo para embarcarlos. Mu-

chos de los ginetes no tuvieron ánimo para matarlos, y siendo enteros y viéndose solos y sin freno, se extendieron por la comarca y esparcieron el desórden y espanto.

Kindelan y Guerrero.

Don Juan de Kindelan habia en el intermedio llegado al cuartel general de Bernardotte, y no contento con los avisos dados, descubrió al capitan de artillería Don José Guerrero, encargado por Romana de una comision importante en el Sleswic. Arrestáronle, y enfurecido con la alevosía de Kindelan apellidóle traidor delante de Bernardotte, quedando aquel avergonzado y mirándole despues al soslayo los mismos á quienes servia: merecido galardon á su villano proceder. Salvó la vida á Guerrero la hidalga generosidad del mariscal francés, quien le dejó escapar y aun en secreto le proporcionó dinero.

Juramento de los españoles en Langeland.

Mas al paso que tan dignamente se portaba con un oficial honrado y benemérito, forzoso le fue, obrando como general, poner en práctica cuantos medios estaban á su alcance para estorbar la evasion de los españoles. Ya no era dado ejecutarlo por la violencia. Acudió á proclamas y exhortaciones, esparciendo ademas sus agentes falsas nuevas, y procurando sembrar rencillas y desavenencias. Pero ¡cuán grandioso espectáculo no ofrecieron los soldados españoles en respuesta á aquellos escritos y manejos! Juntos en Langeland, clavadas sus banderas en medio de un círculo que formaron, y ante ellas hincados de rodillas, juraron con lágrimas de ternura y despecho ser fieles á su amada patria y desechar seductoras ofertas. No; la antigüe-

dad con todo el realce que dan á sus acciones el transcurso del tiempo y la elocuente pluma de sus egregios escritores, no nos ha transmitido ningun suceso que á este se aventaje. Nobles é intrépidos sin duda fueron los griegos cuando unidos á la voz de Jenofonte para volver á su patria, dieron á las falaces promesas del rey de Persia aquella elevada y sencilla respuesta * «hemos resuelto atravesar el pais pacíficamente si »se nos deja retirarnos al suelo patrio, y pelear »hasta morir si alguno nos lo impidiese." Mas á los griegos no les quedaba otro partido que la esclavitud ó la muerte; á los españoles, permaneciendo sosegados y sujetos á Napoleon, con largueza se les hubieran dispensado premios y honores. Aventurándose á tornar á su patria, los unos llegados que fuesen, esperaban vivir tranquilos y honrados en sus hogares; los otros, si bien con nuevo lustre, iban á empeñarse en una guerra larga, dura y azarosa, exponiéndose, si caian prisioneros, á la tremenda venganza del emperador de los franceses.

(* Ap. n. 9.)

Urgiendo volver á España, y siendo prudente alejarse de costas dominadas por un poderoso enemigo, abreviaron la partida de Langeland y el 13 se hicieron á la vela para Gotemburgo en Suecia. En aquel puerto, entonces amigo, aguardaron transportes, y antes de mucho dirigieron el rumbo á las playas de su patria, en donde no tardaremos en verlos unidos á los ejércitos lidiadores.

Dan la vela para España.

Habiendo llegado los asuntos públicos dentro y fuera del reino á tal punto de pronta é impensada felicidad, cierto que no faltaba para

Trátase de reunir una junta central.

que fuese cumplida sino reconcentrar en una sola mano ó cuerpo la potestad suprema. Mas la discordancia sobre el modo y lugar, las dificultades que nacieron de un estado de cosas tan nuevo, y rivalidades y competencias retardaron su nombramiento y formacion.

Situacion de Madrid.

Perjudicó tambien á la apetecida brevedad la situacion en que quedó á la salida del enemigo la capital de la monarquía. Los moradores ausentes unos, y amedrantados otros con el duro escarmiento del 2 de mayo, ó no pudieron ó no osaron nombrar un cuerpo que, á semejanza de las demas provincias, tomase las riendas del gobierno de su territorio y sirviese de guia á todo el reino. Verdad es que Madrid ni por su poblacion ni por su riqueza no habiendo nunca ejercido, como acontece con algunas capitales de Europa, poderoso influjo en las demas ciudades, hubiera necesitado de mayor esfuerzo para atraerlas á su voz y acelerar su ayuntamiento y concordia. Con todo, hubiéranse al fin vencido tamaños obstáculos sino se hubiera encontrado otro superior en el consejo real ó de Castilla; el cual, desconceptuado en la nacion por su incierta, tímida y reprensible conducta con el gobierno intruso, tenia en Madrid todavía acérrimos partidarios en el numeroso séquito de sus dependientes y hechuras. Aunque érale dado con tal arrimo proseguir en su antigua autoridad, mantúvose quedo y como arrumbado á la partida de los franceses; ora por temor de que estos volviesen, ora tambien por la incertidumbre en que estaba de ser obedecido. Al fin y poco despues tomó brios viendo

que nadie le salia al encuentro, y sobre todo impelido del miedo con que á muchos sobrecogió un sangriento desman de la plebe madrileña.

Asesinato de Viguri.

Vivia en la capital retirado y obscurecido Don Luis Viguri, antiguo intendente de la Habana y uno de los mas menguados cortesanos del príncipe de la Paz, cuya desgracia, segun dijimos, le habia acarreado la formacion de una causa. Parece ser que no se aventajaba á la pública su vida privada, y que con frecuencia maltrataba de palabra y obra á un familiar suyo. Adiestrado éste en la mala escuela de su amo, luego que se le presentó ocasion no la desaprovechó y trató de vengarse. Un dia, y fue el 4 de agosto, á tiempo que reinaba en Madrid una sorda agitacion, antojósele al mal aventurado Viguri desfogar su encubierta ira en el tan repetidamente golpeado doméstico, quien encolerizado apellidó en su ayuda al populacho, afirmando con verdad ó sin ella que su amo era partidario de José Napoleon. A los gritos arremolinóse mucha gente delante de las puertas de la habitacion. Asustado Viguri quiso desde un balcon apaciguar los ánimos; pero los gestos que hacia para acallar el ruido y vocería, y poder hablar, fueron mirados por los concurrentes como amenazas é insultos, con lo que creció el enojo; y allanando la casa y cogiendo al dueño, le sacaron fuera é inhumanamente le arrastraron por las calles de Madrid.

Consejo de Castilla.

Atemorizáronse al oir la funesta desgracia consejeros y cortesanos, estremeciéronse los de la parcialidad del intruso, y acongojáronse hasta los pacíficos y amantes del órden. Huérfana

la capital y sin nueva corporacion que la rigiese, fácil le fue al consejo, aprovechándose de aquel suceso y aprieto, recobrar el poder que se figuraba competirle. El bien comun y público sosiego pedian, no hay duda, el establecimiento de una autoridad estable y única: y lástima fue que el vecindario de Madrid no la hubiera por sí formado; y tal, que enfrenando las pasiones populares y atajando al consejo en sus ambiciosas miras, hubiese aunado, repetimos, y concertado mas prontamente las voluntades de las otras juntas.

Sus manejos.

No fue asi; y el consejo destruyendo el impulso que Madrid hubiera debido dar, acrecentó con sus manejos y pretensiones los estorbos y enredos. Cuerpo autorizado con excesivas y encontradas facultades, habia en todos tiempos causado graves daños á la monarquía, y se imaginaba que no solo gobernaria ahora á Madrid, sino que extenderia á todo el reino y á todos los ramos su poder é influjo. Admira tanta ceguedad y tan desapoderada ambicion en un tiempo en que escrupulosamente se escudriñaba su porte con el intruso, y en que hasta se le disputaba el legítimo origen de su autoridad.

Opinion sobre aquel cuerpo.

Asi era que unos decian «si en realidad es el »consejo, segun pregona, el depositario de la »potestad suprema en ausencia del monarca, »¿qué ha hecho para conservar intactas las pre»rogativas de la corona? ¿qué en favor de la »dignidad y derechos de la nacion? Sumiso al »intruso ha reconocido sus actos, ó por lo me»nos los ha proclamado; y los efugios que ha »buscado y las cortapisas que ha veces ha pues-

»to, mas bien llevaban traza de ser un resguar»do que evitase su personal compromiso que la »oposicion justa y elevada de la primera magis»tratura del reino." Otros subiendo hasta la fuente de su autoridad, «nacido el consejo [de»cian] en los flacos y turbulentos reinados de »los Juanes y Enriques, tomó asiento y ensan»chó su poderío bajo Felipe II, cuando aquel »monarca intentando descuajar la hermosa plan»ta de las libertades nacionales, tan trabajadas »ya del tiempo de su padre, procuraba susten»tar su dominacion en cuerpos amovibles á su »voluntad y de eleccion suya, sin que ninguna »ley fundamental de la monarquía ni las córtes »permitiesen tal como era su establecimiento, »ni deslindasen las facultades que le competian. »Desde entonces el consejo, aprovechándose de »los calamitosos tiempos en que débiles monar»cas ascendieron al sólio, se erigió á veces en »supremo legislador formando en sus autos acor»dados leyes generales, para cuya adopcion y »circulacion no pedia el beneplácito ni la san»cion real. Ingirióse tambien en el ramo eco»nómico y manejó á su arbitrio los intereses de »todos los pueblos, sobre no reconocer en la »potestad judicial límites ni traba. Asi acumu»lando en sí solo tan vasto poder, se remonta»ba á la cima de la autoridad soberana; y des»cendiendo despues á entrometerse en la parte »mas ínfima, sino menos importante del go»bierno, no podia construirse una fuente ni re»pararse un camino en la mas retirada aldea ó »apartada comarca sin que antes hubiese dado »su consentimiento. En union con la inquisicion

»y asistido del mismo espíritu, al paso que ésta »cortaba los vuelos al entendimiento humano, »ayudábala aquel con sus minuciosas leyes de »imprenta, con sus tasas y restricciones. Y si en »tiempos tranquilos tanto perjuicio y tantos da»ños [añadian] nos ha hecho el consejo, insti»tucion monstruosa de extraordinarias y mal »combinadas facultades, consentidas mas no le»gitimadas por la voz nacional, ¿no tocaria en »frenesí dejarle con el antiguo poder cuando al »mismo tiempo que la nacion se libertaba con »energía del yugo extrangero, el consejo que »blasona ser cabecera del reino se ha mostrado »débil, condescendiente y abatido, ya que no »se le tenga por auxiliador y cómplice del ene»migo?"

Tales discursos no estaban desnudos de razon, aunque participasen algun tanto de las pasiones que agitaban los ánimos. En su buen tiempo el consejo se habia por lo general compuesto de magistrados íntegros, que con imparcialidad juzgaban los pleitos y desavenencias de los particulares: entre ellos se habian contado hombres profundos como los Macanaces y Campomanes, que con gran caudal de erudicion y sana doctrina se habian opuesto á las usurpaciones de la curia romana y procurado por su parte la mejora y adelantamientos de la nacion. Pero era el consejo un cuerpo de solos 25 individuos, los cuales por la mayor parte ancianos, y meros jurisperitos, no habian tenido ocasion ni lugar de extender sus conocimientos ni de perfeccionarse en otros estudios. Ocupados en sentenciar pleitos, responder á consultas y des-

pachar negocios de comisiones particulares, no solamente faltaba á los mas el saber y práctica que requieren la formacion de buenas leyes y el gobierno de los pueblos, sino que tambien escasos de tiempo dejaban á subalternos ignorantes ó interesados la resolucion de importantísimos expedientes. Mal grave y sentido de todos tan de antiguo, que ya en 1751 propuso al rey el célebre ministro marqués de la Ensenada despojar al consejo de lo concerniente á gobierno, policía y economía, dejándole reducido á entender en la justicia civil y criminal y asuntos del real patronato.

No le iba pues bien al consejo insistir ahora en la conservacion de sus antiguas facultades y aun en darles mayor ensanche. Con todo tal fue su intento. Seguro ya de que su autoridad sería en Madrid respetada, dirigióse á los presidentes de las juntas y á los generales de los ejércitos: á estos para que se aproximasen á la capital; á aquellos para que diputasen personas, que unidas al consejo tratasen de los medios de defensa: «tocando solo á él [decia] resolver so»bre medidas de otra clase y excitar la autori»dad de la nacion y cooperar con su influjo, »representacion y luces al bien general de ésta." Ensoberbecidas las juntas con el triunfo de su causa, déjase discurrir con qué enfado y desden replicarian á tan imprudente y desacordada propuesta. La de Galicia no solamente tachaba á cada uno de sus miembros de ser adicto á los franceses, sino que al cuerpo entero le echaba en cara haber sido el mas activo instrumento del usurpador. Palafox en su respuesta con se-

veridad le decia: «ese tribunal no ha llenado »sus deberes"; y Sevilla le acusaba ante la nacion «de haber obrado contra las leyes funda»mentales.... de haber facilitado á los enemigos »todos los medios de usurpar el señorío de Es»paña...... de ser en fin una autoridad nula é »ilegal, y ademas sospechosa de haber cometi»do antes acciones tan horribles que podian ca»lificarse de delitos atrocísimos contra la pa»tria...." Al mismo son se expresaron todas las otras juntas fuera de la de Valencia, la cual en 8 de agosto aprobó los términos lisonjeros con que el consejo era tratado en un escrito leido en su seno por uno de sus miembros. Mas aquella misma junta, tan dispuesta en su favor, tuvo muy luego que retractarse mandando en 15 del propio mes «que ninguna autoridad de cual»quiera clase mantuviese correspondencia di»recta ni se entendiese en nada con el conse»jo." Dió lugar á la mudanza de dictámen la presteza con que el último se metió á expedir órdenes como si ya no existiese la junta. Mal recibido de todos lados y aun ásperamente censurado, parecióle necesario al consejo dar un manifiesto en que sincerase su conducta y procedimientos: penoso paso á quien siempre habia desestimado el tribunal de la opinion pública. Mas no por eso desistió de su propósito, ni menos descuidó emplear otros medios con que recobrar la autoridad perdida. Dábale particular confianza la desunion que reinaba en las juntas y varias contestaciones entre ellas suscitadas. Por lo que será bien referir las mudanzas acaecidas en su composicion, y las explica-

ciones y altercados que precedieron á la instalacion de un gobierno central.

Estado de las juntas provinciales.

En la forma interior de aquellos cuerpos contadas fueron las variaciones ocurridas. Habíase en Asturias congregado desde agosto una nueva junta que diese mas fuerza y legitimidad al levantamiento de mayo, nombrando ó reeligiendo sus concejos diputados que la compusiesen con pleno conocimiento del objeto de su reunion. Ninguna alteracion sustancial habia acaecido en Galicia; pero su junta convidó á la anterior, para que de comun con ella y las de Leon y Castilla formasen todas una representacion de las provincias del norte. Se habian las dos últimas confundido y erigido en una sola despues de la aciaga jornada de Cabezon. Presidia á ambas el bailio Don Antonio Valdés, quien estando al principio de acuerdo con Don Gregorio de la Cuesta acabó por desavenirse con él y enojarse poderosamente. Reunidas en Ponferrada, como punto mas resguardado, se trasladaron á Lugo, en cuya ciudad debia verificarse la celebracion de juntas propuesta por la de Galicia. Esta mudanza fue el origen y principal motivo del enfado de Cuesta, no pudiendo tolerar que corporaciones que consideraba como dependientes de su autoridad, se alejasen del territorio de su mando y pasasen á una provincia con cuyos gefes estaba tan encontrado.

Concurrieron sin embargo á Lugo las tres juntas de Galicia, Castilla y Leon. No la de Asturias, ya por cierto desvío que habia entre ella y la de Galicia, y tambien porque viendo próxima la reunion central de todas las provincias

del reino, juzgó excusado y quizá perjudicial el que hubiese una parcial entre algunas del norte. Al tratarse de la formacion de ésta hubo diversos pareceres acerca del modo de su formacion y composicion. Quien opinaba por córtes, y quien soñaba un gobierno que diese principio y encaminase á una federacion nacional. Adheria al primer dictámen Sir Cárlos Stuart representante del gobierno inglés, como medio mas acomodado á los antiguos usos de España. Pero las novedades introducidas en las constituciones de aquel cuerpo durante la dominacion de las casas de Austria y Borbon, ofrecian para su llamamiento dificultades casi insuperables; pues al paso de ser muchas las ciudades de Leon y Castilla que enviaban procuradores á córtes, solo tenia una voz el populoso reino de Galicia y se veia privado de ella el principado de Asturias, cuna de la monarquía. Tal desarreglo pedia para su enmienda mas tiempo y sosiego de lo que entonces permitian las circunstancias. Por su parte la junta de Galicia, sabedora de la idea de la federacion, queria esquivar en sus vistas con las de Leon y Castilla, el tratar de la union de un solo y único gobierno central. Mas la autoridad de Don Antonio Valdés, que todas tres habian elegido por su presidente, pudiendo mas que el estrecho y poco ilustrado ánimo de ciertos hombres, y prevaleciendo sobre las pasiones de otros, consiguió que se aprobase su propuesta dirigida al nombramiento de diputados que en representacion de las tres juntas acudiesen á formar con las demas del reino una central. Con tan prudente y oportuna determi-

nacion se evitaron los extravíos y aun lástimas que hubiera provocado la opinion contraria.

Asimismo cortaron cuerdos varones varias desavenencias movidas entre Sevilla y Granada. Pretendia la primera que la última se le sometiese, olvidada de la principal parte que habian tenido las tropas de su general Reding en los triunfos de Bailen. La rivalidad habia nacido con la insurreccion, no siendo dable fijar ni deslindar los límites de nuevas y desconocidas autoridades; y en vez de desaparecer aquella, tomó con la victoria alcanzada extraordinario incremento. Llegó á tal punto la exaltacion y ceguera que el inquieto conde de Tilly propuso en el seno de la junta sevillana, que una division de su ejército marchase á sojuzgar á Granada. Presente Castaños y airado, á pesar de su condicion mansa, levantóse de su asiento, y dando una fuerte palmada en la mesa que delante habia, exclamó: «¿quién sin mi beneplácito se »atreverá á dar la órden de marcha que se pi»de? No conozco [añadió] distincion de provin»cias; soy general de la nacion, estoy á la ca»beza de una fuerza respetable y nunca tolera»ré que otros promuevan la guerra civil." Su firmeza contuvo á los díscolos, y ambas juntas se conformaron en adelante con una especie de concierto concluido entre la de Sevilla y los diputados de Granada, Don Rodrigo Rqiuelme regente de su chancillería, y el oidor Don Luis Guerrero, nombrados al intento y autorizados competentemente.

Diferian tan lamentables disputas la reunion del gobierno central, y como si estos y otros

obstáculos naturales no bastasen por sí, nuevos intereses y pretensiones venian á aumentarlos. Recordará el lector los pasos que en Lóndres dió en favor de los derechos de su amo á la corona de España el príncipe de Castelcicala embajador del rey de las Dos Sicilias, y la repulsa que recibió de los diputados. No desanimado con ella su gobierno, ni tampoco con otra parecida que le dió el ministerio inglés, por julio envió á Gibraltar un emisario que hiciese nuevas reclamaciones. El gobernador Dalrymple le impidió circular papeles y propasarse á otras gestiones. Mas tras del emisario despachó el gobierno siciliano al príncipe Leopoldo, hijo segundo del rey, á quien acompañaba el duque de Orleans. Fondearon ambos el 9 de agosto en la bahía de Gibraltar; pero no viéndose apoyados por el gobernador, pasó el de Orleans á Inglaterra y quedó en el puerto de su arribada el príncipe Leopoldo. Entretenia éste la esperanza de que á su nombre y conforme quizá á secretos ofrecimientos, no tardaría en recibir una diputacion y noticia de haber sido elevado á la dignidad de regente. Pero vano fue su aguardar; y era en efecto difícil que un príncipe de edad de 18 años, extrangero, sin recursos ni anterior fama, y sin otro apoyo que lejanos derechos al trono de España, fuese acogido con solícita diligencia en una nacion en que era desconocido, y en donde para conjurar la tormenta que la azotaba se requerian otras prendas, mayor experiencia y muy diversos medios que los que asistian al príncipe pretendiente.

Llegada á Gibraltar del príncipe Leopoldo de Sicilia.

Hubo no obstante quien esparció por Sevi-

lla la voz de que convenia nombrar una regencia compuesta del mencionado príncipe, del arzobispo de Toledo cardenal de Borbon, y del conde del Montijo. Con razon se atribuyó la idea á los amigos y parciales del último, quien conservando todavía cierta popularidad á causa de la parte que se le atribuia en la caida del príncipe de la Paz, procuraba aunque en vano subir á puesto de donde su misma inquietud le repelia. Mas los enredos y marañas de ciertos individuos eran desbaratados por la ambicion de otros ó la sensatez y patriotismo de las juntas.

Correspondencia entre las juntas.

Asi fue que á pesar del desencadenamiento de pasiones y de los obstáculos nacidos con la misma insurreccion ó causados por la presencia del enemigo, ya desde junio habia llamado la atencion de las juntas: 1.° La formacion de un gobierno central: 2.° Un plan general con el que mas prontamente se arrojase á los franceses del suelo patrio. Al propósito entablóse entre ellas seguida correspondencia. Dió la señal la de Murcia, dirigiendo con fecha de 22 de junio una circular en que decia: «Ciudades de voto »en córtes, reunámonos, formemos un cuerpo, »elijámos un consejo que á nombre de Fernan»do VII organice todas las disposiciones civiles, »y evitemos el mal que nos amenaza que es la »division..... Capitanes generales..... de voso»tros se debe formar un consejo militar de don»de emanen las órdenes que obedezcan los que »rigen los ejércitos....." Propuso tambien Asturias en un principio la convocacion de córtes con algunas modificaciones, y hasta Galicia [no obstante la mencionada federacion de algunos

proyectada] comisionó cerca de las juntas del mediodia á Don Manuel Torrado, quien ya en últimos de julio se hallaba en Murcia, despues de haberlas recorrido, y propuesto una central formada de dos vocales de cada una de las de provincia. En el propio sentido y en 16 de dicho julio habia la de Valencia pasado á las demas su opinion impresa, lo que tambien por su parte y al mismo tiempo hizo la de Badajoz. No fue en zaga á las otras la junta de Granada, la cual apoyando la circular de Valencia, se dirigió á su competidora la de Sevilla, y desentendiéndose de desavenencias, señaló como acomodado asiento para la reunion la última ciudad.

No por eso se apresuraba esta, ostentando siempre su altanera supremacía. Pesábale en tanto grado descender de la cumbre á que se habia elevado, que hubo un tiempo en que prohibió la venta y circulacion de los papeles que convidaban á la apetecida concordia. Apremiada en fin por la voz pública y estrechada por el dictámen de algunos de sus individuos entendidos y honrados, publicó con fecha de 3 de agosto un papel en el que examinando los diversos puntos que en el dia se ventilaban, proponia la formacion de una junta central compuesta de dos vocales de cada una de las de provincia. Anduvo perezosa no obstante en acabar de escoger los suyos. Pero adhiriendo las otras juntas á las oportunas razones de su circular, cuyo contenido en substancia se conformaba con la opinion que las mas habian mostrado antes de concertarse, y que era la mas general y acreditada, fueron todas sucesivamente escogiendo de

su seno personas que las representasen en una junta única y central.

Proceder del consejo.

Por su parte el consejo todavía esperaba recuperar con sus amaños y tenaz empeño el poder que para siempre querian arrebatarle de las manos. Mas no por eso y para cautivar las voluntades de los hombres ilustrados, mudó de rumbo, adoptando un sistema mas nuevo y conforme al interés público y al progreso de la nacion. Asustándose á la menor sombra de libertad, encadenó la imprenta con las mismas y aun mas trabas que antes; redujo á dos veces por semana la diaria publicacion de la gaceta de Madrid; persiguió y aun llegó á formar causa á algunas personas que tenian en su poder papeles de las juntas, mayormente de la de Sevilla, y en fin resucitó en cuanto pudo su trillada, lenta y añeja manera de gobernar. Persuadióse que todo le era lícito á trueque de dar ciertos decretos de alistamiento y acopio de medios que mostrasen su interés por la causa de la independencia que tan mal habia antes defendido. Y sobre todo cobró esperanza con la llegada á Madrid de varios generales en quienes presumia poder con buen éxito emplear su influjo.

Entrada en Madrid de Llamas y Castaños.

Fue el primero que pisó el suelo de la capital con las tropas de Valencia y Murcia Don Pedro Gonzalez de Llamas que habia sucedido á Cervellon removido del mando. Atravesó la puerta de Atocha con 8000 hombres á las seis de la mañana del dia 13 de agosto. A pesar de hora tan temprana inmenso fue el concurso que salió á recibirle y extremado el entusiasmo. Pasó á frenesí al entrar el 23 por la misma puerta

D. Francisco Javier Castaños acompañado de la reserva de Andalucía. Sus soldados adornados con los despojos del enemigo ofrecian en su variada y extraña mezcla el mejor emblema de la victoria alcanzada. Pasaron todos por debajo de un arco de sencilla y magestuosa arquitectura que habia erigido la villa de Madrid junto á sus casas consistoriales. A estas entradas triunfales siguiéronse otros festejos con la proclamacion de Fernando VII, hecha en esta ocasion por el legítimo alférez mayor de Madrid marqués de Astorga. Mas no á todos contentaban tanto bullicio y fiestas, pidiendo con sobrada razon que se pusiera mayor conato y celeridad en perseguir al enemigo, y en aumentar y organizar cumplidamente la fuerza armada. Daban particular peso á sus justas quejas y reclamaciones los acontecimientos por entonces ocurridos en Vizcaya y Navarra.

Proclamacion de Fernando VII.

Habíase en la primera provincia levantado Bilbao al anunciarse la victoria de Bailen, y en 6 de agosto escogiendo su vecindario una junta, acordó un alistamiento general, y nombró por comandante militar al coronel Don Tomás de Salcedo. Sobremanera inquietó á los franceses esta insurreccion, ya por el ejemplo y ya tambien porque comprometida su posicion en las márgenes del Ebro, pudieran verse obligados á estrecharse mas contra la frontera. Creció su recelo á mayor grado con asonadas y revueltas que hubo en Tolosa y pueblos de Guipúzcoa, y con las correrías que hacian y gente que allegaban en Navarra Don Antonio Egoaguirre y Don Luis Gil. Habian estos salido de Zaragoza

Insurreccion de Bilbao.

Movimiento en Guipúzcoa y Navarra.

en 27 de junio para alborotar aquel reino. Despues de algun tiempo Gil empezó á incomodar al enemigo por el lado de Orbaiceta, se apoderó de muchas municiones de aquella fábrica, y amenazó y sembró el espanto hasta el mismo pueblo francés de San Juan de Pie de Puerto. Egoaguirre tampoco se descuidó en la comarca de Lerin: formando un batallon con nombre de voluntarios de Navarra recorrió la tierra, y llamó tanto la atencion que el general D'Agout envió una columna desde Pamplona para atajar sus daños y alejarle del territorio de su mando.

José por su parte pensó en apagar prontamente la temible insurreccion de Bilbao. Para ello envió contra aquella poblacion una division á las órdenes del general Merlin. No era dado á sus vecinos sin tropa disciplinada resistir á seme-
(* Ap. n. 10.) jante acometimiento. * Apostáronse sin embargo con aquella idea á media legua, y los franceses asomándose alli el 16 de agosto desbarataron y dispersaron á los bilbainos, pereciendo miserablemente y despues de haberse rendido prisionero el oficial de artillería Don Luis Power distinguido entre los suyos. Los auxilios que de Asturias llevaba el oficial inglés Roche llegaron tarde, y Merlin entró en Bilbao cuya ciudad fue con rigor tratada. En su correspondencia blasonaba el rey intruso de «haber apagado la »insurreccion con la sangre de 1200 hombres." Singular jactancia y extraña en quien como José no era de corazon duro ni desapiadado.

El contratiempo de Bilbao que en Madrid provocaba las reclamaciones de muchos, difun-

diéndose por las provincias aumentó el clamor ya casi universal contra generales y juntas, reparando que algunos de aquellos se entregaban demasiadamente á divertimientos y regocijos, y que estas con zelos y rivalidades retardaban la instalacion de la junta central. Deseando el consejo aprovecharse de la irritacion de los ánimos, y valiéndose de los lazos que le unian con Don Gregorio de la Cuesta su antiguo gobernador, se concordó con este y discurrieron apoderarse del mando supremo. Mas como Cuesta carecia de la suficiente fuerza, fuéles necesario tantear á Castaños, entonces algo disgustado con la junta de Sevilla. Avistóse pues con el último Don Gregorio de la Cuesta, y le propuso [segun tenemos de la boca del mismo Castaños] dividir en dos partes el gobierno de la nacion, dejando la civil y gubernativa al consejo, y reservando la militar al solo cuidado de ellos dos en union con el duque del Infantado. Era Castaños sobrado advertido para admitir semejante proposicion. Vislumbraba el motivo porque se le buscaba, y conocia que separando su causa de la de las juntas, quizá sería desobedecido del ejército, y aun de la division misma que se alojaba en Madrid.

Nuevos manejos del consejo.

Propuesta de Cuesta á Castaños.

En tanto para acallar el rumor público se celebró en aquella capital el 5 de setiembre un consejo de guerra. Asistieron á él los generales Castaños, Llamas, Cuesta y la Peña, representando á Blake el duque del Infantado y á Palafox otro oficial cuyo nombre ignoramos. Discutiéronse largamente varios puntos, y Cuesta, llevado siempre de mira particular, promovió

Consejo de guerra celebrado en Madrid.

el nombramiento de un comandante en gefe. No se arrimaron los otros á su parecer, y tan solo arreglaron un plan de operaciones, de que hablaremos mas adelante. Cuesta aunque aparentó conformarse, salió despechado de Madrid, y con ánimo mas bien que de cooperar á la realizacion de lo acordado de levantar obstáculos á la reunion de la junta central: para lo cual y satisfacer al mismo tiempo su ira contra la junta de Leon, de la que, como hemos visto, estaba ofendido, arrestó á sus dos individuos Don Antonio Valdés y vizconde de la Quintanilla, que iban de camino para representar su voz en la central. Quiso tratarlos como rebeldes á su autoridad, y los encerró en el alcázar de Segovia: tropelía que excitó contra el general Cuesta la pública animadversion.

Prende Cuesta á Valdés y Quintanilla.

Vanos sin embargo salieron sus intentos, vanos otros enredos y maquinaciones. Por todas partes prevaleció la opinion mas sana, y los diputados elegidos por las diversas juntas fueron poco á poco acercándose á la capital. Llegó pues el suspirado momento de la reunion de una autoridad central, debiendo con ella cesar la particular supremacía de cada provincia. Durante la cual no habiendo habido lugar ni ocasion de hacer substanciales reformas ni mudanzas en los diversos ramos de la administracion pública, tales como estaban dispuestos y arreglados al disolverse, por decirlo asi, la monarquía en mayo, tales ó con cortísima diferencia se los entregaron las juntas de provincia á la central.

Acaba el gobierno de las juntas provinciales.

No disimulamos en el libro anterior ni en

el curso de nuestra narracion los defectos de que dichas juntas adolecieron, las pasiones que las agitaron. Por lo mismo justo es tambien que ahora tributemos debidas alabanzas á su primera y grandiosa resolucion, á su ardiente zelo, á su incontrastable fidelidad. Al acabar de su mando anublóse por largo tiempo la prosperidad de la patria; mas se dió principio á una nueva, singular y porfiada lucha, en que sobre todo resplandeció la firmeza y constancia de la nacion española.



RESUMEN

DEL

LIBRO SEXTO.

INSTALACION *de la junta central en Aranjuez, 25 de setiembre.—Número de individuos.—Su composicion.—Floridablanca.—Jovellanos.—Diversos partidos de la central.—Su instalacion celebrada en las provincias.—Contestacion con el consejo.—Dictámen de Jovellanos.—Forma interior de la central.—Don Manuel Quintana.—Primeras providencias y decretos de la central.—Su manifiesto en* 10 *de noviembre.—Distribucion de los ejércitos.—Su marcha.—Marcha del de Galicia.—Ocupa á Bilbao.—Marcha del de Asturias.—Cuesta.—Su conducta.—Le sucedieron Eguia y Pignatelli.—Marcha de Llamas.—Detencion de Castaños en Madrid.—Su salida.—Plan concertado con Palafox.—Situacion del ejército del centro y del de Aragon.—Fuerza*

de los ejércitos españoles. — Situacion de José y del ejército francés. — Exposicion de sus ministros. — Fuerza del ejército francés. — Movimiento de los españoles. — Accion de Lerin, 26 de octubre. — Retirada de los castellanos de Logroño. — Arreglo que en su ejército hace el general Castaños. — Se sitúa en Cintruénigo y Calahorra. — Napoleon. — Su mensage al senado. — Leva de nuevas tropas. — Conferencias de Erfurth. — Correspondencia con el gobierno inglés. — Fin de la correspondencia. — Discurso de Napoleon al cuerpo legislativo. — Fuerza y division del ejército francés. — Cruza Napoleon el Bidasoa. — Accion de Zornoza, 31 de octubre. — De Valmaseda, 4 de noviembre. — Reconocimiento hácia Güeñes en 7 de noviembre. — Batalla de Espinosa, 10 y 11 de noviembre. — Disposiciones de Napoleon. — Accion de Burgos, 10 de noviembre. — Revuelve Soult contra Blake. — Diversas direcciones de los mariscales franceses. — Entrada en Burgos de Napoleon. — Su decreto de 12 de noviembre. — Ejército inglés. — Ejército del centro. — Don Francisco Palafox enviado por la central. — Diversos planes. — Marcha Lannes contra dicho ejército. — Repliégase Castaños. — Batalla de Tudela, 23 de noviembre. — Retirada del ejército. — Su llegada á Sigüenza. — La Peña general en gefe. — San Juan en Somosierra. — Pasan los franceses el puerto. — Situacion de la central. — Cartas de los ministros de José. — Abandona la central á Aranjuez. — Situacion de Madrid. — Muerte del marqués de Perales. — Napoleon delante de Madrid. — Ataque de Madrid. — Conferencia de Morla con Napoleon. —

Capitulacion.—Fáltase á la capitulacion.—Decretos de Napoleon en Chamartin.—Españoles llevados á Francia.—Visita Napoleon el palacio real.—Su inquietud.—Contestacion al corregidor de Madrid.—Juramento exigido de los vecinos.—Van los mariscales franceses en persecucion de los españoles.—Total dispersion del ejército de San Juan.—Muerte cruel de este general.—Ejército del centro: sus marchas y retirada á Cuenca.—Rebelion del oficial Santiago.—Nómbrase por general en gefe al duque del Infantado.—Conde de Alacha.—Su retirada gloriosa.—La Mancha.—Toledo.—Muertes violentas.—Villacañas.—Sierramorena.—Juntas de los cuatro reinos de Andalucia.—Camposagrado.—Marqués del Palacio.—Marchan los franceses á Extremadura: estado de la provincia.—Excesos.—General Galluzo.—Su retirada.—Continúa la central su viage.—Sus providencias.—Sucede Cuesta á Galluzo.—Llega á Sevilla la central en 17 de diciembre.—Muerte de Floridablanca.—Situacion penosa de la central.—Sus esperanzas.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

de España.

LIBRO SEXTO.

No resueltas las dudas que se habian suscitado sobre el lugar mas conveniente para la reunion de un gobierno central, tocábase ya al deseado momento de su instalacion, y aun subsistia la misma y penosa incertidumbre. Los mas se inclinaban al dictámen de la junta de Sevilla que habia al efecto señalado á Ciudad Real, ó cualquiera otro parage que no fuese la capital de la monarquía, sometida segun pensaba al pernicioso influjo del consejo y sus allegados. El haberse en Aranjuez incorporado á los diputados de dicha junta los de otras varias, puso término á las difi-

cultades, obligando á los que permanecian en Madrid vacilantes en su opinion, á conformarse con la de sus compañeros, declarada por la celebracion en aquel sitio de las primeras sesiones. Antes de abrirse estas y juntos unos y otros tuvieron conferencias preparatorias, en las que se examinaron y aprobaron los poderes, y se resolvieron ciertos puntos de etiqueta ó ceremonial.

Instalacion de la junta central en Aranjuez, 25 de setiembre.

(* Ap. n. 1.)

Por fin el 25 de setiembre en Aranjuez y en su real palacio instalóse solemnemente el nuevo gobierno, bajo la denominacion de junta suprema central gubernativa del reino. * Compuesta entonces de veinticuatro individuos creció en breve su número, y se contaron hasta treinta y cinco nombrados en su mayor parte por las juntas de provincia, erigidas al alzarse la nacion en mayo. De cada una vinieron dos diputados.

Número de individuos.

Otros tantos envió Toledo sin estar en igual caso, y lo mismo Madrid y reino de Navarra. De Canarias solo acudió uno á representar sus islas. Fue elegido presidente el conde de Floridablanca diputado por Murcia, y secretario general Don Martin de Garay que lo era por Extremadura.

Su composicion.

Los vocales pertenecian á honrosas y principales clases del estado, contándose entre ellos eclesiásticos elevados en dignidad, cinco grandes de España, varios títulos de Castilla, antiguos ministros y otros empleados civiles y militares. Sin embargo cási todos antes de la insurreccion eran como repúblicos, desconocidos en el reino, fuera de Don Antonio Valdés, del conde de Floridablanca y de Don Gaspar Melchor de Jovellanos. El primero muchos años ministro de marina mereció, al lado de leves defec-

tos, justas alabanzas por lo mucho que en su tiempo se mejoró y acrecentó la armada y sus dependencias. Los otros dos de fama mas esclarecida requieren de nuestra pluma particular mencion, por lo que haremos de sus personas un breve y fiel traslado.

Floridablanca.

A los ochenta años cumplidos de su edad Don José Moñino conde de Floridablanca, aunque trabajado por la vejez y achaques, conservaba despejada su razon y bastante fortaleza para sostener las máximas que le habian guiado en su largo y señalado ministerio. De familia humilde de Hellin en Murcia, por su aplicacion y saber habia ascendido á los mas eminentes puestos del estado. Fiscal del consejo real, y en union con su ilustre compañero el conde de Campomanes, habia defendido atinada y esforzadamente las regalías de la corona contra los desmanes del clero y desmedidas pretensiones de la curia romana. Por sus doctrinas y por haber cooperado á la expulsion de los jesuitas se le honró con el cargo de embajador cerca de la *Santa Sede*, en donde contribuyó á que se diese el breve de supresion de la tan nombrada sociedad, y al arreglo de otros asuntos igualmente importantes. Llamado en 1777 al ministerio de estado, y encargado á veces del despacho de otras secretarías, fue desde entonces hasta la muerte de Cárlos III ocurrida en 1788 árbitro, por decirlo asi, de la suerte de la monarquía. Con dificultad habrá ministro á un tiempo mas ensalzado ni mas deprimido. Hombre de capacidad, entero, atento al desempeño de su obligacion, fomentó en lo interior cási todos los ramos, construyó ca-

minos, y erigió varios establecimientos de pública utilidad. Fuera de España si bien empeñado en la guerra impolítica y ruinosa de la independencia de los Estados-Unidos, emprendida segun parece mal de su grado, mostró á la faz de Europa impensadas y respetables fuerzas, y supo sostener entre las demas la dignidad de la nacion. Censurósele y con justa causa el haber introducido una policía suspicaz y perturbadora, como tambien sobrada aficion á persecuciones, cohonestando con la razon de estado tropelías hijas las mas veces del deseo de satisfacer agravios personales. Quizá los obstáculos que la ignorancia oponia á medidas saludables irritaban su ánimo poco sufrido: ninguna de ellas fue mas tachada que la junta llamada de estado, y por la que los ministros debian de comun acuerdo resolver las providencias generales y otras determinadas materias. Atribuyósele á prurito de querer entrometerse en todo y decidir con predominio. Sin embargo la medida en sí y los motivos en que la fundó, no solo le justificaban sino que tambien por ella sola se le podria haber calificado de práctico y entendido estadista. Despues del fallecimiento de Cárlos III continuó en su ministerio hasta el año de 1792. Arredrado entonces con la revolucion francesa, y agriado por escritos satíricos contra su persona, propendió aun mas á la arbitrariedad á que ya era tan inclinado. Pero ni esto, ni el conocimiento que tenia de la corte y sus manejos, le valieron para no ser prontamente abatido por Don Manuel Godoy, aquel coloso de la privanza régia, cuyo engrandecimiento, aunque disi-

mulaba, veía Floridablanca con recelo y aversion. Desgraciado en 1792, y encerrado en la ciudadela de Pamplona, consiguió al cabo que se le dejase vivir tranquilo y retirado en la ciudad de Murcia. Alli estaba en el mayo de la insurreccion, y noblemente respondió al llamamiento que se le hizo, siendo falsas las protestas que la malignidad inventó en su nombre. Afecto en su ministerio á ensanchar mas y mas los límites de la potestad real rompiendo cuantas barreras quisieran oponérsele, habia crecido con la edad el amor á semejantes máximas, y quiso como individuo de la central que sirviesen de norte al nuevo gobierno, sin reparar en las mudanzas ocasionadas por el tiempo, y en las que reclamaban escabrosas circunstancias.

Jovellanos.

Atento á ellas y formado en muy diversa escuela seguia en su conducta la vereda opuesta Don Gaspar Melchor de Jovellanos, concordando sus opiniones con las mas modernas y acreditadas. Desde muy mozo habia sido nombrado magistrado de la audiencia de Sevilla: ascendiendo despues á alcalde de casa y corte y á consejero de órdenes, desempeñó estos cargos y otros no menos importantes con integridad, zelo y atinada ilustracion. Elevado en 1797 al ministerio de gracia y justicia, y no pudiendo su inflexible honradez acomodarse á la corrompida corte de María Luisa, recibió bien pronto su exhoneracion. Motivóla con particularidad el haber procurado alejar de todo favor é influjo á Don Manuel Godoy, con quien no se avenia ningun plan bien concertado de pública felicidad. Quiso al intento aprovecharse de una co-

yuntura en que la reina se creía desairada y ofendida. Mas la ciega pasion de esta, despertada de nuevo con el artificioso y reiterado obsequio de su favorito, no solo preservó al último de fatal desgracia, sino que causó la del ministro y sus amigos. Desterrado primero á Gijon, pueblo de su naturaleza, confinado despues en la cartuja de Mallorca, y al fin atropelladamente y con crueldad encerrado en el castillo de Bellver de la misma isla, sobrellevó tan horrorosa y atroz persecucion con la serenidad y firmeza del justo. Libertóle de su larga cautividad el levantamiento de Aranjuez, y ya hemos visto cuán dignamente al salir de ella desechó las propuestas del gobierno intruso, por cuyo noble porte y sublime y reconocido mérito le eligió Asturias para que fuese en la central uno de sus dos representantes. Escritor sobresaliente y sobre todo armonioso y elocuentísimo, dió á luz como literato y como publicista obras selectas, siendo en España las que escribió en prosa de las mejores si no las primeras de su tiempo. Protector ilustrado de las ciencias y de las letras fomentó con esmero la educacion de la juventud, y echó en su instituto asturiano, de que fue fundador, los cimientos de una buena y arreglada enseñanza. En su persona y en el trato privado ofrecia la imágen que nos tenemos formada de la pundonorosa dignidad y apostura de un español del siglo XVI, unida al saber y exquisito gusto del nuestro. Achacábanle aficion á la nobleza y sus distinciones; pero sobre no ser extraño en un hombre de su edad y nacido en aquella clase, justo es decir que no procedia de vano orgullo

ni de pueril apego al blason de su casa, sino de la persuasion en que estaba de ser útil y aun necesario en una monarquía moderada el establecimiento de un poder intermedio entre el monarca y el pueblo. Asi estuvo siempre por la opinion de una representacion nacional dividida en dos cámaras. Suave de condicion, pero demasiadamente tenaz en sus propósitos, á duras penas se le desviaba de lo una vez resuelto, al paso que de ánimo candoroso y recto solia ser sorprendido y engañado, defecto propio del varon excelente que [como decia * Ciceron, su autor predilecto] «dificilísimamente cae en sospe»cha de la perversidad de los otros." Tal fue Jovellanos, cuya nombradía resplandecerá y aun descollará entre las de los hombres mas célebres que han honrado á España. (*Ap. n. 1.)

Fija de antemano la atencion nacional en los dos respetables varones de que acabamos de hablar, siguieron los individuos de la central el impulso de la opinion, arrimándose los mas á uno ú á otro de dichos dos vocales. Pero como estos entre sí disentian, dividiéronse los pareceres, prevaleciendo en un principio y por lo general el de Floridablanca. Con su muerte y las desgracias no dejó mas adelante de triunfar á veces el de Jovellanos, ayudado de Don Martin de Garay, cuyas luces naturales, fácil despacho y práctica de negocios le dieron sumo poder é influjo en las deliberaciones de la junta. Diversos partidos en la central.

Pero á uno y otro partido de los dos, si asi pueden llamarse, en que se dividió la central, faltábales actividad y presteza en las resoluciones. Floridablanca anciano y doliente, Jovella-

nos entrado tambien en años y con males, avezados ambos á la regularidad y pausa de nuestro gobierno, no podian sobreponerse á la costumbre y á los hábitos en que se habian criado y envejecido. Su autoridad llevaba en pos de sí á los demas centrales, hombres en su mayoría de probidad, pero escasos de sobresalientes ó notables prendas. Dos ó tres mas arrojados y atrevidos entre los que principalmente sonaba Don Lorenzo Calvo de Rozas, acreditado en el sitio de Zaragoza, querian en vano sacar á la junta de su sosegado paso. No era dado á su corto número ni á su anterior y cási desconocido nombre vencer los obstáculos que se oponian á sus miras.

Asi fue que en los primeros meses siguiendo la central en materias políticas el dictámen de Floridablanca, y no asistiéndole ni á él ni á Jovellanos para las militares y económicas el vigor y pronta diligencia que la apretada situacion de España exigia, con lástima se vió que el nuevo gobierno obrando con lentitud y tibieza en la defensa de la patria, y ocupándose en pormenores, recejaba en lo civil y gubernativo á tiempos añejos y de aciaga recordacion.

Su instalacion celebrada en las provincias.

Mas antes y al saberse en las provincias su instalacion, fue celebrada esta con general aplauso y desoidas las quejas en que prorumpieron algunas juntas, señaladamente las de Sevilla y Valencia: las cuales pesarosas de ir á menos en su poder habian intentado convertir los diputados de la central en meros agentes sometidos á su voluntad y capricho, dándoles facultades coartadas. Pasóse pues por encima de las instruccio-

nes que aquellas habian dado, arreglándose á lo que prevenian los poderes de otras juntas, y segun los que se creaba una verdadera autoridad soberana é independiente y no un cuerpo subalterno y encadenado. Y si en ello pudo haber algun desvío de legitimidad, el bien y union del reino reclamaban que se tomase aquel rumbo, sino se queria que cada provincia prosiguiese gobernándose separadamente y á su antojo.

Tampoco faltaron como era de temer desavenencias con el consejo real. En 26 de setiembre le habia dado cuenta la junta central de su instalacion, previniéndole que prestado que hubiesen sus individuos el juramento debido, expidiese las cédulas, órdenes y provisiones competentes para que obedeciesen y se sujetasen á la nueva autoridad todas las de la monarquía. Por aquel paso, desaprobado de muchos, persuadido tal vez el consejo de que la junta habia menester su apoyo para ser reconocida en el reino, cobró aliento, y despues de dilatar una contestacion clara y formal, al cabo envió el 30 con el juramento pedido una exposicion de sus fiscales, en la que estos se oponian á que se prestase dicho juramento, reclamando el uso y costumbres antiguas. Aunque el consejo no habia seguido el parecer fiscal, le remitió no obstante á la junta acompañado de sus propias meditaciones, dirigidas principalmente á que se adoptasen las tres siguientes medidas: 1.ª Reducir el número de vocales de la central, por ser el actual contrario á la Ley 3.ª, Partida 2.ª, título 15, en que hablándose de las minoridades en los casos en que el rey difunto no hubiese

Contestacion con el consejo.

nombrado tutores, dice: «que los guardadores »deben ser uno ó tres, ó cinco e non mas." 2.ª La extincion de las juntas provinciales: y 3.ª La convocacion de córtes conforme al decreto dado por Fernando VII en Bayona.

Justas como á primera vista parecian estas peticiones, no solo no eran por entonces hacederas, sinó que procediendo de un cuerpo tan desopinado como lo estaba el consejo, achacáronse á odio y despique contra las autoridades populares nacidas de la insurreccion. Sobre los generales y conocidos motivos, otros particulares al caso contribuyeron á dar mayor valor á semejante interpretacion. Pues en cuanto al primer punto el consejo que ahora juzgaba ser harto numerosa la junta central, habia en agosto provocado á los presidentes de las de provincia
(* Ap. n. 3.) para que * «no siendo posible adoptar de pron»to en circunstancias tan extraordinarias los me»dios que designaban las leyes y las costumbres »nacionales.... diputasen personas de su mayor »confianza, que reuniéndose á las nombradas »por las juntas establecidas en las demas provin»cias y al consejo, pudiesen conferenciar.... de »manera que partiendo todas las providencias y »disposiciones de este centro comun fuese tan »expedito como conveniente el efecto." Por lo cual si se hubiera condescendido con la voluntad del consejo, léjos de ser menos en número los individuos de la central, se hubiera esta engrosado con todos los magistrados de aquel cuerpo. Ademas la citada ley de Partida en que estribaba la opinion para reducir los centrales y la formacion de regencia, puede decirse que nunca

fue cumplida, empezando por la misma minoridad de Don Fernando IV el Emplazado, nieto del legislador que promulgó la ley, y acabando en la de Cárlos II de Austria. La otra peticion del consejo de suprimir las juntas provinciales, pareció sobradamente desacordada. Perjudicial la conservacion de estas en tiempos pacíficos y serenos, no era todavía ocasion de abolirlas permaneciendo el enemigo dentro del reino, y solo sí de deslindar sus facultades y limitarlas. Tampoco agradó, aunque en apariencia lisonjera, la 3.ª peticion de convocar la representacion nacional. Dudábase de la buena fé con que se hacia la propuesta; habiéndose constantemente mostrado el consejo hosco y espantadizo á solo el nombre de córtes, sin contar con que se requeria mas espacio para convenir en el modo de su llamamiento, conforme á las mudanzas acaecidas en la monarquía. Las insinuaciones del consejo se llevaron pues tan á mal, que intimidado no insistió por entonces en su empeño.

Dictamen de Jovellanos.

Coincidia sin embargo hasta cierto punto con su dictámen el de algunos individuos de la central, y de los mas ilustrados, entre ellos el de Jovellanos. Desde el dia de la instalacion y reuniéndose á puerta cerrada mañana y noche, fue uno de los primeros acuerdos de la junta nombrar una comision de cinco vocales que hiciese su reglamento interior. En ella provocó Jovellanos como medida prévia, tratar de la institucion y forma del nuevo gobierno. No asintiendo los otros á su parecer, le reprodujo el 7 de octubre en el seno de la misma junta,

pidiendo que se anunciase inmediatamente « á »la nacion que seria reunida en córtes luego »que el enemigo hubiese abandonado nuestro »territorio, y si esto no se verificase antes, para »el octubre de 1810; que desde luego se forma»se una regencia interina en el dia 1.° del año »inmediato de 1809; que instalada la regencia »quedasen existentes la junta central y las pro»vinciales; pero reduciendo el número de voca»les en aquella á la mitad, en estas á cuatro, y »unas y otras sin mando ni autoridad, y solo en »calidad de auxiliares del gobierno." Este dictámen, aunque justamente apreciado, no fue admitido, suspendiéndose para mas adelante su resolucion. Creian unos que era mas urgente ocuparse en medidas de guerra que en las políticas y de gobierno, y á otros pesábales bajar del puesto á que se veian elevados. Era tambien dificultoso agradar á las provincias en la eleccion de regencia: esta solamente habia de constar de 3 ó 5 individuos, y no siendo por tanto dado á todas ellas tener en su seno un representante, hubieran nacido de su formacion quejas y desabrimientos. Ademas el gobierno electivo y limitado de la regencia, sin el apoyo de otro cuerpo mas numeroso y que deliberase en público como el de las córtes, no hubiera probablemente podido resistir á los embates de la opinion tan varia y suspicaz en medio de agitaciones y revueltas. Y la convocacion de aquellas segun hemos insinuado pedia mas desahogo y prévia meditacion : por cuyas causas y la premura de los tiempos continuó la junta central en todo el goce y poderío de la autoridad soberana.

En su virtud y para el mejor y mas pronto despacho de los negocios, arregló su forma interior y se dividió en otras tantas secciones cuantos ministerios habia en España, á saber: estado, gracia y justicia, guerra, marina y hacienda, resolviendo en sesiones plenas las providencias que aquellas proponian. Y para reducir su accion á unidad, se creó una secretaría general á cuya cabeza se puso al célebre literato y buen patriota Don Manuel Quintana: eleccion que á veces sirvió al crédito de la central, pues valiéndose de su pluma para proclamas y manifiestos, medía la muchedumbre por la dignidad del lenguage las ideas y providencias del Gobierno. Forma interior de la central. Don Manuel Quintana.

Desgraciadamente estas no correspondieron á aquel durante los primeros meses. Por de pronto y antes de todo ocupáronse los centrales en honores y condecoraciones. Al presidente se le dió el tratamiento de alteza, á los demas vocales el de excelencia, reservándose el de magestad á la junta en cuerpo. Adornaron sus pechos con una placa que representaba ambos mundos, se señalaron el sueldo de 120,000 reales, é incurrieron por consiguiente en los mismos deslices que las juntas de provincia, sin ser ya iguales las circunstancias. Primeras providencias y decretos de la central.

No desdijeron otros decretos de estos primeros y desacertados. Mandóse suspender la venta de manos muertas, y aun se pensó en anular los contratos de las hechas anteriormente. Permitióse á los ex-jesuitas volver á España en calidad de particulares. Restableciéronse las antiguas trabas de la imprenta, y se nombró inquisidor general; y afligiendo y contristando asi á

los hombres ilustrados, la junta ni contentó ni halagó al clero, sobradamente avisado para conocer lo inoportuno de semejantes providencias.

Por otra parte tampoco acallaba las hablillas y disgusto, que aquellas promovian, con las que tomaba en lo económico y militar. Verdad es que si algun tanto dependia su inaccion de las vanas ocupaciones en que se entretenia, gran parte tuvo tambien en ella el estado lastimoso de la nacion, la cual habiendo hecho un extraordinario esfuerzo ya cási exhausta al levantarse en mayo, acabó de agotar sus recursos para hacer rostro á las urgentes necesidades del momento. Y la administracion pública de antemano desordenada, desquiciándose del todo con el gran sacudimiento, yacía por tierra. Reconstruirla era obra mas larga y no propia de un gobierno como la central, cuya forma si bien imposible ó dificil de mejorarse entonces, no por eso dejaba de ser viciosísima y monstruosa: puesto que cuerpo sobradamente numeroso como potestad ejecutiva, resolvia lentamente por lo detenido y embarazoso de sus deliberaciones, y escaso de vocales para ejercer la legislativa, ni podian ilustrarse suficientemente las materias, ni buscar luces ni arrimo en la opinion, teniendo que ser secretas sus discusiones por la índole de su institucion misma.

Su manifiesto en 10 de noviembre.

Trató no obstante la central, aunque perezosamente, de bienquistarse con la nacion, circulando en 10 de noviembre un manifiesto que llevaba la fecha de 26 de octubre, y en el que con maestría se trazaba el cuadro del estado de cosas y la conducta que la junta seguiría en su

gobierno. No solamente mencionaba en su contenido los remedios prontos y vigorosos que era necesario adoptar, no solo trataba de mantener para la defensa de la patria 500,000 infantes y 50,000 caballos, sino que tambien daba esperanza de que se mejorarian para lo venidero nuestras instituciones. Si este papel se hubiera esparcido con anticipacion, y sobre todo si los hechos se hubieran conformado con las palabras, asombroso y fundado hubiera sido el concepto de la junta central. Mas habia corrido el mes de octubre, entrado noviembre, comenzado las desgracias, y no por eso se veía que los ejércitos se proveyesen y aumentasen.

Estos habian sido divididos por decreto suyo en cuatro grandes y diversos cuerpos. 1.° Ejército de la izquierda que debia constar del de Galicia, Asturias, tropas venidas de Dinamarca, y de la gente que se pudiera allegar de las montañas de Santander y pais que recorriese. 2.° Ejército de Cataluña compuesto de tropas y gente de aquel principado, de las divisiones desembarcadas de Portugal y Mallorca, y de las que enviaron Granada, Aragon y Valencia. 3.° Ejército del centro que debia comprender las cuatro divisiones de Andalucía y las de Castilla y Extremadura con las de Valencia y Murcia, que habian entrado en Madrid con el general Llamas. Tambien habia esperanzas de que obrasen por aquel lado los ingleses en caso de que se determinasen á avanzar hácia la frontera de Francia. 4.° Ejército de reserva, compuesto de las tropas de Aragon y de las que durante el sitio de Zaragoza se les habian agregado de

Distribucion de los ejércitos.

Valencia y otras partes. Nombróse tambien una junta general de guerra, y presidente de ella al general Castaños, aunque por entonces debia seguir al ejército. Mas estas providencias no tuvieron entero y cumplido efecto, impidiéndolo en parte otras disposiciones, y los contratiempos y desastres que sobrevinieron, en cuya relacion vamos á entrar.

Su marcha. Ya antes de la instalacion de la central y en el consejo militar celebrado en Madrid en 5 de setiembre de que hicimos mencion, se habia acordado que al paso que el general Llamas con las tropas de Valencia y Murcia marchase á Calahorra, y Castaños con las de Andalucía á Soria, se arrimaran Cuesta y las de Castilla al Burgo de Osma, y Palafox con las suyas á Sangüesa y orillas del rio Aragon; recomendando ademas á Galluzo que mandaba las de Extremadura el ir á unirse á las que se encaminaban al Ebro. Blake por su lado debia avanzar con los gallegos y asturianos hácia Burgos y provincias vascongadas. Descabellado como era el plan, desparramando sin órden en varios puntos y en una línea extendida, escasas, mal disciplinadas y peor provistas tropas, se procedió despacio en su ejecucion, no habiéndose nunca del todo realizado. Nuevas disputas y pasiones contribuyeron á ello, y principalmente lo mal entendido y combinado del mismo plan, falta de recursos, desórden en la distribucion y aquella lentitud característica al parecer de la nacion española, y de la que segun el gran Bacon habia ya en su tiempo nacido el proverbio * «*me venga »la muerte de España*, porque vendria tarde.”

(* Ap. n. 4.)

Con todo, el ejército de Galicia despues de la rota de Rioseco, habiéndose algun tanto organizado en Manzanal y Astorga, emprendió su marcha á las órdenes de su general Don Joaquin Blake en los últimos dias de agosto, y dividido en tres columnas se dirigió por la falda meridional de la cordillera que separa á Leon y á Burgos de Asturias y Santander. Al promediar el mes se hallaban las tres columnas en Villarcayo, punto que se tuvo por acomodado y central para posteriores operaciones. Ascendia su número á 22,728 infantes y 400 caballos distribuidos en cuatro divisiones. La cuarta al mando del marqués de Portago se movió la vuelta de Bilbao para asegurar la comunicacion con aquella costa, y esperando sorprender á los franceses. Mas avisados estos por los tiros indiscretos de una avanzada española, pudieron con corta pérdida retirarse y desocupar la villa. No la guardaron mucho tiempo nuestras tropas, porque revolviendo sobre ellas con refuerzo el mariscal Ney, recien llegado de Francia, obligó á Portago á recogerse por Valmaseda sobre la Nava. Insistió dias despues el general Blake en recuperar á Bilbao, y acudiendo en persona con superiores fuerzas, necesario le fue al general francés Merlin evacuar de nuevo dicha villa en la noche del 11 de octubre.

Marcha del de Galicia.

Ocupa á Bilbao.

En el mismo dia y ocupando á Quincoces orilla izquierda del Ebro, se incorporaron al ejército de Galicia las tropas de Asturias, capitaneadas por Don Vicente María de Acevedo. Habia este sucedido en el mando, desde 28 de junio, al marqués de Santa Cruz de Marcenado, á cuyo

Marcha del de Asturias.

patriotismo é instruccion no acompañaban las raras prendas que pide la formacion de un ejército nuevo y allegadizo. El Acevedo militar antiguo, firme y severo, y adornado de luces naturales y adquiridas, habia conseguido disciplinar bastantemente 8000 hombres, con los que resolvió salir á campaña. Iban en dos trozos, uno le regía Don Cayetano Valdés, otro Don Gregorio Quirós. Gefe de escuadra el primero le vimos en Mahon mandando á principios de año la fuerza naval surta en aquel puerto, y ya antes la nacion le habia distinguido y colocado entre sus mejores y mas arrojados marinos. Al ruido del alzamiento de Asturias habia acudido á esta provincia, cuna de su familia. El segundo natural de ella y oficial de guardias españolas era justamente tenido por hombre activo, inteligente y bizarro. Unidas pues las tropas de Asturias y Galicia concertaron sus movimientos, y el 25 de octubre se situó el general Blake con parte de ellas entre Zornoza y Durango.

Cuesta, su conducta.

Al propio tiempo Don Gregorio de la Cuesta antes que en cumplir lo acordado en 5 de setiembre en Madrid, pensó en satisfacer sus venganzas. Referimos cómo de vuelta de la capital habia detenido y preso en el alcázar de Segovia á los diputados de Leon Don Antonio Valdés y vizconde de Quintanilla. Adelante con su propósito queria juzgarlos como rebeldes á su autoridad en consejo militar, escogiendo para fiscal de la causa al conde de Cartaojal. Dispuso tambien que la ciudad de Valladolid nombrase en su lugar otros dos vocales por Castilla, con

lo que hubieron de aumentarse los choques y la confusion. Felizmente no halló Cuesta abrigo en la opinion, y desaprobando la central su conducta, le mandó comparecer en Aranjuez, y previno á Cartaojal que soltase los presos. Obedecieron ambos, y puesto el ejército de Castilla bajo las órdenes de su segundo gefe Don Francisco Eguia, se acercó á Logroño en donde definitivamente le sucedió y tomó el mando Don Juan Pignatelli. Mas estas mudanzas y trasiego de gefes menguó y desconcertó la tropa castellana, llena sí de entusiasmo y ardor, pero bisoña y poco arreglada. Su número no pasaba de 8000 hombres con pocos caballos.

Le suceden Eguia y Pignatelli.

Por su parte y deseoso de poner en práctica el plan resuelto, partió de Madrid el primero de todos y en setiembre Don Pedro Gonzalez de Llamas. Mandaba á los valencianos y murcianos con que habia entrado en la capital, y salió de ella con unos 4500 hombres infantes y ginetes. Enderezó su marcha á Alfaro, orilla derecha de Ebro, y situó en primeros de octubre su cuartel general en Tudela. Siguiéronle de cerca la 2.ª y 4.ª division de Andalucía regidas ambas por el general Don Manuel de la Peña, y cuya fuerza ascendia á 10,000 hombres. Castaños permaneció en Madrid y no faltaba quien motejase su tardanza, en la que tuvieron principal parte manejos y tramas del consejo, y zelos, piques y desavenencias de la junta de Sevilla.

Marcha de Llamas.

Dijeron algunos que tambien se detenia, esperanzado en que la central le nombraria generalísimo en remuneracion de lo que habia tra-

Detencion de Castaños en Madrid.

bajado por instalarla. Apoyaban la conveniencia de semejante medida Sir Cárlos Stuard que de Galicia habia venido á Madrid y Aranjuez, y lord William Bentinck enviado desde Portugal por el general Dalrymple para concertarse con Castaños acerca de las operaciones militares. El pensamiento era sin duda útil para la union y conformidad en la direccion de los ejércitos; pero á su cumplimiento se oponian las rivalidades de otros generales, las que reinaban dentro de la misma junta central y el temor de que no tuviese Castaños la actividad y firmeza que aquellos tiempos requerian.

Su salida. Salió este al fin de Madrid el 8 de octubre, y el 17 llegó á Tudela. Convidado por Palafox pasó á Zaragoza, y alli acordaron el 20, como continuacion de lo antes resuelto, que el ejército del centro con el de Aragon amenazase á Pamplona, poniéndose una division á espaldas de esta plaza al mismo tiempo que el de Blake, á quien se enviaria aviso, marchase por la costa á cortar la comunicacion con Francia.

Plan concertado con Palafox.

Al último le dejamos entre Zornoza y Durango; los dos primeros, ó sea mas bien la parte de ellos que se habia acercado al Ebro, estaba por entonces asi distribuida. A Logroño le ocupaban los 8000 castellanos al mando de su general Don Juan de Pignatelli; á Lodosa Don Pedro Grimarest con la 2.ª division de Andalucía, estando la 4.ª á las órdenes de Don Manuel de la Peña en Calahorra, y siendo ambas de 10,000 hombres segun queda dicho. Los 4500 valencianos y murcianos permanecian situados en Tudela y á su frente D. Pedro Roca su-

cesor de Llamas, encargado de otro puesto cerca del gobierno supremo. Del ejército de Aragon habia en Sangüesa 8000 hombres que regia Don Juan O-neil, enviado de Valencia con un corto refuerzo, y á su retaguardia en Egea otros 5000 al mando de Don Felipe Saint-March. Con tan contadas fuerzas y en línea tan dilatada, juzgaron los prudentes y entendidos ser desacertado el plan convenido en Zaragoza para tomar la ofensiva; puesto que el total de soldados españoles, avanzados á mediados de octubre hasta Vizcaya y orillas de Ebro, no llegaba á 70,000 hombres, teniendo Blake 30,000 asturianos y gallegos [los de Romana todavía no estaban incorporados], y Castaños unos 36,000 entre castellanos, andaluces, valencianos, murcianos y aragoneses. Parecerá tanto mas arreglado á la razon aquel dictámen, si volviendo la vista al enemigo examinamos su estado, su número, su posicion. Fuerza de los ejércitos españoles.

José Bonaparte despues de haber salido de Madrid habia permanecido en los lindes de la provincia de Burgos ó en Vitoria. Alli se entretuvo en dar algunos decretos, en trazar marchas y expediciones que no tuvieron cumplido efecto, y en crear una órden militar. Sus ministros apremiados por las circunstancias presentaron un escrito en el que * «exponiendo »que el interés de España exigia no confundir »su buena armonía y amistad para con la Francia, con su cooperacion á los fines y planes de »mayor extension en que se hallaba empeñado »el gefe de ella....." indicaban que..... «conve»nia poder anunciar á la nacion que aunque go- Situacion de José y del ejército francés. Exposicion de sus ministros. (* Ap. n. 5.)

»bernada por el hermano del emperador con»forme á los tratados de Bayona, fuese libre de »ajustar una paz separada con la Inglaterra..... »que esto calmaria las fundadas zozobras sobre »las posesiones de América..... etc., etc." El escrito se creyó digno de ser presentado á Napoleon, y para llevarle y apoyarle de palabra fueron en persona á Paris los ministros Azanza y Urquijo. Por loables que fuesen las intenciones de los que escribieron la exposicion, no se hace creible dieran aquel paso con probabilidad de buen éxito conociendo á Napoleon y su política, ó si tal pensaron, forzoso es decir que andaban harto desalumbrados. Mas el emperador de los franceses no paró mientes en los discursos de los ministros españoles de José, y solo se ocupó en mejorar y reforzar su ejército.

Este en los primeros tiempos de su retirada habia caido en gran desánimo, y los mas de sus soldados, excepto los del mariscal Bessieres, iban al Ebro casi sin órden ni formacion. Perseguidos entonces é inquietados, fácilmente hubieran sido del todo desranchados y dispersos, ó por lo menos no se hubieran detenido hasta pisar tierra de Francia. Pero los españoles descansando sobre los laureles adquiridos, flojos, escasos tambien de recursos, les dieron espacio para repararse. Asi fue que los franceses ya mas serenos y engrosados con gente de refresco, se distribuyeron en tres grandes cuerpos, el del centro mandado por el mariscal Ney, que ya dijimos acababa de llegar de Francia, y los de la izquierda y derecha gobernados cada uno por los mariscales Moncey y Bessieres. Habia

Fuerza del ejército francés.

además una reserva compuesta en parte de soldados de la guardia imperial, y en donde estaba José con el mariscal Jourdan su mayor general, enviado de Paris últimamente para desempeñar aquel cargo. De suerte que todos juntos componian en setiembre una masa compacta de mas de 50,000 combatientes, entre ellos 11,000 de caballería, con la particular ventaja de estar reconcentrados y prontos á acudir por el radio á cualquier punto que fuese acometido, cuando los nuestros para darse la mano tenian que recorrer la extendida y prolongada curva que formaban en torno de los enemigos, quienes sin contar con los de Cataluña y guarniciones de Pamplona y San Sebastian estaban tambien respaldados por fuerzas que mandaba en Bayona el general Drouet, y con la confianza de recibir de su propio pais por la inmediacion todo género de prontos y eficaces auxilios.

Movimiento de los españoles.

A pesar de eso y de aumentarse sus filas cada dia con nuevas tropas, manteníanse los franceses quietos y sobre la defensiva, á tiempo que los españoles trataron de ejecutar el plan adoptado en Zaragoza. Era el 27 de octubre el señalado para dar comienzo á la empresa, mas dias antes ya habian los nuestros con su impaciencia movídose por su frente. Los castellanos desde Logroño, sentado á la márgen derecha del Ebro, cruzando á la opuesta, se habian adelantado á Viana, y Grimarest extendídose desde Lodosa á Lerin. Los aragoneses por el lado de Sangüesa tambien avanzaron acompañados de muchos paisanos. Y tan grande fue el número de estos, que Moncey sobresaltado dió cuenta á

José, quien destacó del cuerpo de Bessieres dos divisiones para reforzar las tropas que estaban por la parte de Aragon y Navarra.

El 20 de octubre mandó el general Grimarest á Don Juan de la Cruz Mourgeon ocupar á Lerin con los tiradores de Cádiz, una compañía de voluntarios catalanes y unos cuantos caballos. Para apoyarle quedaron en Carcar y Sesma otros destacamentos. Cruz tenia órden de retirarse si le atacaban superiores fuerzas, y habiendo expuesto lo difícil de ejecutar dicha órden caso de que el enemigo se posesionase con su caballería de un llano que se extiende de Lerin camino de Lodosa, le ofreció Grimarest sostenerle con oportuno socorro.

Accion de Lerin, 26 de octubre.

Cruz en cumplimiento de lo que se le mandaba fortificó segun pudo el convento de Capuchinos y el palacio cuyo edificio habia de ser su último refugio. No tardó en saber que iba á ser atacado, y de ello dió aviso el 25 al general Grimarest. En efecto en la madrugada del 26 le acometieron los enemigos valerosamente rechazados por sus tropas. Con mas gente insistieron aquellos en su propósito á las nueve de la mañana, y los nuestros replegándose al palacio no dieron oidos á la intimacion que de rendirse se les hizo. Renovaron varias veces los franceses sus embestidas con 6000 infantes, con artillería y 700 ú 800 caballos, y los de Cruz que no excedian de 1000 continuaron en repelerlos hasta entrada la noche con la esperanza de que Grimarest, segun lo prometido, vendria en su auxilio. Los destacamentos de Carcar y Sesma aunque lo intentaron no pu-

dieron por su corta fuerza dar ayuda. Amaneció el dia siguiente, y sin municiones ni noticia de Grimarest se vió forzado Cruz á capitular con el enemigo, quien celebrando su valor y el de su gente, le concedió salir del palacio con todos los honores de la guerra, debiendo despues ser cangeados por otros prisioneros. Brillante accion fue la de Lerin aunque desgraciada, siendo los tiradores de Cádiz soldados nuevos, no familiarizados con los rigores de la guerra. Censuróse al Grimarest haber avanzado hasta Lerin aquellas tropas para abandonarlas despues á su aciaga suerte; pues en vez de correr en su auxilio, con pretexto de una órden de La Peña evacuó á Lodosa, y repasando el Ebro se situó en la torre de Sartaguda.

O-neil mas dichoso en aquellos dias obligó al enemigo á retirarse de Nardues á Monreal: corta compensacion de la anterior pérdida y de la que se experimentó en Logroño. El mariscal Ney habia atacado y repelido el 24 los puestos avanzados de las tropas de Castilla, colocándose el 25 en las alturas que hacen frente á aquella ciudad del otro lado del Ebro. El general Castaños que entonces se encontraba allí, mandó á Pignatelli que sostuviese el punto, á no ser que los enemigos cruzando el rio se adelantasen por la derecha, en cuyo caso se situaria en la sierra de Cameros sobre Nalda. Ordenó tambien que el batallon ligero de Campomayor fuese á reforzarle y desalojar al enemigo de las alturas ocupadas. Inútiles prevenciones. Castaños volvió á Calahorra, y Pignatelli evacuó el 27 á Logroño con tal precipitacion y desórden,

Retirada de los castellanos de Logroño.

*

que no parando hasta Cintruénigo, dejó al pie de la sierra de Nalda sus cañones, y los soldados desparramados, que durante veinticuatro horas le siguieron unos en pos de otros. El pavor que se habia apoderado de sus ánimos era tanto menos fundado, cuanto que 1500 hombres al mando del conde de Cartaojal, volviendo á Nalda, recobraron los cañones en el sitio en que quedaron abandonados, y á donde no habia penetrado el enemigo.

Arreglo que en su ejército hace el general Castaños.

El general Castaños justamente irritado contra Pignatelli, le quitó el mando, é incorporando la colecticia gente de Castilla en sus otras divisiones, hizo algunas leves mudanzas en su ejército. Por de pronto formó una vanguardia de 4000 hombres de infantería y caballería, regida por el conde de Cartaojal, la cual habia de maniobrar por las faldas de la sierra de Cameros desde el frente de Logroño hasta el de Lodosa, y dió el nombre de 5.ª division á los 4500 valencianos y murcianos repartidos entre Alfaro y Tudela al mando de Don Pedro Roca.

Se sitúa en Cintruénigo y Calahorra.

Reconcentró la demas fuerza en Calahorra y sus alrededores, y escarmentado con lo ocurrido se resolvió antes de emprender cosa alguna á aguardar las demas tropas que debian agregarse al ejército del centro, y respuesta del general Blake al plan comunicado.

Napoleon.

Napoleon en tanto se preparaba á destruir en su raiz la noble resistencia de un pueblo cuyo ejemplo era de temer cundiese á las naciones y reyes que gemian bajo su imperial dominacion. En un principio se habia figurado que con las tropas que tenia en la península podria

comprimir los aislados y parciales esfuerzos de los españoles, y que su alzamiento de corta duracion pasaria silencioso en la historia del mundo. Desvanecida su ilusion con los triunfos de Bailen, la tenaz defensa de Zaragoza y las proezas de Cataluña y Valencia, pensó apagar con extraordinarios medios un fuego que tan grande hoguera habia encendido. Fue anuncio precursor de su propósito el publicar en 6 de setiembre en el monitor y por primera vez una relacion circunstanciada de las novedades de la península, si bien pintadas y desfiguradas á su sabor.

Habia precedido en 4 del mismo mes á esta publicacion un mensage del emperador al senado con tres exposiciones, de las que dos eran del ministro de negocios extrangeros Mr. de Champagny y una del de la guerra Mr. Clarke. Las del primero llevaban fecha de 24 de abril y 1.° de setiembre. En la de abril despues de manifestar Mr. Champagny la necesidad de intervenir en los asuntos de España, asentaba que la revolucion francesa habiendo roto el útil vínculo que antes unia á ambas naciones gobernadas por una sola estirpe, era político y justo atender á la seguridad del imperio francés, y libertar á España del influjo de Inglaterra; lo cual, añadia, no podria realizarse, ni reponiendo en el trono á Cárlos IV ni dejando en él á su hijo. En la exposicion de setiembre hablabáse ya de las renuncias de Bayona, de la constitucion alli aprobada, y en fin se revelaban los disturbios y alborotos de España, provocados segun el ministro por el gobierno británico que

Su mensage al senado.

intentaba poner aquel pais á su devocion y tratarle como si fuera provincia suya. Mas aseguraba que tamaña desgracia nunca se efectuaria estando preparados para evitarla 2.000,000 de hombres valerosos que arrojarian á los ingleses del suelo peninsular.

Leva de nuevas tropas.

Pronosticaban tan jactanciosas palabras demanda de nuevos sacrificios. Tocó especificarlos á la exposicion del ministro de la guerra. En ella pues se decia, que habiendo resuelto S. M. I. juntar al otro lado de los Pirineos mas de 200,000 hombres, era indispensable levantar 80,000 de la conscripcion de los años 1806, 7, 8 y 9, y ordenar que otros 80,000 de la del 10 estuviesen prontos para el enero inmediato. Al dia siguiente de leidas estas exposiciones y el mensage que las acompañaba, contestó el senado aprobando y aplaudiendo lo hecho, y las medidas propuestas; y asegurando tambien que la guerra con España era «política, justa y necesaria.” A tan mentido y abyecto lenguage habia descendido el cuerpo supremo de una nacion culta y poderosa.

Por anteriores órdenes habian ya empezado á venir del norte de Europa muchas de las tropas francesas alli acantonadas. A su paso por Paris hizo reseña de varias de ellas el emperador Napoleon, pronunciando para animarlas una arenga enfática y ostentosa.

Conferencias de Erfurth.

No satisfecho este con las numerosas huestes que encaminaba á España, trató tambien de asegurar el buen éxito de la empresa estrechando su amistad y buena armonía con el emperador de Rusia. Sin determinar tiempo se habia en

Tilsit convenido en que mas adelante se avistarian ambos príncipes. Los acontecimientos de España, incertidumbres sobre la Alemania y aun dudas sobre la misma Rusia obligaron á Napoleon á pedir la celebracion de las proyectadas vistas. Accedió á su demanda el emperador Alejandro, quien y el de Francia, puestos ambos de acuerdo llegaron á Erfurth, lugar señalado para la reunion, el 27 de setiembre. Concurrieron alli varios soberanos de Alemania, siendo el de Austria representado por su embajador, y el de Prusia por su hermano el príncipe Guillermo. Reinó entre todos la mayor alegría, satisfaccion y cordialidad, pasándose los dias y las noches en diversiones y festines, sin reparar que en medio de tantos regocijos no solo legítimos monarcas sancionaban la usurpacion mas escandalosa, y autorizaban una guerra que ya habia hecho correr tantas lágrimas, sino que tambien tachando de insurreccion la justa defensa y de rebeldía la lealtad, abrian ancho portillo por donde mas adelante pudieran ser acometidos sus propios pueblos y atropellados sus derechos. Ni motivos tan poderosos, ni tales temores detuvieron al emperador Alejandro. Contento con los obsequios de su aliado y algunas concesiones, reconoció por rey de España á José, y dejó á Napoleon en libertad de proceder en los asuntos de la península segun conviniese á sus miras.

Correspondencia con el gobierno inglés.

Mas al propio tiempo y para aparentar deseos de paz, cuando despues de lo estipulado era imposible ajustarla, determinaron entablar acerca de tan grave asunto correspondencia con

Inglaterra. Ambos emperadores escribieron en una y sola carta al rey Jorge III, y sus ministros respectivos pasaron notas con aviso de que plenipotenciarios rusos se enviarian á Paris para aguardar la respuesta de Inglaterra: los que en union con los de Francia concurririan al punto del continente que se señalase para tratar.

En contestacion Mr. Canning escribió el 28 de octubre dos cartas á los ministros de Rusia y Francia, acompañadas de una nota comun á ambos. Al primero le decia, que aunque S. M. B. deseaba dar respuesta directa al emperador su amo, el modo desusado con que este habia escrito le impedia considerar su carta como privada y personal, siendo por tanto imposible darle aquella señal de respeto sin reconocer títulos que nunca habia reconocido el rey de la Gran Bretaña. Que la proposicion de paz se comunicaria á Suecia y á España. Que era necesario estar seguro de que la Francia admitiria en los tratos al gobierno de la última nacion, y que tal sin duda debia de ser el pensamiento del emperador de Rusia, segun el vivo interés que siempre habia mostrado en favor del bien estar y dignidad de la monarquía española; lo cual bastaba para no dudar que S. M. I. nunca seria inducido á sancionar por su concurrencia ó aprobacion usurpaciones fundadas en principios no menos injustos que de peligroso ejemplo para todos los soberanos legítimos. En la carta al ministro de Francia se insistia en que entrasen como partes en la negociacion Suecia y España.

El mismo Mr. Canning respondió ampliamente en la nota que iba para dichos dos mi-

nistros á la carta autógrafa de ambos emperadores. Sentábase en ella que los intereses de Portugal y Sicilia estaban confiados á la amistad y proteccion del rey de la Gran Bretaña, el cual tambien estaba unido con Suecia, asi para la paz como para la guerra. Y que si bien con España no estaba ligado por ningun tratado formal, habia sin embargo contraido con aquella nacion á la faz del mundo empeños tan obligatorios como los mas solemnes tratados; y que por consiguiente el gobierno que alli mandaba á nombre de S. M. C. Fernando VII, deberia asimismo tomar parte en las negociaciones.

El ministro ruso replicó no haber dificultad en cuanto á tratar con los soberanos aliados de Inglaterra; pero que de ningun modo se admitirian los plenipotenciarios de los insurgentes españoles [asi los llamaba], puesto que José Bonaparte habia ya sido reconocido por el emperador su amo como rey de España. Menos sufrida y mas amenazadora fue la contestacion de Mr. Champagny ministro de Francia.

Fin de la correspondencia.

Dióse fin á la correspondencia con nuevos oficios en 9 de diciembre de Mr. Canning, concluyendo este con repetir al francés, «que »S. M. B. estaba resuelto á no abandonar la cau»sa de la nacion española y de la legítima mo»narquía de España [añadiendo]; que la preten»sion de la Francia de que se excluyese de la »negociacion el gobierno central y supremo que »obraba en nombre de S. M. C. Fernando VII, »era de naturaleza á no ser admitida por S. M. »sin condescender con una usurpacion que no »tenia igual en la historia del universo."

Discurso de Napoleon al cuerpo legislativo.

Contaba Napoleon tan poco con esta negociacion, que volviendo á Paris el 18 de octubre, y abriendo el 25 el cuerpo legislativo, despues de tocar en su discurso muy por encima el paso dado en favor de las paces, dijo: «parto dentro de pocos dias para ponerme yo mismo al frente de mi ejército, coronar con la ayuda de Dios en Madrid al rey de España, y plantar mis águilas sobre las fortalezas de Lisboa.” Palabras incompatibles con ningun arreglo ni pacificacion, y tan conformes con lo que en su mente habia resuelto, que sin aguardar respuesta de Lóndres á la primera comunicacion, partió de Paris el 29 de octubre llegando á Bayona en 3 de noviembre.

Fuerza y division del ejército francés.

Empezaban ya entonces á tener cumplida ejecucion las providencias que habia acordado para sujetar y domeñar en poco tiempo la altiva España. Sus tropas acudian de todas partes á la frontera, y variando por decreto de setiembre la forma que tenia el ejército de José, le incorporó al que iba á reforzarle, dividiendo su conjunto en ocho diversos cuerpos á las órdenes de señalados caudillos, cuyos nombres y distribucion nos parece conveniente especificar.

1.er Cuerpo. Mariscal Victor duque de Bellune.

2.° Cuerpo. Mariscal Bessieres duque de Istria.

3.er Cuerpo. Mariscal Moncey duque de Cornegliano.

4.° Cuerpo. Mariscal Lefebvre duque de Dantzick.

5.° Cuerpo. Mariscal Mortier duque de Treviso.

6.° Cuerpo. Mariscal Ney duque de Elchingen.

7.° Cuerpo. El general Saint-Cyr.

8.° Cuerpo. El general Junot duque de Abrantes.

A veces, segun iremos viendo, se sustituyeron nuevos gefes en lugar de los nombrados. El total de hombres, sin contar con enfermos y demas bajas, ascendia á 250,000 combatientes, pasando de 50,000 los caballos. De estos cuerpos el 7.° estaba destinado á Cataluña, el 5.° y 8.° llegaron mas tarde. Los otros en su mayor parte aguardaban ya á su emperador para inundar, á manera de raudal arrebatado, las provincias españolas.

Cruza Napoleon el Bidasoa.

Napoleon cruzó el Bidasoa el 8 de noviembre acompañado de los mariscales Soult y Lannes, duques de Dalmacia y de Monte-bello. Llegó el mismo dia á Vitoria, donde estaba José y el cuartel general. Las tropas francesas habian conservado del lado de Navarra y Castilla cási las mismas posiciones que ocuparon despues de las jornadas de Lerin y Logroño. No asi por el de Vizcaya. Inquieto el mariscal Lefebvre, sucesor del general Merlin, de los movimientos del ejército de Don Joaquin Blake, habia pensado con el 4.° cuerpo arrojarle de Zornoza.

Firme el general español desde el 25 de octubre en conservar aquel sitio, celebró en 28 un consejo de guerra. Los mas prudentes estuvieron por replegarse: hubo quien opinó por acometer sin dilacion al enemigo. Andaba indeciso el general en gefe, no pareciéndole acertado el último dictámen, y receloso de abrazar

el primero en una sazon en que los pueblos tildaban de traidor al general que los dejaba con su retirada á merced del enemigo. Entre dudas llegó el 31 de octubre, dia en que el mariscal Lefebvre atacó á los españoles. La fuerza que este tenia era de 26,000 hombres, la nuestra 16,500. Habia tambien contado Blake con que apoyaria su derecha la division de Martinengo con algunos caballos mandados por el marqués de Malespina, y una de Asturias gobernada por Don Vicente María de Acevedo. Mas avanzando ambas hasta Villaró y Dima, se vieron separadas del cuerpo principal del ejército por fragosas sierras y caminos intransitables. Grande inadvertencia ordenar un movimiento sin cabal noticia del terreno.

Accion de Zornoza, 31 de octubre.

El mariscal Lefebvre al amanecer del 31 empezó su embestida á favor de una densa niebla. Las vanguardias de ambos ejércitos estaban á un lado y otro de la hondonada que forma el monte de San Martin y la altura arbolada de Bernagoitia, por donde atraviesa el camino real. La vanguardia española, regida por el brigadier Don Gabriel de Mendizabal, enseñoreaba la última posicion de las nombradas, que fue acometida primeramente por la division del general Villate. Apoyaron y siguieron á este las divisiones de los generales Sebastiani y Leval, y empeñada toda nuestra vanguardia peleó largo rato esforzadamente. Causábale gran daño la artillería enemiga, sin que á sus fuegos pudiera responder careciendo de igual arma. Rota al fin se recogió al amparo de la 1.ª y 4.ª division apostadas en el monte de San Miguel. La 1.ª del

mando de Don Genaro Figueroa, oficial sabio y bizarro, repelió con su vivo y acertado fuego al enemigo, impidiéndole apoderarse de un mogote que ocupaba en dicho monte; pero la 4.ª, falta de cañones como lo demas del ejército, fue arrollada, habiendo el enemigo avanzado su artillería por el camino real, y sosteniéndola con infantería y caballería. Entonces Blake conociendo su desventaja determinó retirarse, para lo que poniéndose á la cabeza de los granaderos provinciales, y siguiéndole la reserva mandada por Don Nicolás Mahy, contuvo al enemigo y dió lugar á que todas las fuerzas, reuniéndose en las faldas del monte de Santa Cruz de Bizcargui, emprendiesen la retirada. La 3.ª division, al mando de Don Francisco Riquelme, estuvo alejada de las otras y en la orilla opuesta del rio, en donde sosteniendo un choque del enemigo, se replegó separadamente no siéndole dado unirse al grueso del ejército. Los franceses, atentos á la aspereza de la tierra y á que los nuestros se retiraban en bastante buen órden, dejaron de perseguirlos de cerca y molestarlos. La pérdida fue corta de ambas partes: quizá la victoria hubiera sido mas dudosa si el general español no se hubiera de antemano despojado de la artillería, enviándola camino de Bilbao. Ha habido quien le disculpe con el propósito que tenia de retirarse; pero ciertamente fue descuido quedarse del todo desprovisto de tan necesaria ayuda enfrente de un enemigo activo y emprendedor. Blake continuó por la noche su marcha, y sin detenerse en Bilbao mas que para acopiar algunas vituallas, uniéndose des-

pues con Riquelme, tomaron juntos la vuelta de Valmaseda. El mariscal Lefebvre los siguió de léjos hasta Güeñes, en donde habiendo dejado para observarlos al general Villatte con 7000 hombres, retrocedió á Bilbao.

José, aunque desaprobaba como precipitada la tentativa de aquel mariscal, no siendo ya dueño de evitarla, mandó de Vitoria que una division del 1. cuerpo del mariscal Victor se extendiese por el valle de Orduña para favorecer los movimientos de Lefebvre, y que otra del 2.° cuerpo se dirigiese á Berberena, ya para unirse con la primera, ó ya para perseguir á Blake si se retiraba del lado de Villarcayo. La del valle de Orduña se encontró en su marcha con los generales Acevedo y Martinengo, que vimos separados del ejército en Villaró. Inciertos estos gefes de la suerte de Blake, é informados tarde y confusamente de la accion de Zornoza, creyeron arriesgada su posicion y trataron de alejarse por Oquendo, Miravalles y Llodio. En el camino y cerca de Menagaray fue su encuentro con la mencionada division francesa. Presentáronle los nuestros firme rostro, é imaginándose los contrarios haber tropezado con todo el ejército de Blake, no insistieron en atacar y se replegaron á Orduña. Los españoles entonces mejoraron su posicion colocándose en una altura agria cerca de Orrantia.

Blake el 3 de noviembre se habia reconcentrado en la Nava, dos leguas mas allá de Valmaseda yendo de Bilbao. Poco antes se le incorporó la mayor parte de la fuerza que habia venido de Dinamarca y que estaba á las órde-

nes del conde de San Roman, y en el mismo Nava otra division de Asturias á las de Don Gregorio Quirós, componiendo en todo los que se reunieron de 8 á 9000 hombres. La caballería venida del norte, hallándose desmontada, habia partido al mediodia de España para proveerse de caballos. Reforzado asi el ejército de Blake, y enterado este del aprieto de Acevedo y Martinengo, sin tardanza determinó librarlos. Movióse pues hácia Valmaseda cuyo punto debia acometer la 4.ª division, ahora mandada por Don Estevan Porlier, en tanto que la de San Roman se dirigia al Berron una legua distante; la 3.ª y la asturiana de Quirós á Arciniega, y lo demas de la fuerza á Orrantia, en donde era de presumir permaneciesen las divisiones comprometidas. No se engañaron, encontrándose luego unos y otros con inexplicable gozo.

Fue en aquel mismo instante cuando se rompió el fuego por los que se habian adelantado á Valmaseda, cuyo camino corre al pie de las alturas que ocupaban las divisiones extraviadas. Atacado impensadamente el general francés Villatte, retiróse con demasiada priesa, hasta que volviendo en sí juntó su gente á la ribera izquierda del Salcedon. Visto lo cual por el general Acevedo, se aproximó con cuatro cañones de montaña á una de las dos eminencias que forman el valle de Valmaseda, y enviando por un rodeo dos batallones para que estrechasen á los franceses por retaguardia, sobrecogió á éstos, que desbaratados huyeron en el mayor desórden hasta Güeñes. Perdieron un cañon, carros de

De Valmaseda, 4 de noviembre.

municiones y muchos equipages, entre los que se contaba el del general Villatte. Debióse principalmente la victoria al acierto y pronta decision de Don Vicente María de Acevedo.

Napoleon supo en Bayona los ataques ocurridos desde el 31, y desagradóle que el mariscal Lefebvre hubiese comenzado á guerrear antes de su llegada, y aun tambien que José le prestase ayuda: ya porque juzgase expuesto un movimiento parcial y aislado, ó ya mas bien porque no quisiese que empezasen triunfos y victorias antes de que él en persona capitanease su ejército. Sin embargo temeroso de alguna desgracia, mandó prontamente que el mariscal Lefebvre con el 4.° cuerpo continuase desde Bilbao en perseguir á Blake, y que el mariscal Victor con el 1.° marchase por Orduña y Amurrio contra Valmaseda, formando un total de 50,000 hombres.

Avanzaban ambos mariscales á la propia sazon que Blake queriendo aprovecharse de la ventaja alcanzada en Valmaseda y reconocer las fuerzas del enemigo, iba el 7 la vuelta de San Pedro de Güeñes. La víspera habia el general español enviado sobre su izquierda á Sopuerta la 4.ª division, que no pudiendo reincorporarse al ejército se retiró por Lanestosa á Santander. El mismo dia, no queriendo tampoco Blake dejar descubierta su derecha, dirigió camino de Villarcayo y de Medina de Pomar al marqués de Malespina con los 400 caballos que habia y algunos infantes. Por su lado el general en gefe se encontró con el mariscal Lefebvre; peleando los españoles con bizarría, particular-

Reconocimiento hácia Güeñes en 7 de noviembre.

mente la division de Figueroa y el batallon de estudiantes de Santiago, apellidado literario. Al caer la noche hubieron los nuestros de replegarse vista la superioridad del enemigo, y á pesar de ser el tiempo muy lluvioso, prosiguieron ordenadamente su retirada, ocupando el 8 á Valmaseda y pueblos vecinos.

La tarde de dicho dia, agolpándose del lado de Orduña y de Bilbao todas las fuerzas de los mariscales Victor y Lefebvre que caminaban á unirse, levantaron los nuestros su campo dirigiéndose á la Nava. Quedaron á la retaguardia para proteger el movimiento algunos batallones de la division de Martinengo y asturianos al mando de Don Nicolás de Llano Ponte, quien poco avisado, dejándose cortar por el enemigo, nunca se volvió á incorporar con el grueso del ejército, yéndose del lado de Santander. Los mariscales franceses se juntaron en Valmaseda, y Blake llegó el 9 en la tarde á Espinosa de los Monteros.

Disminuíase su ejército teniendo desde el 31 que pelear á la continua con el enemigo, la lluvia, el frio, el hambre, la desnudez. Rigorosa suerte aun para soldados veteranos y endurecidos; insoportable para bisoños y poco disciplinados. La escasez de víveres fue extrema, viéndose obligados hasta los mismos gefes á mantenerse con mazorcas de maiz y malas frutas. Provenia miseria tanta del mal arreglo en el ramo de hacienda, y de haber contado el general en gefe con ser abastecido por la costa, sin cuidar convenientemente de adoptar otros medios: enseñando la práctica militar, como ya decia Ve-

(*Ap. n 6.) jecio «que * la penuria mas veces que la pelea »acaba con un ejército, y que el hambre es mas »cruel que el hierro del enemigo."

Acosado nuestro ejército por tantos males, pensábase que el general Blake no se aventuraria á combatir contra un enemigo mas numeroso, aguerrido y bien provisto. Esperanzado sin embargo en que le asistiese favorable estrella, determinó probar la suerte de una batalla delante de Espinosa de los Monteros.

Batalla de Espinosa, 10 y 11 de noviembre.

Es esta villa muy conocida en España por el privilegio de que gozan sus naturales de hacer de noche la guardia al rey cerca de su cuarto; y cuya concesion, segun cuentan, * sube á Don Sancho García conde de Castilla. (*Ap. n. 7.) Está situada en la ribera izquierda del Trueba, y los españoles colocándose en el camino que viene de Valmaseda dejaron á su espalda el rio y la villa. En una altura elevada de dificil acceso y á la siniestra parte pusiéronse los asturianos capitaneados por los generales Acevedo, Quirós y Valdés. La 1.ª division y la reserva con sus respectivos gefes Don Genaro Figueroa y Don Nicolás Mahy seguian en la línea descendiendo al llano. El general Riquelme y su 3.ª division ocupó en el valle lo mas abierto del terreno, y la vanguardia, al mando de Don Gabriel de Mendizabal con seis piezas de artillería dirigidas por el capitan Don Antonio Roselló, se colocó en un altozano á la derecha de Espinosa, desde donde se enfilaban las principales avenidas. Por el mismo lado y mas adelante en un espeso bosque y sobre una loma estaba la division del norte que gobernaba el conde de San

Roman, quedando no léjos de la artillería y algo detras por su derecha la 2.ª de Martinengo. La fuerza de los españoles no llegaba á 21,000 combatientes.

A la una de la tarde del 10 empezó á avistarse el enemigo, en número de 25,000 hombres mandados por el mariscal Victor. Se habia éste juntado con el mariscal Lefebvre en Valmaseda y separádose en la Nava, dirigiéndose el segundo á Villarcayo y siguiendo el primero la huella de Blake con esperanzas ambos de envolverle. Se empeñó la refriega por donde estaban las tropas del norte, embistiendo el bosque el general Paschod. Durante dos horas le defendieron los nuestros con intrepidez, mas cargando el enemigo en mayor número fue al fin abandonado. La artillería, manejada con acierto por Roselló, dirigió entonces un fuego muy vivo contra el bosque, y caminando por órden de Blake para sostener á San Roman la division de Riquelme, se encendió de nuevo la pelea. Cundió por toda la línea, y aun la izquierda de los asturianos avanzó para llamar la atencion del enemigo. La derecha no solo se mantenia, sino que volviendo á ganar terreno, estaban las tropas del norte prontas á recuperar el bosque, cuando la obscuridad de la noche impidió la continuacion del combate, glorioso para los españoles, pero con tan poca ventura que perdieron dos de sus mejores gefes, el conde de San Roman y Don Francisco Riquelme, mortalmente heridos.

Los españoles, si bien alentados con haber infundido respeto al enemigo, ya no podian so-

*

brellevar tanto cansancio y trabajos, careciendo aun de las provisiones mas precisas. Malas frutas habian comido aquellos dias, pero ahora apenas les quedaba tan menguado recurso. Sus heridos yacian abandonados, y si algunos eran recogidos no podia suministrárseles alivio en medio de sus quejidos y lamentos. En balde se esmeraba el general en gefe, en balde sus oficiales en buscar por Espinosa socorros para su gente. Los vecinos habian huido espantados con la guerra; la tierra de suyo escasa estaba ahora con aquella ausencia mas empobrecida, aumentándose la confusion y el duelo en medio de la lobreguez de la noche. A su amparo obligó el hambre á muchos soldados á desarrancarse de sus banderas, particularmente á los de la division del norte, que eran los que mas habian padecido.

Al contrario los franceses, bien alimentados, retirados sus heridos y puestos otros en lugar de los que el dia 10 habian combatido, se disponian á pelear en la mañana siguiente. Hubiera el general español obrado con cordura, si atendiendo á las lástimas y apuros de sus soldados hubiese á la callada y por la noche alzado el campo, y buscado del lado de Santander ó del de Reinosa bastimentos y alivio á los males. Mas lisonjeándose de que el enemigo se retiraria y queriendo sacar ventaja del esfuerzo con que sus soldados habian lidiado, se inclinó á permanecer inmoble y exponerse á nuevo combate.

No tuvo que aguardar largo tiempo: desde el amanecer le renovaron los franceses. Habian

en la víspera notado que en la izquierda de los españoles estaban tropas bisoñas, y tambien que la altura que ocupaban como mas elevada, era la llave de la posicion. Asi se determinaron á empezar por alli el ataque, siendo el general Maison con su brigada quien primero embistió á los asturianos. Resistieron estos con denuedo, y á la voz de sus dignos gefes Acevedo, Quirós y Valdés conserváronse firmes y serenos, no obstante su inexperiencia. Advirtió el general enemigo el influjo de dichos gefes, y sobre todo que uno de ellos montado en un caballo blanco, corriendo á los puntos mas peligrosos, exhortaba á su tropa con la palabra y el gesto. Sin tardanza [segun nos ha contado años adelante en Paris el mismo general] destacó tiradores diestros, para que apuntando cuidadosamente disparasen contra los gefes, y en especial contra el del caballo blanco, que era el desgraciado Quirós. La órden causó grave mal á los españoles, y decidió la accion. Los tiradores abrigados de lo irregular y quebrado del terreno, esparcidos en diversos sitios, arcabuceaban, por decirlo asi, á nuestros oficiales, sin que recibiesen notable daño del fuego cerrado de nuestras columnas. La poca práctica de la guerra y el escasear de soldados hábiles, impidió usar del mismo medio que empleaban los enemigos. A poco fue traspasado de dos balazos Don Gregorio Quirós, heridos los generales Acevedo y Valdés, con otros gefes, entre los que se contaron los distinguidos oficiales Don Joaquin Escario y Don José Peon. La muerte y heridas de caudillos tan amados sembró profun-

da afliccion en las filas asturianas, y flaqueando algunos cuerpos siguióse en todos el mayor desórden. Quiso sostenerlos Blake enviando á Don Gabriel de Mendizábal para que tomase el mando; mas ya era tarde. La dispersion habia comenzado y los franceses posesionándose de la altura perseguian á los asturianos, cuyo mayor número huyendo se enriscó por las asperezas del valle de Pas.

El centro del ejército español y su derecha, que en la noche se habian agrupado alrededor del altozano donde estaba Roselló con la artillería, tan luego como se dispersó la izquierda, se vieron acometidos por la division francesa de Ruffin. Algun tiempo se mantuvieron nuestros soldados en su puesto, aunque inquietos con la huida de los asturianos; pero en breve comenzando unos á ciar y otros á desarreglarse, ordenó el general Blake la retirada, sostenida por la reserva de Don Nicolás Mahy y las seis piezas del capitan Roselló, perdidas luego en el paso del Trueba. Hubiera á los nuestros servido de mucho en aquel trance y en lo demas de la retirada la corta division con 400 caballos que mandaba el marqués de Malespina, y á los que el general Blake habia ordenado pasar á Villarcayo. Temeroso dicho marqués de ser envuelto por el mariscal Lefebvre que iba del mismo lado, en vez de aproximarse á Espinosa tomó otro rumbo, y su division se unió despues en diversas partidas á distintos y lejanos ejércitos. La pérdida de los españoles en las acciones de Espinosa fue muy considerable, su dispersion casi completa. La de los franceses cortísima el

11, no dejó la víspera de ser de importancia.

Señaló Don Joaquin Blake para reunion de sus tropas la villa de Reinosa, en donde estaba el parque general de artillería y los almacenes. Llegó el 12 con pocas fuerzas esperando poder rehacerse algun tanto, y dar vida con las provisiones que alli habia á sus hambrientos y desmayados soldados. Pero la activa diligencia del enemigo y las desgracias que se agolparon no le dejaron vagar ni respiro.

Disposiciones de Napoleon.

Desde que en 8 de noviembre habia Napoleon entrado en Vitoria, se sentia por do quiera su presencia. Servíanle como de mágico impulso poder inmenso, bélico renombre, imperiosa y presta voluntad. Ya contamos como de Bayona mismo habia ordenado al 1.° y 4.° cuerpo perseguir al general Blake. Y ahora poniendo particular conato en enderezar sus pasos á Madrid, cuya toma resonaria en Europa favorablemente á sus miras, arregló para ello y en breve un plan general de ataque. Asegurada que fue su derecha por los mencionados 1.° y 4.° cuerpos, encargó al 3.° del mando del mariscal Moncey que observase desde Lodosa el ejército del centro y de Aragon, dejando ademas en Logroño á los generales Lagrange y Colbert del 6.° cuerpo, cuya principal fuerza capitaneada por su mariscal Ney debia caminar á Aranda de Duero. Tomó el mando del 2.° cuerpo el mariscal Soult, y su anterior gefe Bessieres fue encargado de gobernar la caballería. Ambos con Napoleon al frente de la guardia imperial y la reserva siguieron el camino real de Madrid dirigiéndose á Burgos.

Accion de Burgos, 10 de noviembre.

En esta ciudad habia comenzado á entrar el ejército de Extremadura compuesto de unos 18,000 hombres distribuidos en tres divisiones, y á su frente el conde de Belveder, mozo inexperto nombrado por la junta central para reemplazar á Don José Galluzo. La 1.ª division estaba alli desde el 7 de noviembre: se le juntó la 2.ª en la tarde del 9, quedando todavía atrás y hácia Lerma la 3.ª Asi que solo se contaban dentro de la ciudad y cercanías 12,000 hombres, de ellos 1200 de caballería. Fiado Belveder en algunas favorables y leves escaramuzas, vivia tranquilo y de modo que á los oficiales de la 2.ª division que á su llegada fueron á cumplimentarle, recomendóles el descanso, bastándole por entonces, segun dijo, las fuerzas de la 1.ª division para rechazar á los franceses caso que le atacasen. Tan ignorante estaba de la superioridad del enemigo, y tan olvidado de la endeble organizacion de sus tropas.

Serian las seis de la mañana del 10 cuando el general Lasalle con la caballería francesa llegó á Villafría, tres cuartos de legua de Gamonal, á donde se habia adelantado la 1.ª division de Belveder mandada por Don José María de Alós. Los franceses como no tenian consigo infantería, retrocedieron para aguardarla á Ruvena, con lo que alentados los nuestros resolvieron empeñar una accion. Lasalle rehecho forzó á los que le seguian á replegarse otra vez á Gamonal, á cuyo punto habia ya acudido lo demas del ejército español. La derecha de este ocupaba un bosque del lado del rio Arlanzon, y la izquierda las tapias de una huerta ó jardin, cu-

briendo el frente algunos cuerpos con dieciseis piezas de artillería. Las tropas mas bisoñas se pusieron detrás de las mejor enregimentadas, como lo eran un batallon de guardias españolas, algunas compañías de walonas, el 2.º de Mallorca y granaderos provinciales.

Fue pues aproximándose el ejército enemigo: y extendiéndose por nuestra derecha el general Lasalle se colocó en un llano situado entre el bosque y el rio, al paso que la infantería veterana del general Mouton intrépidamente acometió dicho bosque guarnecido por la derecha española, la cual creyéndose envuelta por Lasalle comenzó en breve á cejar, no obstante el vivo fuego que desde el frente hacian nuestros cañones. La caballería guiada por Don Juan Henestrosa, hombre valiente, pero mas devoto que entendido militar, trató de dar una carga á la enemiga. Henestrosa que en realidad mandaba tambien en gefe, invocando á los santos del cielo y con tanta bravura como imprudencia, arremetió contra los ginetes franceses, quienes fácilmente le repelieron y desbarataron. Entonces fueron del todo deshechos los del bosque: y la izquierda, aunque no atacada de cerca, comenzó á huir y desbandarse. La pelea duró poco, y vencidos y vencedores entraron mezclados en Burgos.

El mariscal Bessieres tirando por la orilla del rio con la caballería pesada, acuchilló á los soldados fugitivos y cogió varios cañones, habiéndose perdido catorce y además otros que quedaron en el parque. La pérdida de los españoles fue considerable, aunque mayor la disper-

sion y el desórden; teniendo que arrepentirse, y dolorosamente, el general Belveder de haberse empeñado con ligereza en accion tan desventajosa. Entregaron los vencedores al pillage la ciudad de Burgos apoderándose de 2000 sacas de lana fina pertenecientes á ricos ganaderos. Llegó el mismo dia el conde de Belveder á Lerma con muchos dispersos, en donde se encontró con la 3.ª division de Extremadura, ausente de la batalla. Perseguido por los enemigos pasó á Aranda de Duero, y no seguro todavía alli, prosiguió hasta Segovia, en cuya ciudad fue relevado del mando por la junta central que nombró para sucederle á Don José de Heredia.

Revuelve Soult contra Blake.

El mariscal Soult con la natural presteza de su nacion, enviando del lado de Lerma una columna que persiguiese á los españoles y otra camino de Palencia y Valladolid, salió en persona el mismo 10 hácia Reinosa con intento de interceptar á Blake en su retirada. Inútilmente habia este confiado en dar en aquella villa descanso á sus tropas, pues noticioso de que por Villarcayo se acercaba el mariscal Lefebvre, ya habia el 13 movido su artillería con direccion á Leon por Aguilar de Campo. Iban con ella enfermos y heridos huyendo de un peligro sin pensar en el otro no menos terrible, con que tropezaron. Caminaban cuando se les anunció le aparicion por su frente de tropas francesas: la artillería precipitando su marcha y usando de adecuados medios pudo salvarse, mas de los heridos los hubo que fueron víctima del furor enemigo. En su número se contó al general Acevedo. Encontráronle cazadores fran-

ceses del regimiento del coronel Tascher, y sin miramiento á su estado, ni á su grado, ni á las sentidas súplicas de su ayudante Don Rafael del Riego, traspasáronle á estocadas. Riego, el mismo que fue despues tan conocido y desgraciado, quedó en aquel lance prisionero.

Blake acosado y temiendo no solo á los que le habian vencido en Espinosa, sino tambien á los mariscales Lefebvre y Soult, que cada uno por su lado venian sobre él; no pudiendo ya ir á Leon por tierra de Castilla, salió de Reinosa en la noche del 13, y se enriscó por montañas y abismos, enderezándose al valle de Cabuérniga. Llegó alli á su colmo la necesidad y miseria. El ánimo de Blake andaba del todo contristado y abatido, mayormente teniendo que entregar á nuevo gefe de un dia á otro y en tan mal estado las pobres reliquias de su ejército, lo cual le era de gran pesadumbre. La central habia nombrado general en gefe del ejército de la izquierda al marqués de la Romana. Noticioso Blake en Zornoza del sucesor, no por eso dejó de continuar el plan de campaña comenzado. Una indisposicion, segun parece, detuvo á Romana en el camino, no uniéndose al ejército sino en Renedo, cuando estaba en completa derrota y dispersion. En tal aprieto parecióle ser mas conveniente dejar á Blake el cuidado de la marcha, ordenándole que se recogiese por la Liébana á Leon, en cuya ciudad y ribera derecha del Ezla debia hacer alto y aguardarle.

De su lado los mariscales franceses, ahuyentado Blake, tomaron diversos rumbos. El mariscal Lefebvre con el cuarto cuerpo, despues de

Diversas direcciones de los mariscales franceses.

descansar algunos dias, se encaminó por Carrion de los Condes á Valladolid. El primer cuerpo del mando de Victor juntóse en Burgos con Napoleon, marchando Soult con el segundo á Santander; de cuyo puerto hecho dueño, y dejando para guarnecerle la division de Bonnet, persiguió por la costa los dispersos y tropas asturianas que se retiraban á su pais natal. Tuvo en San Vicente de la Barquera un choque con 4000 de ellos al mando de Don Nicolás de Llano Ponte: los deshizo y dispersó; y yendo por la Liébana en busca de Blake franqueando las angosturas de la Montaña y despejándola de soldados españoles, desembocó rápidamente en las llanuras de tierra de Campos.

Entrada en Burgos de Napoleon.

Napoleon al propio tiempo y despues de la jornada de Gamonal, habia sentado su cuartel general en Burgos. Los vecinos habian huido de la ciudad; y soledad y silencio no interrumpido sino por la algazara del soldado vencedor, fue el recibimiento que ofreció al emperador de los franceses la antigua capital de Castilla. Mas él poco cuidadoso del modo de pensar de los habitantes, revistadas las tropas y tomadas otras providencias, dió el 12 de noviembre un decreto, en el que concedia en nombre suyo y de su hermano *perdon general y plena y entera amnistía* á todos los españoles que en el espacio de un mes, despues de su entrada en Madrid, depusieran las armas y renunciasen á toda alianza y comunicacion con los ingleses, inclusos los generales y las juntas. Eran exceptuados de aquel beneficio los duques del Infantado, de Hijar, de Medinaceli, de Osuna, el marqués de

Su decreto de 12 de noviembre.

Santa Cruz del Viso, los condes de Fernan-Nuñez y de Altamira, el príncipe de Castelfranco, Don Pedro Cevallos y el obispo de Santander, á quienes se declaraba enemigos de España y Francia y traidores á ambas coronas; mandando que, aprehendidas sus personas, fuesen entregados á una comision militar, pasados por las armas, y confiscados todos sus bienes, muebles y raices que tuviesen en España y reinos extrangeros. Si bien admira la proscripcion de unos individuos cuyo mayor número, si no todos, habia pasado á Francia por engaño ó mal de su grado, y prestado allí un juramento que llevaba visos de forzado, crece el asombro al ver en la lista al obispo de Santander, que nunca habia reconocido al gobierno intruso, ni rendido obediencia á José ni á su dinastía. Es tambien de notar que este decreto de Napoleon fue el primero de proscripcion que se dió entonces en España, no habiendo todavía las juntas de provincia ni la central ofrecido semejante ejemplo; aunque estuvieran como autoridades populares mas expuestas á ser arrastradas por las pasiones que dominaban. Siguieron despues los gobiernos de España el camino abierto por Napoleon: camino largo y que solo tiene término en el cansancio, en las muchas víctimas, ó en el recíproco temor de los partidos.

En Burgos dudó algun tiempo el emperador de los franceses si revolveria contra Castaños, ó si prosiguiendo por la anchurosa Castilla iria al encuentro del ejército inglés, que presumia se adelantaba á Valladolid. Mas luego supo que aquel no daba indicio de moverse de los con- Ejército inglés.

tornos de Salamanca. Habia alli venido desde Lisboa al mando de Sir Juan Moore, sucesor del general Dalrymple, llamado á Lóndres segun vimos á dar cuenta de su conducta por la convencion de Cintra. El gobierno inglés, aunque lentamente, habia decidido que 30,000 infantes y 5000 caballos de su ejército obrarian en el norte de España; para lo cual se desembarcarian de Inglaterra 10,000 hombres, sacándose los otros de los que habia en Portugal, en donde solo se dejaba una division. Conforme á lo determinado, y en cumplimiento de órden que se le comunicó en 26 de octubre, salió de Lisboa el general Moore, y marchando con la principal fuerza sobre Almeida y Ciudad-Rodrigo, llegó á Salamanca el 13 de noviembre. La mayor parte de la artillería y caballería, con 3000 infantes á las órdenes de Sir Juan Hope, la envió por la izquierda de Tajo á Badajoz á causa de la mayor comodidad de los caminos, debiendo despues pasar á unírsele á Castilla. De Inglaterra habia arribado á la Coruña el 13 de octubre Sir David Baird con los 10,000 hombres indicados; mas aquella junta insistiendo en no querer su ayuda, impidió que desembarcasen bajo el pretexto de que necesitaba la venia de la central. Con tal ocurrencia, otros motivos que se alegaron y la destruccion de una parte de los ejércitos españoles, no solo retardaron los ingleses su marcha, sino que tambien apareció que tenian escasa voluntad de internarse en Castilla.

Napoleon penetrando pues su pensamiento, hizo correr la tierra llana por 8000 caballos,

asi para tener en respeto al inglés como para aterrar á los habitantes, y resolvió destruir al ejército español del centro antes de avanzar á Madrid.

Ejército del centro.

No era dado á dicho ejército ni por su calidad ni por su fuerza competir con las aguerridas y numerosas tropas del enemigo. Sus filas solamente se habian reforzado con una parte de la 1.ª y 3.ª division de Andalucía y algunos reclutas, empeorándose su situacion con interiores desavenencias. Porque censurado su gefe Don Francisco Javier Castaños de lento y sobradamente circunspecto, los que no eran parciales suyos, y aun los que anhelaban por mayor diligencia, sin atender á las dificultades procuraron y consiguieron que se enviasen á su lado personas que le moviesen y aguijasen. Recayó la eleccion en Don Francisco de Palafox, hermano del capitan general de Aragon é individuo de la junta central, autorizado con poderes extensos, y á quien acompañaban el marqués de Coupigny y el conde del Montijo. Siendo el Palafox hombre estimable, pero de poco valer; Coupigny extrangero y mal avenido desde Bailen con Castaños; y el del Montijo, mas inclinado á meter cizaña que á concertar ánimos, claro era que con los comisionados en vez de alcanzarse el objeto deseado, solo se aumentarian tropiezos y embarazos.

Don Francisco Palafox enviado por la central.

Diversos planes.

Todos juntos y en 5 de noviembre, agregándoseles otros generales y Don José Palafox que vino de Zaragoza, celebraron consejo de guerra en el que se acordó, no muy á gusto de Castaños, atacar al enemigo, á pesar de lo des-

provisto y no muy bien ordenado del ejército español. Disputas y nuevos altercados dilataron la ejecucion, hasta que del todo se suspendió con las noticias infaustas que empezaron á recibirse del lado de Blake. Proyectáronse otros planes sin resulta; y agriados muchos contra Castaños, alcanzaron que la junta central diese el mando de su ejército al marqués de la Romana, á quien antes se habia conferido el de la izquierda. Y en ello se vé cuán á ciegas y atribulada andaba entonces la autoridad suprema, no pudiéndose llevar á efecto su resolucion por la lejanía en que estaba el marqués y la priesa que se dió el enemigo á acometer y dispersar nuestros ejércitos.

En esto corrió el tiempo hasta el 19 de noviembre, en que por los movimientos de los franceses sospechó el general Castaños ser peligrosa y crítica su situacion. No se engañaba. El mariscal Lannes duque de Montebello, á quien una caida de caballo habia detenido en Vitoria, ya restablecido se adelantaba, encargado por Napoleon de capitanear en gefe las tropas de los generales Lagrange y Colbert del sexto cuerpo, en union con las del tercero del mando del mariscal Moncey, á las que debia agregarse la division del general Maurice Mathieu recien llegada de Francia, y componiendo en todo 30,000 hombres de infantería, 5000 de caballería y 60 cañones. Se juntaron estas fuerzas desde el 20 al 22 en Lodosa y sus cercanías. Con su movimiento habia de darse la mano otro del cuerpo de Ney, que constaba de mas de 20,000 hombres, cuyo gefe, destrozado que fue el ejército

de Extremadura, avanzaba desde Aranda de Duero y el Burgo de Osma á Soria, donde entró el 21. De esta manera trataban los franceses, no solo de impedir al ejército del centro su retirada hácia Madrid, sino tambien de sorprenderle por su flanco y envolverle.

Don Francisco Javier Castaños conservó hasta el 19 su cuartel general en Cintruénigo, y la posicion de Calahorra que habia tomado despues de las desgracias de Lerin y Logroño. Juzgó entonces prudente replegarse y ocupar una línea desde Tarazona á Tudela, extendiéndose por las márgenes del Queiles y apoyando su derecha en el Ebro. Sus fuerzas, si se unian con las de Aragon, escasamente ascendian á 41,000 hombres, entre ellos 3700 de caballería. De las últimas estaba la mayor parte en Caparroso, y rehusaban incorporarse sin expresa órden del general Palafox. Felizmente llegó éste á Tudela el 22, y con anuencia suya se aproximaron, celebrándose por la noche en dicha ciudad un consejo de guerra. Los Palafoxes opinaron por defender á Aragon, sosteniendo que de ello pendia la seguridad de España. Con mejor acuerdo discurria Castaños en querer arrimarse á las provincias marítimas y meridionales, de cuantiosos recursos; no cifrándose la defensa del reino en la de una parte suya interior, y por tanto mas difícil de ser socorrida. Nada estaba resuelto, segun acontece en tales consejos, cuando temprano en la mañana hubo aviso de que se descubrian los enemigos del lado de Alfaro.

Repliégase Castaños.

Apresuradamente tomáronse algunas dispo-

Batalla de Tudela, 23 de noviembre.

siciones para recibirlos. Don Juan O-neil que con los aragoneses acampaba desde la víspera al otro lado de Tudela, empezó en la madrugada á pasar el puente, ignorándose hasta ahora por qué dejó aquella operacion para tan tarde. Aunque sus batallones tenian obstruidas las calles de la ciudad, poco á poco las evacuaron y se colocaron fuera ordenadamente. Estaba tambien alli la quinta division regida por Don Pedro Roca, y compuesta de valencianos y murcianos. Se colocó esta en las inmediaciones y altura de Santa Bárbara situada enfrente de Tudela yendo á Alfaro. Por la misma parte y siguiendo la orilla de Ebro se extendieron algunos aragoneses, pero el mayor número de estos tiró á la izquierda y hácia el espacioso llano de olivos que termina en el arranque de colinas que van á Cascante. Ambas fuerzas reunidas constaban de 20,000 hombres. En el pueblo que acabamos de nombrar estaba además la cuarta division de Andalucía con su gefe la Peña, y en Tarazona la segunda del mando de Grimarest con la parte que habia de la primera y tercera. De suerte que la totalidad del ejército se derramaba por el espacio de cuatro leguas que media entre la última ciudad y la de Tudela.

Aqui se travó la accion principal con la quinta division y los aragoneses. Los que de estos habian ido por la orilla del rio repelieron al principio al enemigo, quien luego arremetió contra los del llano, conceptuado centro del ejército español por formar su izquierda las divisiones citadas de Cascante y Tarazona. Los atacó el general Maurice Mathieu sostenido por la caballe-

ría de Lefebvre Desnouettes. Los enemigos subiendo abrigados del olivar á una de las colinas en que el centro español se apoyaba, flanqueáronle, pero acudiendo por órden de Castaños Don Juan O-neil á desalojarlos, y prolongando por detrás de la altura ocupada un batallon de guardias españolas, se vieron los franceses obligados á retirarse precipitadamente siguiendo los nuestros el alcance. Eran las tres de la. tarde y la suerte nos era favorable, á la sazon que el general Morlot rechazando á los aragoneses de la derecha, avanzó orilla del rio hasta Tudela, con lo que la quinta division para no ser envuelta abandonó la altura é inmediaciones de Santa Bárbara. Tambien entonces reparándose el general Maurice Mathieu y cargando de nuevo, comenzó á flaquear nuestro centro, contra el que dando en aquella ocasion una acometida la caballería de Lefebvre penetró por medio, le desordenó, y aun acabó de desconcertar la derecha revolviendo contra ella. Castaños á la misma hora pensó en dirigirse adonde estaba la Peña, pero envuelto en el desórden y cási atropellado se recogió á Borja, punto en que se encontraron varios generales, escepto Don José de Palafox que de mañana se habia ido á Zaragoza.

En tanto que se veía asi atacada y deshecha la mitad del ejército español, acometió á la division de la Peña junto á Cascante el general Lagrange, trabóse vivo choque, y tal que herido el último cejó su caballería. Creíanse los españoles victoriosos, pero acudiendo gran golpe de infantería rehiciéronse los ginetes enemigos, y fue á su vez rechazado la Peña, y forzado á meterse

en Cascante. Como espectadoras se habian en Tarazona mantenido las otras fuerzas de Andalucía, y no sabemos á qué achacar la morosidad y tardanza del general Grimarest, quien á pesar de haber para ello recibido temprano órden de Castaños no se aproximó á Cascante hasta de noche. Todas estas divisiones andaluzas pudieron sin embargo retirarse ordenadamente hácia Borja conservando su artillería. Excitó solamente algun desasosiego el volarse en una ermita un repuesto de pólvora, recelándose que eran enemigos. Fue gran dicha que no viniera de Soria segun pudiera el mariscal Ney. Deteniéndose este allí tres dias para dar descanso á su gente ó por otras causas, dejó á los nuestros libre y franca la retirada.

Perdiéronse en Tudela los almacenes y la artillería del centro y derecha del ejército, quedando 2000 prisioneros y muchos muertos. Pudiera decirse que esta batalla se dividió en dos separadas acciones, la de Tudela y la de Cascante, sin que los españoles se hubieran concertado ni para la defensa, ni para el ataque. De lo que resulta grave cargo á los caudillos que mandaban, como tambien de que no se emplease una parte considerable de tropas, fuese culpa suya ó de gefes subalternos que no obedecieron. Igualmente quedó cortada, segun veremos despues, una parte de la vanguardia que guiaba el conde de Cartaojal. Cúmulo de desventuras que prueba sobrada imprevision y abandono.

Despues de la batalla las reliquias de los aragoneses, y cási todos los valencianos y murcianos que de ella escaparon, se metieron en Zaragoza,

como igualmente los mas de sus gefes. Castaños prosiguió á Calatayud adonde llegó el 25 con el ejército de Andalucía. En persecucion suya entró el mismo dia en Borja el general Maurice Mathieu, y alli se le unió el 26 con su gente el mariscal Ney. Hasta entonces no se habia encontrado en su retirada el ejército español con los franceses. En Calatayud recibiendo aviso de la junta central de que Napoleon avanzaba á Somosierra, y órden para que Castaños fuese al remedio, juntó este los gefes de las divisiones y acordaron salir el 27 via de Sigüenza, debiendo hacer espaldas un cuerpo de 5000 hombres de infantería ligera, caballería y artillería al mando del general Venegas. Luego vino este á las manos con el enemigo. A dos leguas de Calatayud cerca de Bubierca se apostó, segun órden del general en gefe, para defender el paso y dar tiempo á que se alejasen las divisiones. Con dobladas fuerzas asomó el 29 el general Maurice Mathieu, trabándose desde la mañana hasta las cuatro de la tarde un reñido y sangriento choque. Se pararon de resultas en su marcha los franceses, y se logró que llegasen salvas á Sigüenza nuestras divisiones. En esta ciudad, destinado el general Castaños á desempeñar otras comisiones, se encargó interinamente del mando del ejército del centro Don Manuel de la Peña. Y por ahora alli le dejaremos para ocuparnos en referir otros acontecimientos de no menor cuantía.

Retirada del ejército.

Su llegada á Sigüenza.

La Peña general en gefe.

Derrotados ó dispersos los ejércitos de la izquierda, Extremadura y centro, creyó Napoleon poder sin riesgo avanzar á Madrid, mayormente cuando los ingleses estaban léjos para es-

torbárselo, y no con bastantes fuerzas para osar interponerse entre él y la frontera de Francia. Urgíale entrar en la capital de España, asi porque imaginaba ahogar pronto con aquel suceso la insurreccion, como tambien para asombrar á Europa con el terrible y veloz progreso de sus armas.

Corto embarazo se ofrecia ya por delante al cumplimiento de su deseo. La junta central despues de la rota de Burgos habia encargado á Don Tomás de Morla y al marqués de Castelar atendiesen á la defensa de Madrid, y de los pasos de Guadarrama, Fonfria, Navacerrada y Somosierra. Como mas expuesto se cuidó en especial del último punto, enviando para guarnecerle á Don Benito San Juan con los cuerpos que habian quedado en Madrid de la primera y tercera division de Andalucía y con otros nuevos, á los que se agregaron reliquias del ejército de Extremadura, en todo 12,000 hombres y algunos cañones. Endeble reparo para contener en su marcha al emperador de los franceses.

Con todo á fin de asegurarla obró este precavidamente, tomando varias y atentas disposiciones. Mandô á Moncey ir sobre Zaragoza, á Ney continuar en perseguimiento de Castaños, á Soult tener en respeto al ejército inglés, y á Lefebvre inundar por su derecha la Castilla, extendiéndose hácia Valladolid, Olmedo y Segovia. Dejó consigo la guardia imperial, la reserva y el primer cuerpo del mariscal Victor para penetrar por Somosierra y caer sobre Madrid.

San Juan en Somosierra.

Salió el 28 de Aranda de Duero, y el 29 sentó en Boceguillas su cuartel general. Don Beni-

to San Juan se preparaba á recibirle. En lo alto del puerto habia levantado aceleradamente algunas obras de campaña, y colocado en Sepúlveda una vanguardia á las órdenes de Don Juan José Sarden. Con ella se encontraron los franceses en la madrugada del 28, acometiéndola 4000 infantes y 1000 caballos. En vano se esforzaron por romperla y hacerse dueños de la posicion que defendia. Al cabo de horas de refriega se retiraron y dejaron el campo libre á los nuestros; mas de poco sirvió. Temores y voces esparcidas por la malevolencia forzaron á los gefes á replegarse á Segovia en la noche del 29, dejando á San Juan desamparado y solo en Somosierra con el resto de las fuerzas.

Siendo estas escasas no era aquel paso de tan dificil acceso como se creía. Dominado el camino real hasta lo alto del puerto por montañas laterales que le siguen en sus vueltas y sesgos, y enseñoreada la misma cumbre por cimas mas elevadas, era necesario ó cubrir con tropas ligeras los puntos mas eminentes, ó exponerse, segun sucedió, á que el enemigo flanquease la posicion. Densa niebla encapotaba las fraguras al nacer del 30, en cuya hora atacando á nuestro frente con seis cañones y una numerosa columna el general Senarmont, desprendiéronse otras dos tambien enemigas por derecha é izquierda para atacar nuestros costados. Repelióse con denuedo por el frente la primera embestida á tiempo que Napoleon llegó al pie de la sierra. Irritado este é impaciente con la resistencia mandó entonces soltar á escape por la calzada y contra la principal batería española los lanceros pola-

Pasan los franceses el puerto.

cos y cazadores de la guardia al mando del general Mont-Brun. Los primeros que acometieron cubrieron el suelo con sus cadáveres, y en una de las cargas quedó gravemente herido de tres balazos Mr. Felipe de Segur, estimable autor de la historia de la campaña de Rusia. Insistiendo de nuevo en atacar la caballería francesa, y á la sazon que sus columnas de derecha é izquierda se habian á favor de la niebla encaramado por los lados, empezaron los nuestros á flaquear abandonando al cabo sus cañones, de que se apoderaron los ginetes enemigos. San Juan queriendo contener el desórden de los suyos, recorrió el campo con tal valor y osadía, que envuelto por lanceros polacos se abrió paso, llegando por trochas y atajos y herido en la cabeza á Segovia, en cuya ciudad se unió á Don José Heredia que juntaba dispersos.

Situacion de la central.

Con semejante desgracia Madrid quedaba descubierto, y el gobierno supremo en sumo riesgo, si de Aranjuez no se transferia en breve á parage seguro. Ya al promediar noviembre y á propuesta de Don Gaspar Melchor de Jovellanos se habia pensado en ello, mas con tal lentitud que fue menester que el 28 se dijese haber asomado hácia Villarejo partidas enemigas para ocuparse seriamente en el asunto. El compromiso de la junta era grande, y mayor por un incidente ocurrido en aquellos dias. Figurándose el enemigo que con la ruina y descalabros padecidos podria entrarse en acomodamiento, habia convidado por medio de los ministros de José á las autoridades supremas á que se sometiesen y evitasen mayores males con prolongar

la resistencia. Al propósito escribieron aquellos tres cartas concebidas en idéntico y literal sentido, una al conde de Floridablanca, y las otras dos al decano del consejo real y al corregidor de Madrid. La central sobremanera indignada decretó en 24 de noviembre que dichos escritos fuesen quemados por mano del verdugo, declarando infidentes y desleales á sus autores, y encargando á la sala de alcaldes la sustanciacion y fallo de la causa. Con lo cual se respondió á la propuesta, é igualmente al decreto de proscripcion de Napoleon, aunque no tan militar ni arbitrariamente. Mas semejante resolucion metiendo á la junta en nuevos comprometimientos, la impelía á atender á su propia seguridad. Cartas de los ministros de José.

Las horas ya eran contadas. El 30 exploradores enemigos se habian divisado en Móstoles, y el 1.° de diciembre muy de mañana súpose lo acaecido en Somosierra. Con afan y temprano el mismo dia congregó el presidente á los individuos de la junta para que se enterasen de los partes recibidos. Pensóse inmediatamente en abandonar á Aranjuez, pero antes se encaminaron á la capital los recursos disponibles, se acordaron otras providencias, y se resolvió elegir diferentes vocales que fuesen á inflamar el espíritu de las provincias. Deliberóse en seguida acerca del parage en que el gobierno deberia fijar su residencia. Variaron los pareceres, señalóse al fin Badajoz. Para mayor comodidad del viage se dispuso que los individuos de la junta se repartiesen en tandas, y para el fácil despacho de los negocios urgentes se escogió una comi-

sion activa compuesta de los señores Floridablanca, Astorga, Valdés, Jovellanos, Contamina y Garay. Unos en pos de otros salieron todos de Aranjuez en la tarde y noche del 1.° al 2 de diciembre. Apenas con escolta, enmedio de tales angustias tuvieron la dicha de que los pueblos no los molestaran, y de que los franceses no los alcanzasen y cogiesen. Libres de particular contratiempo llegaron á Talavera de la Reina en donde volveremos á encontrarlos.

Abandona la central á Aranjuez.

Situacion de Madrid.

En tanto reinaba en Madrid la mayor agitacion. Don Tomás de Morla y el capitan general de Castilla la Nueva marqués de Castelar habian discurrido calmarla, y aun por órden de la central promulgaron edictos que pintaban con amortiguados colores las desgracias sucedidas. Sin embargo no fue dado por mas tiempo ocultarlas, acudiendo prófugos de todos lados. Alterada á su vista la muchedumbre se agolpó á casa de Castelar que disfrutaba de la confianza pública, y pidió el 30 de noviembre con gran vocería que se la armase. Asi lo prometió, y desde entonces con mayor diligencia y ahinco se atendió á fortificar la capital y distribuir á sus vecinos armas y municiones. Madrid no era en verdad punto defendible, y las obras que se trazaron levantadas atropelladamente, no fueron tampoco de grande ayuda. Redujéronse á unos fosos delante de las puertas exteriores, en donde se construyeron baterías á barbeta que artillaban cañones de corto calibre. Se aspillararon las tapias del recinto, abriéndose cortaduras ó zanjas en ciertas calles principales como la de Alcalá, carrera de San Gerónimo y

Atocha. Tambien se desempedraron muchas de ellas, y acumulándose las piedras en las casas, se parapetaron las ventanas con almohadas y colchones. Todos corrian á trabajar, siendo el entusiasmo general y extremado.

En 1.° de diciembre se confió el gobierno político y militar á una junta que se instaló en la casa de Correos. A su cabeza estaba el duque del Infantado como presidente del consejo real, y eran ademas individuos el capitan general, el gobernador y corregidor, como tambien varios ministros de los consejos y regidores de la villa. La defensa de la plaza se encargó exclusiva y particularmente á Don Tomás de Morla, que gozaba de concepto de oficial mas inteligente que el gobernador Don Fernando de la Vera y Pantoja. En Madrid no habia sino 300 hombres de guarnicion y dos batallones con un escuadron de nueva leva. Corrió la voz aquel dia de que el enemigo estaba á cinco leguas, y el vecindario léjos de amilanarse se inflamó con ímpetu atropellado. Repartiéronse 8000 fusiles, chuzos y hasta armas viejas de la armería. Y para guardar órden se citó á todos por la tarde al Prado, desde donde á cada uno debia señalarse destino. Escasearon los cartuchos, y aun para muchos faltaron. Pedíanlos los concurrentes con instancia, mas respondiendo Morla que no los habia, y dentro de algunos habiéndose encontrado en vez de pólvora arena, creció la desconfianza, lanzáronse gritos amenazadores, y todo pronosticaba estrepitosa conmocion.

Muerte del marqués de Perales.

Habia entendido como regidor el marqués de Perales en la formacion de los cartuchos, y

contra él y su mayordomo se empezó á clamar desaforadamente. Este marqués era antes el ídolo de la plebe madrileña; presumia de imitarla en usos y traheres; con nadie sino con ella se trataba, y aun cási siempre se le veia vestido á su manera con el trage de majo. Pero acusado con razon ó sin ella de haber visitado á Murat y recibido de este obsequios y buen acogimiento, cambióse el favor de los barrios en ojeriza. Juntóse tambien para su desdicha la ira y zelos de una antigua manceba á quien por otra habia dejado. Tenia el marqués por costumbre escoger sus amigas entre las mugeres mas hermosas y desenfadadas del vulgo, y era la abandonada hija de un carnicero. Para vengar esta lo que reputaba ultrage, no solo dió pábulo al cuento de ser el marqués autor de los cartuchos de arena, sino que tambien inventó haber él mismo pactado con los franceses la entrega de la puerta de Toledo. Sabido es que entre el bajo pueblo nada halla tanto séquito como lo que es infundado y absurdo. Y en este caso con mayor facilidad, saliendo de la boca de quien se creia depositaria de los secretos del marqués. Vivia este en la calle de la Magdalena, inmediata al barrio del Avapies [de todos el mas desasosegado], y sus vecinos se agolparon á la casa, la allanaron, cosieron al dueño á puñaladas, y puesto sobre una estera le arrastraron por las calles. Tal fue el desastrado fin del marqués de Perales, víctima inocente de la ceguedad y furor popular, pero que ni era general, ni anciano, ni habia nunca sido mirado como hombre respetable segun lo afirma cierto historia-

dor inglés, empeñado en desdorar y ennegrecer las cosas de España. La conmocion no fue mas allá: personas de influjo y otros cuidados la sosegaron.

En la mañana del 2 aparecieron sobre las alturas del norte de Madrid las divisiones de dragones de los generales La Tour Maubourg y La Houssaie: antes solo se habian columbrado partidas sueltas de caballería. A las doce Napoleon mismo llegó á Chamartin y se alojó en la casa de campo del duque del Infantado. Aniversario aquel dia de la batalla de Austerlitz y de su coronacion, se lisonjeaba sería tambien el de su entrada en Madrid. Con semejante esperanza no tardó en presentarse en sus cercanías é intimar por medio del mariscal Bessieres la rendicion á la plaza. Respondióse con desden, y aun corrió peligro de ser atropellado el oficial enviado al efecto. No habia la infantería francesa acabado de llegar, y Napoleon recorriendo los alrededores de la villa meditaba el ataque para el siguiente dia. En este no hubo sino tiroteos de avanzadas y correrías de la caballería enemiga, que detenia, despojaba y á veces mataba á los que inhábiles para la defensa salian de Madrid. Con mas dicha y por ser todabia en la madrugada obscura y nebulosa, pudo alejarse el duque del Infantado comisionado por la junta permanente para ir hácia Guadalajara en busca del ejército del centro, al que se consideraba cercano. Por la noche el mariscal Victor hizo levantar baterías contra ciertos puntos, principalmente contra el Retiro: y á las doce de la misma el mariscal Berthier princi-

Napoleon delante de Madrid.

pe de Neufchatel, mayor general del ejército imperial, repitió nueva intimacion, valiéndose de un oficial español prisionero, á la que se tardó algunas horas en contestar.

Ataque de Madrid.

Amaneció el 3 cubierto de niebla, la cual disipándose poco á poco, aclaró el dia á las nueve de la mañana, y apareció bellísimo y despejado. Napoleon preparado el ataque, dirigió su especial conato á apoderarse del Retiro, llamando al propio tiempo la atencion por las puertas del Conde-duque y Fuencarral, hasta la de Recoletos y Alcalá, y colocándose él en persona cerca de la fuente Castellana. Mas barriendo aquella cañada y cerros inmediatos una batería situada en lo alto de la escuela de la veterinaria, cayeron algunos tiros junto al emperador, que diciendo: *estamos muy cerca*, se alejó lo suficiente para librarse del riesgo. Gobernaba dicha batería un oficial de nombre Vasallo, y con tal acierto que contuvo á la columna enemiga que queria meterse por la puerta de Recoletos para coger por la espalda la de Alcalá. Los ataques de las otras puertas no fueron por lo general sino simulados, ó no hubo sino ligeras escaramuzas, señalándose en la de los Pozos una cuadrilla de cazadores que se habia apostado en las casas de Bringas alli contiguas. Tambien hubo entre la del Conde-duque y Fuencarral vivo tiroteo, en los que fue herido en el pie de una bala el general Maison. Mas el Retiro, cuya eminencia dominando á Madrid es llave de la posicion, fue el verdadero y principal punto atacado. Los franceses ya en tiempo de Murat habian reconocido su importancia. Los generales

españoles, fuese descuido ó fatal acaso, no se habian esmerado en fortificarle.

Treinta piezas de artillería dirigidas por el general Senarmont rompieron el fuego contra la tapia oriental. Sus defensores que no eran sino paisanos, y un cuerpo recien levantado á expensas de Don Francisco Mazarredo, resistieron con serenidad, hasta que los fuegos enemigos abrieron un ancho boqueron por donde entraron sus tiradores y la division del general Villatte. Entonces los nuestros decayendo de ánimo fueron ahuyentados, y los franceses derramándose con celeridad por el Prado, obligaron á los comandantes de las puertas de Recoletos, Alcalá y Atocha á replegarse á las cortaduras de sus respectivas é inmediatas calles. Pero como aquellas habian sido excavadas en la parte mas elevada, quedaron muchas casas y edificios á merced del soldado extrangero que las robó y destrozó. Tocó tan mala suerte á la escuela de mineralogía calle del Turco, en donde pereció una preciosísima coleccion de minerales de España y América, reunida y arreglada al cabo de años de trabajo y penosa tarea.

La pérdida del Retiro no causó en la poblacion desaliento. En todos los puntos se mantuvieron firmes, y sobre todo en la calle de Alcalá en donde fue muerto el general francés Bruyere. Castelar en tanto respondió á la segunda intimacion pidiendo una suspension de armas durante el dia 3 para consultar á las demas autoridades y ver las disposiciones del pueblo, sin lo cual nada podia resolver definitivamente. Eran las doce de la mañana cuando llegó esta res-

puesta al cuartel general francés, é invadido ya el Retiro desistió Napoleon de proseguir en el ataque, prefiriendo á sus contingencias el medio mas suave y seguro de una capitulacion. Pero para conseguirla mandó al de Neufchatel que diese á Castelar una réplica amenazadora diciendo: «Inmensa artillería está preparada con»tra la villa, minadores se disponen para volar »sus principales edificios..... las columnas ocu»pan la entrada de las avenidas..... mas el em»perador siempre generoso en el curso de sus »victorias, suspende el ataque hasta las dos. Se »concederá á la villa de Madrid proteccion y »seguridad para los habitantes pacíficos, para el »culto y sus ministros, en fin olvido de lo pa»sado. Enarbólese bandera blanca antes de las »dos, y envíense comisionados para tratar."

La junta establecida en correos mandó cesar el fuego, y envió al cuartel general francés á Don Tomás de Morla y á Don Bernardo Iriarte. Avocáronse estos con el príncipe de Neufchatel quien los presentó á Napoleon: vista que atemorizó á Morla, hombre de corazon pusilánime, aunque de fiera y africana figura. Napoleon le recibió asperamente. Echóle en cara su proceder contra los prisioneros franceses de Bailen, sus contestaciones con Dupont, hasta le recordó su conducta en la guerra de 1793 en el Rosellon. Por último díjole: «vaya usted á Madrid, »doy de tiempo para que se me responda de aqui »á las seis de la mañana. Y no vuelva usted sino »para decirme que el pueblo se ha sometido. De »otro modo usted y sus tropas serán pasados »por las armas."

Conferencia de Morla con Napoleon.

Demudado volvió á Madrid el general Morla, y embarazosamente dió cuenta á la junta de su comision. Tuvo que prestarle ayuda su compañero Iriarte, mas sereno aunque anciano y no militar. Hubo disenso entre los vocales: prevaleció la opinion de la entrega. El marqués de Castelar no queriendo ser testigo de ella partió por la noche, con la poca tropa que habia, camino de Extremadura. Tambien y antes el vizconde de Gante que mandaba la puerta de Segovia salió surepticiamente del lado del Escorial en busca de Sanjuan y Heredia. Capitulacion.

A las seis de la mañana del 4 Don Tomás de Morla y el gobernador Don Fernando de la Vera y Pantoja pasaron al cuartel general enemigo con la minuta de la * capitulacion. Napoleon la aprobó en todas sus partes con cortísima variacion, si bien se contenian en ella artículos que no hubieran debido entrar en un convenio puramente militar. (* Ap. n. 8.)

El general Belliard despues de las diez del mismo dia entró en Madrid y tomó sin obstáculo posesion de los puntos principales. Solo en el nuevo cuartel de guardias de Corps se recogieron algunos con ánimo de defenderse, y fue menester tiempo y la presencia del corregidor para que se rindieran.

Silencioso quedó Madrid despues de la entrega, y contra Morla se abrigaba en el pecho de los habitantes odio reconcentrado. Tacháronle de traidor, y confirmáronse en la idea con verle pasar al bando enemigo. Solo hubo de su parte falta de valor y deshonroso proceder. Murió años adelante ciego, lleno de pesares, aborrecido de todos.

Consiguióse con la defensa de Madrid sino detener al ejército francés, por lo menos probar á Europa que á viva fuerza y no de grado se admitia á Napoleon y á su hermano. Respecto de lo cual oportuna aunque familiarmente decia Mr. de Pradt capellan mayor del emperador, primero obispo de Poitiers, y despues arzobispo de Malinas, «que José habia sido echado »de Madrid á puntapies y recibido á cañonazos."

Fáltase á la capitulacion.

El 6 se desarmó á los vecinos, y no se tardó en faltar á la capitulacion, esperanza de tantos hombres ciegos y sobradamente confiados. Dieron la señal de su quebrantamiento los decretos que desde Chamartin y á fuer de conquistador empezó el mismo dia 4 á fulminar Napoleon, quien arrojando todo embozo, y sin mentar á su hermano mostróse como señor y dueño absoluto de España.

Decretos de Napoleon en Chamartin.

Fue el primero contra el consejo de Castilla. Decíase en su contexto que por haberse portado aquella corporacion con *tanta debilidad como superchería*, se destituian sus individuos considerándolos *cobardes é indignos de ser los magistrados de una nacion brava y generosa.* Quedaban ademas detenidos en calidad de rehenes: por cuyo decreto el artículo sexto de la capitulacion con afan apuntado por los del consejo, y segun el cual debian conservarse «las leyes, »costumbres y tribunales en su actual constitu»cion;" se barrenaba y destruia.

Siguiéronse á este el de la abolicion de la inquisicion, el de la reduccion de conventos á una tercera parte, el de la extincion de los derechos señoriales y exclusivos, y el de poner

las aduanas en la frontera de Francia. Varios de estos decretos reclamados constantemente por los españoles ilustrados, no dejaron de cautivar al partido del gobierno intruso ciertos individuos enojados con los primeros pasos de la central, dando á otros plausible pretexto para hacerse tornadizos.

Mas semejantes resoluciones de suyo benéficas aunque procedentes de mano ilegítima, fueron acompañadas de otras crueles é igualmente contrarias á lo capitulado. Se cogió y llevó á Francia á Don Arias Mon, decano del consejo, y á otros magistrados. El príncipe de Castelfranco, el marqués de Santa Cruz del Viso y el conde de Altamira ó sea de Trastamara, comprendidos en el decreto de proscripcion de Burgos, fueron tambien presos y conducidos á Francia, conmutándose la pena de muerte en la de perpétuo encierro, sin embargo de que por los artículos primero, segundo y tercero de la capitulacion se aseguraba la libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos, militares y empleados de Madrid. Igual suerte cupo en un principio al duque de Sotomayor de que le libró especial favor. Estuvo para ser mas rigorosa la del marqués de San Simon, emigrado francés al servicio de España: fue juzgado por una comision militar, y condenado á muerte, habiendo defendido contra sus compatriotas la puerta de Fuencarral. Las lágrimas y encarecidos ruegos de su desconsolada hija alcanzaron gracia, limitándose la pena de su padre á la de confinacion en Francia.

Españoles llevados á Francia.

Napoleon permanecia en Chamartin, y solo

Visita Napoleon el palacio real.

una vez y muy de mañana atravesó á Madrid y se encaminó á palacio. Aunque se le representó suntuosa la morada real, segun sabemos de una persona que le acompañaba, por nada preguntó con tanto anhelo como por el retrato de Felipe II: detúvose durante algunos minutos delante de uno de los mas notables, y no parecia sino que un cierto instinto le llevaba á considerar la imágen de un monarca que si bien en muchas cosas se le desemejaba, coincidia en gran manera con él en su amor á exclusiva, dura é ilimitada dominacion, asi respecto de propios como de extraños.

Su inquietud.

La inquietud de Napoleon crecía segun que corrian dias sin recoger el pronto y abundante esquilmo que esperaba de la toma de Madrid. Sus correos comenzaban á ser interceptados, y escasas y tardías eran las noticias que recibia. Los ejércitos españoles si bien deshechos, no estaban del todo aniquilados, y era de temer se convirtiesen en otros tantos núcleos, en cuyo derredor se agrupasen oficiales y soldados, al paso que los franceses teniendo que derramarse enflaquecian sus fuerzas, y aun desaparecian sobre la haz espaciosa de España. En las demas conquistas dueño Napoleon de la capital lo habia sido de la suerte de la nacion invadida: en esta ni el gobierno ni los particulares, ni el mas pequeño pueblo de los que no ocupaba se habian presentado libremente á prestarle homenage. Impacientábale tal proceder, sobre todo cuando nuevos cuidados podrian llamarle á otras y lejanas partes. Mostró su enfado al corregidor de Madrid que el 16 de diciembre fue á Cha-

martin á cumplimentarle y á pedirle la vuelta de José segun se habia exigido del ayuntamiento: díjole pues Napoleon que por los derechos de conquista que le asistian podia gobernar á España nombrando otros tantos vireyes cuantas eran sus provincias. Sin embargo añadió que consentiria en ceder dichos derechos á José, cuando todos los ciudadanos de la capital le hubieran dado pruebas de adhesion y fidelidad por medio de un juramento «que saliese no so-»lamente de la boca sino del corazon, y que »fuese sin restriccion jesuítica."

Contestacion al corregidor de Madrid.

Sujetóse el vecindario á la ceremonia que se pedia, y no por eso trataba Napoleon de reponer á José en el trono, cosa que á la verdad interesaba poco á los madrileños, molestados con la presencia de cualquiera gobierno que no fuera el nacional. El emperador habia dejado en Burgos á su hermano, quien sin su permiso vino y se le presentó en Chamartin, donde fue tan mal recibido que se retiró á la Monclova y luego al Pardo, no gozando de rey sino escasamente la apariencia.

Juramento exigido de los vecinos.

Mas que en su persona ocupábase Napoleon en averiguar el paradero de los ingleses, y en disipar del todo las reliquias de las tropas españolas. El 8 de diciembre llegó á Madrid el cuerpo de ejército del duque de Dantzick, y con diligencia despachó Napoleon hácia Tarancon al mariscal Bessieres, dirigiendo sobre Aranjuez y Toledo al mariscal Victor y á los generales Milhaud y Lasalle.

Van los mariscales franceses en persegnimiento de los españoles.

Por este lado y la vuelta de Talavera se habia retirado Don Benito Sanjuan, quien despues

Total dispersion del ejército de Sanjuan.

de haber recogido en Segovia dispersos, y en union con Don José Heredia, se habia apostado en el Escorial antes de la entrega de Madrid. Pensaban ir ambos generales al socorro de la capital, y aun instados por el vizconde de Gante que con aquel objeto segun vimos habia ido á su encuentro, se pusieron en marcha. Acercábanse, cuando esparcida la voz de estar muy apretada la villa y otras siniestras, empezó una dispersion horrorosa, abandonando los artilleros y carreteros cañones y carruages. Comenzó por donde estaba Sanjuan, cundió á la vanguardia que mandaba Heredia, y ni uno ni otro fueron parte á contenerla. Algunos restos llegaron en la madrugada del 4 cási á tocar las puertas de Madrid, en donde noticiosos de la capitulacion, sueltos y á manera de bandidos, corrieron como los primeros asolando los pueblos, y maltratando á los habitadores hasta Talavera, punto de reunion que fue teatro de espantosa tragedia.

Habituados á la rapiña y al crímen las mal llamadas tropas, pesábales volver á someterse al órden y disciplina militar. Su caudillo D. Benito Sanjuan no era hombre para permitir mas tiempo la holganza y los excesos encubiertos bajo la capa del patriotismo, de lo cual temerosos los alborotadores y cobardes, difundieron por Talavera que los gefes los habian traidoramente vendido. Con lo que apandillándose una banda de hombres y soldados desalmados, se metieron en la mañana del 7 en el convento de Agustinos, y guiados por un furibundo fraile penetraron en la celda en donde se albergaba

el general Sanjuan. Empezó este á arengarlos con serenidad, y aun á defenderse con el sable, no bastando las razones para aplacarlos. Desarmáronle y viéndose perdido, al querer arrojarse por una ventana tres tiros le derribaron sin vida. Su cadáver despojado de los vestidos, mutilado y arrastrado, le colgaron por último de un árbol en medio de un paseo público, y asi expuesto, no satisfechos todavía le acribillaron á balazos. Faltan palabras para calificar debidamente tamaña atrocidad, ejecutada por soldados contra su propio gefe, y promovida y abanderizada por quien iba revestido del hábito religioso.

Muerte cruel de este general.

No tan relajado aunque harto decaido estaba por el lado opuesto el ejército del centro. El hambre, los combates, el cansancio, voces de traicion, la fuga, el mismo desamparo de los pueblos, uniéndose á porfia y de tropel, habian causado grandes claros en las filas. Cuando le dejamos en Sigüenza estaba reducido su número á 8000 hombres cási desnudos. Mas sin embargo determinaron los gefes cumplir con las órdenes del gobierno, é ir á reforzar á Somosierra. Emprendió la infantería su ruta por Atienza y Jadraque, y la artillería y caballería en busca de mejores caminos tomaron la vuelta de Guadalajara siguiendo la izquierda del Henares. No tardaron los primeros en variar de rumbo, y caminar por donde los segundos con el aviso de Castelar recibido en la noche del 1.° al 2 de diciembre, de haber los enemigos forzado el paso de Somosierra. Continuando pues todo el ejército á Guadalajara, la 1.ª y 4.ª di-

Ejército del centro. Sus marchas y retirada á Cuenca.

vision entraron por sus calles en la noche del 2 junto con la artillería y caballería. Cási al propio tiempo llegó á dicha ciudad el duque del Infantado; y el 3, avistándose con La Peña y celebrando junta de generales, se acordó: 1.° Enviar parte de la artillería á Cartagena, como se verificó; y 2.° dirigirse con el ejército por los altos de San Torcaz, pueblecito á dos leguas de Alcalá y á su oriente, y extenderse á Arganda para que desde aquel punto, si ser pudiere, se metiese la vanguardia con un convoy de víveres por la puerta de Atocha. En la marcha tuvieron noticia los gefes de la capitulacion de Madrid, y obligados por tanto á alejarse, resolvieron cruzar el Tajo por Aranjuez y guarecerse de los montes de Toledo. Plan demasiadamente arriesgado y que por fortuna estorbó con sus movimientos el enemigo sin gran menoscabo nuestro. Caminaron los españoles el 6 y descansaron en Villarejo de Salvanés. Alli les salió al encuentro Don Pedro de Llamas, encargado por la central de custodiar con pocos soldados el punto de Aranjuez, que acababa de abandonar forzado por la superioridad de fuerzas francesas. Interceptado de este modo el camino, se decidieron los nuestros á retroceder y pasar el Tajo por las barcas de Villamanrique, Fuentidueñas y Estremera, y abrigándose de las sierras de Cuenca sentar sus reales en aquella ciudad, parage acomodado para repararse de tantas fatigas y penalidades. Asi y por entonces se libraron las reliquias del ejército del centro de ser del todo aniquiladas en Aranjuez por el mariscal Victor, y en Guadalajara por la nume-

rosísima caballería de Bessieres, y el cuerpo de Ney que entró el 6 viniendo de Aragon. No hubo sino alguno que otro reencuentro, y haber sido acuchillados en Nuevo-Bastan los cansados y zagueros.

Rebelion del oficial Santiago.

A los males enumerados y al encarnizado seguimiento del enemigo agregáronse en su marcha al ejército del centro discordias y conspiraciones. El 7 de diciembre estando en Belinchon el cuartel general, se mandó ir á la villa de Yebra á la 1.ª y 4.ª division que regia entonces el conde de Villariezo. A mitad del camino y en Mondéjar Don José Santiago teniente coronel de artillería, el mismo que en mayo fue de Sevilla para levantar á Granada, se presentó al general de las divisiones diciéndole, que estas en vez de proseguir á Cuenca, querian retroceder á Madrid para pelear con los franceses, y que á él le habian escogido por caudillo; pero que suspendia admitir el encargo hasta ver si el general, aprobando la resolucion, se hacia digno de continuar capitaneándolos. Rehusó Villariezo la inesperada oferta, y reprendiendo al Santiago, encomendóle contener el mal espíritu de la tropa: singular conspirador y singular gefe. La artillería, como era de temer, en vez de apaciguarse se apostó en el camino de Yebra, y forzó á la otra tropa que iba á continuar su marcha á volver atrás. Intentó Villariezo arengar á los sublevados que aparentaron escucharle, mas quiso que de nuevo prosiguiesen su ruta; y gritando unos á *Madrid* y otros á *Despeñaperros*, tuvo que desistir de su empeño y despachar al coronel de Pavía prín-

cipe de Anglona para que informase de lo ocurrido al general en gefe, el cual creyó prudente separar la infantería y alejarla de la caballería y artillería. Los peones dirigiéndose á Illana debian cruzar el vado y barcas de Maquilon; los ginetes y cañones con solos dos regimientos de infantería, Ordenes y Lorca, las de Estremera: mandando á los primeros el mismo Villariezo y á los segundos Don Andres de Mendoza. Ciertas precauciones y la repentina mudanza en la marcha suspendieron algun tiempo el alboroto; mas el dia 8 al querer salir de Tarancon encrespóse de nuevo, y sin rebozo se puso Santiago á la cabeza.

Pareciéndole al Mendoza que el carácter y respetos del conde de Miranda comandante de carabineros reales, que alli se hallaba, eran mas acomodados para atajar el mal que los que á su persona asistian, propuso al conde, y éste aceptó, sustituirle en el mando. Llamado don José Santiago por el nuevo gefe, retúvole éste junto á su persona; y hubo vagar para que adoptadas prontas y vigorosas providencias se continuase, aunque con trabajo, la marcha á Cuenca. El Santiago fue conducido á dicha ciudad, y arcabuceado despues en 12 de enero con un sargento y cabo de su cuerpo.

Nómbrase por general en gefe al duque del Infantado.

Mas el mal habia echado tan profundas raices y andaban las voluntades tan mal avenidas, que para arrancar aquellas y aunar estas, juzgó conveniente Don Manuel La Peña celebrar un consejo de guerra en Alcázar de Huete, y desistiéndose del mando proponer en su lugar por general en gefe al duque del Infanta-

do. Admitióse la propuesta, consintió el duque, y aprobólo despues la central, con que se legitimaron unos actos que solo disculpaba lo árduo de las circunstancias.

La mayor parte del ejército entró en Cuenca en 10 de diciembre. Mas remisa estuvo, y llegó en desórden la 2.ª division al mando del general Grimarest, que fue atacada en Santa Cruz de la Zarza en la noche del 8, y ahuyentada por el general Mont-Brun. Y el terror y la indisciplina fueron tales, que cási sin resistencia corrió dicha division precipitadamente y á la primera embestida camino de Cuenca.

En esta ciudad reunido el ejército del centro y abrigado de la fragosa tierra que se extendia á su espalda, terminó su retirada de 86 leguas, emprendida desde las faldas del Moncayo, memorable sin duda, aunque costosa; pues al cabo, en medio de tantos tropiezos, reencuentros, marchas y contramarchas, escaseces y sublevaciones, salvóse la artillería y bastante fuerza para con su apoyo formar un nuevo ejército, que combatiendo al enemigo ó trabajándole le distrajese de otros puntos y contribuyese al bueno y final éxito de la causa comun.

Descansaban pues y se reponian algun tanto aquellos soldados, cuando con asombro vieron el 16 entrar por Cuenca una corta division que se contaba por perdida. Recordará el lector como despues del acontecimiento de Logroño incorporada la gente de Castilla en el ejército de Andalucía, se formó una vanguardia de 4000 hombres al mando del conde de Cartaojal, destinada á maniobrar en la sierra de Cameros. El

Conde de Alacha. Su retirada gloriosa.

22 de noviembre, segun órden de Castaños, se habia retirado dicho gefe por el lado de Agreda á Borja, y despues de una leve refriega con partidas enemigas prosiguiendo á Calatayud, se habia alli unido al grueso del ejército, de cuya suerte participó en toda la retirada. Mas de este cuerpo de Cartaojal quedó el 21 en Nalda separado y como cortado un trozo á las órdenes del conde de Alacha.

No desanimándose ni los soldados ni su caudillo, aconsejado de buenos oficiales al verse rodeados de enemigos, y ellos en tan pequeño número, emprendieron una retirada larga, penosa y atrevida. Por espacio de veinte dias acampando y marchando á dos y tres leguas del ejército francés, cruzando empinados montes y erizadas breñas, descalzos y cási desnudos en estacion cruda, apenas con alimento, desprovistos de todo consuelo, consiguieron, venciendo obstáculos para otros insuperables, llegar á Cuenca conformes y aun contentos de presentarse no solo salvos, sino con el trofeo de algunos prisioneros franceses. Tanta es la constancia, sobriedad é intrepidez del soldado español bien capitaneado.

Pero la estancia en Cuenca del ejército del centro, si bien por una parte le daba lugar para recobrarse y le ponia mas al abrigo de una acometida, por otra dejaba á la Mancha abierta y desamparada. Es cierto que sus vastas llanuras nunca hubieran sido bastantemente protegidas por las reliquias de un ejército á cuya caballería no le era dado hacer rostro á la formidable y robusta de las huestes enemigas. Asi fue

que el mariscal Victor, sentando ya en 11 de diciembre su cuartel general en Aranjuez y Ocaña, desparramó por la Mancha baja gruesas partidas que se proveian de vituallas en sus feraces campiñas, y pillaban y maltrataban pueblos abandonados á su rapacidad por los fugitivos habitantes. La Mancha.

Habian contado algunos con que Toledo haria resistencia. Mas desapercibida la ciudad y cundiendo por sus hogares el terror que esparcian la rota y dispersion de los ejércitos, abrió el 19 de diciembre sus puertas al vencedor; habiendo antes salido de su recinto la junta provincial, muchos de los principales vecinos, y despachado á Sevilla 12,000 espadas de su antigua y celebrada fábrica. Toledo.

Ciertos y contados pueblos ofrecieron la imágen de la mas completa anarquía, atropellando ú asesinando pasageros. Doloroso sobre todo fue lo que aconteció en Malagon y Ciudad-Real. Por el último pasaba preso á Andalucía Don Juan Duro canónigo de Toledo y antiguo amigo del príncipe de la Paz: ni su estado, ni su dignidad, ni sus súplicas le guarecieron de ser bárbaramente asesinado. La misma suerte cupo en el primer pueblo á Don Miguel Cayetano Soler, ministro de hacienda de Cárlos IV, que tambien llevaban arrestado: atrocidades que hubieran debido evitarse no exponiendo al riesgo de transitar por lugares agitados personages tan aborrecidos. Muertes violentas.

Templa por dicha la amargura de tales escesos la conducta de otras poblaciones, que empleando dignamente su energía y cediendo al Villacañas.

noble impulso del patriotismo antes que á los consejos de la prudencia, detuvieron y escarmentaron á los invasores. Señalóse la villa de Villacañas una de las comprendidas en el gran priorato de San Juan. Varias partidas de caballería enemiga que quisieron penetrar por sus calles fueron constantemente rechazadas en diferentes embestidas que dieron en los dias del 20 al 25 de diciembre. Alabó el gobierno y premió la conducta de Villacañas, cuya poblacion quedó, durante algun tiempo, libre de enemigos, en medio de la Mancha inundada de sus tropas.

Sierra morena.

Estas antes de terminar diciembre se habian extendido hasta Manzanares y amagaban aproximarse á las gargantas de Sierra morena. Muchos oficiales y soldados del ejército del centro se habian acogido á aquellas fraguras. Unos obligados de la necesidad; otros huyendo vergonzosamente del peligro. Sin embargo como estos eran los menos túvose á dicha su llegada, porque daba cimiento á formar y organizar centenares de alistados que acudian de las Andalucías y la Mancha.

Juntas de los cuatro reinos de Andalucía.

Las juntas de aquellos cuatro reinos, vista la dispersion de los ejércitos y en dudas del paradero de la central, trataron de reunirse en la Carolina, enviando alli dos diputados de cada una que las representasen, invitando tambien á lo mismo á la de Extremadura y á otra que se habia establecido en Ciudad-Real. Pero la central, fuese prevision ó temores de que se le segregasen estas provincias, habia comisionado á Sierra morena al marqués de Campo Sagrado, individuo suyo, con órden de promover los alis-

Campo Sagrado.

tamientos y de poner en estado de defensa aquella cordillera. El 6 de diciembre ya se hallaba en Andújar, como asimismo el marqués del Palacio encargado del mando en gefe del ejército que se reunia en Despeñaperros, habiendo sido antes llamado de Cataluña segun en su lugar veremos. De Sevilla enviaron los útiles y cañones necesarios para fortificar la sierra, á donde tambien y con felicidad retrocedieron desde Manzanares 14 piezas que caminaban á Madrid. Por este término se consiguió al promediar diciembre, que en la Carolina y contornos se juntasen 6000 infantes y 300 caballos, cubriéndose y reforzándose sucesivamente los diversos pasos de la sierra. Marqués del Palacio.

Cortos eran en verdad semejantes medios si el enemigo con sus poderosas fuerzas hubiera intentado penetrar en Andalucía. Pero distraida su atencion á varios puntos, y fija principalmente en el modo de destruir al ejército inglés, único temible que quedaba, trató de seguir á este en Castilla y obrar ademas del lado de Extremadura, como movimiento que podria ayudar á las operaciones de Portugal en caso que los ingleses se retirasen hácia aquel reino.

Para lograr el último objeto marchó sobre Talavera el 4.° cuerpo del mando del mariscal Lefebvre, compuesto de 22,000 infantes y 3000 caballos. La provincia de Extremadura, aunque hostigada y revuelta con exacciones y dispersos, se mantenia firme y muy entusiasmada. Mas el despecho que causaban las desgracias convirtió á veces la energía en ferocidad. Fueron en Badajoz el 16 de diciembre inmolados dos Marchan los franceses á Extremadura. Estado de la provincia.

Excesos. prisioneros franceses, el coronel de milicias Don Tiburcio Carcelen y el ex-tesorero general Don Antonio Noriega, antiguo allegado del príncipe de la Paz. Tambien pereció en la villa de Usagre su alcalde mayor. Los asesinos descubiertos en ambos pueblos fueron juzgados y pagaron su crímen con la vida. Estas muertes, con las que hemos contado, y alguna otra que relataremos despues, que en todo no pasaron de doce, fueron las que desdoraron este segundo periodo de nuestra historia, en el cual, rompiéndose de nuevo en ciertas provincias los vínculos de la subordinacion y el órden, quedó suelta la rienda á las pasiones y venganzas particulares.

El general Galluzo, sucesor del desventurado San Juan, escogió la orilla izquierda del Tajo como punto propio para detener en su marcha á los franceses. Fue su primera idea guardar los vados y cortar los principales puentes. Cuéntanse de estos cuatro desde donde el Tiétar y Tajo se juntan en una madre hasta Talavera; y son el del Cardenal, el de Almaraz, el del Conde y el del Arzobispo. El 2.º por donde cruza el camino de Badajoz á Madrid mereció particular atencion, colocándose alli en persona el mismo Galluzo. La trabazon de su fábrica era tan fuerte y compacta, que por entonces no se pudo destruir, y solo si resquebrajarle en parte: 5000 hombres le guarnecieron. Don Francisco Trias fue enviado el 15 de diciembre al del Arzobispo, del que ya enseñoreados los enemigos, tuvo que limitarse á quedar en observacion suya. Los otros dos puentes fueron ocupados por nuestros soldados.

Los franceses se contentaron al principio con escaramuzar en toda la línea hasta el dia 24, en que viniendo por el del Arzobispo, atacaron el frente y flanco derecho del general Trias, y le obligaron á recogerse á la sierra camino de Castañar de Ibor. Tambien fue amagado en el propio dia el del Conde, que sostuvo D. Pablo Morillo, subteniente entonces, general ahora. Su retirada.

Noticioso Galluzo de lo ocurrido con Trias y tambien de que los enemigos habian avanzado á Valdelacasa, se replegó á Jaraicejo 3 leguas á retaguardia de Almaraz, dejando para guardar el puente los batallones de Irlanda y Mallorca y una compañía de zapadores. Asi como los otros fue luego atacado este punto, del que se apoderó al cabo de una hora de fuego la division del general Valence, cogiendo 300 prisioneros.

Pensó Galluzo detenerse en Jaraicejo, pero creyéndose poco seguro con la toma del puente de Almaraz, á las tres de la tarde del 25 ordenadamente emprendió su retirada á Trujillo cuatro leguas distante. Este movimiento y voces que esparcia el miedo ó la traicion, aumentaron el desórden del ejército, y temíase otra dispersion. Por ello, y la superioridad de fuerzas con que el enemigo se adelantaba, juntó Galluzo un consejo de guerra [menguado recurso á que nuestros generales continuamente acudian], y se decidió retirarse á Zalamea, 23 leguas de Trujillo y del lado de la sierra que parte términos con Andalucía. El 28 llegó el ejército á su destino, si ejército merece llamarse lo que ya no era sino una sombra. De la arti-

llería se salvaron 17 piezas, 11 de ellas se enviaron de Miajadas á Badajoz, y 6 siguieron á Zalamea. A este punto llegaron despues y en mejor órden 1200 hombres de los del puente del Conde y del Arzobispo.

Los franceses penetraron el 26 hasta Trujillo, quedando á merced suya la Extremadura y muy expuesta y desapercibida la Andalucía. Otros acontecimientos los obligaron á hacer parada y retroceder prontamente, dando lugar á la junta central para reparar en parte tanto daño.

Continúa la central su viage.

El viage de esta habia continuado sin otra interrupcion ni descanso que el preciso para el despacho de los negocios. En todos los pueblos por donde transitaba era atendida y acatada, contribuyendo mucho á ello los respetables nombres de Floridablanca y Jovellanos, y la esperanza de que la patria se salvaria salvándose la autoridad central. En Talavera, en cuya villa la dejamos, celebró dos sesiones. Detúvose en Trujillo cuatro dias, y recibiendo en esta ciudad pliegos del general Escalante enviado al ejército inglés, en los que anunciaba la ineficacia de sus oficios con el general Sir Juan Moore para que obrase activamente en Castilla; puesta la junta de acuerdo con el ministro británico Mr. Frere, nombraron la primera á Don Francisco Javier Caro individuo suyo, y el segundo á Sir Cárlos Stuart, á fin de que encarecidamente y de palabra repitiesen las mismas instancias á dicho general; siendo esencial su movimiento y llamada para evitar la irrupcion de las Andalucías.

Se expidieron tambien en Trujillo premio-

sas órdenes para el armamento y defensa á los generales y juntas, y se resolvió no ir á Badajoz sino á Sevilla como ciudad mas populosa y centro de mayores recursos.

Al pasar la junta por Mérida una diputacion de la de aquella ciudad le pidió en nombre del pueblo que eligiese por capitan general de la provincia y gefe de sus tropas á Don Gregorio de la Cuesta, que en calidad de arrestado seguia á la junta. No convino esta en la peticion dando por disculpa que se necesitaba *averiguar* el dictámen de la suprema de la provincia congregada en Badajoz, la cual sostuvo á Galluzo, hasta que tan atropellada y desordenadamente se replegó á Zalamea. Entonces la voz pública pidiendo por general á Cuesta, bienquisto en la provincia en donde antes habia mandado, unióse á su clamor la junta provincial, y la central aunque con repugnancia accedió al nombramiento. Cuesta llamó de Zalamea las tropas y estableció su cuartel general en Badajoz, en cuya plaza empezó á habilitar el ejército para resistir al enemigo, y emprender despues nuevas operaciones. Sucede Cuesta á Galluzo.

Mas en esta providencia, oportuna sin duda y militar, no faltó quien viese la enemistad del general Cuesta con la junta central, quedando abierta la Andalucía á las incursiones del enemigo, y por tanto Sevilla ciudad que habia el gobierno escogido para su asiento. Temerosa debió de andar la misma junta ya de un ataque de los franceses, ó ya de los manejos y siniestras miras de Cuesta; pues antes de acabar diciembre nombró al brigadier Don José Serra-

no Valdenebro para cubrir con cuantas fuerzas pudiese los puntos de Santa Olalla y el Ronquillo y las gargantas occidentales de Sierramorena.

Llega á Sevilla la central en 17 de diciembre.

La junta central entró en Sevilla el 17 de diciembre. Grande fue la alegría y júbilo con que fue recibida, y grandes las esperanzas que comenzaron á renacer. Abrió sus sesiones en el real alcázar el dia siguiente 18, y notóse luego que mudaba algun tanto y mejoraba de rumbo. Los contratiempos, la experiencia adquirida, los clamores y la muerte del conde de Floridablanca, influyeron en ello extraordinariamente.

Muerte de Floridablanca.

Falleció dicho conde en el mismo Sevilla el 28 de diciembre, cargado de años y oprimido por padecimiento de espíritu y de cuerpo. Celebróse en su memoria magnífico funeral, y se le dispensaron honores de infante de Castilla. Fue nombrado en su lugar vice-presidente de la junta el marqués de Astorga grande de España, y digno por su conducta política, honrada índole y alta gerarquía de recibir tan honorífica distincion.

Situacion penosa de la central.

El estado de las cosas era sin embargo crítico y penoso. De los ejércitos no quedaban sino tristes reliquias en Galicia, Leon y Asturias, en Cuenca, Badajoz y Sierramorena. Algunas otras se habian acogido á Zaragoza ya sitiada; y Cataluña aunque presentase una diversion importante, no bastaba por sí sola á impedir la completa ruina y destruccion de las demas provincias y del gobierno. Dudábase de la activa cooperacion del ejército inglés, arrimado sin menearse contra Portugal y Galicia, y solo se vivia

Sus esperanzas.

con la esperanza de que el anhelo por repelerle del territorio peninsular empeñaría á Napoleon en su seguimiento, y dejaría en paz por algun tiempo el levante y mediodia de España, con cuyo respiro se podrian rehacer los ejércitos y levantar otros nuevos, no solamente por medio de los recursos que estos paises proporcionasen, sino tambien con los que arribaron á sus costas de las ricas provincias situadas allende el mar.

RESUMEN

DEL

LIBRO SÉPTIMO.

SALIDA *de Napoleon de Chamartin.—Situacion del ejército inglés. — Dudas y vacilaciones del general Moore. — Consulta con Mr. Frere. — Pasos é instancias de la junta central y de Morla para que avance.—Resuélvese á ello.—Incidente que pudo estorbarlo.—Sale el 12 de Salamanca á Valladolid.—Varía de direccion y se mueve hácia Toro y Benavente.—Dá de ello aviso á Romana. Mal estado del ejército de este.—Parcialidad de escritores extrangeros.—Union en Mayorga de los generales Baird y Moore.—Situacion del mariscal Soult.—Aviso de la venida de Napoleon. Retíranse los ingleses á Benavente y Astorga.—Marcha de Napoleon. Paso de Guadarrama.—Empieza á relajarse la disciplina del ejército inglés.—Choque*

de caballeria en Benavente. — Sorprenden en Mansilla los franceses á los españoles.—Retirase Romana de Leon.—Júntase en Astorga con los ingleses.—Retírase Romana por Fuencebadon. Moore por Manzanal.—Desgracias de Romana en su retirada. — Desórdenes de los ingleses en su retirada.—Llega Napoleon á Astorga.—Entrada del mariscal Soult en el Vierzo. — Reencuentro en Cacabelos. — Retírase el general Moore de Villafranca.—Van en aumento los desórdenes de los ingleses.—Llegan á Lugo. — Prepárase Moore á aventurar una batalla.—Retírase despues.—Llega á la Coruña.—Batalla de la Coruña.—Embárcanse los ingleses. —Entrega de la Coruña.—Del Ferrol.—Estado de Galicia.—Paradero de Romana.—Sucede á Soult el mariscal Ney.—Vuelta de Napoleon á Valladolid. — Aspero recibimiento que hace Napoleon á las autoridades. — Angustias del ayuntamiento de Valladolid.—Suplicio de algunos españoles, y perdon de uno de ellos.—Temores de guerra con Austria. Prepárase Napoleon á volver á Francia.—Recibe en Valladolid á los diputados de Madrid.—Opinion é intentos de Napoleon sobre España.—Parte para Francia.—José en el Pardo. Pasa una revista en Aranjuez.—Movimiento del ejército español del centro. Planes de su gefe el duque del Infantado. — Ataque de Tarancon. — Avanza el mariscal Victor.—Retírase Venegas á Uclés.—Batalla de Uclés.—Excesos cometidos por los franceses en Uclés.—Retirada del duque del Infantado.—Sucédele en el mando el conde de Cartaojal.—Entrada de José en Madrid.—Sucesos



moradores.—Enfermedades y contagio.—Temores de los franceses.—Gente que perdieron en Alcañiz.—Llegada del mariscal Lannes.—Llama á Mortier.—Dispersa este á Perena.—Asalto de los franceses al recinto de la ciudad.—Muerte de San-Genis.—Estragos del bombardeo y epidemia.—Intimacion de Lannes.—Dicho de Palafox.—Resistencia en casas y edificios.—Minas de los franceses.—Patriotismo y fervor de algunos eclesiásticos.—Muerte del general Lacoste.—Murmuraciones del ejército francés.—Embestida del arrabal.—Los progresos del enemigo en la ciudad.—Nuevas murmuraciones del ejército francés.—Toma del arrabal.—Furioso ataque que los franceses preparan.—Deplorable estado de la ciudad.—Enfermedad de Palafox.—Propone la junta capitular.—Conferencia con Lannes.—Capitulacion.—Palabra que da Lannes.—Firma la junta la capitulacion.—Quebrántase por los franceses horrorosamente.—Mal trato dado á Palafox.—Muerte de prisioneros. De Boggierio y Sas.—Entrada de Lannes en Zaragoza.—P. Santander.—Junot sucede otra vez á Lannes.—Pérdidas de unos y de otros.—Ruinas de edificios y bibliotecas.—Juicio sobre este sitio.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

de España.

LIBRO SÉPTIMO.

Salida de Napoleon de Chamartin.

Napoleon permanecia en Chamartin. Alli afanado y diligente, agitado su corazon como mar por vientos bravos, ocupábale España, Francia, Europa entera, y mas que todo averiguar los movimientos y paradero del ejército inglés. Posponia á este los demas cuidados. Avisos inciertos ó fingidos le impelian á tomar encontradas determinaciones. Unas veees resuelto á salir via de Lisboa se aprestaba á ello: otras suspendiendo su marcha aguardaba de nuevo posteriores informes. Pareció al fin estar próximo el dia de su partida, cuando el 19 de diciembre á las

puertas de la capital pasó reseña á 70,000 hombres de escogidas tropas. Asi fue: dos dias despues, el 21, habiendo recibido noticia cierta de que los ingleses se internaban en Castilla la Vieja, en la misma noche con la rapidez del rayo acordó oportunas providencias para que el 22, dejando en Madrid 10,000 hombres, partiesen 60,000 la vuelta de Guadarrama.

Situacion del ejército inglés.

Era en efecto tiempo de que atajase los intentos de contrarios tan temibles y que tanto aborrecia. Sir Juan Moore vacilante al principio habia por último tomado la ofensiva con el ejército de su mando. Ya hablamos de su llegada á Salamanca el 23 de noviembre. Apenas habia sentado alli sus reales, empezaron á esparcirse las nuevas de nuestras derrotas, funestos acontecimientos que sobresaltaron al general inglés con tanto mayor razon cuanto sus fuerzas se hallaban segregadas y entre sí distantes. Hasta el 23 del propio noviembre no acabaron de concurrir á Salamanca las que con el mismo general Moore habian avanzado por el centro: de las restantes las que mandaba Sir David Baird estaban el 26 unas en Astorga, otras léjos á la retaguardia, no habiendo aun en aquel dia las de Sir Juan Hope atravesado en su viage desde Extremadura las sierras que dividen ambas Castillas.

Dudas y vacilaciones del general Moore.

Como exigía tiempo la reconcentracion de todas estas fuerzas, era de recelar que los franceses libres de ejércitos Españoles, avanzando é interponiéndose con su acostumbrada celeridad, embarazasen al de los ingleses y le acometiesen separadamente y por trozos: en especial cuando

este si bien lucido en su apariencia, maravillosamente disciplinado, bizarrísimo en un dia de batalla, flaqueaba del lado de la presteza.

Motivos eran estos para contener el ánimo de cualquiera general atrevido, mucho mas el del general inglés, hombre prudente y á quien los riesgos se representaban abultados; porque aunque oficial consumado y dignísimo del buen concepto que entre sus compatriotas gozaba, adoleciendo por desgracia de aquel achaque entonces comun á los militares de tener por invencibles á Napoleon y sus huestes, juzgaba la causa peninsular de éxito muy dudoso, y por decirlo asi la miraba como perdida: lo cual no poco contribuyó á su irresolucion é incertidumbre. Se acrecentaron sus temores al entrar en España, no columbrando en los pueblos señales extraordinarias de entusiasmo, como si la manifestacion de un sentimiento tan vivo pudiera sin término prolongarse, y como si la disposicion en que veia á todos los habitantes de no querer entrar en pacto ni convenio con el enemigo, no fuera bastante para hacerle fundadamente esperar que ella sola debia al cabo producir larga y porfiada resistencia.

Desalentado por consiguiente el general Moore, y no contemplando ya en esta guerra sino una lucha meramente militar, empezó á contar bajo dicho respecto sus recursos y los de los españoles, y habiendo en gran parte desaparecido los de estos con las derrotas, y siendo los suyos muy inferiores á los de los franceses, pensó en retirarse á Portugal. Tal fue su primer impulso al saber las dispersiones de Espinosa y Burgos.

Mas conservándose aun cási intacto el ejército español del centro, repugnábale volver atrás antes de haberse empeñado en la contienda y de ser estrechado á ello por el enemigo. En medio de sus dudas resolvió tomar consejo con Mr. Frere ministro británico cerca de la junta central, quien no estaba tan desesperanzado de la causa peninsular como el general Mooré, porque ministro ya de su corte en Madrid en tiempo de Cárlos IV, conocia á fondo á los españoles, tenia fé en sus promesas, y antes bien pecaba de sobrada aficion á ellos que de tibieza ó desvio. Su opinion por tanto les era favorable.

Consulta con Mr. Frere.

Pero Sir Juan Moore noticioso el 28 de noviembre de la rota de Tudela, sin aguardar la contestacion de Mr. Frere, determinó retirarse. En consecuencia encargó al general Baird que se encaminase á la Coruña ó á Vigo, previniéndole solamente que se detuviera algunos dias para imponer respeto á las tropas del mariscal Soult que estaban del lado de Sahagun, y dar lugar á que llegase Sir Juan Hope. Se unió este con el cuerpo principal del ejército en los primeros dias de diciembre, no habiendo condescendido, al pasar su division por cerca de Madrid, con los ruegos de Don Tomás de Morla, dirigidos á que entrase con aquella en la capital y cooperase á su defensa.

Pasos é instancias de la junta central y de Morla para que avance.

La junta central recelosa por su parte de que los ingleses abandonasen el suelo español, y con objeto tambien de cumplimentar á sus gefes, habia enviado al cuartel general de Salamanca á Don Ventura Escalante y á Don Agustin Bueno que llegaron á la sazon de estar re-

suelta la retirada. Inútilmente se esforzaron por impedirla, bien es que fundando muchas de sus razones en los falsos rumores que circulaban por España, en vez de conmover con ellas el ánimo desapasionado y cauto del general inglés, no hacian sino afirmarle en su propósito.

Tambien por entonces Don Tomás de Morla no habiendo alcanzado lo que deseaba de Sir Juan Hope, despachó un correo á Salamanca pidiendo al general en gefe inglés que fuese al socorro de Madrid, ó que por lo menos distragese al enemigo cayendo sobre su retaguardia. Tampoco hubiera suspendido este paso la resolucion de Moore, si al mismo tiempo Sir Cárlos Stuart, habitualmente de esperanzas menos halagüeñas y á los ojos de aquel general testigo imparcial, no le hubiese escrito manifestándole que creia al pueblo de Madrid dispuesto á recia y vigorosa resistencia.

Empezó con esto á titubear el ánimo de Moore, y cedió al fin en vista de los pliegos que en respuesta á los suyos recibió el propio dia de Mr. Frere: quien expresando en su contenido ardiente anhelo por asistir á los españoles, añadia ser político y conveniente que sin tardanza se adelantase el ejército británico á sostener el noble arrojo del pueblo de Madrid. Lenguaje digno y generoso de parte de Mr. Frere, propio para estimular al general de su nacion, pero cuyos buenos efectos hubiera podido destruir un desgraciado incidente. Resuélvese á ello.

Habia sido portador de los pliegos el coronel Charmilly emigrado francés, y que por haber presenciado en 1.° de diciembre el entusias- Incidente que pudo estorbarlo.

mo de los madrileños, pareció sugeto al caso para dar de palabra puntuales y cumplidos informes. Pero la circunstancia de ser francés dicho portador, y quizá tambien otros siniestros y anteriores informes, léjos de inspirar confianza al general Moore, fueron causa de que le tratase con frialdad y reserva. Achacó el Charmilly recibimiento tan tibio á la invariable resolucion que habia formado aquel de retirarse, y pensó oportuno hacer uso de una segunda carta que Mr. Frere le habia encomendado. La escribió este ministro ansioso de que á todo trance socorriese su ejército á los españoles, y sin reparar en la circunspeccion que su elevado puesto exijia, encargó al Charmilly la entregase á Moore caso que dicho general insistiese en volver atrás sus pasos. Asi lo hizo el francés, y fácil es conjeturar cuál sería la indignacion del gefe británico al leer en su contexto que antes de emprender la retirada «se examinase por un »consejo de guerra al portador de los pliegos." Apenas pudo Sir Juan reprimir los ímpetus de su ira; y forzoso es decir que si bien habia animado á Mr. Frere intencion muy pura y loable, el modo de ponerla en ejecucion era desusado y ofensivo para un hombre del carácter y respetos del general Moore. Este sin embargo sobreponiéndose á su justo resentimiento, contentóse con mandar salir de los reales ingleses al coronel Charmilly, y determinó moverse por el frente con todo su ejército, cuyas divisiones estaban ya unidas ó por lo menos en disposicion de darse fácilmente la mano.

Próximo á abrir la marcha, fue tambien

gran ventura que otros avisos llegados al propio tiempo no la retardasen ó la impidiesen. Habia antes el general inglés enviado hácia Madrid al coronel Graham á fin de que se cerciorase del verdadero estado de la capital. Mas dicho coronel sin haber pasado de Talavera, cuyo rodeo habia tomado á causa de las circunstancias, se halló de vuelta en Salamanca el 9 de diciembre, y trajo tristes y desconsoladas nuevas. Los franceses segun su relato, eran ya dueños del Retiro y habian intimado la rendicion á Madrid.

Sale el 12 de Salamanca á Valladolid.

Por grave que fuese semejante acontecimiento no por eso influyó en la resolucion de Sir Juan Moore, y el 12 levantó el campo marchando con sus tropas y las del general Hope camino de Valladolid, y con la buena fortuna de que ya en la noche del mismo dia un escuadron inglés al mando del brigadier general Cárlos Stewart, hoy Lord Londonderry, sorprendió y acuchilló en Rueda un puesto de dragones franceses.

El 14 se entregaron en Alaejos al general Moore pliegos cogidos en Valdestillas á un oficial enemigo, muerto por haber maltratado al maestro de postas de aquella villa. Iban dirigidos al mariscal Soult, á quien despues de informarle de hallarse el emperador tranquilo poseedor de Madrid, se le mandaba que arrinconase en Galicia á los españoles y que ocupase á Leon, Zamora y tierra llana de Castilla. Del contenido de tales pliegos si bien se infería la falta de noticias en que estaba Napoleon acerca de los movimientos de los ingleses, tambien con su lectura pudieron estos cerciorarse de cuál fuese en

realidad la situacion de sus contrarios, y cuáles los triunfos que habian obtenido.

Varia de direccion y se mueve hácia Toro y Benavente.

Con este conocimiento alteró su primer plan Sir Juan Moore, y en vez de avanzar á Valladolid tomó por su izquierda del lado de Toro y Benavente para unirse con los generales Baird y Romana, y juntos deshacer el cuerpo mandado por el mariscal Soult antes que Napoleon penetrase en Castilla la Vieja. Estaba el general inglés ejecutando su movimiento á la sazon que el 16 de diciembre se avistaron con él en Toro Don Francisco Javier Caro y Sir Cárlos Stuard, enviados desde Trujillo, uno por la junta central de que era individuo, y otro por Mr. Frere con el objeto de hacer un nuevo esfuerzo y evitar la tan temida retirada. Afortunadamente ya esta se habia suspendido, y si las operaciones del ejército inglés no fueron del todo conformes á los deseos del gobierno español, no dejaron por lo menos de ser oportunas y de causar diversion ventajosa.

Da de ello aviso á Romana. Mal estado del ejército de este.

Luego que el general Moore se resolvió á llevar á cabo el plan indicado se lo comunicó al marqués de la Romana. Hallábase este caudillo en Leon á la cabeza del ejército de la izquierda, cuyas reliquias, viniendo unas por la Liébana, segun dijimos, y cruzando otras el principado de Asturias, se habian ido sucesivamente reuniendo en la mencionada ciudad. En ella, en Oviedo y en varios pueblos de las dos líneas que atravesaron los dispersos, cundieron y causaron grande estrago unas fiebres malignas contagiosas. Las llevaban consigo aquellos desgraciados soldados, como triste fruto de la hambre, del

desabrigo, de los rigurosos tiempos que habian padecido: cúmulo de males que requeria prontos y vigorosos remedios. Mas los recursos eran contados, y débil y poco diestra la mano que habia de aplicarlos. Hablamos ya de las prendas y de los defectos del marqués de la Romana. Por desgracia solo los últimos aparecieron en circunstancias tan escabrosas. Distraido y olvidadizo dejaba correr los dias sin tomar notables providencias, y sin buscar medios de que aun podia disponer. ¿Quién en efecto pensára que teniendo á su espalda y libre de enemigos la provincia de Asturias no hubiese acudido á buscar en ella apoyo y auxilios? Pues fue tan al contrario que, pésanos decirlo, en el espacio de mas de un mes que residió en Leon, solo una vez y tarde escribió á la junta de aquel principado para darle gracias por su zelo y patriótica conducta.

A pesar de tan reprensible abandono, no perseguido el ejército de la izquierda, mas tranquilo y mejor alimentado, íbase poco á poco reparando de sus fatigas, y no menos de 16,000 hombres se contaban ya alojados en Leon y riberas del Esla; pero de este número escasamente la mitad merecia el nombre de soldados.

Atento á su deplorable estado y en el intermedio que corrió entre la primera resolucion del general Moore de retirarse, y la posterior de avanzar, sabedor Romana de que Sir David Baird se disponia á replegarse á Galicia, no queriendo quedar expuesto, solo y sin ayuda á los ataques de un enemigo superior, habia tambien determinado abandonar á Leon. Súpolo Moore

en el momento en que se movia hácia adelante, y con diligencia escribió á Romana sentido de su determinacion, y de que pensase tomar el camino de Galicia por el que debian venir socorros al ejército de su mando, y marchar este en caso de necesidad. Replicóle y con razon el general español que nunca hubiera imaginado retirarse, sino hubiese visto que Sir David Baird se disponia á ello y le dejaba desamparado; pero ahora que, segun los avisos, habia otros proyectos, no solo se mantendria en donde estaba, sino que tambien y de buen grado cooperaría á cualquiera plan que se le propusiese.

Parcialidad de escritores estrangeros.

En toda su correspondencia habia el de la Romana animado á los ingleses á obrar é impedir la toma de Madrid. Algunos historiadores de aquella nacion le han motejado, asi como á otros generales nuestros y autoridades, de haber insistido en pedir una cooperacion activa, y de desfigurar los hechos con exageraciones y falsas noticias. En cuanto á lo primero, natural era que oprimidos por continuadas desgracias, deseasen todos ofrecer al enemigo un obstáculo que dando respiro permitiese á la nacion volver en sí, y recobrar parte de las perdidas fuerzas: y respecto de lo segundo, las mismas autoridades españolas y los generales eran engañados con los avisos que recibian. Hubo provincias en que mas de un mes iba corrido antes que se hubiese averiguado con certeza la rendicion de Madrid. Los pueblos oian con tal sospecha á los que daban tristes nuevas, que los pocos trágineros y viajantes que circulaban en tan aciagos dias, en vez de descubrir la verdad, la oculta-

ban, estando asi seguros de ser bien tratados y recibidos. Si ademas los generales españoles y su gobierno ponderaban á veces los medios y fuerza que les quedaban, no poco contribuia á ello el desaliento que advertian en el general Moore, el cual era tan grande, que causaba segun los mismos ingleses disgusto y murmuraciones en su ejército. Por lo que sin intentar disculpar los errores y faltas que se cometieron por nuestra parte, y que somos los primeros á publicar, justo es que tampoco se achaquen á nuestros militares y gobernantes los que eran hijos de tiempos tan revueltos, ni se olviden las flaquezas de que otros adolecieron, igualmente reprensibles aunque por otro extremo.

Volvamos ahora al general Moore. Continuando este su marcha se le unió el 20 en Mayorga el general Baird. Juntas asi las fuerzas inglesas formaban un total de 23,000 infantes y 2300 caballos: algunos otros cuerpos estaban todavía en Portugal, Astorga y Lugo. Por su izquierda y hácia Cea tambien empezó á moverse Romana con unos 8000 hombres escogidos entre lo mejor de su gente. Sentaron los ingleses el 21 en Sahagun su cuartel general, habiendo antes su caballería en el mismo punto deshecho 600 ginetes enemigos. (Union en Mayorga de los generales Baird y Moore.)

El mariscal Soult se extendia con las tropas de su mando entre Saldaña y Carrion de los Condes, teniendo consigo unos 18,000 hombres. Despues de haber salido á Castilla viniendo de Santander, se habia mantenido sobre la defensiva aguardando nuevas órdenes. De estas las que le mandaban atacar á los españoles, fueron (Situacion del mariscal Soult.)

interceptadas en Valdestillas: ademas de que noticioso Soult del parage en donde estaban situados los ingleses [cosa que al dar aquellas ignoraba Napoleon] no se hubiera con solo su fuerza arriesgado á pasar adelante.

Sabedor el mariscal francés de que los ingleses movian contra él su ejército, se reconcentró en Carrion. Disponíanse aquellos á avanzar, cuando en la noche del 23 recibieron aviso de Romana [que tambien por su parte ejecutaba el movimiento concertado] de que Napoleon venia sobre ellos con fuerzas numerosas. Confirmado este aviso con otros posteriores no prosiguió su marcha el general Moore; y el 24 comenzó á retirarse en dos columnas, una, á cuyo frente él iba, tomó por el puente de Castro Gonzalo á Benavente, y otra se dirigió á Valencia de Don Juan, cubriendo y amparando sus movimientos la caballería.

Aviso de la venida de Napoleon. Retíranse los ingleses á Benavente y Astorga.

Era ya tiempo de adoptar esta resolucion. Napoleon avanzaba con su acostumbrada diligencia. Al principio la marcha de su ejército habia sido penosa, y tan intenso el frio para aquel clima, que al pie de las montañas de Guadarrama señaló el termómetro de Réaumur nueve grados debajo de cero. Cruzaron los franceses el puerto en los dias 23 y 24 de diciembre, perdiendo hombres y caballos con el mucho frio, la nieve y ventisca. Detúvose la artillería volante y parte de la caballería á la mitad de la subida, teniendo que esperar algunas horas á que suavizase el tiempo. Napoleon siéndole dificultoso continuar á caballo, y deseoso tambien de animar con el ejemplo, se puso á pie y esti-

Marcha de Napoleon. Paso de Guadarrama.

muló á redoblar el paso, llegando él á Villacastin el 24. Al bajar á Castilla la Vieja sobrevino blandura acompañada de lluvia, y se formaron tales lodazales que hubo sitios en que se atascaron la artillería y equipages, aumentándose el desconsuelo de los franceses á la vista de pueblos por la mayor parte solitarios y desprovistos.

Tamaños obstáculos, aunque al fin vencidos, retardaron la marcha de Napoleon é impidieron la puntual ejecucion del plan que habia combinado. Era este envolver á los ingleses si continuaban en ir tras del mariscal Soult, á quien el mismo emperador escribia el 26 desde Tordesillas: «si todavía conservan los ingleses el dia de »hoy su posicion, están perdidos: si al contra»rio os atacan, retiraos á una jornada de mar»cha, pues cuanto mas se empeñen en avanzar, »tanto mejor será para nosotros."

Empieza á relajarse la disciplina del ejército inglés.

Pero Sir Juan Moore, previniendo con oportunidad los intentos de sus contrarios, prosiguió á Benavente y aseguró su comunicacion con Astorga. La disciplina sin embargo empezaba á relajarse notablemente en su ejército, disgustado con volver atrás. Asi fue que la columna que cruzó por Valderas cometió lamentables excesos, y con ellos y otros que hubo en varios pueblos aterrado el paisanage, huia y á su vez se vengaba en los soldados y partidas sueltas. Censuró ágriamente el general inglés la conducta de sus soldados; mas de poco sirvió. Prosiguieron en sus desmanes, y en Benavente devastaron el palacio de los condes-duques del mismo nombre, notable por su antigüedad y extension; mas no fue entonces cuando se quemó, segun algu-

nos han afirmado. Nos consta por informacion judicial que de ello se hizo, que solo el 7 de enero apareció incendiado, durando el fuego muchos dias sin que se pudiese cortar.

Esta columna que era la que mandaba Moore, despues de haber arruinado el puente de Castro-Gonzalo, se juntó el 29 en Astorga con la de Baird, que habia caminado por Valencia de Don Juan. La caballería permaneció aun en Benavente, enviando destacamentos á observar los vados del Esla. Engañado á su vista el general francés Lefebvre Desnouettes, y creyendo que ya no quedaba al otro lado ninguna fuerza inglesa sino aquella, vadeó el rio con 600 hombres de la guardia imperial y acometió impetuosamente á sus contrarios. Cejaron estos al principio excitando gran clamoreo las mugeres, rezagados y bagageros derramados por el llano que yace entre el Esla y Benavente. El general Stewart tomó luego el mando de los destacamentos ingleses, se le agregaron algunos caballos mas, y empezó á disputar el terreno á los franceses, que continuaron sin embargo en adelantar, hasta que Lord Paget acudiendo con un regimiento de húsares, los obligó á repasar el rio. Quedaron en su poder 70 prisioneros, en cuyo número se contó al mismo general Lefebvre, de quien hicimos tanta memoria en el primer sitio de Zaragoza.

Choque de caballería en Benavente.

Era precursor este reencuentro de los muchos que unos en pos de otros en breve se sucedieron. Frustrada la primera combinacion del emperador francés á causa de la retirada de Moore, determinó aquel perseguir á los ingleses

por el camino de Benavente con el grueso de sus fuerzas, mandando al mismo tiempo al mariscal Soult que arrojase de Leon á los españoles. La destruccion del puente de Castro-Gonzalo retardó del lado de Benavente el movimiento de los franceses; pero del otro se adelantaron sin dificultad, no habiendo los españoles opuesto resistencia.

Sorprenden en Mansilla los franceses á los españoles.

Ocupaba á Mansilla de las Mulas la 2.ª division del marqués de la Romana, de la cual un trozo se habia quedado á retaguardia en el convento de Sandoval para conservar el paso del Esla en el puente de Villarente. Enfermos en Leon muchos de los principales gefes, no se habian tomado en Mansilla las precauciones oportunas, y el 29 fue sorprendido y entrado el pueblo por el general Franceschi, rindiéndose cási toda la tropa que tan mal custodiaba aquel punto.

Retírase Romana de Leon.

Desapercibido el marqués de la Romana, apresuradamente abandonó á Leon en la misma noche del 29, y los vecinos mas principales, temerosos de la llegada del enemigo, tuvieron tambien que salvarse y esconderse en las montañas inmediatas, dejando con el azoramiento hasta las alhajas y prendas de mayor valor. Romana se unió el 30 en Astorga con el general Moore, lo cual desagradó en gran manera á este que le conceptuaba en las fronteras de Asturias. Con la llegada á aquella ciudad de las tropas españolas, desnudas, de todo escasas y en sumo grado desarregladas, acreció el desórden y la confusion, yendo por instantes en aumento la indisciplina de los ingleses.

Júntase en Astorga con los ingleses.

Hasta aqui se habian imaginado muchos oficiales de este ejército que en Astorga ó entradas del Vierzo haria alto su general en gefe, y que aprovechándose de los favorables sitios de aquella escabrosa tierra, procuraria en ellos contener al enemigo y aun darle batalla, mayormente cuando la insubordinacion y el desconcierto no habian todavía llegado al extremo. Pero Sir Juan Moore no veia ya seguridad ni salvacion sino á bordo de sus buques; por lo cual dió órdenes para proseguir su camino hácia Galicia y destruir todo género de provisiones de boca y guerra que no pudiesen sus tropas llevar consigo. Desde entonces soltóse la rienda á las pasiones, y el ejército británico acabó del todo de desorganizarse. El marqués de la Romana insistia por conservar la cordillera que divide el Vierzo del territorio de Astorga; mas fueron vanos sus ruegos y ociosas sus razones: y á la verdad por poderosas que estas fuesen, debilitábanse saliendo de la boca de un general cuyos soldados se mostraban en estado tan deplorable. Forzado pues el general español á someterse á la inmutable resolucion del británico, tuvo asimismo que consentir en dejarle libre el nuevo y hermoso camino de Manzanal, reservando para sí el antiguo y ágrio de Fuencebadon.

Retiráse Romana por Fuencebadon. Moore por Manzanal.

A las doce del dia del 31 de diciembre empezó el ejército inglés su retirada, y el español la suya en la misma noche. La artillería del último, que hasta entonces habia cási toda podido librarse del continuo perseguimiento de los franceses, tomó, segun convenio con el general Moore, la via de Manzanal para evitar las aspe-

rezas de la otra. Mas no teniendo cuenta los soldados británicos con las órdenes de sus gefes, arrancando á viva fuerza los tiros de mulas de nuestra artillería, hubo que abandonar algunas piezas y precipitar otras en los abismos de las montañas, perdiéndose asi por la violencia de manos aliadas unos cañones que á tan duras penas y desde Reinosa se habian conservado libres de las enemigas.

Desgracias de Romana en su retirada.

Ni fue Romana mas dichoso del lado de Fuencebadon. Creia, y fundadamente, que ya que le hubiese cabido la peor ruta, por lo menos se le dejaria en su retirada solo y desembarazado; mas engañóse en su juicio. Una division inglesa de 3000 hombres mandada por el general Crawford, separándose en Bonillos, á una legua de Astorga, del grueso de su ejército, tomó el mismo rumbo que Romana con intento de ir á embarcarse en Vigo. Turbó este incidente la marcha de los españoles, incomodando á todos el hallar cási cerrado con la nieve el paso de Fuencebadon.

Uníase á tal conjunto de desgracias estar capitaneadas las divisiones españolas por nuevos gefes sucesores de los que habian muerto de enfermedad ó en los combates. A tres se habia reducido el número de aquellas fuera de la llamada del norte; y mal aventuradas refriegas mostraron en breve su triste estado. De ellas la 1.ª mandada por el coronel Rengel, fue al amanecer del 1.º de enero cortada y en gran parte cogida por ginetes franceses en Turienzo de los Caballeros. Las otras, aunque á costa de trabajos, siempre acosadas y desbandándose muchos de

sus soldados, se enmarañaron en la sierra. Romana no habia tratado de prevenir ó disminuir el mal con acertadas disposiciones. Dejó á cada division andar y moverse á su arbitrio: y cruzando con su estado mayor y algunos caballos por los barrios de Ponferrada, se metió en el valle de Valdeorras. Alli reunió las pocas reliquias de su ejército que le habian seguido, y situó su cuartel general en la Puebla de Tribes, dejando en el puente de Domingo Flores una corta vanguardia que pasó despues al de Bibey.

Desórdenes de los ingleses en su retirada.

Los ingleses en tanto por el puerto de Manzanal continuaron precipitadamente su retirada. Repartidos en tres divisiones y una reserva, iban delante las de los generales Fraser y Hope, seguia la de Sir David Baird, y cerraba la marcha con la última el mismo Sir Juan Moore. Llegaron el 2 de enero á Villafranca, habiendo andado en tan corto tiempo 14 leguas de las largas de nuestros caminos reales, de las que solo entran diez y siete y media en el grado. Los males y el desconcierto rápidamente se aumentaban ofreciendo lastimoso cuadro: el tiempo crudo, los bagages abandonados, las municiones rezagadas, los fuertes y lucidos caballos ingleses desherrados y muertos por sus propios ginetes, los infantes descalzos y despeados, los soldados todos abatidos é insubordinados, y metiéndose muchos en los sótanos de las casas y las tabernas, se perdian de intento y se entregaban á la embriaguez y disolucion: fue Bembibre principal y horroroso teatro de sus excesos. Cruel castigo recibieron los que asi se olvidaban de la disciplina y buen órden. Los france-

ses corriendo en pos de ellos, duramente y cual merecian los trataban, matando á unos, hiriendo á otros y atropellando á cási todos. Los que de su poder se escapaban, llenos de tajos y cuchilladas poníalos el general inglés como á la vergüenza delante de su ejército, á fin de que sirviesen de escarmiento á sus compañeros.

Llega Napoleon á Astorga.

Notábase en el perseguir de los franceses suma diligencia, mas no extraña. Aguijábalos poderosa espuela. Napoleon habia llegado á Astorga el 1.° de enero. Le acompañaban 70,000 infantes y 10,000 caballos, que este número componian los cuerpos de los mariscales Soult y Ney, una parte de la guardia imperial y dos divisiones del ejército de Junot, las cuales ya de regreso, iban á pelear contra los mismos con quienes pocos meses antes habian capitulado. Napoleon no pasó de Astorga; pero envió en seguimiento de las tropas británicas al mariscal Soult con 25,000 hombres, de los cuales 4200 de caballería. Tras de estos caminaban las divisiones de los generales Loison y Heudelet, debiendo todos ser sostenidos por 16,000 hombres del cuerpo del mariscal Ney. Aceleradamente fueron los primeros en busca de Sir Juan Moore, que no conservaba sino unos 19,000 combatientes, menguadas sus filas con los 3000 que fueron la vuelta de Vigo y con los perdidos en los diversos choques y retirada.

Entrada del mariscal Soult en el Vierzo.

Entró el mariscal Soult en el Vierzo dividida su gente en dos columnas, que tomaron una por Fuencebadon, otra por Manzanal, avanzando el 3 su vanguardia hasta las cercanías de Cacabelos. Habian los ingleses ocupado con 2500

hombres y una batería la ceja del ribazo de viñedos que se divisa no léjos de aquel pueblo y del lado de Villafranca. Mas adelante y camino de Bembibre habian tambien apostado 400 tiradores y otros tantos caballos, á los cuales hacia espalda el puente del Gúa, rio escaso de aguas, pero crecido ahora por las muchas nieves, y cuya corriente baña las calles de Cacabelos.

Reencuentro en Cacabelos.

Venian al frente de la vanguardia francesa unos cuantos escuadrones mandados por el general Colbert, quien pensando ser de importancia el número de ingleses que le aguardaba en puesto ventajoso, pidió refuerzo al mariscal Soult; mas respondiéndole secamente este que sin dilacion atacase, sentido Colbert de la imperiosa órden, acometió con temerario arrojo y arrolló á los caballos y tiradores ingleses que estaban avanzados. De estos los hubo que fueron cogidos al pasar el puente del Gúa; otros metiéndose en los viñedos de la márgen del camino, de cerca y á quema ropa dispararon y mataron á muchos ginetes franceses, entre ellos á su general Colbert, distinguido por su belleza y denuedo. Llegó á poco la division de infantería del general Merle, y aunque quiso pasar adelante, detúvose al ver la batería que estaba en lo alto del ribazo y tambien impedido de la noche que sobrevino.

Retírase el general Moore de Villafranca.

Aqui hubiera podido empeñarse una accion general. Sir Juan Moore la evitó retirándose despues de obscurecido. En Villafranca escandalosamente se renovaron los excesos y demasías de otras partes: fueron robados los almacenes, entradas á viva fuerza muchas casas y

oprimidos é inhumanamente tratados los vecinos. El general inglés reprimió algun tanto los desmanes con severas providencias, mandando tambien arcabucear á un soldado cogido infragante. Aceleró despues su partida, y como la tierra es por alli cada vez mas quebrada, y está cubierta de bosques ú otros plantíos, no pudiendo la caballería ser de gran provecho, envióla delante con direccion á Lugo. En todo este tránsito hay parages en que pocas fuerzas pudieran detener mucho tiempo á un ejército muy superior, pues si bien la calzada es magnífica, corre ceñida por largo espacio entre opuestas montañas de dificultoso y ágrio acceso.

Van en aumento los desórdenes de los ingleses.

Ningun fruto se sacó de tamañas ventajas: y encontrándose los soldados británicos con un convoy, no solo inutilizaron vestuario y armamento que de Inglaterra iba para Romana, sino que tambien cerca de Nogales y por órden del general Moore arrojaron á un despeñadero en vez de repartírselos 120,000 pesos fuertes. Llegó el desórden á su colmo: abandonábanse hasta los cañones y los enfermos y los heridos, acrecentando la confusion el gran séquito y embarazos que solian entonces acompañar á los ejércitos ingleses. En fin fue esta retirada hecha con tal apresuramiento y mala ventura, que uno de los generales británicos, testigo de vista, nos afirma en su narracion * «que por sombrías y »horrorosas que fueran las relaciones que de »ella se hubiesen hecho, aun no se asemejaban »á la realidad." (* Ap. n. 1.)

Dos dias y una noche tardaron los ingleses en llegar á Lugo, 16 leguas de Villafranca: aco-

sados en continuas escaramuzas hubieran padecido cerca de Constantin recio choque si el general Moore no le hubiese evitado haciendo bajar con rapidez la cuesta del rio Neira y engañando á sus contrarios con un diestro y oportu no amago.

Llegan á Lugo.

Hasta poco antes habia permanecido dudoso el general Moore de si iria para embarcarse á Vigo ó á la Coruña. Informado de las dificultades que ofrecia la primera ruta, decidióse á continuar por la segunda, avisando en consecuencia al almirante de su escuadra, á fin de que los transportes que estaban en Vigo pasasen al otro puerto. Y para dar tiempo á que se ejecutase dicha travesía, y tambien para rehacer algo su ejército cansado y desfallecido, determinó el mismo general pararse en Lugo y aun arriesgar una batalla si fuese necesario. Al intento reunió alli todas sus tropas, excepto los 3000 hombres del general Crawford que se embarcaron en Vigo sin ser molestados.

Prepárase Moore á aventurar una batalla.

A legua y media y antes de llegar á Lugo escogió Sir Juan Moore un sitio elevado y ventajoso para pelear contra los franceses, los cuales asomaron el 6 por las alturas opuestas. Pasóse aquel dia y el siguiente sin otras refriegas que las de algunos reconocimientos. El mariscal Soult hallándose inferior en número, no queria empeñarse en accion formal antes de que se le uniesen mas tropas. Los ingleses por su parte se mantuvieron hasta el 8 sin moverse de su posicion; mas al anochecer de aquel dia, pareciéndole peligroso al general Moore aguardar á que los franceses se reforzasen, resolvió partir á las

Retirase despues.

calladas con la esperanza de que ganando sobre ellos algunas horas, podria asi embarcarse sosegadamente. A las diez de la noche y encendidas hogueras en las líneas para cubrir su intento, emprendió la continuacion de la marcha, que un temporal deshecho de lluvia y viento vino á interrumpir y desordenar. Despues de padecer muchos trabajos y de cometer nuevas demasías, empezaron los ingleses á llegar á Betanzos en la tarde del 9 en un estado lamentable de confusion y abatimiento. Era tanta la fatiga y tan grande el número de rezagados, que tuvieron el 10 que detenerse en aquella ciudad. Prosiguieron su marcha el 11 y dieron vista á la Coruña, sin que en su rada se divisasen los apetecidos transportes: vientos contrarios habian impedido al almirante inglés doblar el cabo de Finisterre. Por este atraso veíase expuesto el general Moore á probar la suerte de una batalla, causando pesadumbre á muchos de sus oficiales el que se hubiesen para ello desperdiciado ocasiones mas favorables y en tiempo en que su ejército se conservaba mas entero y menos indisciplinado.

Llega á la Coruña.

Cerca de la Coruña no dejaba en verdad de haber sitios ventajosos, pero en algunos requeríanse numerosas tropas. Tal era el de Peñasquedo, por lo que los ingleses prefirieron á sus alturas las del monte Mero, que si bien dominadas por aquellas hallábanse próximas á la Coruña, y su posicion como mas recogida podia guarnecerse con menos gente.

El 12 empezaron los franceses á presentarse del otro lado del puente del Burgo, que los in-

gleses habian cortado. Continuaron ambos ejércitos sin molestarse hasta el 14, en cuyo dia contando ya los franceses con suficientes tropas, repararon el puente destruido, y le fueron sucesivamente cruzando. Por la mañana se habia de propósito volado un almacen de pólvora sito en Peñasquedo, lo cual produjo horroroso estrépito, y por la tarde habiéndose el viento cambiado al sur entraron en la Coruña los transportes ingleses procedentes de Vigo. Sin tardanza se embarcaron por la noche los enfermos y heridos, la caballería desmontada y 52 cañones: de estos solo se dejaron para en caso de accion ocho ingleses y cuatro españoles. No faltó en el campo británico quien aconsejara á su general que capitulase con los franceses, á fin de poder libremente embarcarse. Desechó con nobleza Sir Juan Moore proposicion tan deshonrosa.

Puestos ya á bordo los objetos de mas embarazo y las personas inútiles, debia en la noche del 16 y á su abrigo embarcarse el ejército lidiador. Con impaciencia aguardaba aquella hora el general inglés, cuando á las dos de la tarde un movimiento general de la línea francesa estorbó el proyectado embarco, empeñándose una accion reñida y porfiada.

Batalla de la Coruña.

Disponiéndose á ella en la noche anterior habia colocado el mariscal Soult en la altura de Peñasquedo una batería de once cañones, en que apoyaba su izquierda ocupada por la division del general Mermet, guardando el centro y la derecha con las suyas respectivas los generales Merle y Delaborde, y prolongándose la del último hasta el pueblo de Pelavea de abajo. La

caballería francesa se mostraba por la izquierda de Peñasquedo hácia San Cristóbal y camino de Bergantiños: el total de fuerza ascendia á unos 20,000 hombres.

Era la de los ingleses de unos 16,000 que estaban apostados en el monte Mero, desde la ria del mismo nombre hasta el pueblo de Elviña. Por este lado se extendian las tropas de Sir David Baird, y por el opuesto que atraviesa el camino real de Betanzos las de Sir Juan Hope. Dos brigadas de ambas divisiones se situaron detras en los puntos mas elevados y extremos de su respectiva línea. La reserva mandada por Lord Paget estaba á retaguardia del centro en Eyris, pueblecillo desde cuyo punto se registra el valle que corria entre la derecha de los ingleses, y los altos ocupados por la caballería francesa. Mas inmediato á la Coruña y por el camino de Bergantiños se habia colocado con su division el general Fraser, estando pronto á acudir adonde se le llamase.

Trabóse la batalla á la hora indicada, atacando intrépidamente el francés con intento de deshacer la derecha de los ingleses. Los cierros de las heredades impedian á los soldados de ambos ejércitos avanzar á medida de su deseo. Los franceses al principio desalojaron de Elviña á las tropas ligeras de sus contrarios; mas yendo adelante fueron detenidos y rechazados, si bien á costa de mucha sangre. La pelea se encarnizó en toda la línea. Fue gravemente herido el general Baird y Sir Juan Moore que con particular esmero vigilaba el punto de Elviña, en donde el combate era mas reñido que en las otras partes:

recibió en el hombro izquierdo una bala de cañon que le derribó por tierra. Aunque mortalmente herido incorporóse, y registrando con serenidad el campo confortó su ánimo al ver que sus tropas iban ganando terreno. Solo entonces permitió que se le recogiese á parage mas seguro. Vivió todavía algunas horas, y su cuerpo fue enterrado en los muros de la Coruña.

Los franceses no pudiendo romper la derecha de los ingleses trataron de envolverla. Descubierto su intento avanzó Lord Paget con la reserva, y obligando á retroceder á los dragones de la Houssaye, que habian echado pie á tierra, contuvo á los demas, y aun se acercó á la altura en que estaba situada la batería francesa de once cañones. Al mismo tiempo los ingleses avanzaban por toda la línea, y á no haber sobrevenido la noche quizá la situacion del mariscal Soult hubiera llegado á ser crítica, escaseando ya en su campo las municiones; mas los ingleses contentos con lo obrado tornaron á su primera posicion, queriendo embarcarse bajo el amparo de la obscuridad. Fue su pérdida de 800 hombres: asegúrase haber sido mayor la de los franceses. El general Hope, en quien habia recaido el mando en gefe, creyó prudente no separarse de la resolucion tomada por Sir Juan Moore, y entrada la noche ordenó que todo su ejército se embarcase, protegiendo la operacion los generales Hill y Beresford.

Embárcanse los ingleses.

En la mañana siguiente viendo los franceses que estaba abandonado el monte Mero, y que sus contrarios les dejaban la tierra libre acogiéndose á su preferido elemento, se adelantaron, y

desde la altura de San Diego con cañones de grueso calibre, de que se habian apoderado en la de las Angustias de Betanzos, empezaron á hacer fuego á los barcos de la bahía. Algunos picaron los cables, y se quemaron otros que con la precipitacion habian varado. Los moradores de la Coruña no solo ayudaron á los ingleses en su embarco con desinteresado zelo, sino que tambien les guardaron fidelidad no entregando inmediatamente la plaza. Noble ejemplo, rara vez dado por los pueblos cuando se ven desamparados de los mismos de quienes esperaban proteccion y ayuda.

Asi terminó la retirada del general Moore, censurada de algunos de sus propios compatriotas, y defendida y aun alabada de otros. Dejando á ellos y á los militares el exámen y crítica de esta campaña, pensamos que sirvió de mucho para la gloria y buen nombre del general Moore la casualidad de haber tenido que pelear antes de que sus tropas se embarcasen, y tambien acabar sus dias honrosamente en el campo de batalla. Por lo demas si un ejército veterano y disciplinado como el inglés, provisto de cuantiosos recursos, empezó antes de combatir una retirada, en cuya marcha hubo tanto desórden, tanto estrago, tantos escándalos, ¿quién podrá extrañar que en las de los españoles, ejecutadas despues de haber lidiado, y con soldados bisoños, escasos de todo y en su propio pais, hubiese dispersiones y desconciertos? No decimos esto en menoscabo de la gloria británica; pero sí en reparacion de la nuestra, tan vilipendiada por ciertos escritores ingleses de los mismos que se hallaron en tan funesta campaña.

Entrega de la Coruña.

Difícil era que despues de semejante suceso resistiese la Coruña largo tiempo. El recinto de la plaza solo la ponia al abrigo de un rebate; mas ni sus baterías, ni sus murallas estaban reparadas, ni eran de suyo bastante fuertes. No haber mejorado á tiempo sus obras pendió en parte del descuido que nos es natural, y tambien de la confianza que con su llegada dieron los ingleses. Era gobernador Don Antonio Alcedo, y el 19 capituló. Entró el 20 en la plaza el mariscal Soult, y puso autoridades de su bando. Dispersóse la junta del reino, y la audiencia, el gobernador y los otros cuerpos militares, civiles y eclesiásticos prestaron homenage al nuevo rey José.

Del Ferrol.

No tardó Soult en volver los ojos al Ferrol, y ya el 22 empezaron á aproximarse á la plaza partidas avanzadas de su ejército. Aquel arsenal, primero de la marina española, era inatacable del lado de mar, de donde solo se puede entrar con un viento y por boca larga y estrecha: no estaba por tierra tan bien fortalecido. Hallábase el pueblo con ánimo levantado, sosteniéndole unos 300 soldados que habian llegado el 20. Era comandante del departamento Don Francisco Melgarejo, anciano é irresoluto, y comandante de tierra Don Joaquin Fidalgo. No se habia tomado medida alguna de defensa, ni tenido la precaucion de poner á salvo los buques de guerra alli fondeados. Dichos gefes y la junta peculiar del pueblo desde luego se inclinaron á capitular; mas no osando declararse tuvieron que responder con la negativa á la reiterada intimacion de los franceses. Al fin el 26 habiendo

estos descubierto algunas obras de batería, y apoderádose de los castillos de Palma y San Martin, pudieron las autoridades prevalecer en su opinion y capitularon, entrando el 27 de mañana en el Ferrol el general Mermet. Fueron los términos de la rendicion los mismos de la Coruña, y por los que sometiéndose á reconocer á José, solo se añadieron algunos artículos respecto de pagas, y de que no se obligase á nadie á servir contra sus compatriotas. Don Pedro Obregon, preso desde el levantamiento de mayo, fue nombrado comandante del departamento, en cuya dársena, entre buenos y malos, habia siete navíos, tres fragatas y otros buques menores.

Que estas plazas se hubiesen rendido visto su mal estado y el desmayo que causó el embarco de los ingleses, cosa natural era; pero no que en una capitulacion militar se estipulase el reconocimiento de José, ejemplo no dado todavía por las otras partes del reino, ni por la capital de la monarquía, de donde provino que las mencionadas capitulaciones excitaron la indignacion de la junta central, que fulminó contra sus autores una declaracion tal vez demasiadamente severa.

Aterrada Galicia con la pérdida de sus dos principales plazas, y sobre todo con la retirada de los ingleses, apenas dió por algun tiempo señales de vida. Hubo pocos pueblos que hiciesen demostracion de resistir, y los que lo intentaron fueron luego entrados por el vencedor. A todas partes cundió el desaliento y la tristeza. Solo en pie y en un rincon quedó Romana con escasos soldados. Los franceses no le habian en un principio molestado; pero posteriormente, yen- Estado de Galicia.

do en su busca el general Marchand, trató de atacarle en el punto de Bibey. Replegóse á Orense el general español: persiguióle el francés hasta que continuando aquel hácia Portugal, desistió el último de su intento, pasando poco despues á Santiago, en donde habia entrado el 3 de febrero el mariscal Soult sin tropiezo y camino de Tuy.

Paradero de Romana.

El marqués de la Romana luego que salió de Orense estableció su cuartel general en Villaza, cerca de Monterey, trasladándose despues á Oimbra. En los últimos dias de enero celebró en el primer pueblo una junta militar para determinar lo mas conveniente, hallándose con pocas fuerzas, sin recursos, y los ingleses ya embarcados. Opinaron unos por ir á Ciudad-Rodrigo, otros por encaminarse á Tuy; prevaleciendo el dictámen que fue mas acertado de no alejarse del pais que pisaban, ni de la frontera de Portugal.

Sucede á Soult el mariscal Ney.

Mientras tanto tomó el mando de Galicia el mariscal Ney en lugar de Soult, que moviéndose del lado de Tuy, segun hemos indicado, se preparaba á internarse en Portugal. Ocuparon fuerzas francesas las principales ciudades de Galicia, y tranquila esta por entonces puso tambien Ney su atencion del lado de Asturias, cuyo territorio afortunadamente habia quedado libre en medio de tan general desdicha. Mas adelante hablaremos de lo que ocurrió en aquella provincia. Instanos ahora volver la vista á Napoleon, á quien dejamos en Astorga.

Vuelta de Napoleon á Valladolid.

Descansó alli dos dias, hospedándose en casa del obispo á quien trató sin miramiento. Y de-

sasosegado con noticias que habia recibido de Austria, no creyendo ya necesario prolongar su estancia vista la priesa con que los ingleses se retiraban, volvió atrás y se dirigió á Valladolid, en cuya ciudad entró en la tarde del 6 de enero.

Aspero recibimiento que hace Napoleon á las autoridades.

Alojóse en el palacio real, y al instante mandó venir á su presencia al ayuntamiento, á los prelados de los conventos, al cabildo eclesiástico y á las demas autoridades. Queria imponer ejemplar castigo por las muertes de algunos franceses asesinados, y sobre todo por la de dos, cuyos cadáveres fueron descubiertos en un pozo del convento de San Pablo de dominicos. Iba al frente de los llamados el ayuntamiento, corporacion de repente formada en ausencia de los antiguos regidores, que los mas habian huido despues de la rota de Burgos. Procurando dicho cuerpo mantener órden en la ciudad, habia preservado de la muerte á varios extraviados del ejército enemigo, y puéstolos con resguardo en el monasterio de San Benito, motivo por el que antes merecia atento trato del extrangero que amargas reconvenciones. Sin embargo el emperador francés recibióle con rostro entenebrecido, y le habló en tono áspero y descompuesto echándole en cara los asesinatos cometidos. De los presentes se atemorizaron con sus amenazas aun los mas serenos, y el que servia de intérprete no acertando á expresarse impacientó á Napoleon, que con enfado le mandó salir del aposento donde estaba, llamando á otro que desempeñase mejor su oficio. No menos alterado prosiguió en su discurso el altivo conquistador, usando de palabras impropias de su dignidad,

hasta que al cabo despidió á las corporaciones españolas, repitiendo nuevas y terribles amenazas.

Angustias del ayuntamiento de Valladolid.

Triste y pensativo volvia el ayuntamiento á su morada cuando algunos de sus individuos, queriendo echar por un rodeo para evitar el encuentro de tropas que obstruian el paso, un piquete francés de caballería que de léjos los observaba intimóles que iban presos, y que asi fuesen por el camino mas recto. Restituidos todos á las casas consistoriales, entró á poco por aquellas puertas un emisario del emperador con órden que este le habia dado, teniendo el relox en la mano, de que si para las doce de la noche no se le pasaba la lista de los que habian asesinado á los franceses, haria ahorcar de los balcones del ayuntamiento á cinco de sus individuos. Sin intimidarse con el injusto y bárbaro requerimiento, reportados y con esfuerzo respondieron los regidores que antes perecerian siendo víctimas de su inocencia, que indicar á tientas y sin conocimiento personas que no creyesen culpables.

A las nueve de la noche presentóse tambien repitiendo á nombre del emperador la anterior amenaza Don José de Hervas, el mismo que en el abril de 1808 habia acompañado á Madrid al general Savary, y quien como español se hizo mas facilmente cargo de las razones que asistian al ayuntamiento. Sin embargo manifestó á sus individuos que corrian grave peligro, mostrándose Napoleon muy airado. No por eso dejaron aquellos de permanecer firmes y resueltos á sufrir la pena que arbitrariamente se les quisiera imponer. Sacóles luego del ahogo, y por fortuna para ellos, un tal Chamochin, de

oficio procurador del número, el cual habiendo sido en tan tristes dias nombrado corregidor interino, quiso congraciarse con el invasor de su patria delatando como motor de los asesinatos á un adobador de pieles llamado Domingo que vivia en la plaza mayor. Por desgracia de este encontráronse en su casa ropa y otras prendas de franceses, ya porque en realidad fuera culpado, ó ya mas bien, segun se creyó, por haber dichos efectos llegado casualmente á sus manos. Fue preso Domingo con dos de sus criados y condenados los tres á la pena de horca. Ajusticiaron á los últimos perdonando Napoleon al primero, mas digno de muerte que los otros si habia delito. Llegó el perdon estando Domingo al pie del patíbulo: le obtuvo á ruego de personas respetables, del mencionado Hervas, y sobre todo movidos varios generales de las lágrimas y clamores de la esposa del sentenciado, en extremo bella y de familia honrada de la ciudad. Tambien contribuyeron á ello los benedictinos, de quienes Napoleon hacia gran caso, recordando la celebridad de los antiguos y doctos de la congregacion de San Mauro de Francia. No asi de los dominicos, cuyo convento de San Pablo suprimió en castigo de los franceses que en él se habian encontrado muertos.

Suplicio de algunos españoles, y perdon de uno de ellos.

Mas en tanto otros cuidados de mayor gravedad llamaban la atencion de Napoleon. En su camino á Astorga habia recibido un correo con aviso de que el Austria se armaba: novedad impensada y de tal entidad que le impelia á volver prontamente á Francia. Asi lo

Temores de guerra con Austria. Prepárase Napoleon á volver á Francia.

decidió en su pensamiento; mas paróse en Valladolid diez dias, queriendo antes asegurarse de que los ingleses proseguian en su retirada, y tambien tomar acerca del gobierno de España una determinacion definitiva. Cierto de lo primero apresurose á concluir lo segundo. Para ello hizo venir á Valladolid los diputados del ayuntamiento de Madrid y de los tribunales que le fueron presentados el 16 de enero. Traian consigo el expediente de las firmas de los libros de asiento que se abrieron en la capital, á fin de reconocer y jurar á José: condicion que para restablecer á este en el trono habia puesto Napoleon, pareciéndole fuerte abracijo lo que no era sino forzada ceremonia. Recibió el emperador francés con particular agasajo á los diputados españoles, y les dijo que accediendo á sus súplicas verificaria José dentro de pocos dias su entrada en Madrid.

Recibe en Valladolid á los diputados de Madrid.

Opinion é intentos de Napoleon sobre España.

Dudaron entonces algunos que Napoleon se hubiera resuelto á reponer á su hermano en el sólio, sino se hubiese visto amenazado de guerra con Austria. En prueba de ello alegaban el haber solo dejado á José despues de la toma de Madrid el título de su lugar-teniente, y tambien el haber en todo obrado por sí y procedido como conquistador. No deja de fortalecer dicho juicio la conversacion que el emperador tuvo en Valladolid con el ex-arzobispo de Malinas Mr. de Pradt. Habia este acompañado desde Madrid á los diputados españoles; y Napoleon antes de verlos, deseoso de saber lo que opinaban y lo que en la capital ocurria, mandó á aquel prelado que fuese á hablarle. Por

largo espacio platicaron ambos sobre la situacion de la Península, y entre otras cosas dijo Napoleon: * « no conocia yo á España: es un pais »mas hermoso de lo que pensaba. Buen regalo »he hecho á mi hermano, pero los españoles »harán con sus locuras que su pais vuelva á ser »mio: en tal caso le dividiré en cinco grandes »vireinatos." Continuó asi discurriendo é insistió con particularidad en lo útil que seria para Francia el agregar á su territorio el de España. Intento que sin duda estorbó por entonces el nublado que amagaba del norte, temeroso del cual partió para Paris el 17 de enero de noche y repentinamente, haciendo la travesía de Valladolid á Burgos á caballo y con pasmosa celeridad. (* Ap. n. 2.)

Parte para Francia.

En el intervalo que medió desde principios de diciembre hasta últimos de enero disgustado José con el título de lugar-teniente se albergaba en el Pardo, no queriendo ir á Madrid hasta que pudiese entrar como rey. Sin embargo esperanzado en los primeros dias del año de volver á empuñar el cetro, pasó á Aranjuez y revistó alli el primer cuerpo mandado por el mariscal Victor, y con el cual procedente de Toledo se pensaba atacar al ejército del centro, cuyas reliquias rehechas algo en Cuenca, se habian en parte aproximado al Tajo.

José en el Pardo. Pasa una revista en Aranjuez.

El inesperado movimiento de los españoles era hijo de falsas noticias y del clamor de los pueblos que expuestos al pillage y extorsiones del enemigo, acusaban á nuestros generales de mantenerse espectadores tranquilos de los males que los agobiaban. Para acudir al remedio

Movimiento del ejército español del centro. Planes de su gefe el duque del Infantado.

y acallar la voz pública habia el duque del Infantado, gefe de aquel ejército, imaginado un plan tras otro, notándose en el concebir de ellos mas bien loable deseo que atinada combinacion.

Por fin decidióse ante todo dicho general á despejar la orilla izquierda del Tajo de unos 1500 caballos enemigos que corrian la tierra. Nombró para capitanear la empresa al mariscal de campo Don Francisco Javier Venegas que mandaba la vanguardia compuesta de 4000 infantes y 800 caballos, y al brigadier Don Antonio Senra con otra division de igual fuerza. Debia el primero posesionarse de Tarancon, y al mismo tiempo enseñorearse el segundo de Aranjuez, en cuyos dos puntos tenia el enemigo, antes de que viniese el mariscal Victor, lo principal de sus destacamentos. Venegas no aprobó el plan, visto el mal estado de sus tropas; mas trató de cumplir con lo que se le ordenaba. Senra dejó de hacerlo pareciéndole imprudente ir hasta Aranjuez, teniendo franceses por su flanco en Villanueva del Cardete: disculpa que no admitió el general en gefe por haber ya contado con aquel dato en la disposicion del ataque.

Ataque de Tarancon.

Venegas por su parte situado en Uclés determinó atacar en la noche del 24 al 25 de diciembre á los franceses de Tarancon. El número de estos se reducia á 800 dragones. Distribuyó el general español su gente en dos columnas, una al mando de Don Pedro Agustin Giron debia amenazar por su frente al enemigo, otra capitaneada por el mismo general en persona y mas numerosa habia de interponerse en

el camino que de Tarancon va á Santa Cruz de la Zarza, con objeto de cortar á los franceses la retirada, si querian huir del ataque de Giron, ó encerrarlos entre dos fuegos en caso de que resistiesen. La noche era cruda, sobreviniendo tras de nieve y ventiscas espesa niebla: lo cual retardó la marcha de Venegas, y fue causa del extravio de cási toda su caballería. Giron aunque salió mas tarde llegó sin tropiezo al punto que se le habia señalado, ya por ser mejor y mas corto el camino, y ya por su cuidado y particular vigilancia.

Espantados los dragones franceses con la proximidad de este general, huian del lado de Santa Cruz, cuando se encontraron con algunas partidas de carabineros reales que iban á la cabeza de la tropa de Venegas y los atacaron furiosamente, obligándolos á abrigarse de la infantería. Hubiera podido esta desconcertarse, cogiéndola desprevenida, si afortunadamente un batallon de guardias españolas y otro de tiradores de España puestos ya en columna no hubiesen rechazado á los enemigos, desordenándolos completamente. Hizo gran falta la caballería, cuya principal fuerza extraviada en el camino no llegó hasta despues: y entonces su gefe Don Rafael Zambrano desistió de todo perseguimiento por juzgarlo ya inutil y estar sus caballos muy cansados. La pérdida de los franceses entre muertos, heridos y prisioneros fue de unos 100 hombres. Hubo despues contestaciones entre ciertos gefes, achacándose mútuamente la culpa de no haber salido con la empresa. Nos inclinamos á creer que la inexpe-

riencia de algunos de ellos y lo bisoño de la tropa fueron en este caso como en otros muchos la causa principal de haberse en parte malogrado la embestida, sirviendo solo á despertar la atencion de los franceses.

Avanza el mariscal Victor.

Recelosos estos de que engrosadas con el tiempo las tropas del ejército del centro y mejor disciplinadas, pudieran no solo repetir otras tentativas como la de Tarancon, mas tambien en un rebate apoderarse de Madrid, cuya guarnicion por atender á otros cuidados á veces se disminuia, pensaron sériamente en destruirlas y cortar el mal en su raiz. Para ello juntaron en Aranjuez y revistaron, segun hemos dicho, las fuerzas que mandaba en Toledo el mariscal Victor, las cuales ascendian á 14,000 infantes y 3[illegible] caballos. Sospechando Venegas los intentos del enemigo comunicó el 4 de enero sus temores al duque del Infantado, opinando que sería prudente, ó que todo el ejército se aproximase á su línea, ó que él con la vanguardia se replegase á Cuenca. No pensó el duque que urgiese adoptar semejante medida, y ya fuese enemistad contra Venegas, ó ya natural descuido, no contestó á su aviso, continuando en idear nuevos planes que tampoco tuvieron ejecucion.

Retírase Venegas á Uclés.

Apurando las circunstancias y no recibiendo instruccion alguna del general en gefe, juntó Venegas un consejo de guerra, en el que unánimemente se acordó pasar á Uclés como posicion mas ventajosa, é incorporarse alli con Senra, en donde aguardarian ambos las órdenes del duque. Verificóse la retirada en la noche del 11 de enero, y unidos al amanecer del

12 los mencionados Venegas y Senra, contaron juntos unos 8 á 9000 infantes y 1500 caballos. Trató desde luego el primero de aprovecharse de las ventajas que le ofrecia la situacion de Uclés, villa sujeta á la órden de Santiago y para batallas de mal pronóstico por la que en sus campos se perdió contra los moros en el reinado de Alonso el VI. La derecha de la posicion era fuerte, consistiendo en varias alturas aisladas y divididas de otras por el riachuelo de Bedijar. En el centro está el convento llamado alcázar, y desde alli por la izquierda corre un gran cerro de escabrosa subida del lado del pueblo, pero que termina por el opuesto en pendiente mas suave y de facil acceso. Venegas apostó en Tribaldos, pueblo cercano, algunas tropas al mando de Don Veremundo Ramirez de Arellano, que en la tarde y anochecer del 12 comenzaron ya á tirotearse con los franceses, replegándose á Uclés en la mañana siguiente, acometidas por sus superiores fuerzas.

Batalla de Uclés.

Con aviso de que los enemigos se acercaban, el general Venegas, aunque amalado y con los primeros síntomas de una fiebre pútrida, se situó en el patio del convento de donde divisaba la posicion y el llano que se abre al pie de Uclés, yendo á Tribaldos. Distribuyó sus infantes en las alturas de derecha é izquierda, y puso abajo en la llanura la caballería. Solo habia un obús y tres cañones que se colocaron, uno en la izquierda, dos en el convento y otro en el llano con los ginetes.

El mariscal Victor habia salido de Aranjuez

con el número de tropas indicado, y fue en busca de los españoles sin saber de fijo su paradero. Para descubrirle tiró el general Villatté con su division derecho á Uclés, y el mariscal Victor con la del general Ruffin la vuelta de alcázar. Fue Villatte quien primero se encontró con los españoles, obligándolos á retirarse de Tribaldos, desde donde avanzó al llano con dos cuerpos de caballería y dos cañones. Al ver aquel movimiento creyó Venegas amagada su derecha, y por tanto atendió con particularidad á su defensa. Mas los franceses, á las diez de la mañana, tomando por el camino de Villarubio, se acercaron con fuerza considerable á las alturas de la izquierda, punto flaco de la posicion, cubierto con menos gente y al que su caballería pudo subir á trote. Venegas, queriendo entonces sostener la tropa alli apostada que comenzaba á ciar, envió gente de refresco y para capitanearla á Don Antonio Senra. Ya era tarde: los enemigos avanzando rápidamente arrollaron á los nuestros, é inutilmente desde el convento quiso Venegas detenerlos. Contuso él mismo y ahuyentado con todo su estado mayor, dificultosamente pudo salvarse, cayendo á su lado muerto el bizarro oficial de artillería Don José Escalera. Deshecho nuestro costado izquierdo empezó á desfilar el derecho; y la caballería, que en su mayor parte permanecia en el llano, trató de retirarse por una garganta que forman las alturas de aquel lado. Consiguiéronlo felizmente los dragones de Castilla, Lusitania y Tejas, mas no asi los regimientos de la Reina, Príncipe y Borbon, cuyo mando habia reasumido el

marqués de Albudeite. Estos, no pudiendo ya pasar impedidos por los fuegos de los franceses, que dueños del convento coronaban las cimas, volvieron grupa al llano y faldeando los cerros caminaron de priesa y perseguidos la via de Paredes. Desgraciadamente hácia el mismo lado tropezando la infantería con la division de Ruffin, habia cási toda tenido que rendirse; de lo cual advertidos nuestros ginetes, en balde quisieron salvarse, atajados con el cauce de un molino y acribillados por el fuego de seis cañones enemigos que dirigia el general Senarmon. No hubo ya entonces sino confusion y destrozo, y sucedió con la caballería lo mismo que con los infantes: los mas de sus individuos perecieron ó fueron hechos prisioneros: contóse entre los primeros al marqués de Albudeite. Tal fue el remate de la jornada de Uclés, una de las mas desastradas, y en la que, por decirlo asi, se perdieron las tropas que antes mandaban Venegas y Senra. Solo se salvaron dos ó tres cuerpos de caballería y tambien algunas otras reliquias que libertó la serenidad y esfuerzo de Don Pedro Agustin Giron, uniéndose todos al duque del Infantado que ya se hallaba en Carrascosa.

Justos cargos hubieran podido pesar sobre los gefes que empeñaron semejante accion, ó fueron causa de que se malograse. El general Venegas y el del Infantado procuraron defenderse ante el público acusándose mutuamente. Pensamos que en la conducta de ambos hubo motivos bastantes de censura si ya no de responsabilidad. Aconsejaba la prudencia al primero retirarse mas allá de Uclés, é ir á unirse

al cuerpo principal del ejército, no faltándole
para ello ni oportunidad ni tiempo; y al segun-
do prescribíale su obligacion dar las debidas ins-
trucciones y contestar á los oficios del otro,
no sacrificando á piques y mezquinas pasiones
el bien de la patria, el pundonor militar.

Excesos cometidos por los franceses en Uclés.

Ganado que hubieron la batalla, entraron
los franceses en Uclés y cometieron con los ve-
cinos inauditas crueldades. Atormentaron á mu-
chos para averiguar si habian ocultado alhajas;
robaron las que pudieron descubrir, y aparejan-
do con albardas y aguaderas á manera de acé-
milas á algunos conventuales y sugetos distin-
guidos del pueblo, cargaron en sus hombros
muebles y efectos inútiles para quemarlos des-
pues con grande algazara en los altos del alcá-
zar. No contentos con tan duro é innoble en-
tretenimiento, remataron tan extraña fiesta con
un acto de la mas insigne barbarie. Fue, ¡cáese
la pluma de la mano! que cogiendo á 69 habi-
tantes de los principales, y á monjas, y á clé-
rigos, y á los conventuales Parada, Canova y
Mejía, emparentados con las mas ilustres fami-
lias de la Mancha, atraillados y escarnecidos los
degollaron con horrorosa inhumanidad, pere-
ciendo algunos en la carnicería pública. Sordos
ya á la compasion los feroces soldados, desoye-
ron los ayes y clamores de mas de 300 muge-
res, de las que acorraladas y de monton abu-
saron con esquisita violencia. Prosiguieron los
mismos escándalos en el campamento, y solo el
cansancio, no los gefes, puso término al horro-
roso desenfreno.

No cupo mejor suerte á los prisioneros es-

pañoles: los que de ellos rendidos á la fatiga se rezagaban, eran fusilados desapiadadamente. Asi nos lo cuenta en su obra un testigo de vista, un oficial francés, Mr. de Rocca. ¿Qué extraño pues era que nuestros paisanos cometiesen en pago otros excesos cuando tal permitian los oficiales del ejército de una nacion culta?

El duque del Infantado que aunque tarde se adelantaba á Uclés, supo en Carrascosa, legua y media distante, la derrota padecida. Juntando alli los dispersos y cortas reliquias, se retiró por Horcajada á la venta de Cabrejas, en donde se decidió en consejo militar pasar á Valencia con todas las tropas. Entró el ejército en Cuenca el 14 por la noche, y al dia siguiente continuó la marcha. Dirigióse la artillería por camino que pareció mas cómodo para volver despues á unirse en Almodóvar del Pinar; pero atollada en parte y mal defendida por otros cuerpos que acudieron en su ayuda, fue en Tórtola cogida cási toda por los franceses. Prosiguió lo restante del ejército alejándose; y desistiendo Infantado de ir á Valencia, metióse en el reino de Murcia y llegó á Chinchilla el 21 de enero. Desde aquel punto hizo nuevo movimiento, faldeando la Sierramorena, y al cabo se situó en Santa Cruz de Mudela. Alli segun costumbre no cesó de idear sin gran resulta nuevos planes; hasta que en 17 de febrero fue relevado del mando por órden de la junta central y puesto en su lugar el conde de Cartaojal, que mandaba tambien las tropas de la Carolina.

Retirada del duque del Infantado.

Sucédele en el mando el conde de Cartaojal.

Alcanzada por los franceses la victoria de Uclés, y despues de obtener el permiso de Na-

Entrada de José en Madrid.

poleon, hizo José en Madrid el 22 de enero su entrada pública y solemne. Del Pardo se encaminó por fuera de puertas á la plazuela de las Delicias, desde donde montando á caballo entró por la puerta de Atocha, y se dirigió á la iglesia colegiata de San Isidro, tomando la vuelta por el Prado, calle de Alcalá y Carretas hasta la de Toledo. Se habia preparado este recibimiento con mas esmero que el anterior de julio. Estaba tendida en toda la carrera la tropa francesa; habianse por expresa órden colgado las calles y puéstose de trecho en trecho músicas que tocaban sonatas acomodadas al caso. José rodeado de gran séquito de franceses y de los españoles que le eran adictos, mostrábase satisfecho y placentero. No dejó de ser grande el concurso de espectadores: las desgracias, amilanando los ánimos, los disponian á la conformidad; pero un silencio profundo, no interrumpido sino por alguna que otra voz asalariada, daba bastantemente á entender que las circunstancias impelian á la curiosidad, no afectuosa inclinacion. Fue recibido en la iglesia de San Isidro por el obispo auxiliar y parte de su cabildo. Pronunciáronse discursos segun el tiempo, díjóse una misa, se cantó el Te Deum, y concluida la ceremonia se dirigió José por la plaza Mayor y calle de la Almudena á Palacio, en donde ocupándose de nuevo en el gobierno del reino, nos dará pronto ocasion de volver á hablar de él y de sus providencias.

Ahora es ya sazon de pensar en Cataluña. El no querer cortar el hilo de la narracion en los sucesos mas abultados y decisivos, nos ha

obligado á postergar los de aquel principado, que si bien de grande interés y definitivamente de mucha importancia á la causa de la independencia, forman como un episodio embarazoso para el historiador, aunque gloriosísimo para aquella provincia.

Sucesos de Cataluña.

Dejamos en el libro 5.° la campaña de Cataluña, á tiempo que Duhesme en el último tercio del mes de agosto se habia recogido á Barcelona de vuelta de su segunda y malograda expedicion de Gerona. De nuestra parte por entonces y en 1.° de setiembre el marqués del Palacio y la junta del principado se habian de Tarragona trasladado á Villafranca con objeto de estar mas cerca del teatro de la guerra. Empezaron á acudir á dicha villa los tercios de toda la provincia, y se reforzó la línea del Llobregat, á cuyo parage se habia restituido desde Gerona el conde de Caldagués.

La junta del principado se traslada á Villafranca.

Con el aumento de fuerzas temió el general Duhesme que estrechando los españoles cada vez mas á Barcelona, hubiese dificultad de introducir bastimentos en la plaza. Para alejar el peligro y con intento de hacer una excursion en el Panadés, partió de aquella ciudad con 6000 hombres de caballería é infantería, y atacó á los españoles en su línea al amanecer del 2 de setiembre en los puntos de Molins de Rey y de San Boil. Por el último alcanzaron los franceses conocidas ventajas; fueron por el otro rechazados. Mas receloso el de Caldagués, en vista de un movimiento de los enemigos, de que abandonando estos la embestida del puente vadeasen el rio y le flanqueasen, previno oportuna-

Excursiones de Duhesme.

mente cualquiera tentativa situándose en las alturas de Molins de Rey.

Los franceses no pudiendo romper la línea española del Llobregat, revolvieron del lado opuesto por donde corre el Besós, en cuyo sitio se mantenia Don Francisco Milans. Ya aqui, y ya en todos los puntos alrededor de Barcelona hubo en setiembre y octubre muchas escaramuzas y aun choques, entre los que fue grave el acaecido en San Culgat del Vallés, principalmente por el respeto que infundió al enemigo, obligándole á no alejarse de los muros de Barcelona. Tambien contribuyeron á ello los refuerzos que llegaron á los españoles sucesivamente de Portugal, Mallorca y otras partes, de algunos de los cuales ya hemos hecho mencion.

Vives sucesor del marqués del Palacio.

El gobierno interior de Cataluña se mejoraba cada dia por el esmero y cuidado de la junta. Habíase solo levantado grande enemistad contra el marqués del Palacio, ó porque las calidades de general no correspondiesen en él á su patriotismo, ó mas bien porque en aquellos tiempos árduos no siendo dado caminar en la ejecucion al son de la impaciencia pública, perdíase la confianza y el buen nombre con la misma rapidez, y á veces tan infundadamente como se habia adquirido. Los clamores de la opinion catalana obligaron á la junta central á llamar al marqués del Palacio, poniendo en su lugar al capitan general de Mallorca Don Juan Miguel de Vives, quien tomó el mando el 28 de octubre.

Teniendo éste á su disposicion fuerzas mas considerables, coordinó nuevamente su ejérci-

to, y segun lo resuelto por la central le denominó de Cataluña ó de la derecha. Constaba en todo de 19,551 infantes, 780 caballos y 17 piezas, dividido en vanguardia, cuatro divisiones y una reserva. De estas fuerzas destinó Vives la vanguardia al mando de Don Mariano Alvarez á observar al enemigo en el Ampurdan, y las restantes las conservó consigo para bloquear á Barcelona, á donde se aproximó el 3 de noviembre, sentando su cuartel general en Martorell, cuatro leguas distante.

Ejército español de Cataluña. Su fuerza.

Los apuros en aquella plaza del general francés Duhesme crecian en estremo: el número de sus tropas, que antes era de 10,000 hombres, menguaba con la desercion y las enfermedades. De nadie podia fiarse. El disgusto y descontento de los barceloneses tocaba á sus ojos en abierta rebelion. Los habitantes mas principales huian á causa de las contribuciones exorbitantes que habia impuesto; teniendo que acudir á confiscar los bienes para evitar la emigracion. Mas tarde, cuando apretó la escasez, si bien permitió la salida de Barcelona, permitióla con condiciones rigurosas, dando pasaportes á los que abonaban cuatro meses anticipados de contribucion, y aseguraban con fianza el pago de los demas plazos. Fue despues adelante en usar sin freno de medidas arbitrarias, declarando á Barcelona en estado de sitio. Opúsose á ello el conde de Ezpeleta, por lo que se le puso preso, quitándole la capitanía general que solo en nombre habia conservado. Como mas antiguo le sucedió Don Galceran de Villalba, que en secreto se entendia con las autoridades patrióticas del principado.

Situacion de Barcelona.

Los oficiales españoles que habia dentro de la plaza rehusaron despues reconocer el gobierno de Napoleon prefiriendo á todo ser prisioneros de guerra: lo mismo hicieron los que eran extrangeros, excepto Mr. Wrant d'Amelin, que en premio recibió el gobierno de Barcelona. Ejercióse la policía con particular severidad, prestándose á tan villano servicio un español llamado Don Ramon Casanova, sin que por eso se pudiese impedir que muchos y á las calladas se escapasen. Tantas molestias y tropelías eran en sumo grado favorables á la causa de la independencia.

Tentativas de Vives contra aquella plaza.

Contando sin duda con el influjo de aquellas y con secretos tratos, insistió el general Vives en estrechar á Barcelona, y aun proyectó varios ataques. Fue el mas notable el que se dió en 8 de noviembre, aunque no tuvo ni resulta ni se le consideró tampoco bien meditado. Sin embargo la proximidad del ejército español puso en tal desasosiego á los franceses, que en la misma mañana del 8 desarmaron al segundo batallon de guardias walonas como adicto á los llamados insurgentes.

Desaprobaban los hombres entendidos la permanencia de Vives en las cercanías de Barcelona, y con razon juzgándola militarmente; pues para formalizar el sitio no se estaba preparado, y para rendir por bloqueo la plaza se requeria largo tiempo. Creian que hubiera sido mas conveniente dejar un cuerpo de observacion que con los somatenes contuviese al enemigo en sus excursiones, y adelantarse á la frontera con lo demas del ejército, impidiendo asi la toma de

Rosas y la facilidad que ella daba de proveer por mar á Barcelona. Vino en apoyo de tan juicioso dictámen lo que sucedió bien pronto con el refuerzo que entró en el principado al mismo tiempo que por el Bidasoa hacian los franceses su principal irrupcion.

Segun insinuamos al hablar de ésta, fue destinado el 7.° cuerpo á domeñar la Cataluña. Debia formarse con las tropas que alli habia á las órdenes de los generales Duhesme y Reille y con otras procedentes de Italia, al mando de los generales Souham, Pino y Chavert. Todas estas fuerzas reunidas ascendian á 25,000 infantes y 2000 caballos, compuestas de muchas naciones y en parte de nueva leva. Capitaneábalas el general Gouvion Saint-Cyr. Entró éste en Cataluña al principiar noviembre, estableciendo el 6 en Figueras su cuartel general. Fue su primer intento poner sitio á Rosas, y encargado de ello el general Reille le comenzó el dia 7 del mencionado mes. Entrada de Saint-Cyr en Cataluña.

Pensó el general Saint-Cyr que convenia apoderarse de aquella plaza, porque abrigados los ingleses de su rada impedian por mar el abastecimiento de Barcelona, que no era hacedero del lado de tierra á causa de la insurreccion del pais. Hubo quien le motejase, sentando que en una guerra nacional como ésta era de temer que con la tardanza pudieran los españoles por medio de secretos tratos sorprender á Barcelona apretada con la escasez de víveres. Napoleon juzgaba tan importante la posesion de esta plaza, que el solo encargo que hizo á Saint-Cyr á su despedida en Paris fue el de conservar á Bar- Sitio de Rosas.

(* Ap. n. 3.) celona; * «porque si se perdiese [decia] serian »necesarios 80,000 hombres para recobrarla." Sin embargo aquel general prefirió comenzar por sitiar á Rosas.

Está situada dicha villa á las raices del Pirineo y á orillas del golfo de su nombre. Tenia de poblacion 1200 almas. No cubria su recinto sino un atrincheramiento cási abandonado desde la guerra de la revolucion de Francia. Consistia su principal fortaleza en la ciudadela, colocada al extremo de la villa, y que aunque desmantelada quísose apresuradamente poner en estado de defensa, consiguiendo al cabo montar 36 piezas: su forma es la de un pentágono irregular con foso y camino cubierto, y sin otras obras á prueba que la iglesia, habiendo quedado inservibles desde la última guerra los cuarteles y almacenes. A la opuesta parte de la ciudadela y á 1100 toesas de la villa en un repecho de las alturas llamadas Puig-rom, término por allí de los Pirineos, se levanta el fortin de la Trinidad en figura de estrella, de construccion ingeniosa pero dominado á corta distancia.

Honrosa resistencia de los españoles.

Con tan débiles reparos y en el estado de ruina de varias de sus obras, hubiérase en otra ocasion abandonado la defensa de la plaza: ahora sostúvose con firmeza. Era gobernador Don Pedro Odaly: constaba la guarnicion de 3000 hombres; se despidió la gente inútil, recompúsose algo el atrincheramiento destruido y se atajaron con zanjas las bocacalles. Favorecia á los sitiados un navío de línea inglés y dos bombarderas que estaban en la bahía.

La division del general Reille unida á la

italiana de Pino se habia acercado á la plaza, componiendo juntas unos 7000 hombres. Ademas el general Souham para cubrir las operaciones del sitio y observar á Alvarez que estaba con la vanguardia en Gerona, se situó con su division entre Figueras y el Fluviá, y ocupó á la Junquera con dos batallones el general Chavert.

Se habia lisonjeado el francés Reille de tomar por sorpresa á Rosas: asi lo deseaba su general en gefe solícito de acudir al socorro de Barcelona y temeroso de la desercion que empezaba á notarse en la division italiana de Pino. De esta fueron cogidos por los somatenes varios soldados, y el general Saint-Cyr que presumia de humano envió en rehenes á Francia hasta el cange igual número de habitantes, prefiriendo este medio al de quemar los pueblos, antes usado por sus compatriotas. Mas los catalanes consideraron la nueva medida como mas injusta, imaginándose que los enviaban á servir al norte.

Desde el 7 de noviembre que aparecieron los franceses delante de Rosas, y en cuyo dia los españoles hicieron una vigorosa salida, sobreviniendo copiosas lluvias no pudieron los primeros traer su artillería ni empezar sus trabajos hasta el 16. Entonces resolvió el general Saint-Cyr embestir simultáneamente la ciudadela y el fortin de la Trinidad. Emprendióse el ataque de aquella por el baluarte llamado de la plaza, del lado opuesto á la villa, y por donde se ejecutó tambien la acometida en el sitio del año de 1795, al cual habia asistido el general

enemigo Sanson, gefe ahora de los ingenieros.

Continuaron los trabajos por esta parte hasta el 25. Aquel dia dueños los franceses de un reducto, cabeza del atrincheramiento que cubria la villa, pensaron que seria conveniente apoderarse de ésta para atacar despues la ciudadela por el frente comprendido entre los baluartes de Santa María y San Antonio. Fue entrada la villa en la noche del 26 al 27 á pesar de porfiada resistencia: de 500 hombres que la defendian 300 quedaron muertos, 150 fueron hechos prisioneros; pudieron los otros salvarse. El enemigo intimó entonces la rendicion á la ciudadela; contestósele con la negativa.

Al mismo tiempo el fortin de la Trinidad fue desde el 16 bizarramente defendido por su comandante Don Lotino Fitzgerald. Los ingleses juzgando inútil la resistencia habian retirado la gente que dentro habian metido; pero llegando poco despues el intrépido Lord Cockrane con ámplias facultades del almirante Collingwood, reanimó á los españoles entrando en el fuerte con unos 80 hombres, y unidos todos rechazaron el 30 el asalto de los enemigos que creian practicable la brecha.

La guarnicion de Rosas habia vivido esperanzada de que se la socorreria por tierra; mas limitóse el auxilio á un movimiento que el 24 hizo la vanguardia al mando de Don Mariano Alvarez: cruzó éste el Fluvia y arrolló al principio los puestos avanzados de los franceses, que rehechos repelieron despues á los nuestros, cogiendo prisionero al 2.° comandante Don José Lebrun. Serenado el general Saint-Cyr con es-

to y con ver que el ejército español de Vives no avanzaba segun temia, trató de acabar prontamente el sitio de la ciudadela de Rosas.

Capitulacion de Rosas.

Dirigíase el principal ataque contra la cara derecha del baluarte de Santa María; y los trabajos prosiguieron con ardor en los dias 1.° y 2 en que inútilmente intentaron los sitiados hacer una salida. Por fin el 5 estando la brecha practicable y despues de 29 dias de asedio, capituló honrosamente el gobernador quedando la guarnicion prisionera de guerra. Tuvo mayor ventura Don Lotino Fitzgerald comandante del fortin de la Trinidad, habiéndose embarcado él y su gente con la ayuda y diligencia de Lord Cockrane, quien tal vez hubiera del mismo modo salvado la guarnicion de la ciudadela si hubiera sido comodoro del apostadero inglés.

Avanza Saint-Cyr camino de Barcelona.

Desembarazado el general Saint-Cyr del sitio de Rosas, se adelantó á socorrer á Barcelona con 15,000 infantes y 1500 caballos, despues de haber dejado en el Ampurdan la division del general Reille. Hubiera corrido riesgo el general francés de ser detenido en el camino, si D. Juan de Vives en vez de mantener sus tropas en derredor de Barcelona, le hubiera salido al encuentro en alguno de los sitios oportunos del tránsito: cosa tanto mas hacedera cuanto despues de sus infructuosas tentativas sobre Barcelona se le habian agregado en noviembre las divisiones de Granada y Aragon y otros cuerpos sueltos. Constaba la primera, al mando de Don Teodoro Reding, de 11,700 infantes y 670 caballos, y la segunda de unos 4000 hombres regidos por el marqués de Lazan, quien pasó á engrosar la van-

Vives y las divisiones de Reding y Lazan.

guardia despues de lo acaecido el 24 en las riberas del Fluviá.

Insistia el general Vives en acometer á Barcelona estimulado tambien por las ofertas de los comandantes de las fuerzas navales inglesas apostadas delante del puerto. Estas hicieron el 19 de noviembre un fuego vivísimo contra la plaza, cuyos habitantes á pesar del daño que recibian estaban alborozados y palmoteaban desde sus casas al ver la pesadumbre que el ataque causaba á los franceses: lo cual irritando sobremanera al comandante Lecchi, prohibió á los habitantes asomarse á las azoteas en dias de refriega.

Orden singular dada por Lecchi en Barcelona.

Trata Vives de seducirle á él y á otros.

Mal informado el general Vives dirigió á dicho general Lecchi y al español Casanova proposiciones de acomodamiento si le dejaban entrar en la plaza. Las desecharon ambos, notándose en la respuesta de Lecchi la dignidad conveniente. Creyeron sin embargo algunos que sin la pronta llegada del general Saint-Cyr, y conducida de otra manera la negociacion, quizá no hubiera esta sido infructuosa.

Ataques de Vives el 26 y 27 de noviembre en las cercanías de Barcelona.

Don Juan Vives resolvió repetir el 26 el ataque que habia emprendido el 8. Ejecutado esta vez con mayor felicidad fueron los franceses rechazados hasta Barcelona, y se cogieron prisioneros 104 hombres que defendian la favorable posicion de San Pedro mártir. Prosiguieron las ventajas el 27, adelantándose el cuartel general á San Feliú de Llobregat, á legua y media de Barcelona. Desde donde y con deseo siempre de estrechar al enemigo, se le acometió de nuevo el 5 de diciembre, consiguiendo

Del 5 de diciembre.

clavar los cañones y destruir las obras que habia formado en la falda de Monjuich.

Pero eran cortas estas ventajas al lado de las que hubieran podido alcanzarse yendo en busca de Saint-Cyr. Sacrificóse todo al deseo de enseñorearse de la capital del principado. Sin embargo en la noche del 11 de diciembre sabedor Vives de que aquel general se habia movido el 8 con señales de ir la vuelta de Barcelona, mandó á Don Teodoro Reding que se adelantase hácia Granollers. Recibiéndose posteriormente confirmacion del primer aviso, se celebró un consejo de guerra, en el que variando segun costumbre los pareceres, no se siguió el de Caldagués que era el mas acertado, y segun el cual debiera haberse ido al encuentro de Saint-Cyr con la mayor parte de las fuerzas, dejando delante de Barcelona 4000 hombres bien atrincherados. Resolvióse pues lo contrario, y solo salió Vives con algunas tropas á unirse á Reding. Ambos generales juntaron 8000 hombres, agregándoseles ademas los somatenes. Al propio tiempo se previno al marqués de Lazan que separándose de la vanguardia que estaba en Gerona, siguiese la huella del francés, sin atacarle por la espalda hasta que el mismo Vives lo hiciese por el frente, y al coronel Milans que se apostase con cuatro batallones en Coll-Sacreu para molestar al enemigo si queria echarse del lado de la marina, ó sino concurrir con los demas á la accion general que se esperaba.

Reding y Vives van al encuentro de Saint-Cyr.

Apremiado el general Saint-Cyr con la urgente necesidad de socorrer á Barcelona, no se empeñó en combatir al marqués de Lazan, quien

Continua Saint-Cyr su marcha.

por su parte esquivó tambien todo sério reencuentro. En seguida maniobró el general francés para disfrazar su intencion, y el 11 preparóse á marchar con rapidez y sin embarazos. Asi fue que enviando á Figueras la artillería, repartió á sus soldados víveres para cuatro dias, distribuyóles á razon de 50 cartuchos, y llevó 150,000 de reserva á lomo de acémilas. El 12 abrió la marcha desde La Bisbal, teniendo en el camino algunos choques con los miqueletes de Don Juan Clarós. Enderezóse á Hostalrich, y al llegar á las alturas que le dominan con gran júbilo vió que Vives ni se habia aun adelantado hasta alli, ni ocupado las gargantas del rio Tordera, en cuyas estrechuras bastando un corto número de hombres para detener á los suyos, hubieran en breve consumido las municiones que consigo traian.

Continuó el general Saint-Cyr su marcha, y el 15 para librarse de los fuegos de Hostalrich, dió vuelta á la plaza por un sendero agrio y desconocido, tornando luego á tomar el camino de Barcelona. Salió de Vallgorguina á incomodarle el coronel Milans, viéndose el general francés obligado á retardar su marcha á causa de las cortaduras practicadas en el desfiladero de treinta pasos. Mas vencidos los obstáculos acampó ya por la noche su ejército al raso á una legua del que mandaba Vives, quien pasando el Cardedeu se habia colocado en ventajoso puesto entre Llinas y Villalba. La situacion de los franceses, á pesar de las faltas que cometieron los nuestros, no dejaba de ser crítica. Por su frente tenian á Vives, flanqueábalos Milans á

su izquierda, y detras los seguian Clarós y Lazan. Estaban privados de artillería, escaseábanles los víveres, solamente les quedaban municiones para una hora, y eran sus tropas un conjunto de soldados nuevos de varias naciones. Si Vives hubiera sabido aprovecharse de tales ventajas, quizá se hubiera repetido aqui la jornada de Bailen, y calificádose de intempestivo y temerario el movimiento del general Saint-Cyr, que por su buen éxito mereció el nombre de atrevido y sabio.

Batalla de Llinas ó Cardedeu.

Amaneció el 16 de diciembre, y el general español aguardaba á sus contrarios colocado en la loma que se levanta despues de Cardedeu y Villalba, y termina en la Riera de la Roca. En lo mas elevado de ella y á la derecha del camino real situó cinco piezas, dejando dos á la izquierda. Formó su columna en batalla, y desplegó sobre la derecha que mandaba Reding, ocupando el costado opuesto de la línea el somaten de Vique. Como el objeto del general francés era pasar á toda costa, decidió combatir en una sola columna que rompiese por medio de los españoles. Comenzó el ataque la division de Pino con órden expresa de no desviarse de lo resuelto por el general en gefe, pero en contravencion á ello habiendo una de sus brigadas desplegado sobre la izquierda, hubo de comprometer á los franceses en una refriega que hubiera sido su perdicion á haberse prolongado. El peligro fue para ellos grande durante algun tiempo. La brigada que habia desplegado no solo fue rechazada, mas tambien ahuyentada, y destrozado uno de sus regimientos por el de Hú-

*

sares españoles, á cuyo frente estaba el coronel Ibarrola, quedando prisioneros 2 gefes, 15 oficiales y unos 200 soldados. Acudió pronto y oportunamente al remedio el general Saint-Cyr.

De un lado hizo que la division Souhan contuviese la brigada puesta en desórden, al mismo tiempo que de otro amenazaba la izquierda española, que era la parte mas flaca y desguarnecida, disponiendo igualmente que el general Pino con la 2.ª brigada prosiguiese el ataque en columna, y rompiese nuestra línea. Ejecutada la operacion á un tiempo y en buena sazon, se cambió la suerte de las armas, y el ejército español fue envuelto y puesto en derrota. Perdiéronse cinco de los siete cañones que habia, salvándose los dos por la actividad y presencia de ánimo del teniente Ulzurrum. Nuestra pérdida fue de 500 muertos y de 1000 entre heridos y prisioneros. Mayor la de los franceses, por el daño que al principio experimentaron de la artillería española. Salvóse el general Vives á pie y por sendas extraviadas, y el general Reding ayudado de la velocidad de su caballo pudo juntarse á una columna de infantería y caballería que con el mayor órden se retiró por el camino de Granollers á San Culgat. Allí tomó el mando interinamente dicho general, y se acogió á la derecha del Llobregat, á donde se transfirió el conde del Caldagués, quien aunque salvó la artillería y municiones, tuvo por la priesa que abandonar los inmensos acopios almacenados en Sarriá, los cuales sirvieron de mucho al enemigo. El marqués de Lazan que no tomó parte en la batalla, retrocedió despues á Gero-

Son derrotados los españoles.

Se retiran al Llobregat.

na, y el coronel Milans se mantuvo en Arenys algunos dias sin ser molestado.

Graves y desgraciadas fueron las resultas de la accion de Llinas ó Cardedeu, no tanto por la pérdida de una parte del ejército y por el socorro que introdujeron los franceses en Barcelona, cuanto por el desánimo que causó en los españoles, y los alientos que comunicó á los bisoños y mal seguros soldados del enemigo.

Llegó el general Saint-Cyr el 17 delante de Barcelona. No reinaba entre él y el general Duhesme el mejor acuerdo, mostrándose este descontento con recibir un gefe superior, y al que luego se dirigieron quejas y reclamaciones. Por entonces ansioso Saint-Cyr de perseguir á los españoles no tomó acerca de ellas providencia, y el 20 despues de haber dado á sus tropas dos dias de descanso, salió para el Llobregat y se situó en la márgen izquierda, reforzado su ejército con cinco batallones de la division del general Chabran.

Llega Saint-Cyr á Barcelona.

Avanza al Llobregat.

Al otro lado habian reunido los españoles el suyo que con la derrota del 16 y dispersion que ella causó en todas las tropas no ascendia arriba de 10,000 infantes y 900 caballos con artillería numerosa. Alli llegó el general Vives que se habia embarcado en Mataró, y que despues de aprobar las medidas tomadas en su ausencia pasó á Villafranca para obrar en union con la junta del principado.

Situacion de los españoles.

Luego que se alejó asomaron los franceses, é indeciso Don Teodoro Reding de si se retiraria ó no, consultó al general en gefe que tardó en contestar, haciéndolo al fin de un modo am-

bíguo, lo cual decidió al primero á sostenerse en su puesto. El ejército español estaba atrincherado en la márgen derecha del Llobregat, en las colinas en que rematan las alturas de Ordal, extendiéndose desde San Vicente hasta Pallejá. Mandaba la derecha el brigadier D. Gaspar Gomez de la Serna, la izquierda el mariscal de Campo Cuadrado, manteniéndose Reding juntamente con Caldagués en uno de los reductos que habian levantado en el camino real de Valencia.

Batalla de Molins de Rey.

El enemigo al alborear del 21 empezó su ataque. Apostóse el general Chabran en Molins de Rey, que estaba á la derecha de los franceses, y de donde la batalla tomó el nombre; vadeando la division del general Pino el Llobregat por San Feliú, al tiempo que Souham con su tropa le cruzaba por San Juan del Pí. Habian en un principio creido los españoles que su izquierda seria la primera atacada, mas cerciorados de lo contrario mejoraron su posicion, haciendo los peones acertado fuego. El desaliento no obstante era grande desde la accion de Llinas, y no habia corrido suficiente tiempo para que se borrase en la mente del soldado tan funesta impresion. Envolvieron los enemigos la derecha española; arrojáronla sobre el centro, y cayendo unos y otros sobre la izquierda, ya no hubo sino desconcierto, acorralados los nuestros contra el puente de Molins de Rey. A las diez de la mañana llegó Vives solamente para presenciar la destruccion de los suyos. El ejército español estuvo muy expuesto á ser del todo cogido por los franceses, á no haberse los soldados desbandado

y tirado cada uno por donde encontró salida. Fue considerable nuestra pérdida, principalmente de gefes: el brigadier la Serna murió en Tarragona de las cuchilladas recibidas; el de Caldagués cayó prisionero y lo mismo varios coroneles. Quedó en poder de los contrarios toda la artillería.

Derrota de los españoles y tristes resultas.

Por loable que fuera el deseo que animaba al general Reding, con razon debió tacharse de extrema imprudencia el aventurar una accion con un ejército que ademas de novel, acababa pocos dias antes de ser deshecho y en parte disperso. Asi fue que el general Saint-Cyr maniobrando con sumo arte, sin grande esfuerzo desbarató completamente nuestras filas atropellándose unos soldados sobre otros. Aciagas y de trascendencia fueron las resultas. Perdiéronse las armas que arrojaron los infantes, se abandonaron los cuantiosos almacenes que habia en el Llobregat, en Villafranca de Panadés y en Villanueva de Sitjes, y en fin, deshízose enteramente el ejército. Cataluña quedó cási toda ella á merced del vencedor, que no solo forzó el paso del Bruch para él tan ominoso, sino que tambien derramó por todas partes el espanto y la desolacion.

Embarazosa tambien la situacion de Saint-Cyr.

Admiró á algunos que el general Saint-Cyr permaneciese ocioso, alcanzadas tales ventajas, y atribuíanlo á la condicion perezosa de que le tachaban. Pero otros motivos obraron en su mente para proceder con lentitud y circunspeccion. Habia en su ejército á pesar de los acopios cogidos mucha escasez por la necesidad de abastecer á Barcelona; el pais que le rodeaba estaba

ya agotado, la comunicacion con Francia no fácil, y los obstáculos mayores cada dia por el pronto retoño de la guerra de somatenes, contra cuyos continuos y desparramados esfuerzos se estrellaba la pericia de los generales franceses.

Aconteci-mientos de Tarragona.

Era por cierto situacion esta embarazosa para ellos, y de grande ayuda para los españoles, cuyos dispersos se iban allegando á Tarragona. En sus muros alborotóse el pueblo, y amenazó de muerte al general Vives, quien para preservarse de una catástrofe cási inevitable, rotos los vínculos de la subordinacion, dejó el mando, que recayó en Don Teodoro Reding, grato á la opinion popular. Poco á poco recobró la autoridad su fuerza, la junta se trasladó á Tortosa, y el nuevo general con actividad y zelo empezó á arreglar el ejército, á la sazon descompuesto é insubordinado. Todo anunciaba mejora, mas todo se malogró, como veremos despues por la fatal manía de dar batallas, y tambien por el laudable deseo de socorrer á Zaragoza.

Sucede Reding á Vives.

Segundo sitio de Zaragoza.

Esta ciudad, si bien ilustró su nombre en el primer sitio, ahora le engrandeció en el segundo, perpetuándole con nuevas proezas y con su imperturbable constancia, en medio de padecimientos y angustias. Situada no léjos de la frontera de Francia temióse contra ella ya en setiembre un nuevo y mas terrible acometimiento. Palafox como general advertido aprestóse á repelerle, fortificando con esmero y en cuanto se podia poblacion tan extensa y descubierta. Encargó la direccion de las obras á Don Antonio San Genis, ya célebre por lo que trabajó en el primer sitio. El tiempo y los medios no per-

Preparativos de defensa.

mitian convertir á Zaragoza en plaza respetable. Hubo varios planes para fortalecerla: adoptóse como mas fácil el de una fortificacion provisional, aprovechándose de los edificios que habia en su recinto. Por la márgen derecha del Ebro se recompuso y mejoró el castillo de la Aljafería, estableciendo comunicacion con el Portillo por medio de una doble caponera, y asegurando bastantemente la defensa hasta la puerta de Sancho. Del otro lado del castillo hasta el puente de Huerva se habian fortificado los conventos intermedios, se habia levantado un terraplen revestido de piedra, abierto en partes un foso y construido en el mismo puente un reducto que se denominó del Pilar. De alli un atrincheramiento doble se extendia al monasterio de Santa Engracia, cuyas ruinas se habian grandemente fortalecido. En seguida y hasta el Ebro defendian la ciudad varias obras y baterías, no habiéndose descuidado fortificar el convento de San José, que situado á la derecha de Huerva descubria los ataques del enemigo, y protegía las salidas de los sitiados. En el monte Torrero solo se levantó un atrincheramiento, no creyendo el puesto susceptible de larga resistencia. Por la ribera izquierda del Ebro se resguardó el arrabal con reductos y flechas, rebestidos de ladrillo ó adove, haciendo ademas cortaduras en las calles y aspillerando las casas. Otro tanto se practicó en la ciudad, tapiando los pisos bajos, atronerando los otros y abriendo comunicaciones por las paredes medianeras. Las quintas y edificios, los jardines y los árboles que en derredor del recinto quedaban aun en pie des-

pues de los destrozos del primer sitio, se arrasaron para despejar los contornos. Todos los moradores á porfía y con afanado ahinco coadyuvaron á la pronta conclusion de los trabajos emprendidos.

La artillería no era en general de grueso calibre. Habia unas 60 piezas de á 16 y 24, sacadas por la mayor parte del canal en donde los franceses las habian arrojado: apenas se hizo uso de los morteros por falta de bombas. Se reservaban en los almacenes provisiones suficientes para alimentar 15,000 hombres durante seis meses; cada vecino tenia un acopio particular para su casa, y los conventos muchas y considerables vituallas. En un principio no se contaba para la defensa sino con 14 ó 15,000 hombres: aumentáronse hasta 28,000 con los dispersos de Tudela que se incorporaron á la guarnicion. Era segundo de Palafox Don Felipe Sain-March; mandaba la artillería el general Villalba, y los ingenieros el coronel San Genis. Componíase la caballería de 1400 hombres á las órdenes del general Butron.

Disposiciones de los franceses.

Los franceses despues de la batalla de Tudela tambien se preparaban por su parte á comenzar el sitio, reuniendo en Alagon las tropas y medios necesarios. El mariscal Moncey aguardaba allí con el tercer cuerpo la llegada del quinto que mandaba el mariscal Mortier, destinados ambos á aquel objeto, y ascendiendo sus fuerzas reunidas á 35,000 hombres, sin contar con seis compañías de artillería, ocho de zapadores y tres de minadores que se agregaron. Mandaba la primera el general Dedon, y los ingenieros el ge-

neral Lacoste. A todos y en gefe debia capitanear el mariscal Lannes, que por indisposicion se detuvo algunos dias en Tudela.

Presétanse delante de Zaragoza.

Unidos en Alagon el 19 de diciembre los mencionados tercero y quinto cuerpo, presentáronse el 20 delante de Zaragoza, uno por la ribera derecha del Ebro, otro por la izquierda. Antes de formalizar el sitio pensó el mariscal Moncey general en gefe por ausencia de Lannes, en apoderarse del monte Torrero, que resguardaba con 5000 hombres Don Felipe Saint-March. Para ello al amanecer del 21 coronaron sus tropas las alturas que dominan aquel sitio, al mismo tiempo que distrayendo la atencion por nuestra izquierda, se enseñorearon, por la derecha, del puente de la Muela y de la Casa-Blanca. Desde alli flanquearon la batería de Buena-Vista, en la que volándose un repuesto de granadas con una arrojada por los enemigos, causó desórden y obligó á los nuestros á abandonar el puesto. Entonces Saint-March descubierto por su derecha pegó fuego en Torrero al puente de América, y se replegó al reducto del Pilar, en donde repelidos los enemigos tuvieron que hacer alto. De mal pronóstico era para la defensa de Zaragoza la pérdida de Torrero: en el anterior sitio igual hecho habia costado la vida al oficial Falcó: en el actual avínole bien á Saint-March para no ser perseguido la particular proteccion de Palafox.

El mariscal Moncey se apodera del monte Torrero.

Son rechazados los franceses en el Arrabal.

Compensóse en algo este golpe con lo acaecido en el Arrabal el mismo dia. Queriendo tomarle el general Gazan empezó por acometer á los suizos del ejército español que estaban en el camino de Villamayor: superior en número los

obligó á retirarse á la torre del Arzobispo, en donde si bien se defendieron con el mayor valor, dándoles ejemplo su gefe Don Adriano Walker, quedaron alli los mas muertos ó prisioneros. Animados los franceses embistieron tres de las baterías del arrabal, en cuyo parage mandaba Don José Manso. Durante cinco horas persistieron en sus acometidas. Infructuosamente llegaron algunos hasta el pie de los cañones del Rastro y el Tejar. El coronel de artillería Don Manuel Velasco que dirigía los fuegos, cubrióse aquel dia de gloria por su acierto y bizarra serenidad. Mucho igualmente influyó con su presencia Don José de Palafox, que acudia adonde mayor peligro amagaba. El éxito fue muy feliz para los españoles, y el haber sido rechazado el enemigo, asi en este como en otros puntos, comunicó aliento á los aragoneses, y convenció al francés que tampoco en esta ocasion seria ganada de rebate la ciudad de Zaragoza. Por eso recurrió igualmente el mariscal Moncey á la via de la negociacion; mas Palafox desechó su propuesta con ánimo levantado y arrogante.*

Intimacion á la plaza.

(* Ap. n. 4.)

Bloqueo y ataques que preparan los franceses.

Los franceses trataron entonces de establecer un riguroso bloqueo. Del lado del arrabal el general Gazan inundó el terreno para impedir las salidas de los sitiados, los cuales el 25 al mando de Don Juan Oneille desalojaron á los enemigos del soto de Mezquita, obligándolos á retirarse hasta las alturas de San Gregorio. Por la derecha del rio propuso el general Lacoste tres ataques, uno contra la Aljafería, y los otros dos contra el puente de Huerva y convento de San José, punto que miraban los enemigos como mas

flaco por no haber detrás en el recinto de la plaza muro terraplenado. Empezaron á abrir la trinchera en la noche del 29 al 30 de diciembre.

Notando los españoles que avanzaban los trabajos de los sitiadores, se dispusieron el 31 á hacer una salida mandada por el brigadier Don Fernando Gomez de Butron. Fingióse un ataque en todo lo largo de la línea, enderezándose nuestra gente á acometer la izquierda enemiga. Mas advertido Butron de que por la llanura que se extiende delante de la puerta de Sancho se adelantaba una columna francesa, prontamente revolvió sobre ella, y dándole una carga con la caballería la arrolló y cogió 200 prisioneros. Palafox para estimular á la demas tropa, y borrar la funesta impresion que pudieran causar las tristes noticias del resto de España, recompensó á los soldados de Butron con el distintivo de una cruz encarnada. Salida del general Butron.

El 1.° de enero reemplazó en el mando en gefe al mariscal Moncey el general Junot duque de Abrantes. En aquel dia los sitiadores para adelantarse salieron de las paralelas de derecha y centro, perdiendo mucha gente, y el mariscal Mortier, disgustado del nombramiento de Junot, partió para Calatayud con la division del general Suchet, lo cual disminuyó momentáneamente las fuerzas de los franceses. Reemplaza Junot á Moncey. Sale Mortier para Calatayud.

Estos habiendo establecido el 9 ocho baterías, empezaron en la mañana del 10 el bombardeo, y á batir en brecha el reducto del Pilar y el convento de San José, que aunque bien defendido por Don Mariano Renovales, no podia resistir largo tiempo. Era edificio antiguo, con Empieza el bombardeo. Ataques contra San José y reducto del Pilar.

paredes de poco espesor, y que desplomándose, en vez de cubrir dañaban con su caida á los defensores. Hiciéronse sin embargo notables esfuerzos, sobresaliendo en bizarría una muger llamada Manuela Sancho, de edad de veinticuatro años, natural de Plenas en la serranía. El 11 dieron los franceses el asalto, teniendo que emplear en su toma las mismas precauciones que para una obra de primer órden.

Manuela Sancho.

Alojados en aquel convento fueron dueños de la hondonada de Huerva, pero no podian avanzar al recinto de la plaza sin enseñorearse del reducto del Pilar, cuyos fuegos los incomodaban por su izquierda. El 11 tambien este punto habia sido atacado con empeño, sin que los franceses alcanzasen su objeto. Mandaba Don Domingo La Ripa, y se señaló con sus acertadas providencias, asi como el oficial de ingenieros Don Marcos Simonó, y el comandante de la batería Don Francisco Betbezé. Por la noche hicieron los nuestros una salida que difundió el terror en el campo enemigo, hasta que su ejército vuelto en sí y puesto sobre las armas obligó á la retirada. Arrasado el 15 el reducto, quedando solo escombros y muertos los mas de los oficiales que le defendian, fue abandonado entre ocho y nueve de la noche, volando al mismo tiempo el puente de Huerva, en que se apoyaba su gola.

Entre este y el Ebro del lado de San José no restaba ya á Zaragoza otra defensa sino su débil recinto y las paredes de sus casas; pero habitadas estas por hombres resueltos á pelear de muerte, alli empezó la resistencia mas vigorosa, mas tenaz y sangrienta.

Resolucion de los moradores.

De la determinacion de defender las casas nació la necesidad de abandonarlas, y de que se agolpase parte de la poblacion á los barrios mas lejanos del ataque, con lo cual crecieron en ellos los apuros y angustias. El bombardeo era espantoso desde el 10, y para guarecerse de él, amontonándose las familias en los sótanos, inficionaban el aire con el aliento de tantos, con la falta de ventilacion, y el continuado arder de luces y leña. De ello provinieron enfermedades que á poco se transformaron en horroroso contagio. Contribuyeron á su propagacion los malos y no renovados alimentos, la zozobra, el temor, la no interrumpida agitacion, las dolorosas nuevas de la muerte del padre, del esposo, del amigo; trabajos que á cada paso martillaban el corazon. Enfermedades y contagio.

Los franceses continuaron sus obras concluyendo el 21 la tercera paralela de la derecha, y entonces fijaron el emplazamiento de contrabaterías y baterías de brecha del recinto de la plaza. Procuraban los españoles por su parte molestar al enemigo con salidas, y ejecutando acciones arrojadas, largas de referir.

No solo padecian los franceses con el daño que de dentro de Zaragoza se les hacia, sino que tambien andaban alterados con el temor de que de fuera los atacasen cuadrillas numerosas: y se confirmaron en ello con lo acaecido en Alcañiz. Por aquella parte y camino de Tortosa habian destacado para acopiar víveres al general Vathier con 600 caballos y 1200 infantes. En su ruta fue este molestado por los paisanos y algunos soldados sueltos, en términos que deseoso de destruirlos los acosó hasta Alcañiz, en cuyas ca- Temores de los franceses. Gente que perdieron en Alcañiz.

lles los perseguidos y los moradores defendiéronse con tal denuedo que para enseñorearse de la poblacion perdieron los franceses mas de 400 hombres.

Acrecentóse su desasosiego con las voces esparcidas de que el marqués de Lazan y Don Francisco Palafox venian al socorro de Zaragoza; voces entonces falsas, pues Lazan estaba léjos en Cataluña, y su hermano Don Francisco, si bien habia pasado á Cuenca á implorar la ayuda del duque del Infantado, no le fue á este lícito condescender con lo que pedia. Daba ocasion al engaño una corta division de 4 á 5000 hombres que Don Felipe Perena, saliendo de Zaragoza, reunió fuera de sus muros, y la cual ocupando á Villafranca, Leciñena y Zuera, recorria la comarca.

Por escasas que fuesen semejantes fuerzas instaba á los franceses destruirlas: cuando no, podian servir de nucleo á la organizacion de otras mayores. Favoreció á su intento la llegada el 22 de enero del mariscal Lannes. Restablecido de su indisposicion acudia este á tomar el mando supremo del tercero y quinto cuerpo, que mandados separadamente por gefes entre sí desavenidos, no concurrian á la formacion del sitio con la debida union y celeridad. Puesto ahora el poder en una sola mano notáronse luego sus efectos. Por de pronto ordenó Lannes al mariscal Mortier que de Calatayud volviese con la division del general Suchet, y que con ella y el apoyo de la de Gazan que bloqueaba el arrabal, marchase al encuentro de la gente de Perena, que los franceses creian ser Don Francisco de

Llegada del mariscal Lannes.

Llama á Mortier.

Palafox. Aquel oficial dejando hácia Zuera alguna fuerza, replegóse con el resto desde Perdiguera, donde estaba, á nuestra Señora de Magallon. Gente la suya nueva y allegadiza ahuyentáronla facilmente los franceses de las cercanías de Zaragoza, y pudieron continuar el sitio sin molestia ni diversion de afuera.

Dispersa este á Perena.

Redoblando pues su furia contra la ciudad abrieron espaciosa brecha en su recinto, y ya no les quedaba sino pasar el Huerva para intentar el asalto. Construyeron dos puentes, y en la orilla izquierda dos plazas de armas donde se reuniese la gente necesaria al efecto. Los nuestros, sin dejar de defender algunos puntos aislados que les quedaban fuera, perfeccionaban tambien sus atrincheramientos interiores.

Asalto de los franceses al recinto de la ciudad.

El 27 determinaron los enemigos dar el asalto. Dos brechas practicables se les ofrecian, una enfrente del convento de San José, y otra mas á la derecha cerca de un molino de aceite que ocupaban. En el ataque del centro habian tambien abierto una brecha en el convento de Santa Engracia, y por ella y las otras dos corrieron al asalto en aquel dia á las doce de la mañana. La campana de la torre nueva avisó á los sitiados del peligro. Todos á su tañido se atropellaron á las brechas. Por la del molino embistieron los franceses, y se encaramaron sin que los detuvieran dos hornillos á que se prendió fuego; mas un atrincheramiento interior y una granizada de balas, metralla y granadas, los forzaron á retirarse, limitándose á coronar con dificultad lo alto de la brecha por medio de un alojamiento. Enfrente de San José, rechazados repetidas

veces, consiguieron al fin meterse desde la brecha en una casa contigua, y hubieran pasado adelante á no haberlos contenido la intrepidez de los sitiados. El ataque contra Santa Engracia, si bien al principio ventajoso al enemigo, salióle despues mas caro que los otros. Tomaron en efecto sus soldados aquel monasterio, enseñoreáronse del convento inmediato de las descalzas, y enfilando desde él la larga cortina que iba de Santa Engracia al puente de Huerva obligaron á los españoles á abandonarla. Alentados los franceses con la victoria se extendieron hasta la puerta del Carmen, y llevados de igual ardor los que de ellos guardaban la paralela del centro, acometieron por la izquierda, se hicieron dueños del convento de trinitarios descalzos, y ya avanzaban á la Misericordia cuando se vieron abrasados con el fuego de dos cañones, y el daño que recibian de calles y casas. Los nuestros persiguiéndolos hicieron una salida, y hasta se metieron en el convento de trinitarios, que fuera otra vez suyo sin el pronto socorro que trajo á los contrarios el general Morlot. Murieron de los franceses 800 hombres, en cuyo número se contaron varios oficiales de ingenieros.

Muerte de San Genis.

Pero de esta clase tuvieron los españoles que llorar al siguiente dia la dolorosa pérdida del comandante Don Antonio San Genis, que fue muerto en la batería llamada Palafox al tiempo que desde ella observaba los movimientos del enemigo. Tenia cuarenta y tres años de edad, y amábanle todos por ser oficial valiente, experimentado y entendido. Y aunque de condicion afable, era tal su entereza que desde el primer

sitio habia dicho, «no se me llame á consejo si »se trata de capitular, porque nunca será mi opi»nion que no podamos defendernos."

Estragos de bombardeo y epidemia.

El bombardeo mientras tanto continuaba sus estragos, siendo mayores los de la epidemia, de que ya morian 350 personas por dia, y los hubo en que fallecieron 500. Faltaban los medicamentos, estaban henchidos de enfermos los hospitales, costaba una gallina cinco pesos fuertes, careciase de carne y de cási toda legumbre. Ni habia tiempo ni espacio para sepultar los muertos, cuyos cadáveres hacinados delante de las iglesias, esparcidos á veces y desgarrados por las bombas, ofrecian á la vista espantoso y lamentable espectáculo. Confiado el mariscal Lannes de que en tal aprieto se darian á partido los españoles, sobre todo si eran noticiosos de lo que en otras partes ocurria, envió un parlamento comunicando los desastres de nuestros ejércitos y la retirada de los ingleses. Mas en balde: los zaragozanos nada escucharon; en vez de amilanarse crecia su valor al par de los apuros. Su caudillo, firme como ellos, repetia: «de»fenderé hasta la última tapia."

Intimacion de Launes.

Dicho de palafox.

Los franceses entonces yendo adelante en sus embestidas, inútilmente quisieron el 28 y 29 apoderarse por su derecha de los conventos de San Agustin y Santa Mónica. Tampoco pudieron vencer el obstáculo de una casa intermedia que les quedaba para penetrar en la calle de la Puerta quemada. Lo mismo les sucedió con una manzana contigua á Santa Engracia, empezando entonces á disputarse con encarnizamiento la posesion de cada casa, y de cada piso, y de cada cuarto.

Resistencia en casas y edificios.

Minas de los franceses.

Siendo muy mortífero para los franceses este desconocido linage de defensa, resolvieron no acometer á pecho descubierto, y emprendieron por medio de minas una guerra terrible y escondida. Aunque en ella les daban su saber y recursos grandes ventajas, no por eso se abatieron los sitiados; y sosteniéndose entre las ruinas y derribos que causaban las minas enemigas, no solo procuraban conservar aquellos escombros, sino que tambien querian recuperar los perdidos. Intentáronlo aunque en vano con el convento de Trinitarios descalzos. La lid fue porfiada y sangrienta; quedó herido el general francés Rostoland y muertos muchos de sus oficiales. Nuestros paisanos y soldados abalanzábanse al peligro como fieras. Y sacerdotes piadosos y atrevidos no cesaban de animarlos con sus lenguas y dar consuelos religiosos á los que caian heridos de muerte, siendo á veces ellos mismos víctima de su fervor. Augusto entonces y grandioso ministerio, que al paso que desempeñaba sus propias y sagradas obligaciones, cumplia tambien con las que en tales casos y sin excepcion exige la patria de sus hijos.

Patriotismo y fervor de algunos eclesiásticos.

A fuerza de empeño y trabajos, y valiéndodose siempre de sus minas, se apoderaron los franceses el 1.° de febrero de San Agustin y Santa Mónica, y esperaron penetrar hasta el Coso por la calle de la Puerta quemada; empresa la última que se les malogró con pérdida de 200 hombres. Dolorosa fue tambien para ellos la toma en aquel dia de algunas casas en la calle de Santa Engracia, cayendo atravesado de una bala por las sienes el general Lacoste, cé-

Muerte del general Lacoste.

lebre ya en otros nombrados sitios. Sucedióle Mr. Rogniat, herido igualmente en el siguiente dia.

Aunque despacio, y por decirlo asi, á palmos, avanzaba el enemigo por los tres puntos principales de su ataque que acabamos de mencionar. Mas como le costaba tanta sangre, excitáronse murmuraciones y quejas en su ejército, las cuales estimularon al mariscal Lannes á avivar la conclusion de tan fatal sitio, acometiendo el arrabal.

Murmuraciones del ejército francés.

Seguia en aquella parte el general Gazan, habiéndose limitado hasta entonces á conservar riguroso bloqueo. Ahora segun lo dispuesto por Lannes, emprendió los trabajos de sitio. El 7 de febrero embistieron ya sus soldados el convento de franciscanos de Jesus á la derecha del camino de Barcelona. Tomáronle despues de tres horas de fuego, arrojando de dentro á 200 hombres que le guarnecian; y no pudiendo ir mas adelante por la resistencia que los nuestros les opusieron, paráronse alli y se atrincheraron.

Embestida del arrabal.

Trató Lannes al mismo tiempo de que se diesen la mano con este ataque los de la ciudad, y puso su particular conato en que el de la derecha de San José se extendiese por la universidad y puerta del Sol hasta salir al pretil del rio. Tampoco descuidó el del centro, en donde los sitiados defendieron con tal tenacidad unas barracas que habia junto á las ruinas del hospital, que segun la expresion de uno de los gefes enemigos «era menester matarlos para vencer»los.” Alli el sitiador, ayudado de los sótanos del hospital, atravesó la calle de Santa Engracia

Los progresos del enemigo en la ciudad.

por medio de una galería, y con la explosion de un hornillo se hizo dueño del convento de San Francisco: hasta que subiendo por la noche al campanario el coronel español Fleury acompañado de paisanos, agujerearon juntos la bóveda y causaron tal daño á los franceses desde aquella altura, que huyeron estos recobrando despues á duras penas el terreno perdido.

Nuevas murmuraciones del ejército frances.

Los combates de todos lados eran contínuos, y aunque los sostenian por nuestra parte hombres flacos y macilentos, ensañábanse tanto, que creciendo las quejas del soldado enemigo, exclamaba: «que se aguardasen refuerzos, si no »se queria que aquellas malhadadas ruinas fue»sen su sepulcro."

Toma del arrabal.

Urgia pues á Lannes acabar sitio tan extraño y porfiado. El 18 de febrero volvió á seguirse el ataque del arrabal; y con horroroso fuego, al paso que de un lado se derribaban frágiles casas, flanqueábase del otro el puente del Ebro para estorbar todo socorro, pereciendo al querer intentarlo el baron de Versages. A las dos de la tarde abierta brecha, penetraron los franceses en el convento de mercenarios llamado de San Lázaro. Fundacion del rey don Jaime el Conquistador y edificio grandioso, fue defendido con el mayor valor; y en su escalera de construccion magnífica anduvo la lucha muy reñida: perecieron cási todos los que le guarnecian. Ocupado el convento por los franceses, quedó á los demas soldados del arrabal cortada la retirada. Imposible fue, excepto á unos cuantos, repasar el puente, siendo tan tremendo el fuego del enemigo que no parecia sino que á manera de las

del Janto, se habian incendiado las aguas del Ebro. En tamaño aprieto echaron los mas de los nuestros por la orilla del rio, capitaneándolos el comandante de Guardias españolas Manso; pero perseguidos por la caballería francesa, enfermos, fatigados y sin municiones, tuvieron que rendirse. Con el arrabal perdieron los españoles entre muertos, heridos y prisioneros 2000 hombres.

Dueños asi los franceses de la orilla izquierda del Ebro, colocaron en batería 50 piezas, con cuyo fuego empezaron á arruinar las casas situadas al otro lado en el pretil del rio. Ganaban tambien terreno dentro de la ciudad, extendiéndose por la derecha del Coso; y ocupado el convento de Trinitarios calzados se adelantaron á la calle del Sepulcro, procurando de este modo concertar diversos ataques. En tal estado, meditando dar un golpe decisivo, habian formado seis galerías de mina que atravesaban el Coso, y cargando cada uno de los hornillos con 3000 libras de pólvora, confiaban en que su explosion causando terrible espanto en los zaragozanos los obligaria á rendirse.

Furioso ataque que los franceses preparan.

No necesitaron los franceses acudir á medio tan violento. Menos eran de 4000 los hombres que en la ciudad podian sustentar las armas, 14,000 estaban postrados en cama, muchos convalecientes y los demas habian perecido al rigor de la epidemia y de la guerra. Desvanecíanse las esperanzas de socorro; y el mismo general Don José de Palafox, acometido de la enfermedad reinante, tuvo que transmitir sus facultades á una junta que se instaló en la noche del 18 al

Deplorable estado de la ciudad.

Enfermedad de Palafox.

19 de febrero. Componíase esta de 34 individuos, siendo su presidente Don Pedro María Ric regente de la audiencia. Rodeada de dificultades convocó la nueva autoridad á los principales gefes militares, quienes trazando un tristísimo cuadro de los medios que quedaban de defensa, inclinaron los ánimos á capitular. Discutióse no obstante largamente la materia; mas pasando á votacion, hubo de los vocales 26 que estuvieron por la rendicion, y solo ocho, entre ellos Ric, se mantuvieron firmes en la negativa. En virtud de la decision de la mayoría, envióse al cuartel general enemigo un parlamento, á nombre de Palafox, aceptando con alguna variacion las ofertas que el mariscal Lannes habia hecho dias antes; pero este por tardía desechó con indignacion la propuesta.

Propone la junta capitular.

La junta entonces pidió por sí misma suspension de hostilidades. Aceptó el mariscal francés con expresa condicion de que dentro de dos horas se le presentasen sus comisionados á tratar de la capitulacion. En el pueblo y entre los militares habia un partido numeroso que reciamente se oponia á ella, por lo cual hubo de usarse de precauciones.

Conferencia con Lannes.

Fue nombrado para ir al cuartel general francés Don Pedro María Ric con otros vocales. Recibiólos aquel mariscal con desdén y aun desprecio, censurando ágriamente y con irritacion la conducta de la ciudad, por no haber escuchado primero sus proposiciones. Amansado algun tanto con prudentes palabras de los comisionados, añadió Lannes, «respetaránse las mu»geres y los niños, con lo que queda el asunto

»concluido." «Ni aun empezado, replicó pron»tamente mas con serenidad y firmeza Don Pe»dro Ric, eso sería entregarnos sin condicion á »merced del enemigo, y en tal caso continuará »Zaragoza defendiéndose, pues aun tiene armas, »municiones, y sobre todo puños."

Capitulacion.

No queriendo sin duda el mariscal Lannes compeler á despecho ánimos tan altivos, reportóse aun mas, y comenzó á dictar la capitulacion. En vano se esforzó Don Pedro Ric por alterar alguna de sus cláusulas ó introducir otras nuevas. Fueron desatendidas las mas de sus reclamaciones. Sin embargo instando para que por un artículo expreso se permitiese á Don José de Palafox ir á donde tuviese por conveniente, replicó Lannes que nunca un individuo podia ser objeto de una capitulacion; pero añadió que empeñaba su palabra de honor de dejar á aquel general entera libertad, asi como á todo el que quisiese salir de Zaragoza. Estos pormenores, que es necesario no echar en olvido, han sido publicados en una relacion impresa por el mismo Don Pedro María Ric, de cuya boca tambien nosotros se los hemos oido repetidas veces, mereciendo su dicho entera fé, como de magistrado veraz y respetable.

Palabra que da Lannes.

Firma la junta la capitulacion.

La junta admitió y firmó el 20 la capitulacion, airándose Lannes de que pidiese nuevas aclaraciones; mas de nada sirvió ni aun lo estipulado. En aquella misma noche la soldadesca francesa saqueó y robó; y si bien pudieran atribuirse tales excesos á la dificultad de contener al soldado despues de tan penoso sitio, no admite igual excusa el quebrantamiento de otros

artículos, ni la falta de cumplimiento de la palabra empeñada de dejar ir libre á Don José de Palafox. Moribundo sacáronle de Zaragoza, á donde tuvieron que volverle por el estado de postracion en que se hallaba. Apenas restablecido lleváronle á Francia, y encerrado en Vincennes padeció hasta en 1814 durísimo cautiverio.

Quebrántase por los franceses horrorosamente.

Maltrato dado á Palafox.

Fueron aun mas allá los enemigos en sus demasías y crueldades. Despojaron á muchos prisioneros, mataron á otros y maltrataron á cási todos. Tres dias despues de la capitulacion á la una de la noche llamaron de un cuarto inmediato al de Palafox donde siempre dormia, á su antiguo maestro el padre Don Basilio Boggiero, y al salir se encontró con el alcalde mayor Solanilla, un capitan francés y un destacamento de granaderos que le sacaron fuera sin decirle á donde le llevaban. Tomaron al paso al capellan Don Santiago Sas que se habia distinguido en el segundo sitio tanto como en el anterior, despidieron á Solanilla, y solos los franceses marcharon con los dos presos al puente de Piedra. Alli matáronlos á bayonetazos, arrojando sus cadáveres al rio. Hirieron primero á Sas, y no se oyó de su boca como tampoco de la de Boggiero otra voz que la de animarse recíprocamente á muerte tan bárbara é impensada. Contólo asi despues y repetidas veces el capitan francés encargado de su ejecucion, añadiendo que el mariscal Lannes le habia ordenado los matase sin hacer ruido. ¡Atrocidad inaudita! A tal punto el vencedor atropelló en Zaragoza las leyes de la guerra y los derechos sagrados de la humanidad.

Muerte de prisioneros de Boggiero y Sas.

La capitulacion se publicó en la gaceta de Madrid de * 28 de febrero, nunca en los papeles franceses, sin duda para que se creyese que se habia entregado Zaragoza á merced del conquistador, y disculpar asi los excesos: como si con capitulacion ó sin ella pudieran permitirse muchos de los que se cometieron. (* Ap. n. 5.)

Fue nombrado el general Laval gobernador de Zaragoza. Hizo el 5 de marzo su entrada solemne Lannes, recibiéndole en la iglesia de nuestra Señora del Pilar el padre Santander obispo auxiliar, que ausente en los dos sitios volvió á Zaragoza á celebrar el triunfo de los enemigos de su patria. Del joyero de aquel templo se sacaron las mas preciosas alhajas, pasando á manos de los principales gefes franceses bajo el nombre de regalos que hacia la junta. * El mariscal Lannes permaneció en Zaragoza hasta el 14 de marzo que partió á Francia sucediéndole por entonces en el mando el general Junot duque de Abrantes.

Entrada de Lannes en Zaragoza.

P. Santander.

(* Véase ap. núm. 6.)

Junot sucede otra vez á Lannes.

Duró el sitio de Zaragoza 62 dias; y sin la epidemia, principal ayudadora de los franceses, muchos esfuerzos y tiempo hubieran todavía empleado estos en la conquista. Al capitular solo era suya una cuarta parte de la ciudad, el arrabal y 13 iglesias ó conventos, y sin embargo su posesion les habia costado tanto trabajo y la pérdida de mas de 8000 hombres. Murieron de los españoles en ambos sitios 53,873 * personas; el mayor número en el último y de la epidemia. Fueron destruidos con las bombas los mas de los edificios. La biblioteca de la universidad, formada con la antigua de los Jesuitas y enriqueci-

Pérdidas de unos y de otros.

(* Ap. n. 7.)

Ruinas de edificios y bibliotecas.

da con varias dádivas, entre ellas una del ilustre aragonés Don Ramon de Pignatelli, se voló con una mina. Pereció tambien al final del sitio la del convento de dominicos de San Ildefonso, fundada por el marqués de la Compuesta secretario de gracia y justicia de Felipe V, en la que habia, sin los impresos, mas de 2000 curiosos manuscritos. Tan destructora y enemiga de las letras es la guerra, aun hecha por naciones cultas.

Juicio sobre este sitio.

Muchos han dudado de si fue ó no conveniente defender á Zaragoza; desaprobando otros con mas razon el que se hubiesen encerrado tantas tropas en su recinto. Debiérase ciertamente haber acudido al remedio de semejante embarazo, sacando de allí las que se recogieron despues de la rota de Tudela ó cualesquiera otras: con tal que se hubiera limitado su número á los 14 ó 15,000 hombres que antes habia, y los cuales unidos al entusiasmado vecindario bastaban para escarmentar de nuevo al enemigo y detenerle largo tiempo delante de sus muros. Mas por lo que toca á la determinacion de defender la ciudad, nos parece que fue acertada y provechosa. Los laureles adquiridos en el primer sitio habian dado al nombre de Zaragoza tan mágico influjo, que su pronta y fácil entrega hubiera causado desmayo en toda la nacion. De otra parte su resistencia no solo impidió la ocupacion de algunas provincias, deteniendo el ímpetu de huestes formidables, sino que tambien aquellos mismos hombres que tan bravos é impávidos se mostraban guarecidos de las tapias y las casas, no hubieran inexpertos y en campo raso podi-

do sostenerse contra la práctica y disciplina de los franceses, mayormente cuando la impaciencia pública forzaba á aventurar imprudentes batallas.

Por varios y encontrados que en este punto hayan sido los dictámenes, nunca discordaron ni discordarán en calificar de gloriosísima y extraordinaria la defensa de Zaragoza. El general francés Rogniat, testigo de vista, nos dice con loable imparcialidad: * « La alteza de ánimo que »mostraron aquellos moradores, fue uno de los »mas admirables espectáculos que ofrecen los »anales de las naciones despues de los sitios de »Sagunto y Numancia." Fuélo en efecto tanto, que en 1814 citóse ya su ejemplo á los pueblos de Francia, como digno de imitarse, por aquel mismo Napoleon que antes hubiera querido borrarle de la memoria de los hombres.

(* Ap. n. 8.)

RESUMEN

DEL

LIBRO OCTAVO.

JOSE *en Madrid. — Felicitaciones. — Sus providencias. — Comisarios régios. — Tropa española. — Junta criminal. — Comisarios de hacienda. — Opinion acerca de José. — Junta central en Sevilla. — Declaracion unánime en favor de la causa peninsular de las provincias de América y Asia. — Auxilios que envian. — Decreto de la central sobre América de 22 de enero. — Nuevo reglamento para las juntas provinciales de España. — Tratado con Inglaterra de 9 de enero. — Subsidios de Inglaterra. — Tribunal de seguridad pública. — Centrales enviados á las provincias. — Marqués de Villel en Cádiz. — Los ingleses quieren ocupar la plaza. — Altercados que hubo en ello. — Alboroto en Cádiz. — Conducta extraña de Villel. — Riesgo que corre su*

persona.—Matan á Heredia.— Sosiégase el alboroto.—Ejércitos. —El de la Mancha.—Ataque de Mora. — Alburquerque y Cartaojal. —Pasa Alburquerque al ejército de Cuesta. — Avanza Cartaojal y se retira.—Accion de Ciudad Real.— Ejército de Extremadura. — Avanza á Almaraz.—Córtase el puente. —Pasan los franceses el Tajo. —Retiranse los nuestros. — Ventajas conseguidas por los españoles.— Unese Alburquerque á Cuesta.—Batalla de Medellin.— Sus resultas.—Determinacion de la central.—Venenegas sucede á Cartaojal.—Reflexiones.— Comision de Sotelo. — Respuesta de la central.— Cartas de Sebastiani á Jovellanos y otros. — Cartas de Sebastiani al señor Jovellanos.—Contestacion del señor Jovellanos.—Guerra de Austria. — Cataluña. — Alboroto de Lérida. — Reding en Tarragona.—Plan prudente de Marti.— Variase. — Situacion del ejército español. — Le atacan los franceses. — Entran en Igualada. — Movimientos de Saint-Cyr y Reding. — Batalla de Valls.—Entran los franceses en Reus.—Esperanzas de Saint-Cyr.—Salen vanas.—Guerra de somatenes. — Dificultad de las comunicaciones. — Retírase Saint-Cyr de las cercanías de Tarragona. —Pasa por Barcelona.— Estado de la ciudad. — Niéganse las autoridades civiles á prestar juramento.— Prenden á muchos y los llevan á Francia.—Pasa Saint-Cyr á Vique.—Muerte de Reding.—Sucede Coupigny.— Paisanos del Valles.—Principio de las partidas en todo el reino.—Decreto de la central.—Porlier. — Don Juan Echavarri. — El Empecinado. — Ciudad Rodrigo y Wilson.—Asturias.—

La junta. — Ballesteros. — Sus operaciones en Colombres. — Armamento de la provincia. — Worster. — Entran los asturianos en Ribadeo. — Y en Mondoñedo. — Sorprenden y dispersan los franceses á Worster. — Romana. — Su ejército. — Empieza el levantamiento de Galicia. — Mariscal Soult. — Trata de invadir á Portugal. — Inútil tentativa para atravesar el Miño. — Toma Soult hácia Orense. — Insurreccion. — Los abades de Couto y Valladares. — El paisanage molesta á los franceses en su marcha. — Soult y Romana. — Intimacion á este. — Es desbaratada la retaguardia española. — Ataca á Villafranca. — Se apodera de la guarnicion. — Llega Romana á Oviedo. — Altercado con la junta. — Invade Ney á Asturias. — Kellerman. — Romana se embarca en Gijon. — Saquean los franceses á Oviedo. — Sale Ney de Asturias. — Mahy amenaza á Lugo. — Desbarata al general Fournier. — Pone cerco á la ciudad. — Crece la insurreccion de Galicia. — Barrio. — Junta de Lobera. — Sitia á Vigo el abad de Valladares. — Limia. — Tenreiro y el portugués Almeida. — Morillo. — Gogo. — Ríndese Vigo á los españoles. — Bloqueo de Tuy. — Le alzan. — Y evacuan la ciudad los franceses. — Se crea y aumenta la division del Miño. — Mándala Don Martin de la Carrera. — Desbarata á los franceses en el campo de la Estrella. — Campaña de Soult en Portugal. — Entran los franceses en Chaves. — En Braga. — Asoman á Oporto. — Estado de la ciudad. — Entranla los franceses. — Gran matanza. — Conducta del mariscal Soult. — Pídenle sea rey. — Silveira recobra á Chaves. — Coronel

Trant.—Regencia de Portugal.—Cradock y los ingleses.—Beresford manda á los portugueses.—Refuérzase el ejército inglés.—Sir A. Wellesley nombrado general en gefe.—Sus providencias.—Avanza á Coimbra.—Situacion de los franceses.—Sociedad secreta de los filadelfos.—Plan de Welesley.—Se apoderan los ingleses de Oporto.—Apuros de Soult.—Pasa la frontera.—Llega á Lugo.—Levanta Mahy el cerco.—Encuéntrase con Romana en Mondoñedo.—Marcha atrevida de los españoles.—Descontento del soldado con Romana.—Ney y Soult en Lugo.—Conciértanse para destruir el ejército español.—Conde de Noroña 2.° comandante de Galicia.—Accion del puente de San Payo.—Soult trata de pasar á Castilla.—Paisanos del Sil.—Quema de varios pueblos.—Romana en Celanova.—Soult en la Puebla de Sanabria.—General Franceschi cogido por el Capuchino.—Situacion de Ney.—Mazarredo.—Bazan.—Evacua Ney á Galicia.—Entra Noroña en la Coruña.—Worster y Bárcena.—Ballesteros pasa á Castilla y á las montañas de Santander.—Ocupa á Santander.—Echanle los franceses y se embarca.—Intrepidez de Porlier.—Marcha admirable del batallon de la Princesa.—Romana en la Coruña.—Sus providencias y negligencia.—Sale á Castilla.—Nombra á Mahy para Asturias.—Nombra á Ballesteros para mandar 10,000 hombres.—Sucédele despues en el mando del ejército el duque del Parque.—Fin de este libro.—Parangon de la guerra de Austria y España.—Prevision notable de Pitt.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

de España.

LIBRO OCTAVO.

HABIENDO la suerte favorecido tan poderosamente las armas francesas, pareció á muchos estar ya afianzada la corona de España en las sienes de José Bonaparte. Aumentóse asi el número de sus parciales, y ora por este motivo, y ora sobre todo por exigirlo el conquistador, acudieron sucesivamente á la corte á felicitar al nuevo rey diputaciones de los ayuntamientos y cuerpos de los pueblos sojuzgados. Esmeráronse algunas en sus cumplidos, y no quedaron en zaga las que representaban á los cabildos eclesiásticos y á los regulares, con la esperanza sin

José en Madrid.

duda estos de parar el golpe que los amagaba. Mostráronse igualmente adictos varios obispos, y en tanto grado que dió contra ellos un decreto la junta central *, coligiéndose de ahi que si bien la mayoría del clero español como la de la nacion estuvo por la causa de la independencia, no fue exclusivamente aquella clase ni el fanatismo, segun queda ya apuntado, la que le dió impulso, sino la justa indignacion general. Corrobórase esta opinion al ver que entre los eclesiásticos que abrazaron el partido de José, contáronse muchos de los que pasaban plaza de ignorantes y preocupados. Tan cierto es que en las convulsiones políticas el acaso, el error, el miedo colocan como á ciegas en una y otra parcialidad á varios de los que siguen sus opuestas banderas: motivos que reclaman al final desenlace recíproca indulgencia.

Felicitaciones.

(* Ap. n. 1.)

Sus providencias.

José luego que entró en Madrid en vano procuró tomar providencias que volviendo la paz y órden al reino, cautivasen el ánimo de sus nuevos súbditos. Ni tenia para ello medios bastantes, ni era fácil que el pueblo español lastimado hasta en lo mas hondo de su corazon, escuchase una voz que á su entender era fingida y engañosa. Desgraciada por lo menos fue y de mal sonido la primera que resonó en los templos, y que se transmitió por medio de una circular fecha en 24 de enero. Ordenábase en su contenido con promesa de la futura evacuacion de los franceses cantar en todos los pueblos un Te Deum en accion de gracias por las victorias que habia en la peninsula alcanzado

Napoleon, que era como obligar á los españoles á celebrar sus propias desdichas.

Al mismo tiempo salieron para las provincias con el título de comisarios régios sugetos de cuenta á restablecer el órden y las autoridades, predicar la obediencia y representar en todo y extraordinariamente la persona del monarca. Hubo de estos quienes trataron de disminuir los males que agoviaban á los pueblos; hubo otros que los acrecentaron desempeñando su encargo en provecho suyo y con acrimonia y pasion. Su influjo no obstante era cási siempre limitado, teniendo que someterse á la voluntad varia y antojadiza de los generales franceses. Comisarios régios.

Solo en Madrid se guardaba mayor obediencia al gobierno de José, y solo con los recursos de la capital y sobre todo con los derechos cobrados á la entrada de puertas podia aquel contar para subvenir á los gastos públicos. Estos en verdad no eran grandes, ciñéndose á los del gobierno supremo, pues ni corria de su cuenta el pago del ejército francés, ni tenia aun tropa ni marina española que aumentasen los presupuestos del estado. Sin embargo fue uno de sus primeros deseos formar regimientos españoles. La derrota de Uclés y las que la siguieron, proporcionaron á las banderas de José algunos oficiales y soldados. Pero los madrileños miraban á estos individuos con tal ojeriza y desvio, tiznándolos con el apellido de jurados, que no pudo al principio el gobierno intruso enregimentar ni un cuerpo completo de españoles. Apenas se veia el soldado vestido y Tropa española.

calzado y repuesto de sus fatigas, pasaba del lado de los patriotas, y no parecia sino que se habia separado temporalmente de sus filas para recobrar fuerzas, y empuñar armas que le volviesen la estimacion perdida. Por eso ya en enero dieron en Madrid un decreto riguroso contra los ganchos y seductores de soldados y paisanos que de nada sirvió, empeñando este género de medidas en actos arbitrarios y de cada vez mas odiosos cuando la opinion se muestra contraria y universal.

Junta criminal.

Asi fue que en 16 de febrero creó el gobierno de José una junta criminal extraordinaria compuesta de cinco alcaldes de corte, la cual entendiendo en las causas de asesinos y ladrones, debia tambien juzgar á los patriotas. En el decreto * de su creacion confundíanse estos bajo el nombre de revoltosos, sediciosos y esparcidores de malas nuevas, y no solo se les imponia á todos la misma pena, sino tambien á los que usasen de puñal ó rejon. Espantosa desigualdad, mayormente si se considera que la pena impuesta era la de horca, la cual segun la expresion del decreto *habia de ser ejecutada irremisiblemente y sin apelacion.* Y como si tan destemplado rigor no bastase, añadíase en su contexto que aquellos á quienes no se probase del todo su delito, quedarian á disposicion del ministro de policía general para enviarlos á los tribunales ordinarios, y ser castigados con penas extraordinarias, conforme á la calidad de los casos y de las personas. Muchos perjuicios se siguieron de estas determinaciones: varias fueron las víctimas, teniendo que llorar entre ellas á un

(* Ap. n. 2.)

abogado respetable de nombre Escalera, cuyo delito se reducia á haber recibido cartas de un hijo suyo que militaba del lado de los patriotas. Su infausta suerte esparció en Madrid profunda consternacion. Don Pablo Arribas, hombre de algunas letras, despierto, pero duro é inflexible, y que siendo ministro de policía promovia con ahinco semejantes causas, fue tachado de cruel y en extremo aborrecido, como varios de los jueces del tribunal criminal extraordinario: suerte que cabrá siempre á los que no obren muy moderadamente en el castigo de los delitos políticos, que por lo general solo se consideran tales en medio de la irritacion de los ánimos, soliendo luego absolverlos la fortuna.

A las medidas de severidad del gobierno de José acompañaron ó siguieron algunas benéficas que sucesivamente iremos notando. Su establecimiento sin embargo fue lento ó nunca tuvo otro efecto que el de estamparse en la coleccion de sus decretos. Inutilmente se mandó en 24 de abril que no se impusieran contribuciones extraordinarias en las provincias sometidas, nombrando comisarios de hacienda que lo evitasen y diesen principio á arreglar debidamente aquel ramo. El continuo paso y mudanza de tropas francesas, la necesidad y la codicia y malversacion de ciertos empleados impedian el cumplimiento de bien ordenadas providencias, y achacábanse á veces al gobierno intruso los daños y males que eran obra de las circunstancias. Por lo demas nunca hubo, digámoslo así, un plan fijo de administracion, destruido cási en sus cimientos el antiguo, y no adoptado aun

Comisarios de hacienda.

el que habia de emanar de la constitucion de Bayona.

Opinion acerca de José.

José por su parte entregado demasiadamente á los deleites, poco respetado de los generales franceses, y desairado con frecuencia por su hermano, no crecia en aprecio á los ojos de la mayoría española, que le miraba como un rey de bálago, sujeto al capricho, á la veleidad y á los intereses del gabinete de Francia. Con lo cual si bien las victorias le granjeaban algunos amigos, ni su gobierno se fortalecia, ni la confianza tomaba el conveniente arraigo.

Junta central en Sevilla.

Menos afortunada que José en las armas, fuélo mas la junta central en el acatamiento y obediencia que le rindieron los pueblos. Sin que la tuviesen grande aficion, censurando á veces con justicia muchas de sus resoluciones, la respetaban y cumplian sus órdenes como procedentes de una autoridad que estimaban legítima. José Bonaparte no era dueño sino de los pueblos en que dominaban las tropas francesas: la central éralo de todos aun de los ocupados por el enemigo, siempre que podian burlar la vigilancia de los que apellidaban opresores. Tranquila en su asiento de Sevilla apareció alli con mas dignidad y brillo, dándole mayor realce la declaracion en favor de la causa peninsular que hicieron las provincias de América y Asia.

Declaracion unánime en favor de la causa peninsular de las provincias de América y Asia.

A imitacion de las de Europa levantaron estas un grito universal de indignacion al saber los acontecimientos de Bayona y el alzamiento de la península. Los habitantes de Cuba, Puerto Rico, Yucatan y el poderoso reino de Nueva España pronunciáronse con no menor union

y arrebatamiento que sus hermanos de Europa. En la ciudad de Méjico, despues de recibir pliegos de los diputados de Asturias en Lóndres y de la junta de Sevilla, celebróse en 9 de agosto de 1808 una reunion general de las autoridades y principales vecinos, en la que reconociendo á todas y á cada una de las juntas de España, se juró no someterse á otro soberano mas que á Fernando VII y á sus legítimos sucesores de la estirpe real de Borbon, comprometiéndose á ayudar con el mayor esfuerzo tan sagrada causa. En las islas se entusiasmaron á punto de recobrar en noviembre de aquel año la parte española de Santo Domingo cedida á Francia por el tratado de Basilea. Idénticos fueron los sentimientos que mostraron sucesivamente Tierra Firme, Buenosaires, Chile, el Perú y Nueva Granada. Idénticos los de todas las otras provincias de una y otra América española, cundiendo rápidamente hasta las remotas islas Filipinas y Marianas. Y si los agravios de Madrid y Bayona tocaron por su enormidad en inauditos, tambien es cierto que nunca presentó la historia del mundo un compuesto de tantos millones de hombres esparcidos por el orbe en distintos climas y lejanas regiones que se pronunciasen tan unánimemente contra la iniquidad y violencia de un usurpador extrangero.

Ni se limitó la declaracion á vanos clamores, ni su expresion á estudiadas frases: acompañaron á uno y á otro cuantiosos donativos que fueron de gran socorro en la deshecha tormenta de fines del año de 8 y principios del 9. El laborioso catalan, el gallego, el vizcaino, Auxilios que envian.

los españoles todos que á costa de sudor y trabajo habian alli acumulado honroso caudal, apresuráronse á prodigar socorros á su patria ya que la lejanía no les permitia servirla con sus brazos. El natural de América tambien siguió entonces el impulso que le dieron sus padres, * y no menos que doscientos ochenta y cuatro millones de reales vinieron para el gobierno de la central en el año de 1809. De ellos cási la mitad consistió en dones gratuitos ó anticipaciones, estando las arcas reales muy agotadas con las negociaciones y derroche del tiempo de Cárlos IV.

(* Ap. n. 3.)

Decreto de la central sobre América de 22 de enero.

(* Ap. n. 3, bis.)

Tan desinteresado y general pronunciamiento provocó en la central el memorable decreto * de 22 de enero, por el cual declarándose que no eran los vastos dominios españoles de Indias propiamente colonias sino parte esencial é integrante de la monarquía, se convocaba para representarlos á individuos que debian ser nombrados al efecto por sus ayuntamientos. Cimentáronse sobre este decreto todos los que despues se promulgaron en la materia, y conforme á los cuales se igualaron en un todo con los peninsulares los naturales de América y Asia. Tal fue siempre la mente y aun la letra de la legislacion española de Indias, debiendo atribuirse el olvido en que á veces cayó á las mismas causas que destruyeron y atropellaron en España sus propias y mejores leyes. La lejanía, lo tarde que á algunas partes se comunicó el decreto é impensados embarazos no permitieron que oportunamente acudiesen á Sevilla los representantes de aquellos paises, reservándose novedad

de tamaña importancia para los gobiernos que sucedieron á la junta central.

Otros cuidados de no menor interés ocuparon á esta al comenzar el año de 1809. Fue uno de los primeros dar nueva planta á las juntas provinciales de donde se derivaba su autoridad, formando un reglamento con fecha de 1.° de enero segun el cual se limitaban las facultades que antes tenian, y se dejaba solo á su cargo lo respectivo á contribuciones extraordinarias, donativos, alistamiento, requisiciones de caballos y armamento. Reducíase á nueve el número de sus individuos, se despojaba á estos de parte de sus honores, y se cambiaba la antigua denominacion de juntas supremas en la de *superiores provinciales de observacion y defensa.* Tambien se encomendaba á su zelo precaver las asechanzas de personas sospechosas, y proveer á la seguridad y apoyo de la central; encargo, por decirlo de paso, á la verdad extraño, poner su defensa en manos de autoridades que se deprimian. Aunque muchos aprobaron y en lo general se tuvo por justo circunscribir las facultades de las juntas, causó gran desagrado el artículo 10 del nuevo reglamento, segun el cual se prohibia el libre uso de la imprenta, no pareciendo sino que al extenderse no estaba aun yerto el puño de Floridablanca. Alborotáronse varias juntas con la reforma, y la de Sevilla se enojó sobremanera, y á punto que suscitó la cuestion de renovar cada seis meses uno de sus individuos en la central, y aun llegó á dar sucesor al conde de Tilly. Encendiéndose mas y mas las contestaciones, suspendióse el

Nuevo reglamento para las juntas provinciales de España.

nuevo reglamento, y nunca tuvo cumplido efecto ni en todas las provincias ni en todas sus partes. Quizá obró livianamente la central en querer arreglar tan pronto aquellas corporaciones, mayormente cuando los acontecimientos de la guerra cortaban á veces la comunicacion con el gobierno supremo; pero al mismo tiempo fueron muy reprensibles las juntas que movidas de ambicion dieron lugar en aquellos apuros á altercados y desabrimientos.

Tratado con Inglaterra de 9 de enero.

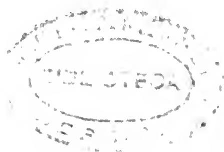
Señalóse tambien la entrada del año de 1809 con estrechar de un modo solemne las relaciones con Inglaterra. Hasta entonces las que mediaban entre ambos gobiernos eran francas y cordiales, pero no estaban apoyadas en pactos formales y obligatorios. Túvose pues por conveniente darles mayor y verdadera firmeza, concluyendo en 9 de enero en Lóndres un tratado de paz y alianza. Segun su contenido se comprometió Inglaterra á asistir á los españoles con todo su poder, y á no reconocer otro rey de España é Indias sino á Fernando VII, á sus herederos ó al legítimo sucesor que la nacion española reconociese; y por su parte la junta central se obligó á no ceder á Francia porcion alguna de su territorio en Europa y demas regiones del mundo, no pudiendo las partes contratantes concluir tampoco paz con aquella nacion sino de comun acuerdo. Por un artículo adicional se convino en dar mútuas y temporales franquicias al comercio de ambos estados, hasta que las circunstancias permitiesen arreglar sobre la materia un tratado definitivo. Queria entonces la central entablar uno de subsidios

mas urgente que ningun otro; pero en vano lo intentó.

Subsidios de Inglaterra.

Los que España habia alcanzado de Inglaterra habian sido cuantiosos, si bien nunca se elevaron, sobre todo en dinero, á lo que muchos han creido. De las juntas provinciales solo las de Galicia, Asturias y Sevilla recibieron cada una 20.000,000 de reales vellon, no habiendo llegado á manos de las otras cantidad alguna, por lo menos notable. Entregáronse á la central 1.600,000 rs. en dinero, y en barras 20.000,000 de la misma moneda. A sus continuas demandas respondia el gobierno británico que le era imposible tener pesos fuertes si España no abria al comercio inglés mercados en América, por cuyo medio y en cambio de géneros y efectos de su fabricacion le darian plata aquellos naturales. Por fundada que fuera hasta cierto punto dicha contestacion, desagradaba al gobierno español, que con mas ó menos razon estaba persuadido de que con la facilidad adquirida desde el principio de la guerra de introducir en la península mercaderías inglesas, de donde se difundian á América, volvia á Inglaterra el dinero anticipado á los españoles, ó invertido en el pago de sus propias tropas, siendo contados los retornos de otra especie que podia suministrar España.

Lo cierto es que la junta central con los cortos auxilios pecuniarios de Inglaterra, y limitada en sus rentas á los productos de las provincias meridionales, invirtiendo las otras los suyos en sus propios gastos, dificilmente hubiera levantado numerosos ejércitos sin el des-



prendimiento y patriotismo de los españoles, y sin los poderosos socorros con que acudió América, principalmente cuando dentro del reino era cási nulo el crédito, y poco conocidos los medios de adquirirle en el extrangero.

Levantáronse clamores contra la central respecto de la distribucion de fondos, y aun acusáronla de haber malversado algunos. Probable es que en medio del trastorno general, y de resultas de batallas perdidas y de dispersiones haya habido abusos y ocultaciones hechas por manos subalternas, mas injustísimo fue atribuir tales excesos á los individuos del gobierno supremo que nunca manejaron por sí caudales, y cuya pureza estaba al abrigo en cási todos hasta de la sospecha. A los ojos del vulgo siempre aparecen abultados los millones, y la malevolencia se aprovecha de esta propension á fin de ennegrecer la conducta de los que gobiernan. En la ocasion actual eran los gastos harto considerables para que no se consumiese con creces lo que entró en el erario.

Tribunal de seguridad pública.

A modo del tribunal criminal de José creó asimismo la central uno de seguridad pública que entendiese en los delitos de infidencia, y aunque no tan arbitrario como aquel en la aplicacion y desigualdad de las penas, reprobaron con razon su establecimiento los que no quieren ver rotos bajo ningun pretesto los diques que las leyes y la experiencia han puesto á las pasiones y á la precipitacion de los juicios humanos. Ya en Aranjuez se estableció dicho tribunal con el nombre de extraordinario de vigilancia y proteccion; y aun se nombraron mi-

nistros por la mayor parte del consejo que le compusieran; mas hasta Sevilla y bajo otros jueces no se vió que ejerciese su terrible ministerio. Afortunadamente rara vez se mostró severo é implacable. Dirigió cási siempre sus tiros contra algunos de los que estaban ausentes y abiertamente comprometidos, respondiendo en parte á los fallos de la misma naturaleza que pronunciaba el tribunal extraordinario de Madrid. Solo impuso la pena capital á un exguardia de corps que se habia pasado al enemigo, y en abril de 1809 mandó ajusticiar en secreto, exponiéndolos luego al público, á Luis Gutierrez y á un tal Echevarría su secretario, mozo de entendimiento claro y despejado. El Gutierrez habia sido fraile y redactor de una gaceta en español que se publicaba en Bayona, y el cual con su compañero llevaba comision para disponer los ánimos de los habitantes de América en favor de José. Encontráronles cartas del rey Fernando y del infante Don Cárlos que se tuvieron por falsas. Quizá no fue injusta la pena impuesta, segun la legislacion vigente, pero el modo y sigilo empleado merecieron con razon la desaprobacion de los cuerdos é imparciales.

Centrales enviados á las provincias.

Tampoco reportó provecho el enviar individuos de la central á las provincias, de cuya comision hablamos en el libro sexto. La junta intitulándolos comisarios, los autorizó para presidir á las provinciales y representarla con la plenitud de sus facultades. Los mas de ellos no hicieron sino arrimarse á la opinion que encontraron establecida, ó entorpecer la accion de las juntas, no saliendo por lo general de su co-

mision ninguna providencia acertada ni vigorosa. Verdad es que siendo, conforme queda apuntado, pocos entre los individuos de la central los que se miraban como prácticos y entendidos en materias de gobierno, quedáronse cási siempre los que lo eran en Sevilla, yendo ordinariamente á las provincias los mas inútiles y limitados. Fue de este número el marqués de Villel: enviado á Cádiz para atender á su fortificacion, y desarraigar añejos abusos en la administracion de la aduana, provocó por su indiscrecion y desatentadas providencias un alboroto que á no atajarse con oportunidad, hubiera dado ocasion á graves desazones. Como este acontecimiento se rozó con otro que por entonces y en la misma ciudad ocurrió con los ingleses, será bien que tratemos á un tiempo de entrambos.

Marqués de Villel en Cádiz.

Los ingleses quieren ocupar la plaza.

Luego que el gobierno británico supo las derrotas de los ejércitos españoles, y temiendo que los franceses invadiesen las Andalucías, pensó poner al abrigo de todo rebate la plaza de Cádiz, y enviar tropas suyas que la guarneciesen. Para el recibimiento de esta y para proveer en ello lo conveniente envió allí á Sir Jorge Smith con la advertencia, segun parece, de solo obrar por sí en el caso de que la junta central fuese disuelta, ó de que se cortasen las comunicaciones con el interior. No habiendo sucedido lo que recelaba el ministerio inglés, y al contrario estando ya en Sevilla el gobierno supremo, de repente y sin otro aviso notició el Sir Jorge al gobernador de Cádiz como S. M. B. le habia autorizado para exigir que se admitiese

dentro de la plaza guarnicion inglesa: escribiendo al mismo tiempo á Sir Juan Cradock general de su nacion en Lisboa, á fin de que sin tardanza enviase á Cádiz parte de las tropas que tenia á sus órdenes. Advertida la junta central de lo ocurrido, extrañó que no se la hubiera de antemano consultado en asunto tan grave, y que el ministro inglés Mr. Frere no le hubiese hecho acerca de ello la mas leve insinuacion. Resentida dióselo á entender con oportunas reflexiones, previniendo al marqués de Villel su representante en Cádiz y al gobernador, que de ningun modo permitiesen á los ingleses ocupar la plaza, guardando no obstante en la ejecucion de la órden el miramiento debido á tropas aliadas.

A poco tiempo y al principiar febrero llegaron á la bahía gaditana con el general Mackenzie dos regimientos de los pedidos á Lisboa, y súpose tambien entonces por el conducto regular cuáles eran los intentos del gobierno inglés. Este confiado en que la expedicion de Moore no tendria el pronto y malhadado término que hemos visto, queria, conforme manifestó, trasladar aquel ejército ó bien á Lisboa, ó bien al mediodia de España; y para tener por esta parte un punto seguro de desembarco, habia resuelto enviar de antemano á Cádiz al general Sherbrooke con 4000 hombres que impidiesen una súbita acometida de los franceses. Asi se lo comunicó Mr. Frere á la junta central, y asi en Lóndres Mr. Canning al ministro de España Don Juan Ruiz de Apodaca, añadiendo que S. M. B. deseaba que el gobierno español examinase si era ó no conveniente dicha resolucion.

Altercados que hubo en ello.

Parecian contrarios á los anteriores procedimientos de Sir Jorje Smith los pasos que en la actualidad se daban, y disgustábale á la central que despues de haber desconocido su autoridad se pidiese ahora su dictámen y consentimiento. No pensaba que Smith se hubiese excedido de sus facultades segun se le aseguró, y mas bien presumió que se achacaba al comisionado una culpa que solo era hija de resoluciones precipitadas, sugeridas por el temor de que los franceses conquistasen en breve á España. Siguiéronse varias contestaciones y conferencias que se prolongaron bastantemente. La junta mantúvose firme y con decoro, y terminó el asunto por medio de una juiciosa nota * pasada en 1.° de marzo, de cuyas resultas dióse otro destino á las tropas inglesas que iban á ocupar á Cádiz.

(* Ap. n. 4.)

Alboroto en Cádiz.

Al propio tiempo y cuando aun permanecian en su bahía los regimientos que trajo el general Mackenzie, se suscitó dentro de aquella plaza el alboroto arriba indicado, cuya coincidencia dió ocasion á que unos le atribuyesen á manejos de agentes británicos, y otros á enredos y maquinaciones de los parciales de los franceses; estos para impedir el desembarco é introducir division y cizaña, aquellos para tener un pretesto de meter en Cádiz las tropas que estaban en la bahía. Asi se inclina el hombre á buscar en orígen obscuro y extraordinario la causa de muchos acontecimientos. En el caso presente se descubre facilmente esta en el interés que tenian varios en conservar los abusos que iba á desarraigar el marqués de Villel; en los desacordados procedimientos del último y en la

suma desconfianza que á la sazon reinaba. El marqués en vez de contentarse con desempeñar sus importantes comisiones, se entrometió en dar providencias de policía subalterna, ó solo propia del recogimiento de un claustro. Prohibia las diversiones, censuraba el vestir de las mugeres, perseguia á las de conducta equívoca, ó á las que tal le parecian, dando pábulo con estas y otras medidas no menos inoportunas á la indignacion pública. En tal estado bastaba el menor incidente para que de las hablillas y desabrimientos se pasase á una abierta insurreccion.

Conducta extraña de Villel.

Presentóse con la entrada en Cádiz el 22 de febrero de un batallon de extrangeros compuesto de desertores polacos y alemanes. Desagradaba á los gaditanos que se metiesen en la plaza aquellos soldados, á su entender poco seguros: con lo que los enemigos de la central y los de Villel que eran muchos, soplando el fuego, tumultuaron la gente que se encaminó á casa del marqués para leer un pliego sospechoso á los ojos del vulgo, y el cual acababa de llegar al capitan del puerto. Manifestóse el contenido á los alborotados, y como se limitase este á una órden para trasladar los prisioneros franceses de Cádiz á las islas Baleares, aquietáronse por de pronto, mas luego arreciando la conmocion fue llevado el marqués con gran peligro de su persona á las casas consistoriales. Crecieron las amenazas, y temerosos algunos vecinos respetables de que se repitiese la sangrienta y deplorable escena de Solano, acudieron á libertar al angustiado Villel acompañados del gobernador D. Felix Jones y de Fr. Mariano de Sevilla guardian

Riesgo que corre su persona.

de capuchinos, que ofreció custodiarle en su convento. De entre los amotinados salieron voces de que los ingleses aprobaban la sublevacion, y teniéndolas por falsas rogó el gobernador Jones al general Mackenzie que las desvaneciese, en cuyo deseo condescendió el inglés. Con lo cual, y con fenecer el dia se sosegó por entonces el tumulto.

A la mañana siguiente publicó el gobernador un bando que calmase los ánimos; mas enfureciéndose de nuevo el populacho quiso forzar la entrada del castillo de santa Catalina, y matar al general Carraffa que con otros estaba alli preso. Púdose afortunadamente contener con palabras á la muchedumbre, entre la que

Matan á Heredia.

hallándose ciertos contrabandistas, revolvieron sobre la puerta del mar, cogieron á Don José Heredia comandante del resguardo, contra quien tenian particular encono, y le cosieron á puñaladas.

Sosiégase el alboroto.

La atrocidad del hecho, el cansancio y los ruegos de muchos calmaron al fin el tumulto, prendiendo los voluntarios de Cádiz á unos cuantos de los mas desasosegados.

Ejércitos

Afligian á los buenos patricios tan tristes y funestas ocurrencias, sin que por eso se dejase de continuar con la misma constancia en el santo propósito de la libertad de la patria. La central ponia gran diligencia en reforzar y dar nueva vida á los ejércitos que habiéndose acogido al mediodia de España le servian de valladar. En febrero del apellidado del centro y de la gente que el marqués del Palacio y despues el conde de Cartaojal habian reunido en la Carolina, formóse solo uno, segun insinuamos, á las

órdenes del último general. En Extremadura prosiguió Don Gregorio de la Cuesta juntando dispersos y restableciendo el órden y la disciplina para hacer sin tardanza frente al enemigo. De cada uno de estos dos ejércitos y de sus operaciones hablaremos sucesivamente.

El que mandaba Cartaojal, ahora llamado de la Mancha, constaba de 16,000 infantes y mas de 3000 caballos. Los que de ellos se reunieron en la Carolina tuvieron mas tiempo de arreglarse; y la caballería numerosa y bien equipada, si no tenia la práctica y ejercicios necesarios, por lo menos sobresalía en sus apariencias. Debian darse la mano las operaciones de este ejército con las del general Cuesta en Extremadura, y ya antes de ser separado del mando del ejército del centro el duque del Infantado, se habia convenido en febrero entre él y el de Cartaojal hacer un movimiento hácia Toledo, que distrajese parte de las fuerzas enemigas que intentaban cargar á Cuesta. Con este propósito púsose á las órdenes del duque de Alburquerque, encargado del mando de la vanguardia del ejército del centro despues de la batalla de Uclés, una division formada con soldados de aquel y con otros del de la Carolina; constando en todo de 9000 infantes, 2000 caballos y 10 piezas de artillería. El de la Mancha.

Era el de Alburquerque mozo valiente, dispuesto para este género de operaciones. Encaminóse por Ciudad Real y el pais quebrado y de bosque espeso llamado la Gualderia, y se acercó á Mora que ocupaba con 500 á 600 dragones franceses el general Dijon. Aunque por equivo- Ataque de Mora.

cacion de los guias y cierto desarreglo que cási siempre reinaba en nuestras marchas, no habia llegado aun toda la gente de Alburquerque, particularmente la infantería, determinó este atacar á los enemigos el 18 de febrero: los cuales advertidos por el fuego de las guerrillas españolas evacuaron la villa de Mora, y solo fueron alcanzados camino de Toledo. Acometiéronlos con brio nuestros ginetes, señaladamente los regimientos de España y Pavía, mandados por sus coroneles Gamez y príncipe de Anglona, y acosándolos de cerca se cogieron unos 80 hombres, equipages y el coche del general Dijon.

Avisados los franceses de las cercanías de tan impensado ataque, comenzaron á reunir fuerzas considerables, de lo que temeroso Alburquerque se replegó á Consuegra en donde permaneció hasta el 22. En dicho dia se descubrieron los franceses por la llanura que yace delante de la villa, y desde las nueve de la mañana estuvo jugando de ambos lados la artillería, hasta que á las tres de la misma tarde sabedor Alburquerque de que 11,000 infantes y 3000 caballos venian sobre él, creyó prudente replegarse por la Cañada del puerto de Gineta. No siguió el enemigo, parándose en el bosque de Consuegra, y los españoles se retiraron á Manzanares descansadamente. Infundió esta escursion, aunque de poca importancia, seguridad en el soldado, y hubiera podido ser comienzo de otras que le hiciesen olvidar las anteriores derrotas y dispersiones.

Pero en vez de pensar los gefes en llevar á cabo tan noble resolucion, entregáronse á zelos

y rencillas. El de Alburquerque fundadamente insistia en que se hiciesen correrías y expediciones para adestrar y foguear la tropa, mas inquieto y revolvedor sustentaba su opinion de modo que enojando á Cartaojal, mirábale este con zelosa ojeriza. En tanto los franceses habian vuelto á sus antiguas posiciones, y fortaleciéndose en el ejército español y cundiendo el dictámen de Alburquerque, aparentó el general en gefe adherir á él; determinando que dicho duque fuese con 2000 ginetes la vuelta de Toledo, en donde los enemigos tenian 4000 infantes y 1500 caballos. Dobladas fuerzas que las que estos tenian habia pedido aquel para la expedicion, único medio de no aventurar malamente tropas bisoñas como lo eran las nuestras. Por lo mismo juzgó con razon el de Alburquerque que la condescendencia del conde de Cartaojal no era sino imaginada traza para comprometer su buena fama; con lo cual creciendo entre ambos la enemistad, acudieron con sus quejas á la central, sacrificando asi á deplorables pasiones la causa pública. Alburquerque y Cartaojal.

Se aprobó en Sevilla el plan del duque, pero debiendo aumentarse el ejército de Cuesta con parte del de la Mancha, por haber engrosado el suyo en Extremadura los franceses, aprovechóse Cartaojal de aquella ocurrencia para dar al de Alburquerque el encargo de capitanear las divisiones de los generales Bassecourt y Echavarry, destinadas á dicho objeto. Mas compuestas ambas de 3500 hombres y 200 caballos, advirtieron todos que con color de poner al cuidado del duque una comision importante, no Pasa Alburquerque al ejército de Cuesta.

trataba Cartaojal sino de alejarle de su lado. Censuróse esta providencia no acomodada á las circunstancias: pues si Alburquerque empleaba á veces reprensibles manejos y se mostraba presuntuoso, desvanecíanse tales faltas con el espíritu guerrero y deseo de buen renombre que le alentaban.

El conde de Cartaojal habia sentado su cuartel general en Ciudad Real; extendíase la caballería hasta Manzanares ocupando á Daymiel, Torralba y Carrion, y la infantería se alojaba á la izquierda y á espaldas de Valdepeñas. Don Francisco Abadía, cuartel maestre, y los gefes de las divisiones trabajaron á porfia en ejercitar la tropa, pero faltaba práctica en la guerra y mayor conocimiento de las grandes maniobras.

Avanza Cartaojal y se retira.

Comenzó Cartaojal á moverse por su frente y avanzó el 24 de marzo hasta Yébenes. Alli Don Juan Bernuy que mandaba la vanguardia, atacó á un cuerpo de lanceros polacos, el cual queriendo retirarse por el camino de Orgaz, tropezó con el vizconde de Zolina, que le deshizo y cogió unos cuantos prisioneros. Mas entonces informado Cartaojal de que los franceses venian por otro lado á su encuentro con fuerzas considerables, en vano trató de recogerse á Consuegra, ocupada ya la villa por los enemigos. Sorprendido de que le hubiesen atajado asi el paso volvió precipitadamente por Malagon á Ciudad Real, en donde entró en 26 á los tres dias de su salida, y despues de haber inútilmente cansado sus tropas.

Accion de Ciudad Real.

Habian los franceses juntado á las órdenes del general Sebastiani, sucesor en el mando del

4.° cuerpo del mariscal Lefebvre, 12,000 hombres de infantería y caballería, de los cuales divididos en dos trozos habia tomado uno por el camino real de Andalucía, en tanto que otro partiendo de Toledo seguia por la derecha para flanquear y envolver á los españoles que confiadamente se adelantaban. No habiendo alcanzado su objeto, acosaron á los nuestros y los acometieron el 27 por todas partes. Desconcertado Cartaojal, sin tomar disposicion alguna dejó en la mayor confusion sus columnas, que rechazadas aquel dia y el siguiente en Ciudad Real, el Viso, Visillo y Santa Cruz de Mudela, fueron al cabo desordenadas, apoderándose el enemigo de varias piezas de artillería y muchos prisioneros. Las reliquias de nuestro ejército se abrigaron de la sierra y prontamente empezaron á juntarse en Despeñaperros y puntos inmediatos. Situóse el cuartel general en Santa Helena y los franceses se detuvieron en Santa Cruz de Mudela, aguardando noticias del mariscal Victor, que al propio tiempo maniobraba en Extremadura.

Ejército de Extremadura.

Encargado el general Cuesta en diciembre del ejército que se habia poco antes dispersado en aquella provincia, trató con particular conato de infundir saludable terror en la soldadesca desmandada y bravía desde el asesinato del general Sanjuan, y de reprimir al populacho de Badajoz, desbocado con las desgracias que alli ocurrieron al acabar el año. Y cierto que si á su condicion dura hubiera entonces unido Cuesta mayor conocimiento de la milicia, y no tanto apresuramiento en batallar, con gran provecho de la patria y realce suyo hubiera llevado á tér-

mino importantes empresas. A su solo nombre temblaba el soldado, y sus órdenes eran cumplidas pronta y religiosamente.

Avanza á Almaraz.

Rehecho y aumentado el corto ejército de su mando constaba ya á mediados de enero de 12,000 hombres repartidos en dos divisiones y una vanguardia. El 25 del mismo yendo de Badajoz sentó sus reales en Trujillo, y retirándose los franceses hácia Almaraz, fueron desalojados de aquellos alrededores, enseñoreándose el 29 del puente la vanguardia capitaneada por Don Juan de Henestrosa. Trasladóse despues el general Cuesta á Jaraicejo y Deleitosa, y dispuso cortar dicho puente como en vano lo habia intentado antes el general Galluzo. Competia aquella obra con las principales de los romanos, fabricada por Pedro Uria á expensas de la ciudad de Plasencia en el reinado de Cárlos V. Tenia 580 pies de largo, mas de 25 de ancho y 134 de alto hasta los pretiles. Constaba de dos ojos y el del lado del norte, cuya abertura excedia de 150 pies, fue el que se cortó. No habiendo al principio surtido efecto los hornillos, hubo que descarnarle á pico y barreno, é hízose con tan poca precaucion que al destrabar de los sillares, cayeron y se ahogaron 26 trabajadores con el oficial de ingenieros que los dirigia. Lástima fue la destruccion de tamaña grandeza, y en nuestro concepto arruinábanse con sobrada celeridad obras importantes y de pública utilidad, sin que despues resultasen para las operaciones militares ventajas conocidas.

Pasan los franceses el Tajo.

El general Cuesta continuó en Deleitosa hasta el mes de marzo, no habiendo ocurrido en el

intermedio sino un amago que hizo el enemigo hácia Guadalupe, de donde luego se retiró repasando el Tajo. Mas en dicho mes acercándose el mariscal Victor á Extremadura, se situó en el pueblo de Almaraz para avivar la construccion de un puente de balsas que supliese el destruido, no pudiendo la artillería transitar por los caminos que salian á Extremadura, desde los puentes que aun se conservaban intactos. Preparado lo necesario para llevar á efecto la obra, juzgó antes oportuno el enemigo desalojar á los españoles de la ribera opuesta en que ocupaban un sitio ventajoso, para cuyo fin pasaron 13,000 hombres y 800 caballos por el puente del Arzobispo, asi denominado de su fundador el célebre Don Pedro Tenorio prelado de Toledo. Puestos ya en la márgen izquierda se dividieron al amanecer del 18 en dos trozos, de los cuales uno marchó sobre las Mesas de Ibor, y otro á cortar la comunicacion entre este punto y Fresnedoso. Estaba entonces el ejército de Don Gregorio de la Cuesta colocado del modo siguiente: 5000 hombres formando la vanguardia, que mandaba Henestrosa, enfrente de Almaraz; la primera division de menos fuerza, y á las órdenes del duque del Parque recien llegado al ejército, en las Mesas de Ibor; la segunda de 2 á 3000 hombres mandada por Don Francisco Trias, en Fresnedoso, y la tercera, algo mas fuerte, en Deleitosa con el cuartel general, por lo que se vé que hubo desde enero aumento en su gente. El trozo de franceses que tomó del lado de Mesas de Ibor acometió el mismo 18 al duque del Parque, quien despues de un reencuentro soste-

Retíranse los nuestros.

nido se replegó á Deleitosa, adonde por la noche se le unió el general Trias. La víspera se habia desde alli trasladado Cuesta al puerto de Miravete, en cuyo punto se reunió el ejército español, habiéndosele agregado Henestrosa con la vanguardia al saber que los enemigos se acercaban al puente de Almaraz por la orilla izquierda de Tajo.

Ventajas conseguidas por los españoles.

Entraron los nuestros en Trujillo el 19, y prosiguieron á Santa Cruz del puerto: la vanguardia de Henestrosa, que protegia la retirada, tuvo un choque con parte de la caballería enemiga y la rechazó, persiguiéndola con señalada ventaja camino de Trujillo. Cuesta habia pensado aguardar á los franceses en el mencionado Santa Cruz; mas detúvole el temor de que quizá viniesen con fuerza superior á la suya. Continuó pues retirándose con la buena dicha de que cerca de Miajadas los regimientos del Infante y de dragones de Almansa arremetiesen al del número 10 de caballería ligera de la vanguardia francesa y le acuchillasen, matando mas de 150 de sus soldados. Entró Cuesta en Medellin el 22, y se alejó de alli queriendo esquivar toda pelea hasta que se le uniese el duque de Alburquerque, lo cual se verificó en la tarde del 27 en Villanueva de la Serena, viniendo, segun en su lugar dijimos, de la Mancha.

Únese Alburquerque á Cuesta.

Batalla de Medellin.

Juntas todas nuestras fuerzas revolvió el general Cuesta sobre Medellin en la mañana del 28, resuelto á ofrecer batalla al enemigo. Está situada aquella villa á la márgen izquierda de Guadiana, y á la falda occidental de un cerro en que tiene asiento su antiguo castillo muy deteriora-

do, y cuyo pie baña el mencionado rio. Merece particular memoria haber sido Medellin cuna del gran Hernan Cortés, existiendo todavía entonces, calle de la Feria, la casa en que nació; mas despues de la batalla de que vamos á hablar, fue destruida por los franceses, no quedando ahora sino algunos restos de las paredes. Llégase á Medellin viniendo de Trujillo por una larga puente, y por el otro lado ábrese una espaciosa llanura despojada de árboles, y que yace entre la madre del rio, la villa de Don Benito, y el pueblo de Mingabril. Cuesta trajo alli su gente en número de 20,000 infantes y 2000 caballos, desplegándose en una línea de una legua de largo, á manera de media luna, y sin dejar la menor reserva. Constaba la izquierda, colocada del lado de Mingabril, de la vanguardia y primera division, regidas por Don Juan de Henestrosa y el duque del Parque: el centro avanzado, y enfrente de Don Benito le guarnecia la segunda division del mando de Trias; y la derecha, arrimada al Guadiana, se componia de la tercera division del cargo del marqués de Portago, y de la fuerza traida por el duque de Alburquerque, formando un cuerpo que gobernaba el teniente general Don Francisco de Eguía. Situóse Don Gregorio de la Cuesta en la izquierda, desde donde por ser el terreno algo mas elevado descubria la campaña: tambien colocó del mismo lado cási toda la caballería, siendo el mas amenazado por el enemigo.

Eran las once de la mañana cuando los franceses, saliendo de Medellin, empezaron á ordenarse á poca distancia de la villa, describiendo

un arco de círculo comprendido entre el Guadiana y una quebrada de arbolado y viñedo que va de Medellin á Mingabril. Estaba en su ala izquierda la division de caballería ligera del general Lasalle, en el centro una division alemana de infantería, y á la derecha la de dragones del general Latour-Maubourg, quedando de respeto las divisiones de infantería de los generales Villate y Ruffin. El total de la fuerza ascendia á 18,000 infantes y cerca de 3000 caballos. Mandaba en gefe el mariscal Victor.

Dió principio á la pelea la division alemana, y cargando dos regimientos de dragones repeliólos nuestra infantería que avanzaba con intrepidez. Durante dos horas lidiaron los franceses, retirándose lentamente y en silencio: nuestra izquierda progresaba, y el centro y la derecha cerraban de cerca al enemigo, cuya ala siniestra cejó hasta un recodo que forma el Guadiana al acercarse á Medellin. Las tropas ligeras de los españoles, esparcidas por el llano, amedrentaban por su número y arrojo á los tiradores del enemigo; y como si ya estuviesen seguras de la victoria, anunciaban con grande algazara que los campos de Medellin serian el sepulcro de los franceses. Por todas partes ganaba terreno el grueso de nuestra línea, y ya la izquierda iba á posesionarse de una batería enemiga á la sazon que los regimientos de caballería de Almansa y el Infante, y dos escuadrones de cazadores imperiales de Toledo, en vez de cargar á los contrarios volvieron grupa, y atropellándose unos á otros huyeron al galope vergonzosamente. En vano Don José de Zayas ofi-

cial de gran valor y pericia, y que en realidad mandaba la vanguardia, en vano les gritaba acompañado de sus infantes firmes y serenos, «¿qué »es esto? Alto la caballería. Volvamos á ellos que »son nuestros....." Nada escuchaban, el pavor habia embargado sus sentidos. Don Gregorio de la Cuesta al advertir tamaño baldon partió aceleradamente para contener el desórden; mas atropellado y derribado de su caballo estuvo próximo á caer en manos de los ginetes enemigos, que pasando adelante en su carga afortunadamente no le percibieron. Aunque herido en el pie, maltratado y rendido con sus años, pudo Cuesta volver á montar á caballo, y libertarse de ser prisionero.

Abandonada nuestra infantería de la izquierda por la caballería, fue desunida y rota, y cayendo sobre nuestro centro y derecha, que al mismo tiempo eran atacados por su frente, desapareció la formacion de nuestra dilatada y endeble línea como hilera de naipes. El duque de Alburquerque fue el solo que pudo por algun tiempo conservar el órden, para tomar una loma plantada de viña que habia á espaldas del llano; pero estrechada su gente por los dispersos, y aterrada con los gritos de los acuchillados, desarreglóse simultáneamente, corriendo á guarecerse de los viñedos. Desde entonces todo el ejército no presentó ya otra forma sino la de una muchedumbre desbandada, huyendo á toda priesa de la caballería enemiga, que hizo gran mortandad en nuestros pobres infantes. Durante mucho tiempo los huesos de los que alli perecieron se percibian y blanqueaban, contrastan-

do su color macilento en tan hermoso llano con el verde y matizadas flores de la primavera. Fue nuestra pérdida entre muertos, heridos y prisioneros de 10,000 hombres; la de los franceses, aunque bastante inferior, no dejó de ser considerable.

Asi terminó y tan desgraciadamente la batalla de Medellin. Gloriosa para la infantería no lo fue para algunos cuerpos de caballería, que castigó severamente Don Gregorio de la Cuesta suspendiendo á tres coroneles, y quitando á los soldados una pistola hasta que recobrasen en otra accion el honor perdido. Pero por reprensible que en efecto fuese la conducta de estos, en nada descargaba á Cuesta del temerario arrojo de empeñar una batalla campal con tropas bisoñas y no bien disciplinadas, en una posicion como la que escogió y en el órden en que lo hizo, sin dejar á sus espaldas cuerpo alguno de reserva. Claro era que rota una vez la línea quedaba su ejército deshecho, no teniendo en que sostenerse ni punto adonde abrigarse, al paso que los franceses, aun perdida por ellos la batalla, podian cubrirse detras de unas huertas cerradas con tapia que habia á la salida de Medellin, y escudarse luego con el mismo pueblo desamparado de los vecinos, apoyándose en el cerro del castillo.

Sus resultas. Don Gregorio de la Cuesta con los restos de su ejército se retiró á Monasterio, límite de Extremadura y Andalucía, y en cuyo fuerte sitio debiera haber aguardado á los franceses si hubiera procedido como general entendido y prudente.

Determinaciones de la central. La junta central al saber la rota de Medellin no sintió descaido su ánimo, á pesar del peligro

que de cerca la amagaba. Elevó á la dignidad de capitan general á Don Gregorio de la Cuesta, al paso que temia su antiguo resentimiento en caso de que hubiese triunfado, y repartió mercedes á los que se habian conducido honrosamente, no menos que á los huérfanos y viudas de los muertos en la batalla. Púsose tambien el ejército de la Mancha á las órdenes de Cuesta, aunque se nombró para mandarle de cerca á Don Francisco Venegas, restablecido de una larga enfermedad, y fue llamado el conde de Cartaojal, cuya conducta apareció muy digna de censura por lo ocurrido en Ciudad Real, pues alli no hubo sino desórden y confusion, y por lo menos en Medellin se habia peleado.

Venegas sucede á Cartaojal.

Reflexiones.

Ahora haciendo corta pausa séanos lícito examinar la opinion de ciertos escritores, que al ver tantas derrotas y dispersiones han querido privar á los españoles de la gloria adquirida en la guerra de la independencia. Pocos son en verdad los que tal han intentado, y en alguno muéstrase á las claras la mala fé, alterando ó desfigurando los hechos mas conocidos. En los que no han obrado impelidos de mezquinas y reprehensibles pasiones, descúbrese luego el orígen de su error en aquel empeño de querer juzgar la defensa de España como el comun de las guerras, y no segun deben juzgarse las patrióticas y nacionales. En las unas gradúase su mérito conforme á reglas militares; en las otras ateniéndose á la constancia y duracion de la resistencia. «Median imperios [decia Napoleon en Leipsic] entre ganar ó perder una batalla." Y decíalo con razon en la situacion en que se hallaba; pero no

asi á haber sostenido la Francia su causa, como lo hizo con la de la libertad al principio de la revolucion. La Holanda, los Estados-Unidos, todas las naciones en fin que se han visto en el caso de España, comenzaron por padecer descalabros y completas derrotas, hasta que la continuacion de la guerra convirtió en soldados á los que no eran sino meros ciudadanos. Con mayor fundamento debia acaecer lo mismo entre nosotros. La Francia era una nacion vecina, rica y poderosa, de donde sin apuro podian á cada paso llegar refuerzos. Sus ejércitos en gran parte no eran puramente mercenarios: producto de su revolucion conservaban cierto apego al nombre de patria, y quince años de guerra y de esclarecidos triunfos les habian dado la pericia y confianza de invencibles conquistadores. Austriacos, prusianos, rusos, ingleses, preparados de antemano con cuantiosos medios, con tropas antiguas y bien disciplinadas, les habian cedido el campo en repetidas lides. ¿Qué extraño pues sucediese otro tanto á los españoles en batallas campales, en que el saber y maña en evoluciones y maniobras valian mas que los ímpetus briosos del patriotismo? Al empezar la insurreccion en mayo ya vimos cuán desapercibida estaba España para la guerra con 40,000 soldados escasos, inexpertos y mal acondicionados; dueños los franceses de muchas plazas fuertes, y teniendo 100,000 hombres en el corazon del reino. Y sin embargo, ¿qué no se hizo? En los primeros meses victoriosos los españoles en casi todas partes, estrecharon á sus contrarios contra el Pirineo. Cuando despues reforzados estos inundaron con

sus huestes los campos peninsulares, y oprimieron con su superioridad y destreza á nuestros ejércitos, la nacion ni se desalentó, ni se sometieron los pueblos fácil ni voluntariamente. Y en enero embarcados los ingleses, solos los españoles teniendo contra sí mas de 200,000 enemigos, mirada ya en Europa como perdida su justísima causa, no solo se desdeñó todo acomodamiento, sino que peleándose por do quiera transitaban franceses, aparecieron de nuevo ejércitos que osaron aventurar batallas, desgraciadas es cierto, pero que mostraban los redoblados esfuerzos que se hacian, y lo porfiadamente que habia de sustentarse la lucha empeñada. Cometiéronse graves faltas, descubrióse á las claras la impericia de varios generales, lo bisoño de nuestros soldados, el abandono y atraso en que el anterior gobierno habia tenido el ramo militar como los demas; pero brilló con luz muy pura el elevado carácter de la nacion, la sobriedad y valor de sus habitadores, su desprendimiento, su conformidad é inalterable constancia en los reveses y trabajos, virtudes raras, esquisitas, mas difíciles de adquirir que la táctica y disciplina de tropas mercenarias. Abulte en buen hora la envidia, el despecho, la ignorancia los errores en que incurrimos: su voz nunca ahogará la de la verdad, ni podrá desmentir lo que han estampado en sus obras, y cási siempre con admirable imparcialidad, muchos de los que entonces eran enemigos nuestros, y señaladamente los dignos escritores Foy, Suchet y Saint-Cyr, que mandando á los suyos pudieron mejor que otros apreciar la resistencia y el mérito de los españoles.

Comision de Sotelo.

Volvamos ya á nuestro propósito. Ocurridas las jornadas de Ciudad Real y Medellin, pensó el gobierno de José ser aquella buena sazon para tantear al de Sevilla, y entrar en algun acomodamiento. Salió de Madrid con la comision Don Joaquin María Sotelo, magistrado que gozaba antes del concepto de hombre ilustrado, y que deteniéndose en Mérida dirigió desde alli al presidente de la junta central, por medio del general Cuesta, un pliego con fecha de 12 de abril, en el que anunciando estar autorizado por José para tratar con la junta el modo de remediar los males que ya habian experimentado las provincias ocupadas, y el de evitar los de aquellas que todavía no lo estaban, invitaba á que se nombrase al efecto por la misma junta una ó mas personas que se abocasen con él. La central sin contextar en derechura á Sotelo, mandó á Don Gregorio de la Cuesta que le comunicase el acuerdo que de resultas habia formado, justo y enérgico, concebido en estos términos. «Si Sotelo trae poderes bastantes para tratar de la restitucion de nuestro amado Rey, y de que las tropas francesas evacuen al instante todo el territorio español, hágalos públicos en la forma reconocida por todas las naciones, y se le oirá con anuencia de nuestros aliados. De no ser asi la junta no puede faltar á la calidad de los poderes de que está revestida, ni á la voluntad nacional, que es de no escuchar pacto, ni admitir tregua, ni ajustar transaccion que no sea establecida sobre aquellas bases de eterna necesidad y justicia. Cualquiera otra especie de negociacion, sin salvar al estado, envileceria á la

Respuesta de la central.

»junta, la cual se ha obligado solemnemente á »sepultarse primero entre las ruinas de la mo»narquía, que á oir proposicion alguna en men»gua del honor é independencia del nombre es»pañol." Insistió Sotelo respondiendo con una carta bastantemente moderada; mas la junta se limitó á mandar á Cuesta repitiese el mencionado acuerdo, «advirtiendo á Sotelo que aquella »seria la última contextacion que recibiria mien»tras los franceses no se allanasen, lisa y llana»mente á lo que habia manifestado la junta." No pasó por consiguiente mas adelante esta negociacion emprendida quizá con sano intento; pero que entonces se interpretó mal, y dañó al anterior buen nombre del comisionado.

Cartas de Sebastiani á Jovellanos y otros. (* Ap. n. 6.)

Tambien por la parte de la Mancha se hicieron al mismo tiempo iguales tentativas, escribiendo el general francés Sebastiani, que * alli mandaba, á Don Gaspar Melchor de Jovellanos individuo de la central, á Don Francisco de Saavedra ministro de hacienda, y al general del ejército de la Carolina Don Francisco Venegas. Es curiosa esta correspondencia, por colegirse de ella el modo diverso que tenian entonces de juzgar las cosas de España los franceses y los nacionales. Como sería prolijo insertarla íntegra, hemos preferido no copiar sino la carta del general Sebastiani á Jovellanos, y la contestacion de este.

Carta de Sebastiani al Señor Jovellanos.

«Señor, la reputacion de que go»zais en Europa, vuestras ideas liberales, vues»tro amor por la patria, el deseo que manifes»tais de verla feliz, deben haceros abandonar »un partido que solo combate por la inquisi»cion, por mantener las preocupaciones, por el

»interés de algunos grandes de España, y por los »de la Inglaterra. Prolongar esta lucha es querer »aumentar las desgracias de la España. Un hom»bre cual vos sois, conocido por su carácter y »sus talentos, debe conocer que la España pue»de esperar el resultado mas feliz de la sumision »á un rey justo é ilustrado, cuyo genio y gene»rosidad deben atraerle á todos los españoles que »desean la tranquilidad y prosperidad de su pa»tria. La libertad constitucional bajo un gobier»no monárquico, el libre ejercicio de vuestra »religion, la destruccion de los obstáculos que »varios siglos há se oponen á la regeneracion de »esta bella nacion, serán el resultado feliz de »la constitucion que os ha dado el genio vasto y »sublime del emperador. Despedazados con fac»ciones, abandonados por los ingleses que ja»mas tuvieron otros proyectos que el de debili»taros, el robaros vuestras flotas y destruir vues»tro comercio, haciendo de Cádiz un nuevo »Gibraltar, no podeis ser sordos á la voz de la »patria que os pide la paz y la tranquilidad. »Trabajad en ella de acuerdo con nosotros, y »que la energía de España solo se emplee desde »hoy en cimentar su verdadera felicidad. Os pre»sento una gloriosa carrera; no dudo que aco»jais con gusto la ocasion de ser útil al rey José »y á vuestros conciudadanos. Conoceis la fuerza »y el número de nuestros ejércitos, sabeis que »el partido en que os hallais no ha obtenido la »menor vislumbre de suceso: hubiérais llorado »un dia si las victorias le hubieran coronado, »pero el Todopoderoso en su infinita bondad os »ha libertado de esta desgracia."

«Estoy pronto á entablar comunicacion con »vos y daros pruebas de mi alta consideracion.= »Horacio Sebastiani.”

Contestacion del Señor Jovellanos.

«Señor general: Yo no sigo un partido, sigo »la santa y justa causa que sigue mi patria, que »unánimemente adoptamos los que recibimos de »su mano el augusto encargo de defenderla y »regirla, y que todos habemos jurado seguir y »sostener á costa de nuestras vidas. No lidia»mos, como pretendeis, por la inquisicion ni »por soñadas preocupaciones, ni por el interés »de los grandes de España: lidiamos por los »preciosos derechos de nuestro rey, nuestra re»ligion, nuestra constitucion y nuestra indepen»dencia. Ni creais que el deseo de conservar»los esté distante del de destruir los obstáculos »que puedan oponerse á este fin; antes por el »contrario y para usar de vuestra frase, el de»seo y el propósito de regenerar la España y le»vantarla al grado de esplendor que ha tenido »algun dia, es mirado por nosotros como una »de nuestras principales obligaciones. Acaso no »pasará mucho tiempo sin que la Francia y la »Europa entera reconozcan que la misma nacion »que sabe sostener con tanto valor y constancia »la causa de su rey y de su libertad contra »una agresion tanto mas injusta cuanto menos »debia esperarla de los que se decian sus pri»meros amigos, tiene tambien bastante zelo, fir»meza y sabiduría para corregir los abusos que »la condujeron insensiblemente á la horroro»sa suerte que le preparaban. No hay alma sen»sible que no llore los atroces males que esta »agresion ha derramado sobre unos pueblos ino-

»centes á quienes despues de pretender denigrar»los con el infame título de rebeldes, se niega »aun aquella humanidad que el derecho de la »guerra exige y encuentra en los mas bárba»ros enemigos. Pero ¿á quién serán imputados »estos males? ¿A los que los causan violando to»dos los principios de la naturaleza y la justi»cia, ó á los que lidian generosamente para de»fenderse de ellos y alejarlos de una vez y para »siempre de esta grande y noble nacion? Por»que, señor general, no os dejeis alucinar: es»tos sentimientos que tengo el honor de expre»saros son los de la nacion entera, sin que haya »en ella un solo hombre bueno aun entre los »que vuestras armas oprimen, que no sienta en »su pecho la noble llama que arde en el de sus »defensores. Hablar de nuestros aliados fuera »impertinente, si vuestra carta no me obligase »á decir en honor suyo que los propósitos que »les atribuis son tan injuriosos como agenos de »la generosidad con que la nacion inglesa ofre»ció su amistad y sus auxilios á nuestras provin»cias, cuando desarmadas y empobrecidas los »imploraron desde los primeros pasos de la opre»sion con que la amenazaban sus amigos.

»En fin, señor general, yo estaré muy dis»puesto á respetar los humanos y filosóficos prin»cipios, que segun nos decis profesa vuestro rey »José, cuando vea que ausentándose de nuestro »territorio reconozca que una nacion, cuya de»solacion se hace actualmente á su nombre por »vuestros soldados, no es el teatro mas propio »para desplegarlos. Este seria ciertamente un »triunfo digno de su filosofía, y vos, señor ge-

»neral, si estais penetrado de los sentimientos »que ella inspira, debereis gloriaros tambien »de concurrir á este triunfo para que os toque »alguna parte de nuestra admiracion y nuestro »reconocimiento. Solo en este caso me permiti»rán mi honor y mis sentimientos entrar con »vos en la comunicacion que me proponeis, si »la suprema junta central lo aprobare. Entre »tanto recibid, señor general, la expresion de »mi sincera gratitud por el honor con que per»sonalmente me tratais, seguro de la considera»cion que os profeso. Sevilla 24 de abril de »1809.=Gaspar de Jovellanos.=Excmo. señor »general Horacio Sebastiani."

Esta respuesta, digna de la pluma y del patriotismo de su autor, fue muy aplaudida en todo el reino asi por su noble y elevado estilo, como por retratarse en su contenido los verdaderos sentimientos que animaban á la gran mayoría de la nacion.

Guerra de Austria.

Semejantes tentativas de conciliacion, prescindiendo de lo impracticables que eran, parecieron entonces, á pesar de tantas desgracias, mas fuera de sazon por la guerra que empezaba en Alemania. Temores de ella que no tardaron en realizarse, habian, segun se dijo, estimulado á Napoleon á salir precipitadamente de España. No olvidando nunca el Austria las desventajosas paces á que se habia visto forzada desde la revolucion francesa, y sobre todo la última de Presburgo, estaba siempre en acecho para no desperdiciar ocasion de volver por su honra y de recobrar lo perdido. Parecióle muy oportuna la de la insurreccion española que produjo

en toda Europa impresion vivísima, y siguió aquel gobierno cuidadosamente el hilo de tan grave acontecimiento. Demasiadamente abatida el Austria desde la última guerra, no podia por de pronto mostrar á las claras su propósito antes de prepararse y estar segura de que continuaba la resistencia peninsular. En Erfurth mantúvose amiga de Francia, mas con cierta reserva, y solo difirió bajo especiosos pretextos el reconocimiento de José. Napoleon, aunque receloso, confiando en que si apagaba pronto la insurreccion de España nadie se atreveria á levantar el grito; sacó para ello conforme insinuamos, gran golpe de gente de Alemania, y dió de este modo nuevo aliento al Austria que disimuladamente aceleró los preparativos de guerra. En los primeros meses del año 1809 dicha potencia comenzó á quitarse el embozo publicando una especie de manifiesto en que declaraba queria ponerse al abrigo de cualquiera empresa contra su independencia, y al fin arrojóle del todo en 9 de abril en que el archiduque Cárlos mandando su grande y principal ejército, abrió la campaña por medio de un aviso y atravesó el Inn, rio que separa la Babiera de los estados austriacos. Lo poco prevenido que cogia á Napoleon esta guerra, las formidables fuerzas que de súbito desplegó el Austria, las muchas que Francia tenia en España, y lo desabrida que se mostraba la voz pública en el mismo imperio francés, daba á todos fundamento para creer que la primera alcanzaría victorias, de cuyas resultas tal vez se cambiaria la faz política de Europa. Para contribuir á ello y no desaprove-

char la oportunidad envió la junta central á Viena como plenipotenciario suyo á Don Eusebio de Bardaji y Azara, y aquella corte autorizó á Mr. Gennotte en calidad de encargado de negocios cerca del gobierno de Sevilla. Veremos luego cuán poco correspondió el éxito á esperanzas tan bien concebidas.

Cataluña

Ahora, despues de haber referido lo que ocurrió durante estos meses en las provincias meridionales de España, será bien que hablemos de Cataluña y de las demas partes del reino. En aquella los ánimos habian andado perturbados despues de las acciones perdidas, y de las voces y amenazas que venian de Aragon y varios puntos. Sin embargo en Tarragona no habrá olvidado el lector como la turbacion no pasó de ciertos límites, luego que Vives dejó el mando y recayó este en Reding, mas en Lérida manchóse con sangre. Fue el caso que en 1.° de enero habiendo introducido en la plaza de dia y sin precaucion varios prisioneros franceses, alborotándose á su vista el vecindario y vociferando palabras de muerte, forzó el castillo á donde aquellos habian sido conducidos. Estaban tambien dentro encerrados el oidor de la audiencia de Barcelona Don Manuel Fortuny y su esposa, con otros cuatro ó cinco individuos tachados con razon ó sin ella de infidencia. Ciega la muchedumbre penetró en lo interior y mató á estos desgraciados y á varios de los prisioneros franceses. Duró tres dias la sublevacion, hasta que llegaron 300 soldados que envió el general Reding, con cuyo refuerzo y las prudentes exhortaciones del gobernador Don José Casimiro

Alboroto de Lérida.

Lavalle, del obispo y otras personas, se sosegó el bullicio. Los principales sediciosos recibieron despues justo y severo castigo: siendo muy de sentir que las autoridades andando mas precabidas no hubiesen evitado de antemano tan lamentable suceso.

Reding en Tarragona.

Por su parte Don Teodoro Reding con nuevos cuerpos que llegaron de Granada y Mallorca y con reclutas habia ido completando su ejército desde diciembre hasta febrero, en cuyo espacio de tiempo habia permanecido tranquilo el de los franceses sin empeñarse en grandes empresas: teniendo para proveerse de víveres que hacer excursiones en que perdió hombres y consumió 2.000,000 de cartuchos. El plan que en Tarragona siguió al principio el general Reding fue prudente, escarmentado con lo sucedido en Llinas y Molins de Rey. Era obra de Don José Joaquin Marte, y consistia en no trabar acciones campales, en molestar al enemigo al abrigo de las plazas y puntos fragosos, en mejorar asi sucesivamente la instruccion y disciplina del ejército, y en convertir la principal defensa en una guerra de montaña, segun convenia á la índole de los naturales y al terreno en que se lidiaba. Todos concurrian con entusiasmo á alcanzar el objeto propuesto, y la junta corregimental de Tarragona mostró acendrado patriotismo en facilitar caudales, en acuñar la plata de las iglesias y de los particulares, y en proporcionar víveres y prendas de vestuario. Quísose sujetar á regla á los miqueletes, pero encontró la medida grande obstáculo en las costumbres y antiguos usos de los catalanes.

Plan prudente de Marti.

En sus demas partes, por juicioso que fuese el plan adoptado, no se persistió largo tiempo en llevarle adelante. Contribuyó á alterarle el marqués de Lazan que habiendo sido llamado de Gerona con la division de 6 á 7000 hombres que mandaba, llegó á la línea española en sazon de estar apurada Zaragoza. Interesado particularmente en su conservacion, propuso el marqués y se aprobó que pasaria la sierra de Alcubierre con la fuerza de su mando, y que prestaria, si le era dado, algun auxilio á quella ciudad. Llenos entonces los españoles de admiracion y respeto por la defensa que alli se hacia, murmuraban de que mayores fuerzas no volasen al socorro, pareciéndoles cosa fácil desembarazarse en una batalla del ejército del general Saint-Cyr. Habia crecido el aliento de resultas de algunas cortas ventajas obtenidas en reencuentros parciales, y sobre todo porque retirándose el enemigo y reconcentrándose mas y mas, atribuyóse á recelo lo que no era sino precaucion. Aveníase bien con el osado espíritu de Reding la voz popular, y cundiendo esta con rapidez, resolvió aquel caudillo dar un ataque general; sobreponiéndose á las justas reflexiones de algunos gefes cuerdos y experimentados. Movíanle igualmente las esperanzas que le daban secretas relaciones de que Barcelona se levantaria al tiempo que su ejército se aproximase. Variase.

Se hallaba este en Tarragona esparcido en una enorme línea de 16 leguas, que partiendo de aquella ciudad se extendia hasta Olesa por el Coll de Santa Cristina, la Llacuna, Igualada y el Bruch. Las tropas de dicha línea que estaban Situacion del ejército español.

fuera de Tarragona pasaban de 15,000 hombres, y las mandaba Don Juan Bautista de Castro. Las que habia dentro de la plaza á las órdenes inmediatas del general en gefe Don Teodoro Reding ascendian á unos 10,000 hombres. Segun el plan de ataque que se concertó, debia el general Castro avanzar é interponerse entre el enemigo y Barcelona, al paso que el general Reding apareceria con 8000 hombres en el Coll de Santa Cristina, descolgándose tambien de las montañas y por todos lados los somatenes.

Le atacan los franceses.

Los franceses en número de 18,000 hombres se alojaban en el Panadés, y su general en gefe habia dejado maniobrar con toda libertad al de los españoles, confiado en que facilmente romperia la inmensa línea dentro de la cual se presumia envolverle. Por fin el 16 de febrero cuando vió que iba á ser atacado, se anticipó tomando la ofensiva. Para ello despues de haber dejado en el Vendrell la division del general Souham, salió de Villafranca con la de Pino, debiéndosele juntar las de los generales Chavot y Chabran cerca de Capelladas, y componiendo las tres 11,000 hombres. Antes de que se uniesen se habian encontrado las tropas del general Chavot con los españoles, cuyas guerrillas al mando de Don Sebastian Ramirez habian rechazado las del enemigo y cogido mas de 100 prisioneros, entre los que se contó al coronel Carrascosa. Sacó de apuro á los suyos la llegada del general Saint-Cyr, quien repelió á los nuestros, y maniobrando despues con su acostumbrada destreza, atravesó la línea española en la direccion de la Llacuna, y con un movi-

miento por el costado se apareció súbitamente á la vista de Igualada, y sorprendió al general Castro, que se imaginaba que solo seria atacado por el frente. Vuelto de su error apresuradamente se retiró á Montmeneu y Cervera, á cuyos parages ciaron tambien en bastante desórden las tropas mas avanzadas. Los enemigos se apoderaron en Igualada de muchos acopios de que tenian premiosa necesidad, y recobraron los prisioneros que habian perdido la víspera en Capelladas.

Entran en Igualada.

Habiendo cortado de este modo el general Saint-Cyr la línea española, trató de revolver sobre su izquierda para destruir las tropas que guarecian los puntos de aquel lado, y unirse al general Souham. Dejó en Igualada á los generales Chabot y Chabran, y partió el 18 la vuelta de San Magin, de donde desalojó al brigadier Don Miguel Iranzo, obligándole á recogerse al monasterio de Santas Cruces, cuyas puertas en vano intentó el general francés que se le abriesen ni por fuerza ni por capitulacion.

Movimientos de Saint-Cyr y Reding.

Noticioso en tanto Don Teodoro Reding de lo acaecido con Castro, salió de Tarragona acompañado de una brigada de artillería, 300 caballos y un batallon de suizos, con objeto de unir los dispersos y libertar al brigadier Iranzo. Consiguió que este y una parte considerable de la demas tropa se le agregasen en el Plá, Sarreal y Santa Coloma. Pero Saint-Cyr temeroso de ser atacado por fuerzas superiores, estando solo con la division de Pino, procuró unirse á la de Souham, y colocarse entre Tarragona y D. Teodoro Reding. Advertido este del movimiento

del enemigo, decidió retroceder á aquella plaza, dejando á cargo de Don Luis Wimpffen unos 5000 hombres que cubriesen el corregimiento de Manresa, y observasen á los franceses que habian quedado en Igualada. Se mandó asimismo á Wimpffen protejer al somaten del Vallés y y á los inmediatos destinados á ayudar la proyectada conspiracion de Barcelona. Movióse despues Reding hácia Mont-blanch llevando 10,000 hombres, y el 24 congregó á junta para resolver definitivamente si retrocederia á Tarragona, ó si iria al encuentro de los franceses: tanto pesaba á su atrevido ánimo volver la espalda sin combatir. En el consejo opinaron muchos por enriscarse del lado de Prades y enderezar la marcha á Constantí enviando la artillería á Lérida: otros, y fue lo que se decidió, pensaron ser mas honroso caminar con la artillería y los bagajes por la carretera que pasando entre el Coll de Riba y orillas del Francolí va á Tarragona, mas con la advertencia de no buscar al enemigo, ni de esquivar tampoco su encuentro si provocase á la pelea. Emprendióse la marcha y el 25 al rayar el alba, despues de cruzar el puente de Goy, tropezaron los nuestros con la gran guardia de los franceses, la cual haciendo dos descargas se recogió al cuerpo de su division, que era la del general Souham situada en las alturas de Valls.

Batalla de Valls.

Don Teodoro Reding en vez de proseguir su marcha á Tarragona, conforme á lo acordado, retrocedió con la vanguardia y se unió al grueso del ejército que estaba en la orilla derecha del Francolí, colocado en la cima de unas

colinas. Tomada esta determinacion empeñóse luego una accion general, á la que sobre todo alentó haber nuestras tropas ligeras rechazado á las enemigas. El general Castro regia la derecha española; quedó la izquierda y centro al cargo del general Martí.

La fuerza de los franceses consistia únicamente hasta entonces en la division de Souham, que teniendo su derecha del lado de Plá apoyaba su izquierda en el Francolí. En aquel pueblo permanecia el general Saint-Cyr con la division de Pino, cuya vanguardia cubria el boquete de Coll de Cabra, hasta que sabedor de haber Reding venido á las manos con Souham, se apresuró á juntarse con éste. Antes de su llegada combatieron bizarramente los españoles durante cuatro horas, perdiendo terreno los franceses, los cuales reforzados á las tres de la tarde cobraron de nuevo ánimo. Entonces hubo generales españoles que creyeron prudente no aventurar las ventajas alcanzadas contra tropas que venian de refresco, resolviéndose por tanto á volver á ocupar la primera línea y proseguir el camino á Tarragona. Mas fuese por impetuosidad de los contrarios, ó por la natural inclinacion de Reding á no abandonar el campo, trabóse de nuevo y con mayor ardor la pelea.

Formó el general Saint-Cyr cuatro columnas, dos en el centro con la division de Pino, y dos en las alas con la de Souham. Pasó el Francolí, y arremetió subir á la cima en que se habian vuelto á colocar nuestras tropas. La resistencia de los españoles fue tenacísima, cediendo solo al bien concertado ataque de los enemi-

gos. Rota despues y al cabo de largo rato la línea en vano se quiso rehacerla, salvándose nuestros soldados por las malezas y barrancos de la tierra. Alcanzaron á Don Teodoro Reding algunos ginetes enemigos; defendióse él y los oficiales que le acompañaban valerosamente, mas recibió cinco heridas y con dificultad pudo ponerse en cobro. Nuestra pérdida pasó de 2000 hombres: menor la de los franceses. Contamos entre los muertos oficiales superiores, y quedó prisionero con otros el marqués de Casteldosrius grande de España. Los dispersos se derramaron por todas partes acogiéndose muchos á Tarragona, á donde llegó por la noche el general Reding sin que el pueblo le faltase al debido respeto, noticioso de cuanto habia expuesto su propia persona.

Entran los franceses en Reus

Los franceses entraron al siguiente dia en Reus, cuyos vecinos permanecieron en sus casas contra la costumbre general de Cataluña, y el ayuntamiento salió á recibir á los nuevos huéspedes, y aun repartió una contribucion para auxiliarlos. Irritó sobre manera tan desusado proceder, y desaprobóle agriamente el general Reding como de mal ejemplo. Villa opulenta á causa de sus fábricas y manufacturas no quiso perder en pocas horas la acumulada riqueza de muchos años. Extendiéronse los franceses hasta el puerto de Salou, y cortaron la comunicacion de Tarragona con el resto de España. Mucho esperó Saint-Cyr de la batalla de Valls, principalmente padeciéndose en Tarragona una enfermedad contagiosa nacida de los muchos enfermos y heridos hacinados dentro

de la plaza, y cuyo número se habia aumentado de resultas de un convenio que propuso el general Saint-Cyr y admitió Reding: segun el cual no debian en adelante considerarse los enfermos y heridos de los hospitales como prisioneros de guerra, sino que luego de convalecidos se habian de entregar á sus ejércitos respectivos. Como estaban en este caso muchos mas soldados españoles que franceses, pensaba el general Saint-Cyr que aumentándose asi los apuros dentro de Tarragona, acabaria esta plaza por abrirle sus puertas. Tenia en ello tanta confianza que conforme el mismo nos refiere en sus memorias, determinó no alejarse de aquellos muros mientras que pudiese dar á sus soldados la cuarta parte de una racion. Conducta permitida si se quiere en la guerra, pero que nunca se calificará de humana. Esperanzas de Saint-Cyr.

Nada logró: los catalanes sin abatirse empezaron por medio de los somatenes y miqueletes á renovar una guerra destructora. Diez mil de ellos bajo el general Wimpffen y los coroneles Milans y Clarós, atacaron á los franceses de Igualada, y los obligaron con su general Chabran á retirarse hasta Villafranca. Bloquearon otra vez á Barcelona, y cortando las comunicaciones de Saint-Cyr con aquella plaza, infundieron nuevo aliento en sus moradores. Quiso Chabran restablecerlas, mas rechazado retirose precipitadamente, hasta que insistiendo despues con mayores fuerzas y por órden repetida de su general en gefe, abrió el paso en 14 de marzo. Salen vanas. Guerra de somatenes.

No pudiendo ya, falto de víveres, sostenerse el general Saint-Cyr en el campo de Tarra-

gona, se dispuso á abandonar sus posiciones y acercarse á Vique, como pais mas provisto de granos y bastante próximo á Gerona, cuyo sitio meditaba. Debia el 18 de marzo emprender la marcha: difirióse dos dias á causa de un incidente que prueba cuán hostil se mantenia contra los franceses toda aquella tierra. Estaba el general Chabot apostado en Montblanc para impedir la comunicacion de Reding con Wimpffen, y de este con la plaza de Lérida. Oyose un dia en los puntos que ocupaba el ruido de un fuego vivo que partia de mas allá de sus avanzadas. Tal novedad obligóle á hacer un reconocimiento, por cuyo medio descubrió que provenia el estrépito de un encuentro de los somatenes con 600 hombres y dos piezas que traia un coronel enviado de Fraga por el mariscal Mortier, á fin de ponerse en relacion con el general Saint-Cyr. A duras penas habian llegado hasta Montblanc, mas no les fue posible retroceder á Aragon, teniendo despues que seguir la suerte de su ejército de Cataluña. Hecho que muestra de cuan poco habia servido domeñar á Zaragoza, y ganar la batalla de Valls para ser dueños del pais, puesto que á poco tiempo no le era dado á un oficial francés poder hacer un corto tránsito á pesar de tan fuerte escolta.

Dificultad de las comunicaciones.

Esta ocurrencia, la de Chabran y lo demas que por todas partes pasaba, affigia á los franceses viendo que aquella era guerra sin término, y que en cada habitante tenian un enemigo. Para inspirar confianza y dar á entender que nada temia, el 19 de marzo antes de salir de Valls envió el general Saint-Cyr á Reding un parla-

Retírase Saint-Cyr de las cercanías de Tarragona.

mentario avisándole que forzado por las circunstancias á acercarse á la frontera de Francia, partiria al dia siguiente, y que si el general español queria enviar un oficial con un destacamento, le entregaria el hospital que alli habia formado. Accedió Reding á la propuesta, manifestando con ella el general francés á su ejército el poco recelo que le daban en su retirada los españoles de Tarragona, oprimidos con enfermedades y trabajos. Paráronse algunos dias las divisiones francesas del Llobregat allá, y aprovechándose de su reunion ahuyentaron á Wimpffen del lado de Manresa.

Pasa por Barcelona.

Entró al paso en Barcelona el general Saint-Cyr, en donde permaneció hasta el 15 de abril. Durante su estancia no solo se ocupó en la parte militar, sino que tambien tomó disposiciones políticas, de las que algunas fueron sobradamente opresivas. El general Duhesme habia en todos tiempos mostrado temor de las conspiraciones que se tramaban en Barcelona, ya porque realmente las juzgase graves, ó ya tambien por encarecer su vigilancia. No hay duda que continuaron siempre tratos entre gentes de fuera de la plaza y personas notables de dentro, siendo de aquellas principal gefe Don Juan Clarós, y de estas el mismo capitan general Villalba, sucesor que habian dado á Ezpeleta los franceses. En el mes de marzo recobrando ánimo despues de pasados algunos dias de la rota de Valls, acercóse muchedumbre de miqueletes y somatenes á Barcelona, ayudándoles los ingleses del lado de la mar; hubo noche que llegáron hasta el glacis, y aun de dentro se tiraron

Estado de la ciudad.

tiros contra los franceses. En muchas de estas tentativas estaban quizá los conspiradores mas esperanzados de lo que debieran, y á veces la misma policía aumentaba los peligros, y aun fraguaba tramas para recomendar su buen zelo. Tal se decia de su gefe el español Casanova, y aun lo sospechaba el general Saint-Cyr, sirviendo de pretexto el nombre de conjuracion para apoderarse de los bienes de los acusados. Mas con todo no dejó de haber conspiraciones que fueron reales, y que mantuvieron justo recelo entre los enemigos: motivo por el que quiso el general Saint-Cyr obligar con juramento á las autoridades civiles á reconocer á José, del mismo modo que se habia intentado antes con los militares, sin que en ello fuese mas dichoso.

Niéganse las autoridades civiles á prestar juramento.

Hasta entonces no habia parecido á Duhesme conveniente exigírselo deseoso de evitar nueva irritacion y disgustos, y se contentaba con que ejerciesen sus respectivas jurisdicciones: resolucion prudente y que no poco contribuyó á la tranquilidad y buen órden de Barcelona. Mas ahora cumpliendo con lo que habia dispuesto el general Saint-Cyr convocó al efecto el 9 de abril á la casa de la audiencia á las autoridades civiles, y señaladamente concurrieron á ella los oidores Mendieta, Vaca, Córdova, Beltran, Marchamalo, Dueñas, Lasauca, Ortiz, Villanueva y Gutierrez; nombres dignos de mentarse por la entereza y brio con que se portaron. Abrióse la sesion con un discurso en que se invitaba á prestar el juramento, obligacion que se suponia suspendida á causa de particulares miramientos. Negáronse á ello resuel-

tamente cási todos, replicando con claras y firmes razones, principalmente los señores Mendieta y Don Domingo Dueñas, quien concluyó con expresar «que primero pisaria la toga que »le revestia, que deshonrarla con juramentos »contrarios á la lealtad." Siguieron tan noble ejemplo seis de los siete regidores que habian quedado en Barcelona: lo mismo hicieron los empleados en las oficinas de contaduría, tesorería y aduana, afirmando el contador Asaguirre «que aun cuando toda España proclamase á »José, él se expatriaria." Veintinueve fueron los que de resultas se enviaron presos á Monjuich y á la ciudadela, sin contar otros muchos que quedaron arrestados en sus casas, en cuyo número se distinguian el conde de Ezpeleta y su sucesor Don Galceran de Villalba. Al conducirlos á la prision el pueblo agolpábase al paso, y mirándolos como mártires de la lealtad, los colmaba de bendiciones, y les ofrecia todo linage de socorros.

No satisfecho Saint-Cyr con esta determinacion, resolvió poco despues trasladarlos á Francia, medida dura y en verdad agena de la condicion apacible y mansa que por lo comun mostraba aquel general, y tanto menos necesaria cuanto entre los presos si bien se contaban magistrados y empleados íntegros y de capacidad, no habia ninguno inclinado á abanderizar parcialidades. Prenden á muchos y los llevan á Francia.

Tomada esta y otras providencias se alejó el general Saint-Cyr de Barcelona, y llegó á Vique el 18 de abril, cuya ciudad encontró vacía de gente, excepto los enfermos, seis ancia- Pasa Saint-Cyr á Vique.

nos y el obispo. Con la precipitacion lleváronse solamente los vecinos las alhajas mas preciosas, dejando provisiones bastantes que aliviaron la penuria con que siempre andaba el ejército enemigo. Alli recibió su general noticias de Francia de que carecia por el camino directo despues de cinco meses, y empezóse á preparar para el sitio de Gerona, pensando que el ejército español no estaba en el caso de poder incomodarle tan en breve. No se engañaba en su juicio, asi por el estado enfermizo y de desórden en que se hallaba despues de la batalla de Valls, como tambien por el fallecimiento del general Reding acaecido en aquella plaza el 23 de abril. Al principio no se habian creido sus heridas de gravedad, pero empeorándose con las aflicciones y sinsabores pusieron término á su vida. Reding general diligente y de gran denuedo mostróse, aunque suizo de nacion, tan adicto á la causa de España, como si fuera hijo de su propio suelo. Sucedióle interinamente el marqués de Coupigny.

Muerte de Reding.

Sucédele Coupigny.

La guerra de somatenes siempre proseguia encarnizadamente, y largos y difíciles de contar serian sus particulares y diversos trances. Muestra fue del ardor que los animaba la vigorosa respuesta de los paisanos del Valles á la intimacion que los franceses les hicieron de rendirse. «El general Saint-Cyr [decian] y sus dignos com»pañeros podrán tener la funesta gloria de no »ver en todo este pais mas que un monton de rui»nas.... pero ni ellos ni su amo dirán jamas que »este partido rindió de grado la cerviz á un yu»go que justamente rechaza la nacion.”

Paisanos del Valles.

Principio de las partidas en todo el reino.

Tal género de guerra cundió á todas las provincias nacido de las circunstancias y por acomodarse muy mucho á la situacion física y geográfica de esta tierra de España, entretegida y enlazada con los brazos y ramales de montañas y sierras que como de principal tronco se desgajan de los Pirineos y otras cordilleras, las cuales aunque interrumpidas á veces por parameras, tendidas llanuras y deliciosas vegas, acanalando en unas partes los rios, y en otras quebrando y abarrancando el terreno con los torrentes y arroyadas que de sus cimas descienden, forman á cada paso angosturas y desfiladeros propios para una guerra defensiva y prolongada. No menos ayudaba á ella la índole de los naturales, su valor, la agilidad y soltura de los cuerpos, su sencillo arreo, la sobriedad y templanza en el vivir que los hace por lo general tan sufridores de la hambre, de la sed y trabajos. Hubo sitios en que guerreaba toda la poblacion: asi acontecia en Cataluña, asi en Galicia, segun luego veremos, asi en otras comarcas. En los demas parages levantáronse bandas de hombres armados, á las que se dió el nombre de *guerrillas*. Al principio cortas en número crecieron despues prodigiosamente, y acaudilladas por gefes atrevidos recorrian la tierra ocupada por el enemigo y le molestaban como tropas ligeras. Sin subir á Viriato puede con razon afirmarse que los españoles se mostraron siempre inclinados á este linage de lides, que se llaman en la 2.ª Partida correduras y algaras, fruto quizá de los muchos siglos que tuvieron aquellos que pelear contra los moros, en

cuyas guerras eran contínuas las correrías á que debieron su fama los Vivares y los Munios Sanchos de Hinojosa. En la de sucesion, aunque varias provincias no tomaron parte por ninguno de los pretendientes, aparecieron no obstante cuadrillas en algunos parages, y con tanta utilidad á veces de la bandera de la casa de Borbon, que el marqués de Santa Cruz de Marcenado en sus reflexiones militares las recomienda por los buenos servicios que habian hecho los paisanos de Benavarre. En la guerra contra Napoleon nacieron mas que de un plan combinado de la naturaleza de la misma lucha. Engruesábanlas con gente las dispersiones de los ejércitos, la falta de ocupacion y trabajo, la pobreza que resultaba, y sobre todo la aversion contra los invasores viva siempre y mayor cada dia por los males que necesariamente causaban sus tropas en guerra tan encarnizada.

Decreto de la central.

La junta central sin embargo previendo cuán provechoso sería no dar descanso al enemigo y molestarle á todas horas y en todos sentidos, imaginó la formacion de estos cuerpos francos, y al efecto publicó un reglamento en 28 de diciembre de 1808 en que despertando la ambicion y excitando el interés personal, trataba al mismo tiempo de poner coto á los desmanes y excesos que pudieran cometer tropas no sujetas á la rigorosa disciplina de un ejército. Nunca se practicó este reglamento en muchas de sus partes, y aun no habia circulado por las provincias cuando ya las recorrian algunos partidarios. Fue uno de los primeros Don Juan Diaz

Porlier.

Porlier, á quien denominaron el Marquesito

por creerle pariente de Romana. Oficial en uno de los regimientos que se hallaron en la accion de Burgos, tuvo despues encargo de juntar dispersos, y situóse con este objeto en San Cebrian de Campos á tres leguas de Palencia. Allegó en diciembre de 1808 alguna gente, y ya en enero sorprendió destacamentos enemigos en Frómista, Rivas y Paredes de Nava, en donde se pusieron en libertad varios prisioneros ingleses, señalándose por su intrepidez Don Bartolomé Amor segundo de Porlier. Próximo este á ser cogido en Saldaña y dispersada su tropa, juntóla de nuevo, haciéndose dueño en febrero del depósito de prisioneros que tenian los franceses en Sahagun, y de mas de 100 de sus soldados. Creció entonces su fama, difundióse á Asturias, y la junta le suministró auxilios, con lo que, y engrosada su partida, acometió á la guarnicion enemiga de Aguilar de Campó, compuesta de 400 hombres y dos cañones, siendo curioso el modo que empleó para rendirlos. Encerrados los franceses en su cuartel bien pertrechados y sostenidos por su artillería, dificultoso era entrarlos á viva fuerza. Viendo esto Porlier hizo subir algunos de los suyos á la torre, y de alli arrojar grandes piedras, que cayendo sobre el tejado del cuartel, le demolieron y dejaron descubiertos á los franceses obligándolos á entregarse prisioneros. Concluyó otras empresas con no menor dicha.

No fue tanta entonces la de Don Juan Fernandez de Echavarri que con nombre de compañía del norte levantó una cuadrilla que corria la montaña de Santander y señorío de Vizcaya, pues preso él y algunos de sus compañeros en Don Juan Echavarri.

30 de marzo, fue sentenciado á muerte por un tribunal criminal extraordinario que á manera del de Madrid se estableció en Bilbao, el cual en este y otros casos ejerció inhumanamente su odioso ministerio.

El Empecinado.

Otras partidas de menos nombre nacieron y comenzaron á multiplicarse por todas las provincias ocupadas. Distinguióse desde los principios la de Don Juan Martin Diez que llamaron el *Empecinado* [apodo que dan los comarcanos á los vecinos de Castrillo de Duero de donde era natural]. Soldado licenciado despues de la guerra de Francia de 1793, pasaba honradamente la vida dedicado á la labranza en la villa de Fuentecen. Mal enojado como todos los españoles con los acontecimientos de abril y mayo de 1808, dejó la esteva y empuñó la espada, hallándose ya en las acciones de Cabezon y Rioseco. Persiguiéronle despues envidias y enemistades, y le prendieron en el Burgo de Osma, de donde se escapó al entrar los franceses. Luego que se vió libre reunió gente ayudado de tres hermanos suyos; y empezando en diciembre á molestar al enemigo, recorrió en enero y febrero con fruto los partidos de Aranda, Segovia, tierra de Sepúlveda y Pedraza. Aunque acosado en seguida por los enemigos, internándose en Santa María de Nieva, recogió en sus cercanias muchos caballos y hombres. Con tales hechos se extendió la fama de su nombre, mas tambien el perseguimiento de los franceses que enviaron en su alcance fuerzas considerables, y prendieron como en rehenes á su madre. Cási rodeado salvóse en la primavera con

su partida, y sin abandonar ninguno de los prisioneros que habia hecho, yendo por las sierras de Avila, se guareció en Ciudad Rodrigo. Llegaron entonces á noticia de la central sus correrías, y le condecoró con el grado de capitan. Tambien por los meses de abril y mayo tomó las armas y formó partida Don Gerónimo Merino cura de Villoviado. Lo mismo hicieron otros muchos, de los que y de sus cuadrillas suspenderemos hablar hasta que ocurra algun hecho notable ó refiramos lo que pasaba en las provincias en que tenian su principal asiento.

Ayudaron al principio mucho á estas partidas, amparándolas en sus apuros las plazas y puntos que todavía quedaban libres. Acabamos de ver como el Empecinado se abrigó á Ciudad Rodrigo, en cuya plaza y sus alrededores solia permanecer el digno é incansable gefe inglés Sir Roberto Wilson. Asistido de su legion lusitana á la que se habian agregado españoles é ingleses dispersos, y una corta fuerza bajo Don Cárlos de España, protejia á nuestros partidarios é incomodaba al general Lapisse colocado en Ledesma y Salamanca. Este aunque al frente de 10,000 hombres y con mucha artillería, apenas habia hecho cosa notable hasta abril desde enero en que se apoderó de Zamora, ciudad cási abandonada. Solo en 2 de marzo esperanzado en malos tratos se presentó delante de Ciudad Rodrigo para entrar de rebate la plaza, mas el aviso de buenos españoles y la diligencia de Wilson le impidieron salir adelante con su proyecto, incomodándole este continuamente aun en sus mismos reales.

Ciudad Rodrigo y Wilson.

Asturias. Por aquel tiempo Asturias, provincia que despues de la invasion de Galicia era la sola libre entre las del norte, mostróse firme, y continuó desplegando sus patrióticos sentimientos. Gobernábala la misma junta que se habia congregado en 1808, compuesta de hacendados y personas principales del pais. Dió para el armamento y defensa enérgicas providencias, que la malquistaron con muchos. Tales fueron un alistamiento general sin excepcion de clase ni persona, el repartimiento extraordinario á toda la provincia de 2.000,000 de reales, y el de otras sumas entre los mas ricos capitalistas y propietarios, la rebaja de sueldos á los empleados; y por último el haber mandado á las corporaciones eclesiásticas que tuviesen á su disposicion los caudales que existieran en sus depósitos. Con estos recursos hubo bastante para hacer frente á los considerables gastos que ocasionaron las dispersiones de Espinosa y las posteriores, y arreglar de nuevo y aumentar la fuerza necesaria para la defensa del principado.

La junta.

Ballesteros. Uno de los puntos que urgia poner al abrigo de un impensado ataque era el del lado oriental, por donde los enemigos se habian extendido hasta mas acá de San Vicente de la Barquera. Juntáronse las pocas tropas que quedaban, y se pusieron á las órdenes de Don Francisco Ballesteros, que de capitan retirado y visitador de tabacos habia ascendido á mariscal de campo en la profusion de grados que se concedieron. Contentóse al principio el nuevo general con ocupar las orillas del rio Sella, hasta que reforzado avanzó en enero de 1809 á Colombres y riberas del

Deva. Descubrieron luego Ballesteros y otros gefes suma actividad y zelo, esmerándose en la instruccion y disciplina de subalternos y soldados. Y en aquel campo al paso que se perfeccionaron unos y otros en los ejercicios de su profesion, habituáronse tambien al fuego, no estando separados del enemigo sino por el Deva, y al fin se alcanzó formar una division que regida por Ballesteros adquirió justo renombre en el curso de la guerra.

Sus operaciones en Colombres.

Antes de empezar febrero ascendia dicha fuerza á 5000 hombres, y el 6 del mismo desalojó ya á la del enemigo de la línea que ocupaba, incomodándole con frecuencia, y cási siempre ventajosamente. Hubo ocasiones en que las refriegas fueron de mas empeño, sobre todo una acaecida en fines de abril, consiguiendo los nuestros penetrar hasta San Vicente de la Barquera, en cuyo pueblo celebró su victoria el general Ballesteros con grande aparato; vana ostentacion á que era inclinado, pero con la que entusiasmaba al soldado y granjeaba su voluntad.

Armamento de la provincia.

La junta de Asturias habia además establecido dentro del principado, bajo el nombre de *Alarma*, un levantamiento general para que acudiesen á la defensa, en caso de irrupcion, todos los hombres capaces de manejar un fusil ó un chuzo, de cuyas armas no habia vecino que no estuviese provisto.

Worster.

A últimos de enero, al saberse la ocupacion de Galicia, igualmente paró su atencion en formar y juntar con prontitud una division de 7000 hombres que cubriese la parte occidental de Asturias, y cuyo mando por desgracia dió á Don

José Worster general de menguado seso, aunque antiguo oficial de artillería.

Entran los asturianos en Rivadeo.

Puesta esta fuerza á orillas del Eo, sabiendo ser corta la que tenian enfrente los enemigos, y ansiando por tener un apoyo los patriotas de aquellos partidos, de los que del lado de Vivero se habian ya levantado algunos, tratóse seriamente al comenzar febrero de hacer una excursion en Galicia. Verificóse asi, mas con tan poco órden que las tropas de Worster cometieron excesos en Ribadeo como si fuesen enemigas, y mataron á Don Raimundo Ibañez comerciante rico é ilustrado de aquella villa. Difícil era que soldados tan insubordinados se comportasen debidamente cuando se tratase de guerrear. No obstante intentó Worster sorprender á los franceses que guarnecian á Mondoñedo. Sita esta ciudad en un profundo valle, cercada de altas montañas, y sin otro camino llano mas que el que conduce á Asturias, pudiera facilmente haberse conseguido la empresa. Pero Worster por sus mal concertadas órdenes, y el coronel Linares por no atender cumplidamente al punto que guardaba, diéronse tan torpe maña que dejaron retirarse á los franceses sin grande molestia. Worster luego que entró en Mondoñedo en vez de tener presente la clase de enemigo con quien las habia, entregóse á fiestas y convites que le dieron los vecinos, de cuyo descuido enterado el general francés Maurice Mathieu que mandaba por aquella parte, despues de entrar en Vivero, en que se habia formado una junta, y de entregar al saco y furor del soldado aquella villa, revolvió sobre Mondoñedo, sorprendió y dispersó

Y en Mondoñedo.

Sorprenden y dispersan los franceses á Worster.

la division de Worster, superior en número, y penetrando en Asturias hasta el Navia saqueó y aniquiló los concejos que median entre este rio y el Eo. Afortunadamente se hallaba en las cercanías Don Manuel Acevedo individuo de la junta, y hermano del general que pereció despues de la batalla de Espinosa, y á su actividad é ilustrada diligencia debióse la pronta reunion á esta parte del Navia de los soldados desbandados, ayudándole con esmero el gobernador del partido Don Matías Menendez, y el bizarro coronel Galdiano. Advertido el general francés de que la tropa asturiana se habia rehecho, y juzgando arriesgado internarse aun en el principado, retrocedió á Galicia y se contentó con ocupar sus antiguas posiciones.

Romana.

Tales eran los acontecimientos ocurridos en Asturias, mientras que esta provincia, si bien libre, se habia mantenido como aislada y sin comunicacion con las otras, hasta que en la primavera de 1809 pisó su suelo por primera vez el marqués de la Romana; mas para averiguar los motivos que trajeron á este caudillo al principado, necesario es referir antes lo que pasó en Galicia despues que le dejamos en enero á él y á su gente cerca de la frontera de Portugal.

Su ejército.

Alli continuó todo el febrero mudando á menudo de posicion, y aproximándose á veces á la plaza portuguesa de Chaves. Consistia su fuerza en 9000 hombres, distribuidos en una vanguardia al cargo de Don Gabriel de Mendizabal, y en dos divisiones que mandaban los generales Mahi y Taboada. Su estancia en aquellos parages animó mucho al paisanage de Galicia, abultán-

dose el número de sus tropas y el de sus recursos. Tambien procuraba el mismo marqués por medio de emisarios atizar el fuego, y el ayudante general Moscoso en una comision que tuvo en lo interior de aquella provincia, repartió con buen éxito ejemplares manuscritos de una instruccion que habia compuesto para la guerra de partidas.

Empieza el levantamiento de Galicia.

Hubo sitios en que produjeron estos pasos conveniente efecto; mas hubo otros en que sin ageno estímulo formáronse muy luego los habitantes en cuadrillas. Asi aconteció con los paisanos de la Puebla de Tribes que los primeros y antes de comenzar febrero, dirigidos por Diego Nuñez de Millaroso, cogieron prisioneros á 80 dragones de la division del general Marchand, los cuales con varios despojos llevaron en triunfo adonde estaba Romana. Imitáronlos en breve otros muchos en el valle de Valdeorras, y uniéndose cinco fieldades eligieron una junta, escogiendo por su general á Don José, abad de Casoyo, mozo arrojado y de la casa de Quiroga, ilustre en aquella tierra. Su hermano Don Juan tambien de Quiroga y Uria cooperó grandemente á sus empresas, que se multiplicaron y se extendieron hácia el Vierzo. En la línea de Lugo desde el valle de Cruzul hasta monte Salgueiro, no léjos de Betanzos, interceptaron los naturales correos y destacamentos, señalándose el juez de Cancelada Don Ignacio Herbon, quien al acabar febrero atacó en Doncos un convoy, y le cogió en su mayor parte. Pero en donde se encendió extraordinariamente y tomó forma mas regular la insurreccion, segun veremos mas adelante, fue del lado de Tuy.

Mucho hubiera podido contribuir á darle pronto y vigoroso centro la permanencia de Romana hácia Monterey; mas nuevas ocurrencias le obligaron á alejarse. Indicamos en otro libro como el mariscal Soult avanzaba por la costa de Galicia via de Portugal. Ejecutó este movimiento en virtud de órden que en 28 de enero recibió en el Ferrol para invadir aquel reino.

Mariscal Soult.

Luego que se embarcaron los ingleses en la Coruña quedando pocos en Lisboa, parecióle fácil á Napoleon llegar á las puertas de esta capital, y lavar con su conquista la antigua mancha. Para ello al paso que Soult habia de realizar la principal invasion por la costa de Galicia y provincias portuguesas del norte, el general Lapisse y el mariscal Victor estaban encargados de amenazar la frontera portuguesa por Ciudad Rodrigo y Extremadura. Componíanse las fuerzas de Soult del segundo cuerpo y de parte del que habia mandado Junot: segun Napoleon ascendian en todo á 50,000 hombres, como si no hubiesen tenido pérdidas ni baja alguna; mas realmente estaban reducidos á la mitad: 4000 eran de caballería.

Trata de invadir á Portugal.

El mariscal Soult despues de tomar las correspondientes providencias y de dejar en su lugar á Ney, ausente en Lugo al recibo de la órden, púsose en marcha, y el 3 de febrero llegó á Santiago. Precediéronle los generales Lahoussaye y Franceschi: el primero con los dragones se encaminó á Ribadavia y Salvatierra, plaza de poco valer y desmantelada á orilla derecha del Miño; y el segundo con la caballería ligera fue la vuelta de Tuy, ciudad colocada en la misma

Inútil tentativa para atravesar el Miño.

ribera. Sostenia á estas divisiones la de infantería del general Merle, que avanzó á Pontevedra. Las otras con el mariscal Soult salieron de Santiago el 8, llegando el 10 á Tuy. Corre el Miño por alli muy caudaloso, y sin que desde Orense se encuentre puente alguno; no obstante pensó Soult cruzarle hácia la marina, acopiando los preparativos necesarios en el puertecillo de la Guardia, separado de la embocadura por el monte de Santa Tecla. Habiendo dificultades para doblar la punta que este forma, y subir rio arriba, trasladaron los franceses por tierra en carros gallegos cosa de una legua con mucho trabajo los botes destinados al transporte de la tropa, y los volvieron á poner boyantes en el Tamuge, rio pequeño que desagua en el Miño. El 15 en la noche á la hora de la marea alta quedó encargado de empezar la operacion el general Thomieres. Ejecutóse en buen órden por el Tamuge, pero al entrar en la gran corriente del Miño, mas rápida con el reflujo que comenzaba, separáronse los botes, y pocos fueron los que arribaron á la orilla opuesta. Los portugueses mandados por el general Bernardino Freire hicieron contra ellos un fuego vivo y acertado, con lo cual y la marea ya contraria tuvieron que volver los mas á tierra de España, quedando prisioneros de los portugueses unos 40 hombres. El malogramiento de esta tentativa cundiendo por una y otra frontera animó al paisanage, deseoso de molestar á los franceses.

Toma Soult hácia Orense.

Tambien con aquel contratiempo vió el mariscal Soult los obstáculos que se le ofrecian para pasar el Miño, no teniendo á su pronta dispo-

sicion los medios necesarios. Por lo cual determinó entrar en Portugal via de Orense, tomando rio arriba. Salió pues de Tuy el 17 de febrero, y nombró al general Lamartiniere comandante de la ciudad, en la que dejó los enfermos, la mayor parte de la artillería, y alguna guarnicion.

Insurreccion.

A corta distancia ya percibió síntomas de una insurreccion general. Habíanla fomentado varios individuos, entre los que se señalaron el abad de Couto y el de Valladares. Aquella tierra está bien cultivada, con poblacion numerosa y desparramada en caseríos rústicos. De las heredades distribuidas en cortas porciones, y por lo general á foro enfitéutico, disponen los usufructuarios como de cosa propia. Y la gente trabajadora y de suyo guardosa, temia mas que la de otras provincias perder con la invasion de estraños el producto de sus labores é industria, y con tanta mayor razon cuanto los franceses escasos de provisiones comenzaron á hacer repartimientos excesivos, y á cometer robos y saqueos.

Los abades de Couto y Valladares.

El paisanage molesta á los franceses en su marcha.

Alli los abades, nombre que se dá á los curas párrocos, tienen mucho influjo por su riqueza y poder. Lo tienen los ricos y cercanos monasterios del órden cisterciense de San Clodio y Melon, y teníanlo tambien entonces por su patriotismo varios particulares, los cuales juntos y separadamente trataron de aprovechar la buena disposicion del pueblo contra los extrangeros. Antes que ninguno descubrióse el abad de Couto Don Mauricio Troncoso, quien congregando á sus feligreses con motivo de un repartimiento que los invasores habian echado, díjoles: «En

»vez de dar á los enemigos lo que nos piden, »seré vuestra guia si quereis negárselo y em»plearlo en vuestra defensa." Aplaudieron todos aquellas palabras, y agregándose personas de cuenta y aun portugueses, soltáronse de todos lados partidas que hostigaron á los franceses en su marcha. En Mourentan hízoles notable daño el mismo abad de Couto, y quemaron aquel pueblo en venganza. Desde el puente de las Hachas hasta Ribadavia tambien padecieron varias acometidas, acaudillando al paisanage José Labrador, el monge bernardo Fray Francisco Carrascon, y despues el juez de Maside; y si bien en estos reencuentros los franceses con su pericia y buenas armas rompian al fin por medio é iban adelante, perdian gente y amilanábanse sus soldados con guerra tan continua y encarnizada.

Soult y Romana. Intimacion á este.

De Ribadavia pasó el mariscal Soult á Orense resuelto á entrar en Portugal por la plaza de Chabes, y á disipar antes el corto ejército de Romana. Manteníase este general en el valle de Monterey, y hallábase en Lamadarcos el 4 de marzo cuando llegó un parlamentario francés con un pliego, ofreciendo recompensas y condecoraciones con tal que Romana y su ejército reconociesen á José. Replicó el general español debidamente, diciendo que á tales proposiciones no habia otra respuesta sino cañonazos. Pero no habiéndose tomado en el recibimiento del oficial parlamentario las acostumbradas precauciones, examinó este con sus propios ojos el deplorable estado de nuestro ejército, y dió cuenta de ello á su mariscal, quien determinó atacar sin dilacion á los españoles.

El marqués de la Romana queria evitar cualquiera refriega, mas no habiéndose retirado tan prontamente como era de desear, fue el 6 de marzo alcanzada su retaguardia á las órdenes de Don Nicolás Mahy en las inmediaciones de Verin. Cogióle el general Franceschi algunos prisioneros y la desordenó, pero no insistiendo en su perseguimiento pudo continuar su marcha. Los franceses solo pensaron en entrar en Portugal, cuyas tropas mandadas por el general Silveira habian sido acometidas en Villaza el mismo dia que las españolas por la division de Delaborde, teniendo que retirarse despues de alguna pérdida al abrigo de la noche.

Es desbaratada la retaguardia española.

El general Mahy dirigióse á las Portillas, gargantas que parten término con Castilla, y se unió en Luvian con el marqués de la Romana. Andaban todos inciertos acerca del camino que tomarian, y pesábales á algunos que se abandonase á Galicia en la propia sazon en que por todas partes cundia el fuego insurreccional. Aprobóse al fin á propuesta del ayudante general Moscoso el no alejarse de la tierra montañosa, y conforme á esta determinacion decidió Romana partir la vuelta de Asturias, de donde soplaría la hoguera encendida en Galicia. En consecuencia cambióse de improviso la marcha, y se revolvió sobre las montañas de las Cabreras para cruzarlas por el puerto del Palo, pais escabroso, solitario, y cuyas sierras mas bien se escalan que se suben. A su paso sobrecogió la noche á nuestros soldados, en estacion cruda, expuestos á la inclemencia, desprovistos de todo. Animándose unos á otros llegaron por fin

á Ponferrada del Vierzo con admiracion de sus vecinos que los creian léjos de sus hogares. En aquella villa y otros muchos pueblos no habia francés alguno, contentándose estos con ocupar la línea de comunicacion de la Calzada que de Galicia va á Castilla, y aun en ella tenian poca tropa, excepto en Villafranca en que contaban unos 1000 hombres de escogidas tropas.

Ataca á Villafranca.

Las de Romana no estaban para emprender expediciones de grande importancia, pero el haber casualmente encontrado en una ermita cerca de Ponferrada un cañon de á doce abandonado con su cureña y balas de su calibre, sugirió la idea al ayudante Moscoso de proponer al general en gefe un ataque contra los franceses de Villafranca. Condescendió Romana, y desde Toreno á donde se habia ya trasladado para entrar en Asturias, dispuso que acometiese la empresa con 1500 hombres el general Mendizabal.

Se apodera de la guarnicion.

Los franceses á la inesperada vista de los españoles y del cañon de grueso calibre, imaginándose venia sobre ellos gran fuerza, se arredraron y metieron en el castillo-palacio de la villa, perteneciente á los marqueses que llevan su nombre: era edificio antiguo de muros sólidos con cuatro torreones que defendian cañones de hierro, y el cual quemaron despues los paisanos para que no sirviese otra vez de refugio al enemigo. Comenzaron los españoles su ataque en la mañana del 17 de marzo, distinguiéndose el regimiento de voluntarios de la Corona, é íbase ya á entrar por fuerza el castillo, cuando intimada la rendicion abrieron los franceses la puerta, y quedaron prisioneros 1000 gra-

naderos que le guarnecian de las mas acreditadas tropas. Avergonzábanse despues de haber entregado las armas á tan corto número de hombres y á gente de tan poca apariencia como eran entonces las tropas de aquel ejército. La nueva de este suceso creciendo de boca en boca alentó á los patriotas de Galicia, que se figuraban ser ya mas numerosas las tropas que capitaneaba Romana. Ojalá se hubiera siempre limitado este caudillo á tal linage de empresas, dignas de un militar y de su elevado puesto, evitando entrometerse en querellas y divisiones de provincias, segun aconteció en Oviedo, á cuya ciudad llegó poco despues de la toma del castillo de Villafranca.

Llega Romana á Oviedo.

Los disgustos excitados con las providencias oportunas y enérgicas de aquella junta, habíanse entonces aumentado con otras intempestivas y arbitrarias dadas contra algunas personas. Los descontentos, sobre todo ciertos individuos de corporaciones privilegiadas, salieron á recibir á Romana, y por desgracia de tal modo preocuparon su ánimo que en vez de obrar desapasionadamente, y de contentarse con reprimir los abusos de autoridad que hubiese habido, púsose del bando de los que se creian agraviados. Tratáronse por consiguiente el general y la junta con frialdad y desvio, sin que le fuese dado conciliarlos á la prudencia y buen tino de su presidente el brigadier D. José Valdés, antiguo gefe de Romana cuando este servia en la armada. La central habia autorizado al marqués con amplias facultades en la parte militar, y él ensanchándolas á su sabor empezó por reprender á la junta en lo que precisamente

Altercado con la junta.

merecia mas alabanza, como lo era en haber mandado que tomasen las armas todos sin excepcion, inclusos los donados y legos de los conventos, y los beneficiados no ordenados *in sacris*. Compuesta dicha corporacion de los principales de la provincia y de suyo altiva, respondió acerbamente á la inadvertida reprension; con lo cual irritado aun mas Romana quiso llamarla á cuentas. Negóse á ello la junta por no creerle autoridad competente, pero añadiendo que haria públicas sus entradas é inversiones para satisfaccion de sus comitentes. Encendiéndose asi el enojo de ambas partes, en especial con motivo de un repartimiento de 4.000,000 enviados por la central para uso del principado y que Romana queria por sí aplicar á su solo ejército, decidióse el último á disolver la junta, á cuyo fin y por órden suya penetró en la sala de las sesiones el coronel Don José de Odonell con 50 hombres del regimiento de la Princesa, haciendo en ello un pequeño y ridículo remedo del 18 Brumario de Napoleon. Cedieron los vocales á la violencia, sin dejar de hacer fuerte y enérgica oposicion, señaladamente Don Manuel María de Acevedo. Romana nombró otra junta en su lugar, mas la tropelía cometida con la anterior disgustó á los mas, y desencajó, por decirlo asi, de su asiento en el principado el órden
(* Ap. n. 7) y buen gobierno. * Injustamente acusaron algunos á la junta disuelta de malversacion de caudales: pudientes y ricos los mas de sus individuos habian hecho los mas de ellos donativos cuantiosos, y su patriotismo y zelo estaban libres de tacha: solo, repetimos, incurrieron en

merecida censura por algunas medidas arbitrarias contra determinadas personas. Hablamos en este punto con tanto mayor imparcialidad, cuanto no andábamos bien avenidos con aquella junta, por lo que merecimos de Romana que nos nombrase de la que habia en su lugar creado, gracia que no admitimos por considerar su procedimiento ilegal y dañoso.

Sabedor el mariscal Ney de la discordia suscitada entre la junta de Asturias y Romana, y temeroso sobre todo con lo sucedido en Villafranca de que uniendo este caudillo sus tropas á las del principado formase un cuerpo respetable y bastante numeroso para incomodarle y cortarle su comunicacion con el reino de Leon, se preparó á invadir á Asturias poniéndose de acuerdo con fuerzas que habia en Castilla y en Santander. Parece ser que desde Francia tambien le habia venido órden de no desperdiciar oportuna coyuntura de verificar dicha invasion. Romana por su parte mas ocupado en las contestaciones y querellas de la junta que en uniformar y arreglar la mucha gente que ahora tenia á su disposicion, no tomó acerca de ello providencia alguna. Dejó correr en el principado los asuntos militares segun iban á su llegada, y olvidó á su ejército de Galicia, el cual á las órdenes de Don Nicolás Mahy pasando el puerto de Ancares se habia situado hácia el Navia, extendiéndose hasta las avenidas de Lugo y Mondoñedo.

Invade Ney á Asturias.

El mariscal Ney rozándose cási con este ejército y acompañado de 6000 hombres, se dirigió desde Galicia por la tierra áspera y encumbrada de Navia de Suarna á Ibias, y des-

cendiendo á Cangas de Tineo, Salas y Grado se adelantó á Oviedo, al mismo tiempo que procedente de Valladolid y con otra tanta ó mas fuerza se metia en el principado por el puerto de Pajares el general Kellermann. Estaba ya cercano á Oviedo el mariscal Ney y todavía lo ignoraba Romana. Recibió este al fin un aviso y apresuradamente despues de dar por primera vez órdenes á la division de Ballesteros y á la de Worster poco antes malamente repuesto en el mando, pasó á Gijon en donde se embarcó tomando en seguida tierra en Ribadeo. Entró Ney en Oviedo el 19 de mayo, de cuya ciudad habian salido cási todos sus moradores, dejando abandonadas sus casas y haberes. Entregada al saco durante tres dias, viéronse muchos arruinados y menguaron los intereses de otros. A la noticia de la invasion acercóse el general Worster lentamente á Oviedo por el pais de montaña, y Ballesteros retrocediendo de Colombres al Infiesto, enriscóse luego por las asperezas de Covadonga, santuario célebre mirado como cuna de la monarquía de Castilla. Paróse poco Ney en la capital de Asturias, y dejando allí á Kellermann y en Villaviciosa al general Bonnet que habia venido con su division hasta aquel sitio de los lindes de Santander, tornó por la costa á Galicia, á donde le llamaban acontecimientos de cuantía, y á que daban ocasion reveses de Soult en Portugal, la insurreccion de la provincia de Tuy y otras, y aun tambien los movimientos del ejército de la Romana, el cual amenazaba á Lugo y alentaba al paisanage con la abultada fama de sus hazañas.

Kellermann.

Romana se embarca en Gijon.

Saquean los franceses á Oviedo.

Sale Ney de Asturias.

La fuerza de este ejército puede decirse que estaba dividida en dos partes, de la una que era la principal acabamos de hacer mencion, la otra entonces menos numerosa habia quedado en la Puebla de Sanabria á las órdenes de Don Martin de la Carrera. La primera gobernada en ausencia de Romana por Don Nicolás Mahy constaba de unos 6000 hombres y de 200 caballos: la cual á la propia sazon que Ney se movia la vuelta de Asturias, se adelantó hácia el monasterio cisterciense de Meira no lejano de Lugo. El general Worster no habia querido acompañar á Mahy en aquel movimiento creyendo que la fuerza que mandaba debia pensar antes que en otra cosa en cubrir á Asturias. Siguió avanzando dicho general Mahy, y su vanguardia capitaneada por Don Gabriel de Mendizabal tropezó el 17 de mayo en Feria de Castro á dos leguas de Lugo con una columna enemiga de 1500 hombres que obligó á meterse en la ciudad. Al dia siguiente el general Fournier gobernador francés, militar entendido pero de condicion singular, y muy dado á hablar en latin á los obispos y á los clérigos, salió de dentro y se dispuso á aguardar á los nuestros en las inmediaciones, apoyando la izquierda en los mismos muros y la derecha en un pinar vecino. Acometióle Don Nicolás Mahy formando su gente en dos columnas guiadas por los generales Mendizabal y Taboada, junto con los 200 ginetes que mandaba Don Juan Caro. A espaldas quedó la reserva á las órdenes del brigadier Losada, y aparentóse tener otro cuerpo de caballería colocando á distancia, montados en acémilas y ca-

Mahy amenaza a Lugo.

Desbarata al general Fournier.

ballos de oficiales, cierto número de soldados; ardid que no dejó de servir, notándose tambien en nuestras tropas mas instruccion y confianza. Trabóse la pelea y á poco volviendo caras la caballería enemiga desconcertó su línea de batalla, é infantes y ginetes corrieron precipitadamente á guarecerse de la ciudad, acometiendo con tal brio nuestra gente que varios catalanes de tropas ligeras metiéndose dentro al mismo tiempo que aquellos, tuvieron despues que descolgarse por las casas pegadas al muro ayudados de los vecinos. Los franceses perdieron bastante gente y los españoles varios oficiales, y en este número al comandante de ingenieros D. Pedro Gonzalez Dávila distinguido por su valor. No pudiendo los españoles ganar en seguida á Lugo, ciudad rodeada de una antigua y elevada muralla y de muchos torreones aunque socavado el revestimiento por los años, intimaron la rendicion al gobernador que respondió con honrosa arrogancia. Entonces decidióse á formalizar el cerco el general Mahy, y alli le dejaremos para acudir á donde nos llaman los gloriosos hechos de las orillas del Miño.

Pone cerco á la ciudad.

Crece la insurreccion de Galicia.

Luego que el mariscal Soult hubo pasado de Orense via de Portugal, la insurreccion del paisanage gallego se aumentó, cundiendo por las feligresías de las provincias de Tuy, Lugo, Orense y Santiago hasta las riberas del Ulla y aun mas allá. Por todas partes aparecieron gefes para acaudillarla, y Romana y la central enviaron tambien algunos que la fomentasen. Entre los primeros fueron los mas distinguidos los abades ya nombrados de Couto y Valladares, y ademas

un caballero de nombre Don Joaquin Tenreiro, el alcalde de Tuy Don Cosme de Seoane y Don Manuel Cordido labrador y juez de Cotobad. Asi indistintamente se aunaban todas las clases contra el enemigo comun. El último hizo guerra terrible en la carretera de Pontevedra á Santiago, los otros despues de varios choques recorriendo la tierra de Tuy y Vigo, obligaron á los franceses á encerrarse en el recinto de ambas plazas. De los emisarios de Romana diéronse particularmente á conocer los capitanes Don Bernardo Gonzalez, dicho Cachamuiña del pueblo de donde era natural, y Don Francisco Colombo, incomodando mucho el primero á los enemigos por la parte de Soutelo de montes y puente de Ledesma. Fueron los enviados de la central el teniente coronel Don Manuel García del Barrio, el entonces alferez Don Pablo Morillo, y el canónigo de Santiago Don Manuel de Acuña, gallego, y de familia que tenia deudos y amigos en el pais. Llegaron estos cuando todavía el marqués de la Romana estaba en el valle de Monterey, y permaneciendo Barrio en su compañía hasta que partió á Asturias, envió hácia Tuy á los otros dos comisionados para obrar de acuerdo con los que por alli lidiaban contra los franceses.

Ademas no hubo partido ni punto en que antes ó despues no fuesen molestados: asi sucedió en Trasdeza noléjos de Santiago en que se formó una junta, y mandaron la gente los hermanos estudiantes Don Benito y Don Gregorio Martinez: asi en Muros, en Corcubion, en Monforte de Lemos aunque con la desgracia en las

tres últimas villas de haber sido incendiadas y horrorosamente puestas á saco. No desanimándose los moradores por tamaños contratiempos, sabedor Barrio de que en las alturas de Lobera reunia bastante gente el administrador de rentas de la Boullosa Don José Joaquin Márquez, incorporósele el 17 de marzo viniendo de hácia Chaves. Reconocido Barrio como comisionado de la central, convino con los demas en congregar una junta compuesta de vocales del partido y de las personas que mas habian contribuido al levantamiento de otras feligresías. Verificóse en efecto, instalándose el 21 del mismo mes de marzo en aquellas alturas y en campo raso, renovando la sencillez de los tiempos primitivos. Sujetáronse todos á la autoridad creada, nombróse presidente al obispo de Orense y sin detencion se tomaron disposiciones que mantuvieron é impulsaron mas ordenadamente la insurreccion. Al Márquez, hombre esforzado y que habia trabajado en favor de la causa comun mas que los otros, diósele el mando de un nuevo regimiento que se apellidó de Lobera, y mandósele ir á reforzar á los que bloqueaban á Tuy. Tambien se expidió órden á Cachamuiña para que de Soutelo cayese sobre Vigo y engrosase el número de los sitiadores. Dispusiéronse asimismo para entonces y para despues varias otras correrías, en especial hácia Lugo y valle de Valdeorras, acaudillando siempre el paisanage Don Juan Bernardo de Quiroga y su hermano el abad de Casoyo.

Barrio. Junta de Lobera.

Sitia á Vigo el abad de Valladares.

Entre tanto seguian apretando á las ciudades de Tuy y Vigo los abades de Couto y Vallada-

res. Guarnecian á la última 1300 franceses al mando del gefe de escuadron Chalot. Aunque es aquel puerto uno de los mejores y mas abrigados de España, la fortificacion de tierra es defectuosa, y á su muralla baja en algunas partes y sin foso la domina á corta distancia el castillo del Castro. Sin embargo la plaza estaba bien provista y artillada. Estrechábala el abad de Valladares Don Juan Rosendo Arias Henriquez, á quien se le habia agregado la gente que en el valle de Fragoso habia levantado su anciano alcalde Don Cayetano Limia, para lo que le facilitó armas el crucero inglés de la inmediata costa. Asimismo se le juntó Don Joaquin Tenreiro que con el portugués Don Juan Bautista Almeida habia recogido muchos voluntarios de algunos valles, engrosándose de este modo considerablemente el número de sitiadores. Limia. Tenreiro y el portugués Almeida.

Tambien en marzo se presentó entre ellos Don Pablo Morillo, quien enterado de que una columna francesa intentaba, encaminándose del lado de Pontevedra, venir al socorro de la plaza, corrió al puente de San Payo para reconocerle y asegurar su defensa, como lo verificó ayudado de Don Antonio Gogo vecino de Marin, que capitaneaba una partida numerosa de paisanos, y era dueño de dos piezas de artillería. Colocó estas Morillo con otras tres que fueron de Redondela en el paso del puente, que fortalecido dejó al mando de Don Juan de Odogerti comandante de tres lanchas cañoneras. Volvióse luego Don Pablo al sitio de Vigo, y en su compañía 300 hombres mandados por Don Bernardo Gonzalez Cachamuiña y D. Francisco Colombo. Morillo. Gogo.

Ríndese Vigo á los españoles.

Habia el abad de Valladares intimado á la plaza varias veces la rendicion sin que el comandante francés quisiera abrir las puertas, pareciéndole vergonzoso y poco seguro capitular con paisanos. Tornó como hemos dicho Morillo, y ya por sus activas y acertadas disposiciones, y ya por haber sido enviado de Sevilla, eleváronle los sitiadores á coronel, y reconociéronle como superior, á fin de que á vista de un militar cesasen los escrúpulos y recelos del comandante francés. Sin tardanza repitió el nuevo gefe español una áspera intimacion, amenazando el 27 de marzo con tomar por asalto la plaza y no dar cuartel. Pidieron los franceses 24 horas de término para contestar, y no accediendo Morillo, rindiéronse por fin concedidos que les fueron los honores de la guerra, y con la cláusula de que serian llevados prisioneros á Inglaterra, por lo cual firmó la capitulacion en union con el gefe español el comandante británico del crucero. Exigió ademas Morillo que inmediatamente se ratificase lo convenido, pues sino acometeria la plaza. Retardábase la respuesta, y á las ocho de la noche aproximáronse á sus muros los sitiadores, arrojándose á la puerta de Gamboa para hacerla astillas y armado de un hacha un marinero anciano que cayó muerto de un balazo: ocupó su puesto y tomó el hacha Gonzalez Cachamuiña, y rompióla aunque herido en varias partes de su cuerpo. Ibase ya á entrar por ella cuando Morillo recibió la ratificacion, y á duras penas pudo con su recia voz hacer cesar el fuego y detener á los suyos que se posesionaron de la plaza al dia siguiente 28. No

hubo en su reconquista ni ingenieros ni cañones, ganada solo á impulsos del patriotismo gallego. Entregáronse prisioneros 1213 hombres y 46 oficiales, y cogiéronse otras preseas con 117,000 francos en moneda de Francia. A poco de haberse rendido súpose que de Tuy acudian soldados enemigos en auxilio de la guarnicion de Vigo: dióse priesa Morillo á enviar á su encuentro personas y gente de su confianza, quiénes los deshicieron, mataron á muchos y aun tomaron 72 prisioneros que se pusieron á bordo juntamente con los de Vigo.

Bloqueo de Tuy.

Sin embargo la facilidad con que se enviaba este socorro mostraba no ser rigoroso el bloqueo de Tuy. Habíale comenzado el 15 de marzo el abad de Couto, y con él el juez y procurador general de la misma ciudad y otros caudillos. Tambien concurrieron portugueses de la orilla opuesta, y la plaza de Valencia situada enfrente habia tratado de molestar á los franceses con sus fuegos. Libertado Vigo esperábase que el cerco tendria pronto y feliz éxito, pues ademas de acudir desde alli con su gente Morillo, Tenreiro, Almeida y otros, vino tambien por su lado Don Manuel García del Barrio, reconocido comandante general por la junta de Lobera. Pero tanto concurso de gefes y caudillos no sirvió sino para suscitar zelos y rencillas. Morillo fuese en comision camino de Santiago, y los otros en especial Barrio y Tenreiro, el uno presuntuoso y el otro díscolo de condicion, desaviniéronse y ocupáronse en recíprocos piques y zaherimientos. Y asi este bloqueo sostenido con cañones y mas gente fue mal dirigido y al cabo

se malogró. Mandaba dentro el general La Martiniere, y el 6 de abril haciendo una salida apoderóse de cuatro piezas colocadas en la altura de Francos no muy distante de la ciudad. Ocurrida esta desgracia, y agriándose mas los ánimos, dióse lugar á que llegasen socorros á Tuy avanzando del lado de Santiago una columna de infantería y caballería á las órdenes del general Maucune, y otra del lado de Portugal mandada por el general Heudelet que enviaba Soult, ya posesionado de Oporto, para recoger la artillería que alli habia dejado.

Enseñoreóse el 10 de abril sin resistencia el general Heudelet de Valencia del Miño. Sabe-

Le alzan.

dores los españoles que bloqueaban á Tuy de aquel suceso, levantaron el sitio quedándose unos en las alturas que median entre esta plaza y la de Vigo, y alejándose otros con Barrio á Puente-Arcas. Al mismo tiempo los franceses que venian de Santiago arrollaron á la gente de Morillo en el camino de Redondela, y en venganza incendiaron la villa, metiéndose despues parte de ellos en Tuy, y tornando los otros con el general Maucune al punto de donde habian salido.

Evacuan la ciudad los franceses.

Socorrida la plaza sacaron los enemigos todos sus efectos y artillería, y temiendo nuevo bloqueo la abandonaron el 16, y se unieron con los de Valencia.

Por tanto si no tuvo dichoso remate el cerco de Tuy consiguióse por lo menos infundir recelo en los franceses, y ver desembarazada la

Se crea y aumenta la division del Miño.

márgen derecha del Miño. Esmeráronse entonces aquellos naturales en arreglar y disciplinar la gente que se habia levantado, y que se deno-

minó division del Miño, creando varios regimientos que se distinguieron en posteriores acciones. Incorporóse á ella la partida de Don José María Vazquez, conocido en Castilla por sus hechos con el nombre del salamanquino, y al fin aumentóse su fuerza, y ganó en la opinion gran peso con ponerse á la cabeza el 7 de mayo Don Martin de la Carrera, segun el deseo público, y cediéndole Barrio las facultades que tenia del gobierno supremo.

Mándala Don Martin de la Carrera.

Habia Don Martin permanecido todo aquel tiempo en la Puebla de Sanabria juntando dispersos. Unido á la division del Miño completó hasta unos 16,000 hombres, y ademas tenia algunos caballos y nueve cañones. Adelantóse con parte de su gente por la provincia de Tuy á Santiago, de cuya ciudad salieron á repelerle el 23 de mayo unos 3000 infantes y 300 caballos á las órdenes del general Maucune, acometiéndole en el campo de la Estrella. Los desbarátó Carrera, persiguiéndolos y metiéndose primero que nadie en la ciudad de Santiago Don Pablo Morillo. Cogiéronse alli fusiles y vestuarios y cuarenta y una arrobas de plata labrada, sin contar otra mucha de los templos. Recibidos los nuestros con universal regocijo, hubieron sin embargo de retirarse por las operaciones combinadas que luego meditaron los mariscales Ney y Soult, de vuelta uno de Asturias y otro de Portugal.

Desbarata á los franceses en el campo de la Estrella.

La campaña del último en este reino habia terminado con suma desdicha de sus armas. Recorreremos lo que alli pasó con rapidez, segun es nuestra costumbre en las cosas de Portugal. Pisó el 10 de marzo la frontera lusitana el ma-

Campaña de Soult en Portugal.

riscal Soult, y el 11 se le rindió Chaves, plaza en la provincia de Tras-los-Montes en mal estado, y que aun conservaba las brechas de la guerra con España de 1762. Penetró con 21,000 hombres, retirándose el general Silveira hácia Villa-Pouca. El 13 continuaron los franceses su marcha á Braga, con gran recelo de las fuerzas que alli mandaba Bernardino Freire. En este tránsito lleno de desfiladeros encontraron mucha oposicion, teniendo que caminar lentamente y escasos de mantenimientos. Acercándose al fin á Braga no pensó Freire, general poco respetado, en que se pudiese defender la ciudad, y asi dispuso retirarse. Enojado el pueblo le arrestó en un pueblo inmediato y le volvió á Braga, en donde fue bárbaramente asesinado. Vióse entonces su segundo el baron de Ebben en la necesidad de defender con gente colecticia la posicion de Carballo, legua y media distante, de la que apoderados los franceses penetraron el 20 en Braga, asomando el 28 á Oporto, vencidos otros obstáculos no menos dificultosos.

Entran los franceses en Chaves.

En Braga.

Asoman á Oporto.

Intimó luego la rendicion el mariscal Soult á esta ciudad, que situada á la derecha de Duero y á una legua de su embocadura, es por su poblacion de 70,000 almas y por su gran comercio la primera de Portugal despues de Lisboa. El ánimo de los naturales mostrábase levantado, tanto mas cuanto con la invasion francesa veian estancado y destruido su principal tráfico, que consiste en la salida de sus vinos para Inglaterra. Con objeto de defender la ciudad se habia en su derredor construido un campo atrincherado herizado de cañones, cuya derecha se apoyaba en

Estado de la ciudad.

el Duero, y la izquierda en los fuertes vecinos al mar; además habian atajado las calles, y colocado en ellas y en diversos puntos muchas piezas de artillería. La exaltacion popular era tal que fueron víctima de ella varias personas, y con dificultad pudo el mariscal Soult intimar la rendicion, no queriendo la ciudad dar oidos á tregua ni convenio. Hubo tambien ocasion en que so color de querer escuchar las proposiciones cogieron á los parlamentarios, como aconteció al general Foy que se llevaron prisionero con grave riesgo de su persona. Mandaba en gefe el obispo, pero la víspera del ataque abandonó la ciudad poniendo en su lugar al general Parreiras. Acometieron los franceses las líneas el 29 de marzo, que de grande extension, mal dispuestas y defendidas por gente allegadiza, fueron ganadas sin grande esfuerzo, entrando en la ciudad los vencedores, y haciendo su caballería tremenda matanza. Los habitantes huyendo del peligro se avalanzaron al puente de Duero, que formado de barcas rompióse con el gentío, y allí fueron las mayores lástimas ahogándose unos y ametrallando á otros los franceses desapiadadamente. Perecieron de 3 á 4000 personas, de ellas muchas mugeres y niños. Hubo hechos que ensalzaron al ya tan ilustrado valor de los portugueses: 200 hombres esforzados se defendieron en la catedral hasta que no quedó uno con vida.

Éntranla los franceses.

Gran matanza.

Siguiéronse deplorables excesos, no pudiendo Soult contener los ímpetus desmandados de su tropa. Este mariscal procuró entonces y despues granjearse la voluntad de los moradores,

Conducta del mariscal Soult.

aun imitándolos en las prácticas de un fervoroso zelo religioso.

Sus votos y ofrendas, y el particular cuidado del mariscal en agradar á los portugueses, dieron á sospechar si pensaba á modo de Junot ceñir la corona lusitana. Vino como en apoyo la exposicion seguida de otras, que se imprimió y publicó, de doce habitantes de Braga, en la que llamándole padre y libertador se mostraba deseo de que Napoleon le nombrase por su rey. Y aunque es cierto que el mariscal les replicó que no pendia de él darles respuesta, la mera publicacion de aquella demanda en pais en donde él era árbitro de impedirla ó autorizarla, manifestaba que sino dimanaba de sugestiones suyas por lo menos no era desagradable á sus oidos.

Pídenle sea rey.

Sus providencias.

Posesionados los franceses de Oporto no prosiguieron á Lisboa, asi por la oposicion que encontraron en el pais, como tambien por ignorar el paradero del general Lapisse y del mariscal Victor, cuyos movimientos del lado de Castilla y Extremadura debieron corresponder con el de Galicia. Limitáronse pues á conservar lo ganado, y á prepararse para mas adelante. Ya hablamos como con este objeto y el de tener la artillería que quedó en Tuy, habia retrocedido hácia esta plaza y desembarazádola de sitiadores el general Heudelet: otro tanto trataron de hacer los enemigos por la parte de Chaves, cuya ciudad habia recobrado el 20 de marzo el general Silveira, extendiéndose despues por el Tamega hasta Amarante y Peñafiel. Reforzado luego el mismo general, y molestando incansablemente á los franceses, permaneció en aquellos

Silveira recobra á Chaves.

sitios cerca de un mes; pero en 18 de abril queriendo el mariscal Soult abrir paso y tener libres las comunicaciones con Tras-los-Montes, envió al general Delaborde auxiliado de fuerza considerable. Al aproximarse situóse Silveira en Amarante, y defendió con tal teson el paso del puente que no pudieron superar los franceses hasta el 2 de mayo los obstáculos que se les oponian. Defensa para él muy honrosa aunque tuviese por entonces que alejarse momentáneamente.

Al mediodia de Oporto y camino de Lisboa no dilataron los franceses sus excursiones y correrías mas allá del Vouga, persuadidos de que resguardaban á Coimbra numerosas fuerzas. Sin embargo reducíanse estas á unos 4000 hombres mal disciplinados, y á una turba de paisanos que mandaba el coronel Trant, quien no pudo hacer otra cosa sino maniobrar con acierto, aparentando mayores medios que los que tenia. Mas como eran cortos se hubiera encaminado al fin el mariscal Soult á Lisboa luego que supo las resultas de la batalla de Medellin, si no hubiesen llegado inmediatamente grandes refuerzos al ejército inglés de Portugal. Coronel Trant.

Continuaba gobernando á este reino la regencia restablecida despues de la evacuacion de Junot. La gente que habia levantado nunca habia salido de sus lindes, no obstante las repetidas instancias de la junta central. Obró quizá el gobierno portugués cuerdamente en no acceder á ellas hallándose todavía su tropa bastante indisciplinada. De los ingleses habian quedado unos 10,000 hombres á las órdenes de Sir Juan Cradock, contra los que prorumpieron en grande Regencia de Portugal. Cradock y los ingleses.

enojo los portugueses á causa de las muestras que dieron de embarcarse al saber la suerte de Moore, apareciendo en sus providencias, mas que premeditado plan, desconcierto y abatimiento. Aquietado en fin el general inglés por órdenes posteriores de su gabinete permaneció en Lisboa, adelantándose despues á Leiria al mismo tiempo que el ejército portugués se situaba en Tomar, el cual sin contar con las fuerzas de Silveira, la legion lusitana y las reuniones de paisanos, constaba de unos 15 á 20,000 hombres. Disciplinábalos el general Beresford autorizado desde el mes de febrero por el príncipe regente de Portugal para obrar como comandante en gefe de sus tropas.

Beresford manda á los portugueses.

Asi andaban las cosas en aquel reino cuando el gobierno británico viendo que España no se sometia al yugo extrangero á pesar de sus desgracias y de la retirada de Moore, y vislumbrando tambien la guerra entre Austria y Francia, determinó probar de nuevo fortuna en la península reforzando considerablemente su ejército, y poniéndole á las órdenes de Sir Arturo Wellesley, ceñido ya con los laureles de Roliza y Vimeiro. Fueron llegando sucesivamente las tropas á las costas portuguesas, y su general en gefe desembarcó en Lisboa el 22 de abril, bien recibido y obsequiado de sus moradores. Poco despues el 29 púsose en marcha sobre Coimbra, llevando consigo 20,000 ingleses y 8000 portugueses. Doce mil de los últimos con dos brigadas británicas á las órdenes del general Mackenzie se apostaron en Santaren y Abrantes, adelantándose un regimiento de milicias y la legion lusi-

Refuérzáse el ejército inglés.

Sir Arturo Wellesley nombrado general en gefe.

Sus providencias.

tana, al cargo ahora del coronel Mayne, hasta el puente de Alcántara. Sir Roberto Wilson que poco antes mandaba dicha legion, hallábase destacado con un corto cuerpo de portugueses hácia Viseo. El general Wellesley llegó á Coimbra el 2 de mayo prefiriendo antes arrojar á Soult de Portugal que obrar por Extremadura de concierto con Cuesta, segun era el deseo de este caudillo y el del gobierno español. Avanza á Coimbra.

Los franceses no se habian movido de Oporto y de sus puestos del Vouga. En su ejército manifestábase disgusto, aburridos todos y cansados con aquella clase de guerra, y fomentando gran descontento una sociedad secreta, llamada de los Filadelfos, cuyo objeto era destruir la dinastía imperial y restablecer en Francia un gobierno republicano. Entre los que la componian habia oficiales superiores, y tenian pensado poner á su cabeza al mariscal Ney, ó al general Gouvion-Saint-Cyr. Extendíanse las ramificaciones de la sociedad á los demas ejércitos de Napoleon, y en el de España no abandonaron los conspiradores su proyecto hasta el año 10. Habia echado profundas raices en las tropas del mariscal Soult, y eran tantos los partícipes del secreto, que enviado para abrir tratos acerca de ello el ayudante mayor Mr. D'Argentou, pudo sin tropiezo ir hasta Lisboa, y con tal desembozo que inspiró desconfianza en Sir Arturo Wellesley, por lo cual respondió este al emisario francés que rebelárase ó no su ejército le atacaria en tanto que se mantuviese en Portugal: sin embargo añadió que si se declaraba contra Bonaparte se ajustaria quizá un convenio para su

Situacion de los franceses.

Sociedad secreta de los filadelfos.

retirada. Otros gefes parece ser que tuvieron tambien conferencias con el general británico, y de ellos se citan á los coroneles Donadieu y Lafitte. Mas D'Argentou de vuelta á Oporto habiéndose descubierto al general Lefebvre que creia en la trama ó favorable á ella, fue arrestado en la noche del 8 al 9 de mayo teniendo pasaportes del almirante inglés Berkley. Dilatóse su castigo para averiguar cuales fuesen sus cómplices, y ayudado de estos tuvo ocasion de escaparse y pasar á
(* Ap. n. 8) Inglaterra. *

Sobresaltó al mariscal Soult tan funesto acontecimiento que realizaba anteriores sospechas, al paso que aguijó por su parte al general Wellesley á avanzar prontamente, no contando sin embargo mucho con la sublevacion del ejército con-
Plan de Wellesley.
trario. Era el plan del general inglés envolver á Soult, y obligarle á una retirada desastrada ó á rendirse. Y conforme á su pensamiento dispuso que el general Beresford con las tropas de su mando, y las portuguesas que estaban en Viseo á las órdenes de Sir Roberto Wilson, se dirigiesen anticipadamente por Lamego, y pasasen el Duero para juntarse en Amarante con Silveira, cuya retirada todavía se ignoraba. Hecho este movimiento la demas fuerza británica debia avanzar en dos columnas sobre Oporto, una via de Aveiro y otra por el camino real. No se varió el plan aunque se supo luego el descalabro de Silveira, y el 6 de mayo se empezó la operacion convenida. El 10 y el 11 fue arrojado de las alturas de Grijo el general Franceschi que mandaba la vanguardia de los enemigos, la cual en seguida repasó el Duero.

El mariscal Soult tomando sin tardanza disposiciones para evacuar á Oporto y asegurar su retirada, voló el puente de barcas y retuvo en la márgen derecha todos los botes. Dió vista el 12 á la ciudad Sir Arturo Wellesley, y aunque cercano separábale la profunda y rápida corriente de Duero. No teniendo prontos los medios necesarios para atravesarla, hubiera Soult podido retirarse tranquilamente á Galicia si un feliz acaso no hubiese servido á ayudar la combinacion que para la travesía preparaba el general inglés, quien habia destacado rio arriba al general Murray á fin de que cruzase el Duero por Avintas y cayese sobre el flanco del enemigo al tiempo que este fuese atacado por el frente. Partió Murray; mas dudábase sobre el modo de verificar el paso á la sazon que el coronel Waters descubrió en un recodo que forma el rio un pequeño bote con el que yendo á la otra orilla, acompañado de dos ó tres individuos, se apoderó sin ser notado de cuatro grandes barcas abandonadas, y de priesa trájolas del lado de los suyos. Al instante y el mismo 12 á las diez del dia pasó en ellas el Duero Lord Paget con tres compañías. Siguieron otros, permaneciendo los enemigos tan descuidados que burlándose de los primeros avisos que dió un oficial, á nada dieron crédito hasta que el general Foy subiendo casualmente á la altura que se eleva enfrente del convento de Serra, advirtió que en efecto pasaban los ingleses el rio. Entonces todo el campo francés se conmovió y se puso sobre las armas. Trabóse entre los soldados de ambos ejércitos un vivísimo choque, agolpáronse sucesivamente de uno y otro lado tropas, y

Se apoderan los ingleses de Oporto.

llegando en fin de Avintas el general Murray abandonaron los franceses á Oporto, perseguidos por los ingleses hasta cierta distancia de la ciudad. La matanza fue grande. Cayeron heridos los generales Delaborde y Foy de una parte, y Lord Paget de la contraria, sin contar otros muchos de ambas. Censuróse agriamente en su propio ejército al mariscal Soult por el descuido de dejar á los ingleses pasar en medio del dia sin resistencia un rio tan caudaloso como por alli corre el Duero.

Apuros de Soult.

Despues de la salida de Oporto dos caminos le quedaban á dicho mariscal para retirarse, si queria conservar su artillería; uno por puente de Lima y Valencia de Miño, y el otro por el lado de Amarante. Contaba con que el último paso seria resguardado por el general Loison; mas este perseguido por los generales Beresford, Silveira y Wilson, le abandonó y puso á Soult en el mayor aprieto, sobre todo no pudiendo ir por el otro camino de puente de Lima sin encontrarse con el general Wellesley. Aunque rodeado de inminentes peligros no se abatió el mariscal francés, y con entereza y prontitud de ánimo admirables, destruyendo la artillería y los carruages, y acallando las voces que ya se oian de capitulacion, echóse por medio de senderos estrechos y casi intransitables, guiado en su laberinto por un hombre de la Navarra francesa, de los que van á España á ejercer una profesion lucrativa si bien poco honrosa. El tiempo aunque en mayo era lluvioso, los trabajos grandes, la persecucion y molestia de los paisanos contínua, precipitándose á veces hombres y caballos

por aquellos abismos y derrumbaderos. De suerte que hasta cierto punto renovaba ahora el mariscal Soult la escena que meses antes habia representado el general Moore cuando él iba en su perseguimiento. Los pueblos del tránsito fueron quemados y sus habitantes tratados cruelmente, y al mismo son que ellos cuando podian trataban á los franceses. Llegó el ejército de estos el 17 á Montealegre y el 18 pasó la frontera, no siguiendo el alcance los ingleses tierra adentro de España por querer su general retroceder á Extremadura, segun antes habia prometido á Cuesta. Subió á bastante la pérdida de los enemigos en la retirada, y sin la celeridad y consumada pericia del mariscal Soult dificilmente se hubieran libertado de caer en manos del inglés, cuya excesiva prudencia motejaron muchos. Llegaron los franceses á Lugo el 23, habiéndolos molestado poco el paisanage español que estaba como desprevenido.

Pasa la frontera.

Llega á Lugo.

La víspera sabedor el general Mahy de que se acercaban, levantó el sitio que habia poco antes puesto á aquella ciudad y se replegó á la de Mondoñedo. Encontráronse alli el 24 él y Romana, procedente el último de Ribadeo, á donde habia desembarcado, salvándose de Asturias. Mal colocados entonces y expuestos á ser cogidos entre los mariscales Ney y Soult, resolvieron los generales españoles emprender por medio de una marcha atrevida un movimiento hácia el Sil, para abrigarse de Portugal, cruzando con cautela el camino real en las inmediaciones de Lugo. Verificóse asi felizmente, y por Monforte tomaron los nuestros á Orense. Aun-

Levanta Mahy el cerco.

Encuéntrase con Romana en Mondoñedo.

Marcha atrevida de los españoles.

que esta marcha era necesaria asi para esquivar, como hemos dicho, el encuentro de los mariscales franceses, como tambien para darse la mano con Don Martin de la Carrera y las fuerzas que habia en las provincias de Tuy y Santiago, disgustó mucho al soldado que comenzaba á murmurar de tanto camino como sin fruto habia andado, apellidando al de la Romana marqués de las Romerías: porque en efecto si bien era loable su constancia en los trabajos y la conformidad con que sobrellevaba las escaseces y miseria, nunca se habia visto salir de su mente otra providencia que la de marchar y contramarchar, y las mas veces á tientas, de improviso y precipitadamente, falto de plan, á la ventura, y como suele decirse, á la buena de Dios. Solo en su ausencia y en los puntos en que no se hallaba peleábase, y gefes entendidos y diligentes procuraban introducir mayor arreglo y obrar con mas concierto y actividad. El único, pero en verdad gran servicio, que hizo Romana fue el de mantenerse constante en la buena causa, y el de alimentar con su nombre las esperanzas y brios de los gallegos.

Descontento del soldado con Romana.

Mas las tropas que mandaba por poco numerosas que fuesen, si se unian con las que estaban hácia la parte de Pontevedra y fomentaban de cerca la insurreccion de la tierra, ponian en peligro á los franceses exigiendo de ellos prontas y acordadas medidas. Tales eran las que tomaron en Lugo el 29 de mayo los mariscales Soult y Ney de vuelta ya este de su rápida excursion en Asturias. Segun ellas debia el primero perseguir y dispersar á Romana, dirigiéndo-

Ney y Soult en Lugo.

Conciértanse para destruir el ejército español.

se sobre la puebla de Sanabria, y conservar por Orense comunicacion con el segundo: quien, derrotado que fuese Carrera, habia de avanzar á Tuy y Vigo para sofocar del todo la insurreccion. Púsose pues el mariscal Ney en camino con 8000 infantes y 1200 caballos, y avanzó contra la division del Miño animada del mayor entusiasmo. La mandaba entonces en gefe el conde de Noroña, nombrado por la central segundo comandante de Galicia, mas este tuvo el buen juicio de seguir el dictámen de Carrera, de Morillo y de otros gefes que por aquellas partes y antes de su llegada se habian señalado; con lo cual obraron todos muy de concierto.

Conde de Noroña 2.° comandante de Galicia.

Al aviso de que Ney se aproximaba cejaron los nuestros á San Payo, punto en donde resolvieron hacerle rostro. Mas cortado anteriormente el puente por Morillo, hubo que formar otro de priesa con barcas y tablazon, dirigiendo la obra con actividad y particular tino el teniente coronel Don José Castellar. Eran los españoles en número de 10,000, 4000 sin fusiles, y el 7 de junio muy de mañana acabaron todos de pasar, atajando despues y por segunda vez el puente. A las nueve del mismo dia aparecieron los franceses en la orilla opuesta, y desde luego se rompió de ambos lados vivísimo fuego. Los españoles se aprovecharon de las baterías que antes habia levantado Don Pablo Morillo, y aun establecieron otras: los principales fuegos enfilaban de lo alto de una eminencia el camino que viene al puente; ocupóse el paso de Caldelas dos leguas rio arriba por Don Ambrosio de la Cuadra que regia la vanguardia, y por

Accion del puente de San Payo.

Don José Joaguin Marquez comandante del regimiento de Lobera; apoyóse la derecha de San Payo en un terreno escabroso, y la izquierda estaba amparada de la ria en donde se habian colocado lanchas cañoneras. Duró el fuego hasta las tres de la tarde sin que los franceses consiguiesen cosa alguna. Renovóse con mayor furor al dia siguiente 8, buscando los enemigos medio de pasar por su derecha un vado largo que queda á marea baja, y de envolver por su izquierda el costado nuestro que estaba del lado del puente de Caldelas y vados de Sotomayor. Rechazados en todas partes vieron ser infructuosos sus ataques, y al amanecer del 9 se retiraron á las calladas, despues de haber experimentado considerable pérdida. Señaláronse entre los nuestros, y bajo el mando del conde de Noroña, La Carrera, Cuadra, Roselló que gobernaba la artillería, Castellár, Marquez y D. Pablo Morillo: por su parte tambien se manejaron con destreza los marinos, y sin duda fue muy gloriosa para las armas españolas la defensa del puente de San Payo.

Soult trata de pasar á Castilla.

Romana en tanto se habia acogido á Orense al adelantarse el mariscal Soult: mas en vez de seguir la huella del primero detúvose este en Monforte algunos dias. Lo alterado del pais, noticias de la guerra de Austria, y mas que todo los zelos y rivalidad que mediaban entre él y el mariscal Ney le alejaron de continuar el perseguimiento de Romana, y le decidieron á volver á Castilla. Para ello no pudiendo atravesar el Sil por alli falto de vados y de puentes, tuvo que subir rio arriba hasta monte Furado, asi di-

cho por perforarle en una de sus faldas la corriente del mismo Sil, obra segun parece del tiempo de los romanos. Los naturales de los contornos colocados en la orilla opuesta le causaron grave mal acaudillados por el abad de Casoyo y su hermano Don Juan Quiroga. Para vengarse del daño ahora y antes recibido, desde monte Furado mandó el mariscal Soult al general Loison descender por la orilla izquierda del Sil y castigar á los habitantes. Cumplió este tan largamente con el encargo, que asoló la tierra y varios pueblos fueron quemados, Castro de Caldelas, San Clodio y otros menos conocidos. Tambien padecieron mucho los otros valles que recorrieron ó atravesaron los enemigos. Romana retiróse á Celanova, y en seguida á Baltar frontera de Portugal, en donde le dejó tranquilo el mariscal Soult, pues dirigiéndose por el camino de las Portillas llegó el 23 á la Puebla de Sanabria, de cuyo punto se retiraron á Ciudad Rodrigo despues de haber clavado algunos cañones los pocos españoles que le guarnecian.

Paisanos del Sil.

Quema de varios pueblos.

Romana en Celanova.

Soult en la Puebla de Sanabria.

Soult permaneció en la Puebla breves dias habiendo despachado á Madrid á Franceschi para informar á José del estado de su ejército y de sus necesidades. Aquel general partió de Zamora en posta á caballo con otros dos compañeros, mas pasado Toro fueron todos cogidos é interceptados los pliegos por una guerrilla que mandaba el capuchino Fr. Julian de Delica. Los pliegos eran importantes asi porque * expresaban el quebranto y escaseces de aquellas tropas, como tambien por indicarse en su contenido el mal ánimo de algunos generales.

General Franceschi cogido por el Capuchino.

(* Ap. n. 9.)

Situacion de Ney. Viéndose solo el mariscal Ney y abandonado de Soult, conoció lo crítico de su situacion. Con nada en realidad podia contar sino con la fuerza que le quedaba, y era esta harto corta para hacer rostro á la poblacion armada, y al ejército bastante numeroso que contra él podian ahora reunir sin embarazo los generales Romana y Noroña. Mazarredo. El auxilio que le prestaban los españoles sus allegados era cási nulo, y por decirlo asi perjudicial. Habia ido de comisario regio el general de marina Mazarredo que separándose de su profesion, en la que habia adquirido bien merecido renombre, metióse á dar proclamas y á esparcir entre los eclesiásticos y los pueblos una especie de catecismo, por cuyo medio apoyándose en textos de la Escritura, queria probar la conveniencia y obligacion de reconocer la autoridad intrusa. No conmovian las conciencias argumentos tan extraños, al contrario las irritaban, provocando tambien á mofa ver convertido en misionero político al que solo gozaba de reputacion de inteligente en la maniobra náutica. Hubo igualmente en Santiago un director de policía Bazan. llamado Don Pedro Bazan de Mendoza doctor en Teología, el cual y otros cuantos de la misma lechigada cometieron muchas tropelías y defraudaron plata y caudales: denominaban los paisanos semejante reunion el conciliábulo de Compostela. Rodeado por tanto de peligros y escaso de Evacua Ney á Galicia. fuerzas y recursos, resolvió Ney salir de Galicia, y el 22 evacuó la Coruña, enderezándose á Astorga por el camino real; en cuyo tránsito asolaron sus tropas horrorosamente pueblos y ciudades.

Asi tornó aquel reino á verse libre de ene-

migos al cabo de cinco meses de ocupacion, durante los cuales perdieron los franceses la mitad de la tropa con que habian penetrado en aquel suelo, ya en las acciones con los ingleses, ya en la terrible guerra con que les habian continuamente molestado los ejércitos y poblacion de Galicia y Portugal.

A pocos dias entró en la Coruña el conde de Noroña y la division del Miño, siendo recibidos no solo con alborozo general y bien sentido, sino tambien quedándose los espectadores admirados de que gente mal pertrechada y tan varia en su formacion y armamento hubiera conseguido tan señaladas ventajas contra un ejército de la apariencia, práctica y regularidad que asistian al de los franceses.

Entra Noroña en la Coruña.

Por entonces y antes de promediar junio fue tambien evacuado el principado de Asturias. Ademas de lo ocurrido en Galicia y Portugal aceleraron la retirada de los enemigos los movimientos y amago que hicieron las tropas y paisanage de la misma provincia. 18,000 hombres la habian invadido: una parte, segun en su lugar se dijo, volvió luego á Galicia con el mariscal Ney, otra mandada por el general Bonnet vióse obligada á acudir á la montaña á donde la llamaba la marcha de Don Francisco Ballesteros, y la restante fuerza sobrado débil para resistir á los generales Don Pedro de la Bárcena y Worster que avanzaban á Oviedo del lado de poniente, salió con Kellermann camino de Castilla. El primero de aquellos generales cayendo de Teberga sobre Grado habia antes arrojado de esta villa á unos 1300 franceses que

Worster y Bárcena.

estaban alli apostados, cogiendo 80 prisioneros.

Ballesteros pasa á Castilla y á las montañas de Santander.

Por la parte oriental del principado habia reunido el general Ballesteros mas de 10,000 hombres. Entraba en su número un batallon de la Princesa que habia ido á Oviedo con Romana, y el cual mandado por su coronel D. José Odonell se le habia unido, no pudiendo embarcarse en Gijon. Tambien se agregó despues el regimiento de Laredo que pertenecia á las montañas de Santander y la partida ó cuerpo volante de D. Juan Diaz Porlier. Entusiasmado el general Ballesteros con las memorias de Covadonga pensó que podian resucitar en aquel sitio los dias de Pelayo. Anduvo por tanto reacio en alejarse hasta que falto de víveres y estrechado por el enemigo tuvo el 24 de mayo que abandonar de noche la cueva y santuario, y trepar por las faldas de elevados montes, no teniendo mas direccion que la de sus cimas, pues alli no habia otra salida sino el camino que vá á Cangas de Onís, y este le ocupaban los franceses. En medio de afanes consiguió Ballesteros llegar el 26 á Valdeburon en Castilla de donde se trasladó á Potes. Meditando entonces lo mas conveniente resolvió de acuerdo con otros gefes acometer á Santander, cuya guarnicion desprevenida se juzgaba ser solo de 1000 hombres. Se encaminó con este propósito á Torre la Vega en donde se detuvo mas de lo necesario. Por fin al amanecer del 10 emprendióse la expedicion, pero tan descuidadamente que el enemigo se abrió paso dejando solo en nuestro poder 200 prisioneros. Entraron

Ocupa á Santander.

las tropas de Ballesteros el mismo dia en Santander, mas la ocupacion de esta ciudad no duró

largo tiempo. En la misma noche revolviendo sobre ella los franceses ya reforzados, penetraron por sus calles y pusiéronlo todo en tal confusion que los mas de los nuestros se desbandaron, y el general Ballesteros creyendo perdida su division se embarcó precipitadamente con Don José Odonell en una lancha en que bogaron por falta de remos y remeros dos soldados con sus fusiles. Don Juan Diaz Porlier se salvó con alguna tropa atravesando por medio de los enemigos con la intrepidez que le distinguia. Fue tambien notable y digna de la mayor alabanza la conducta del batallon de la Princesa, que privado de su fugitivo coronel y á las órdenes del valiente oficial Garroyo conservó bastante órden y serenidad para libertarse y pasar á Medina de Pomar, desde donde, ¡marcha admirable! poniéndose en camino atravesó la Castilla y Aragon rodeado de peligros y combates, y se incorporó en Molina con el general Villacampa.

Intrepidez de Porlier.

Marcha admirable del batallon de la Princesa.

Libres en el mes de junio Asturias y Galicia, era ocasion de que el marqués de la Romana, tan autorizado como estaba por el gobierno supremo, emplease todo su anhelo en mejorar la condicion de su ejército, y la de ambas provincias. Entró en la Coruña poco despues que Noroña, y fue recibido con el entusiasmo que excitaba su nombre. Reasumió en su persona toda la autoridad, suprimió las juntas de partido que se habian multiplicado con la insurreccion, y nombró en su lugar gobernadores militares. No contento con la destruccion de aquellas corporaciones, trató de examinar con severidad la conducta de varios de sus individuos, á quien se acu-

Romana en la Coruña.

Sus providencias y negligencia.

saba de desmanes en el ejercicio de su cargo, procedimiento que desagradó. Pues al paso que se escudriñaban estos excesos, nacidos por lo general de los apuros del tiempo, mostró el marqués suma benignidad con los que habian abrazado el bando de los enemigos. Por lo demas sus providencias en todos los ramos adolecieron de aquella dejadez y negligencia característica de su ánimo. Suprimidas las juntas cortó el vuelo al entusiasmo é influjo popular, y no introdujo con los gobernadores que creó el órden y la energía que son propias de la autoridad militar. Transcurrió mas de un mes sin que se recogiese el fruto de la evacuacion francesa, no pasando el tiempo aquel gefe sino en agasajos, y en escuchar las quejas y solicitudes de personas que se creian agraviadas ó que ansiaban colocaciones; y entre ellas, como acontece, no andaban ni las realmente ofendidas ni las mas beneméritas. Por fin reunió el marqués la flor del ejército de Galicia y trató de salir á Castilla.

Sale á Castilla.

Nombra á Mahy para Asturias.

Antes de efectuar su marcha envió á tomar el mando militar de Asturias á Don Nicolás Mahy: él político y económico seguia al cuidado de la junta que el mismo marqués habia nombrado.

Nombra á Ballesteros para mandar 10,000 hombres.

Ordenó ademas este que se le uniese en Castilla con 10,000 hombres de lo mas escogido de las tropas asturianas Don Francisco Ballesteros, que en vez de ser reprendido por lo de Santander, recibió este premio. Debiólo á haberse salvado con Don José Odonell, favorito del marqués, y mal hubiera podido ser censurada la conducta del general sin tocar al abandono ó desercion del coronel su compañero: asi un indisculpable

desastre sirvió á Ballesteros de principal escalon para ganar despues gloria y renombre.

Romana llegó á Astorga con unos 16,000 hombres y 40 piezas de artillería. Dejó en Galicia pocos cuadros y escasos medios para que con ellos pudiese Noroña formar un ejército de reserva. Una corta division al mando de Don Juan José García se situó en el Vierzo, y Ballesteros desde las cercanías de Leon hizo posteriormente hácia Santander una excursion que no tuvo particular resulta.

Permaneció Romana en Astorga hasta el 18 de agosto en que se despidió de sus tropas habiendo sido nombrado por la junta de Valencia para desempeñar el puesto vacante en la central por fallecimiento del príncipe Pio. El mando de su ejército recayó despues en el duque del Parque al cual tambien se unió aunque mas tarde Ballesteros, caminando todos la vuelta de Ciudad Rodrigo.

Sucédele despues en el mando del ejército el duque del Parque.

Los franceses que salieron de Galicia y que componian el 2.º y 6.º cuerpo debieron ponerse por resolucion de Napoleon recibida en 2 de julio á las órdenes de Soult, como igualmente el 5.º del mando del mariscal Mortier que estaba en Valladolid procedente de Aragon. Varios obstáculos opuso José al inmediato cumplimiento en todas sus partes de la voluntad de su hermano, y de ello daremos cuenta en el próximo libro.

Fin de este libro.

Ahora terminando este conviene notar lo poco que apesar de tan grandes esfuerzos habian adelantado los franceses en la conquista de España. Ocho meses eran corridos despues de la terrible invasion en noviembre del emperador

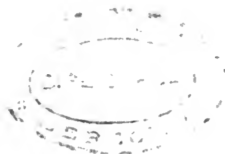
*

francés, y sus huestes no enseñoreaban todavía ni un tercio del territorio peninsular. Inútilmente daban y ganaban batallas, inútilmente se derramaban por las provincias, de las que ocupadas unas levantábanse otras, y yendo al remedio de estas, aquellas se desasosegaban y de nuevo se trocaban en enemigas. Cuán diferente cuadro presentaba por aquel tiempo el Austria! Allí habia en abril abierto la campaña el archiduque Cárlos con ejércitos bien pertrechados y numerosos, solo tres ó cuatro batallas se habian dado, una de éxito contrario á Napoleon, y sin embargo ya en 12 de julio celebróse en Zuaim una suspension de armas, preludio de la paz. Asi una nacion poderosa y militar sujetábase á las condiciones del vencedor al cabo de tres meses de guerra, y España despues de un año, sin verdaderos ejércitos y muchas veces sola en la lucha, manteníase incontrastable por la firme voluntad de sus moradores. Tanta diferiencia media, no nos cansaremos de repetirlo, entre las guerras de gabinete y las nacionales. Al primer reves se cede en aquellas, mas en estas sin someterse facilmente los defensores al remolino de la fortuna, cuando se les considera deshechos, crecen; cuando caidos, se empinan. Conocíalo muy bien el grande estadista Pitt *, quien rodeado de sus amigos en 1805 al saber la rendicion de Mack en Ulma con 40,000 hombres exclamando aquellos *que todo estaba perdido y que no habia ya remedio contra Napoleon*, replicó, *todavía lo hay si consigo levantar una guerra nacional en Europa*, añadiendo en tono, al parecer profético, *y esta guerra ha de comenzar en España.*

Parangon de la guerra de Austria y España.

(* Ap. n. 10.)

Prevision notable de Pitt.



APÉNDICES

AL TOMO SEGUNDO.

APÉNDICE

DEL

LIBRO QUINTO.

NUMERO 1.°

Numantia, quantum Carthaginis, Capuæ, Corinthi opibus inferior, ita virtutis nomine et honore par omnibus, summunque, si viros æstimes, Hispaniæ decus: quippe quæ sine muro, sine turribus, modice edito in túmulo apud flumen Durium sita, quatuor millibus Celtiberorum, quadraginta millium exercitum per annos quatuordecim sola sustinuit; nec sustinuit modo, sed sævius aliquanto perculit, pudendisque fæderibus affecit. = L. A. Flori, lib. 2, cap. 18.

NUMERO 2.°

Annales d'Espagne et de Portugal par Don Juan Alvarez de Colmenar, tom. 5.°, pág. 431, edicion de Amsterdam.

*

Numero 3.º

Respuesta dada á la intimacion del general Lefevre comandante en gefe del ejército francés que sitiaba á Zaragoza, publicada en la gaceta del 20 *de junio de* 1808.

Zaragoza es mi cuartel general á 18 de junio.

Si S. M. el emperador envia á V. á restablecer la tranquilidad que nunca ha perdido este pais, es bien inútil se tome S. M. estos cuidados. Si debo responder á la confianza que me ha hecho este valeroso pueblo sacándome del retiro en que estaba para poner en mi mano su custodia, es claro que no llenaria mi deber abandonándole á la apariencia de una amistad tan poco verdadera.

Mi espada guarda las puertas de la capital, y mi honor responde de su seguridad: no deben tomarse pues este trabajo esas tropas que aun estarán cansadas de los dias 15 y 16. Sean enhorabuena infatigables en sus lides; yo lo seré en mis empeños.

Léjos de haberse apagado el incendio que levantó la indignacion española, á vista de tantas alevosias se eleva por momentos.

Se conoce que las espías que V. paga son infieles. Gran parte de Cataluña se ha puesto bajo mi mando: lo mismo ha hecho otra no menor de Castilla. Los capitanes generales de esta y de Valencia están unidos conmigo. Galicia, Extremadura, Asturias y los cuatro reinos de Andalucía estan resueltos á vengar sus agravios. Las tropas francesas cometen atrocidades indignas de hombres; saquean, insultan y matan impunemente á los que ningun mal les han hecho: ultrajan la religion, y queman sus sagradas imágenes de un modo inaudito.

Ni esto ni el todo que V. observa, aun despues de los dias 15 y 16 son propios para satisfacer á un pue-

blo valiente: V. hará lo que quiera; y yo haré lo que debo. = B. L. M. de V. = El general de las tropas de Aragon.

Numero 4.º

Segunda y última respuesta dada al general del ejército francés que sitiaba á Zaragoza, en 27 de junio de 1808.

El intendente de este ejército y reino me ha transmitido las proposiciones que V. le ha hecho, reducidas á que yo permita la entrada en esta capital de las tropas francesas que estan bajo su mando, que vienen con la idea de desarmar al pueblo, restablecer la quietud, respetar las propiedades y hacernos felices, conduciéndose como amigos, segun lo han hecho en los demas pueblos de España que han ocupado, ó bien sino me conformáre á esto que se rinda la ciudad á discrecion. Los medios que ha empleado el gobierno francés para ocupar las plazas que le quedan en España, y la conducta que ha observado su ejército han podido persuadir á V. la respuesta que yo daria á sus proposiciones. El Austria, la Italia, la Holanda, la Polonia, Suecia, Dinamarca y Portugal presentan, no menos que este pais, un cuadro muy exacto de la confianza que debe inspirar el ejército francés.

Esta ciudad y las valerosas tropas que la guardan han jurado morir antes que sujetarse al yugo de la Francia, y la España toda, en donde solo quedan ya restos del ejército francés, está resuelta á lo mismo.

Tenga V. presentes las contestaciones que le dí ocho dias ha, y los decretos de 31 de mayo y 18 de este mes, que se le incluyeron, y no olvide V. que una nacion poderosa y valiente decidida á sostener la justa causa que defiende, es invencible y no perdonará los delitos que V. ó su ejército cometan. Zaragoza 26 de

junio de 1808. = Por el capitan general de Aragon. = El marqués de Lazan.

NUMERO 5.º

.......καὶ δι' ἐλαχίστου καιροῦ τυχης ἅμα ἀκμῇ τῆς δόξης μᾶλλον ἢ τοῦ δέους ἀπηλλάγησαν.

(THUCYD. II. 42.)

NUMERO 6.º

Artículos del convenio hecho entre el vicealmirante Siniavin caballero de la órden de San Alejandro, y el almirante Sir Cárlos Cotton baronet, para la redencion de la escuadra rusa anclada en la ribera del Tajo, publicados en la gaceta extraordinaria de Lóndres de 16 *de setiembre.*

1.º Los navíos de guerra del emperador de Rusia que estan en el Tajo se entregarán inmediatamente al almirante Sir Cárlos Cotton con todas sus municiones: serán enviados á Inglaterra, en donde los tendrá S. M. B. como en depósito para restituir á S. M. I. seis meses despues de la conclusion de la paz entre S. M. B. y S. M. I. el emperador de todas las Rusias.

2.º El vicealmirante Siniavin con todos los oficiales marinos y marineros que estan á sus órdenes, volverán á Rusia sin ninguna condicion ó estipulacion que les impida servir en lo sucesivo: serán convoyados por gente de guerra y navíos propios á expensas de S. M. B.

Dado y concluido á bordo del navío Twairdai en el Tajo y á bordo del Ibernia navío de S. M. B. en la embocadura de la ribera, á 3 de setiembre de 1808. = Signado. = De Siniavin. = Cárlos Cotton.

Numero 7.°

Covencion definitiva para la evacuacion de Portugal por las tropas francesas, publicada en la gaceta extraordinaria de Lóndres.

Los generales en gefe de los ejércitos inglés y francés en Portugal, habiendo determinado negociar y concluir un tratado para la evacuacion de este reino por las tropas francesas sobre las bases del concluido el 22 del presente para una suspension de armas, han habilitado á los infrascriptos oficiales para negociarlo en su nombre, á saber: de parte del general en gefe del ejército británico al teniente coronel Murray, cuartelmaestre general, y de la del general en gefe del francés á Mr. Kellerman general de division, á quienes han dado la facultad necesaria para negociar y concluir un convenio al efecto, sujetos sin embargo á su ratificacion respectiva, y á la del almirante comandante de la escuadra británica en la embocadura del Tajo. Los oficiales despues de haber canjeado sus plenos poderes se han convenido en los artículos siguientes:

1.° Todas las plazas y fuertes del reino de Portugal ocupados por las tropas francesas se entregarán al ejército británico en el estado en que se hallen al tiempo de firmarse este tratado. 2.° Las tropas francesas evacuarán á Portugal con sus armas y bagages; no serán consideradas como prisioneras de guerra, y á su llegada á Francia tendrán libertad para servir. 3.° El gobierno inglés suministrará los medios de transporte para el ejército francés, que desembarcará en uno de los puertos de Francia entre Rochefort y L'Orient inclusivamente. 4.° El ejército francés llevará consigo toda su artillería de calibre francés con lo á ella anejo. Toda la demas artillería, armas, municiones, como tambien los arsenales militares y navales, serán entregados

al ejército y navíos británicos en el estado en que se hallen al tiempo de la ratificacion de este tratado. 5.º El ejército francés llevará consigo todos sus equipages, y todo lo que se comprende bajo el nombre de propiedad de un ejército, y se le permitirá disponer de la parte de ella que el comandante en gefe juzgue inútil para embarcar. Del mismo modo todos los individuos del ejército tendrán libertad para disponer de su propiedad privada, con plena seguridad en lo sucesivo para los compradores. 6.º La caballería podrá embarcar sus caballos, asi como tambien los generales y oficiales de cualquiera graduacion, quedando á disposicion de los comandantes británicos los medios de transportarlos: el número de caballos que podrán embarcar las tropas no excederá de 600, ni el de los gefes de 200. De todos modos el ejército francés tendrá libertad para disponer de los que no puedan embarcarse. 7.º El embarco se hará en tres divisiones, y la última de ellas se compondrá de las guarniciones de las plazas, de la caballería, artillería, enfermos y equipage del ejército. La primera division se embarcará dentro de siete dias de la fecha de la ratificacion. 8.º La guarnicion de Yelbes y sus fuertes de Peniche y Palmela se embarcará en Lisboa. La de Almeida en Oporto ó en el puerto mas cercano. 9.º Todos los enfermos ó heridos que no puedan embarcarse con las tropas, se confian al ejército británico, cuyo gobierno pagará lo que gasten mientras esten en este pais, quedando de cuenta de la Francia abonarlo cuando marchen. El gobierno inglés proporcionará su vuelta á Francia por destacamentos como de 200 hombre á un tiempo. 10. Luego que los barcos que lleven el ejército á Francia lo hayan desembarcado en los puertos arriba dichos, ó en cualquiera otro de aquel pais adonde el temporal los fuerce á ir, se les proporcionará toda comodidad para volver á Inglaterra sin dilacion y seguridad, ó pasaporte para no ser apresados

hasta que lleguen á un puerto amigo. 11. El ejército francés se reconcentrará en Lisboa y dos leguas alrededor. El inglés á tres leguas, por manera que haya siempre una entre los dos ejércitos. 12. Los fuertes de San Julian, Buxio y Cascaes serán ocupados por las tropas británicas cuando se ratifique este convenio. Lisboa y su ciudadela con los fuertes y baterías, el lazareto y el fuerte de San José los ocuparán cuando se embarque la segunda division, como tambien el puerto con todas las embarcaciones armadas. Las fortalezas de Yelbes, Almeida, Peniche y Palmela se entregarán á las tropas británicas asi que lleguen para ocuparlas. El general en gefe inglés noticiará á las guarniciones de estas plazas y á las tropas que las sitian este convenio para poner fin á las hostilidades. 13. Se nombrarán comisionados por ambas partes para acelerar la ejecucion de este convenio. 14. Si se suscitase alguna duda sobre la inteligencia de algun artículo, se interpretará á favor del ejército francés. 15. Desde la ratificacion todas las deudas atrasadas de contribuciones, requisiciones &c. no podrán reclamarse por el gobierno francés contra los portugueses, ni ningun otro que resida en este pais; pues todo lo que se haya pedido é impuesto despues que el ejército francés entró en Portugal por diciembre de 1807, y no se haya pagado aun, queda cancelado, y se levantan los embargos puestos en los bienes de los deudores para que se les restituya y queden á su libre disposicion. 16. Todos los súbditos de Francia ó de cualquier otra potencia su aliada ó amiga que se hallen en Portugal con domicilio ó sin él, serán protegidos, sus propiedades serán respetadas, y tendrán libertad para acompañar al ejército francés, ó permanecer aqui. En todo caso se les asegura su propiedad con la libertad de retenerla ó de disponer de ella; y pasando el producto de la venta á Francia ó cualquier otro pais adonde vayan á fijar su residencia, se les concede un

año para el intento. Sin embargo ninguna de estas estipulaciones podrá servir de pretexto para una especulacion comercial. 17. Ningun portugués será responsable por su conducta política durante la ocupacion de este pais por el ejército francés; y todos los que han continuado en el ejercicio de sus empleos, ó que los han aceptado durante el gobierno francés, quedan bajo la proteccion de los comandantes ingleses, quienes les sostendrán para que no se les cause vejacion en sus personas y bienes; y podrán tambien aprovecharse de las estipulaciones del artículo 16. 18. Las tropas españolas detenidas á bordo de los navíos en el puerto de Lisboa, serán entregadas al general en gefe inglés, quien se obliga á obtener de los españoles la restitucion de los súbditos franceses, sean militares ó civiles, que hayan sido detenidos en España, sin haber sido hechos prisioneros en batalla, ó en consecuencia de operaciones militares, sino con ocasion del 29 de mayo y dias siguientes. 19. Inmediatamente se hará un cange de prisioneros de todas graduaciones que se hayan hecho en Portugal desde el principio de las presentes hostilidades. 20. Para la recíproca garantia de este convenio se entregarán rehenes de la clase de oficiales generales por parte del ejército francés, del inglés y de su armada. El oficial del ejército británico será restituido luego que se dé cumplimiento á los artículos pertenecientes al ejército: el de la escuadra y el francés cuando las tropas hayan desembarcado en su pais. 21. Se permitirá al general francés enviar un oficial á Francia con el presente convenio, y el almirante británico le dará una embarcacion que le convoye á Burdeos ó á Rochefort. 22. Se hará porque el almirante británico acomode á S. E. el general en gefe y oficiales principales del ejército francés á bordo de los navíos de guerra. Dado y concluido en Lisboa á 30 de agosto de 1808. = Firmado. = Jorge Murray. = Kellerman.

Artículos adicionales.

1.º Los empleados civiles del ejército hechos prisioneros, sea por las tropas británicas ó por las portuguesas en cualquier parte de Portugal, serán restituidos, como de costumbre, sin cange.

2.º El ejército francés subsistirá de sus propios almacenes hasta el dia del embarco, y la guarnicion hasta la evacuacion de las fortalezas. El remanente de los almacenes se entregará en la forma acostumbrada al gobierno británico, quien se encarga de la subsistencia y caballos del ejército desde el tiempo referido hasta su llegada á Francia, con la condicion de ser reembolsado por el gobierno francés del exceso de gastos á la estimacion que por ambas partes se dé á los almacenes entregados al ejército inglés. Las provisiones que esten á bordo de los navíos de guerra de que está en posesion el ejército francés, se tomarán en cuenta por el gobierno inglés asi como los almacenes de la fortaleza.

3.º El general en gefe de las tropas británicas tomará las medidas necesarias para restablecer la libre circulacion de los medios de subsistencia entre el pais y la capital. = Dado &c.

NUMERO 8.º

En la corte palacio de la reina el 4 de julio de 1808. Presente en el consejo de S. M. el rey.

Habiendo S. M. tomado en consideracion los esfuerzos gloriosos de la nacion española para libertar su pais de la tirania y usurpacion de Francia, y los ofrecimientos que ha recibido de varias provincias de España de su disposicion amistosa hácia este reino; se ha dignado mandar y manda por la presente de acuerdo con su consejo privado:

1.º Que todas las hostilidades contra España de parte de S. M. cesen inmediatamente.

2.º Que se levante el bloqueo de todos los puertos de España, á excepcion de los que se hallan todavía en poder de los franceses.

3.º Que todos los navíos ó buques pertenecientes á España sean libremente admitidos en los puertos de los dominios de S. M. como lo fueron antes de las hostilidades.

4.º Que todas las embarcaciones españolas que sean encontradas por la mar por los navíos ó corsarios de S. M., sean tratadas como las de las naciones amigas, y se les permita hacer todo tráfico permitido á las neutrales.

5.º Que todos los navíos ó mercaderías pertenecientes á los individuos establecidos en las colonias españolas, que fueren detenidos por los navíos de S. M. despues de la fecha de la presente, han de ser conducidos al puerto, y conservados cuidadosamente en segura custodia hasta que se averigüe si las colonias donde residen los dueños de los referidos navíos ó efectos han hecho causa comun con España contra el poder de la Francia.

Y SS. EE. los comisionados de la real tesorería, los secretarios de estado de S. M., los comisionados del almirantazgo, y los jueces de los tribunales del viz-almirantazgo, han de tomar para el cumplimiento de los anteriores artículos las medidas que respectivamente les corresponden. = Firmado. = Esteban Coterell.

Numero 9.º

Ἡμῖν δοκεῖ, ἢν μέν τις ἐᾷ ἡμᾶς ἀπιέναι οἴκαδε, διαπορεύεσθαι τὴν χώραν ὡς ἂν δυνώμεθα ἀσινέστατα· ἢν δέ τις ἡμας τῆς ὁδοῦ ἀποκωλύῃ, διαπολεμεῖν τούτῳ, ὡς ἂν δυνώμεθα κράτιστα.

(Xenophontis, Cyr. 3.)

NUMERO 10.

Estas palabras estan insertas en una memoria escrita por José á su hermano Napoleon en Miranda de Ebro á 16 de setiembre de 1808, cogida con otros papeles en la batalla de Vitoria.

APÉNDICE

DEL

LIBRO SEXTO.

NUMERO 1.º

Lista de los individuos que compusieron la junta suprema central gubernativa de España é Indias por el órden alfabético de las provincias que los nombraron.

POR ARAGON.

D. Francisco Palafox y Melcí gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, brigadier del ejército, y oficial de reales guardias de Corps.

Don Lorenzo Calvo de Rozas vecino de Madrid é intendente del ejército y reino de Aragon.

ASTURIAS.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos caballero de la órden de Alcántara, del consejo de estado de S. M., y antes ministro de gracia y justicia.

Marqués de Campo-Sagrado teniente general del

ejército é inspector general de las tropas del principado de Asturias.

CANARIAS.

Marqués de Villanueva del Prado.

CASTILLA LA VIEJA.

Don Lorenzo Bonifaz y Quintano dignidad de prior de la Santa Iglesia de Zamora.

Don Francisco Javier Caro catedrático de leyes de la universidad de Salamanca.

CATALUÑA.

Marqués de Villel conde de Darníus, grande de España y gentil hombre con ejercicio.

Baron de Sabasona.

CÓRDOBA.

Marqués de la Puebla de los Infantes grande de España.

Don Juan de Dios Gutierrez Rabé.

EXTREMADURA.

Don Martin de Garay intendente de Extremadura, y ministro honorario del consejo de guerra: fue el primer secretario general, y despachó interinamente los negocios de estado.

Don Felix Ovalle tesorero de ejército de Extremadura.

GALICIA.

Conde de Gimonde.

Don Antonio Aballe.

GRANADA.

Don Rodrigo Riquelme regente de la chancillería de Granada.

Don Luis de Fúnes canónigo de la santa iglesia de Santiago.

JAEN.

Don Francisco Castanedo canónigo de la santa iglesia de Jaen, provisor y vicario general de su obispado.

Don Sebastian de Jócano del consejo de S. M. en el tribunal de contaduría mayor, y contador de la provincia de Jaen.

LEON.

Frey Don Antonio Valdés, bailio gran cruz de la órden de San Juan, caballero del Toison de oro, gentil hombre de cámara con ejercicio, capitan general de la armada, consejero de estado, y antes ministro de marina y interino de Indias.

El vizconde de Quintanilla.

MADRID.

Conde de Altamira, marqués de Astorga, grande de España, caballero del Toison de oro, gran cruz de la órden de Cárlos III, caballerizo mayor y gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio. Fue presidente de la junta.

Don Pedro de Silva patriarca de las Indias, gran cruz de la órden de Cárlos III y antes mariscal de campo de los reales ejércitos. Falleció en Aranjuez y no fue reemplazado.

MALLORCA.

Don Tomás de Verí caballero de la órden de San

Juan, teniente coronel del regimiento de voluntarios de Palma. Conde &c.

MURCIA.

Conde de Floridablanca caballero del Toison de oro, gran cruz de la órden de Cárlos III, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, y antes primer secretario de estado, interino de gracia y justicia. Fue el primer presidente de la junta central. Falleció en Sevilla y fue subrogado por el

Marqués de San Mamés, que no tomó posesion.

Marqués del Villar.

NAVARRA.

Don Miguel de Balanza. } Individuos de la muy ilustre diputacion del reino de Navarra.
Don Cárlos de Amatria. }

TOLEDO.

Don Pedro de Ribero canónigo de la santa iglesia de Toledo. Fue secretario general.

Don José García de la Torre abogado de los reales consejos.

SEVILLA.

Don Juan de Vera y Delgado arzobispo de Laodicea, coadministrador del Sr. cardenal de Borbon en el de Sevilla, y despues obispo de Cádiz. Fue presidente de la junta central.

Conde de Tillí.

VALENCIA.

Conde de Contamina grande de España, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio.

Príncipe Pio grande de España, coronel de milicias. Falleció en Aranjuez y fue subrogado por el

Marqués de la Romana grande de España, teniente general de los reales ejércitos y general en gefe del ejército de la izquierda.

Es de advertir que aunque 35 los individuos de la central nunca hubo reunidos sino 34, habiendo fallecido en Aranjuez sin ser reemplazado Don Pedro de Silva.

NUMERO 2.°

Nam ut quisque est vir optimus, ita dificillimè esse alios improbos suspicatur. (Cic. ad Quintum Fratrem, lib. 1°, Epist. 1.°)

NUMERO 3.°

Vease el manifiesto de los procedimientos del consejo real.

NUMERO 4.°

Et Hispani tarditatis notati sunt: *me venga la muerte de España: veniet mors mea de Hispania.* Tum scio cunctanter veniet. Franc. Baconi de Verulamio. Sermones fideles = 25 de expediendis negotiis.

NUMERO 5.°

Véase la memoria escrita por los Sres. Azanza y Ofárril.

NUMERO 6.°

Sæpius enim penuria cuam pugna consumit exercitum et ferro sævior fames est. (Veget. de re militari, lib. 3, c. 3.)

NUMERO 7.°

Véase Mariana: Historia de España, lib. 8, cap. 11.

NUMERO 8.º

Capitulacion que la junta militar y política de Madrid propone á S. M. I. y R. el emperador de los franceses.

ARTÍCULO 1.º La conservacion de la religion católica apostólica y romana sin que se tolere otra, segun las leyes. = *Concedido.*

ART. 2.º La libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos y residentes en Madrid, y los empleados públicos: la conservacion de sus empleos, ó su salida de esta corte, si les conviniese. Igualmente las vidas, derechos y propiedades de los eclesiásticos seculares y regulares de ambos sexos, conservándose el respeto debido á los templos, todo con arreglo á nuestras leyes y prácticas. = *Concedido.*

ART. 3.º Se asegurarán tambien las vidas y propiedades de los militares de todas graduaciones. = *Concedido.*

ART. 4.º Que no se perseguirá á persona alguna por opinion ni escritos políticos, ni tampoco á los empleados públicos por razon de lo que hubieren ejecutado hasta el presente en el ejercicio de sus empleos, y por obediencia al gobierno anterior, ni al pueblo por los esfuerzos que ha hecho para su defensa. = *Concedido.*

ART. 5.º No se exigirán otras contribuciones que las ordinarias que se han pagado hasta el presente. = *Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.*

ART. 6.º Se conservarán nuestras leyes, costumbres y tribunales en su actual constitucion. = *Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.*

ART. 7.º Las tropas francesas ni los oficiales no serán alojados en casas particulares sino en cuarteles y pabellones, y no en los conventos ni monasterios, conservando los privilegios concedidos por las leyes á las respec-

tivas clases. = *Concedido, bien entendido que habrá para los oficiales y para los soldados cuarteles y pabellones mueblados conforme á los reglamentos militares, á no ser que sean insuficientes dichos edificios.*

Art. 8.º Las tropas saldrán de la villa con los honores de la guerra, y se retirarán donde les convenga. = *Las tropas saldrán con los honores de la guerra; desfilarán hoy 4 á las dos de la tarde; dejarán sus armas y cañones: los paisanos armados dejarán igualmente sus armas y artillería, y despues los habitantes se retirarán á sus casas y los de fuera á sus pueblos.*

Todos los individuos alistados en las tropas de línea de cuatro meses á esta parte, quedarán libres de su empeño y se retirarán á sus pueblos.

Todos los demas serán prisioneros de guerra hasta su cange, que se hará inmediatamente entre igual número grado á grado.

Art. 9.º Se pagarán fiel y constantemente las deudas del estado. = *Este objeto es un objeto político que pertenece á la asamblea del reino, y que pende de la administracion general.*

Art. 10. Se conservarán los honores á los generales que quieran quedarse en la capital, y se concederá la libre salida á los que no quieran. = *Concedido: continuando en su empleo, bien que el pago de sus sueldos será hasta la organizacion definitiva del reino.*

Art. 11 adicional. Un destacamento de la guardia tomará posesion hoy 4 á mediodia de las puertas de palacio. Igualmente á mediodia se entregarán las diferentes puertas de la villa al ejército francés.

A mediodia el cuartel de guardias de Corps y el hospital general se entregarán al ejército francés.

A la misma hora se entregarán el parque y almacenes de artillería é ingenieros á la artillería é ingenieros franceses.

Las cortaduras y espaldones se desharán, y las calles se repararán.

El oficial francés que debe tomar el mando de Madrid acudirá á mediodia con una guardia á la casa del principal, para concertar con el gobierno las medidas de policía y restablecimiento del buen órden y seguridad pública en todas las partes de la villa.

Nosotros los comisionados abajo firmados, autorizados de plenos poderes para acordar y firmar la presente capitulacion, hemos convenido en la fiel y entera ejecucion de las disposiciones dichas anteriormente.

Campo imperial delante de Madrid 4 de diciembre de 1808. = Fernando de la Vera y Pantoja. = Tomás de Morla. = Alejandro. *(Príncipe de Neufchatel.) Véase la gaceta de gobierno de Sevilla de* 6 *de enero de* 1809.

APÉNDICE

DEL

LIBRO SÉPTIMO.

NUMERO 1.º

Narrative of the peninsular war. By Marquess of Londonderry. Ehapter 10, vol. 1.º

NUMERO 2.º

Mémoires sur la révolution d' Espagne par Mr. de Pradt, pág. 223 et suiv.

NUMERO 3.º

Journal des apérations de l' armée de Catalogne, par le maréchal Gouvion Saint Cyr. Ch. 1.er

NUMERO 4.º

Carta del mariscal Moncey.

Señores: la ciudad de Zaragoza se halla sitiada por todas partes, y no tiene ya comunicacion alguna.

Por tanto podemos emplear contra la plaza todos los medios de destruccion que permite el derecho de la guerra. Sobrada sangre se ha derramado, y hartos males nos cercan y combaten. La quinta division del ejército grande á las órdenes del Sr. mariscal Mortier duque de Treviso, y la que yo mando, amenazan los muros. La villa de Madrid ha capitulado, y de este modo se ha preservado de los infortunios que le hubiera acarreado una resistencia mas prolongada. Señores, la ciudad de Zaragoza, confiada en el valor de sus vecinos, pero imposibilitada á superar los medios y esfuerzos que el arte de la guerra va á reunir contra ella si da lugar á que se haga uso de ellos, será inevitable su destruccion total.

El Sr. mariscal Mortier y yo creemos que Vds. tomarán en consideracion lo que tengo la honra de exponerles, y que convendrán con nosotros en el mismo modo de opinar. El contener la efusion de sangre, y preservar la hermosa Zaragoza, tan estimable por su poblacion, riquezas y comercio, de las desgracias de un sitio, y de las terribles consecuencias que podrán resultar, sería el camino para granjearse el amor y bendiciones de los pueblos que dependen de Vds. Procuren Vds. atraer á sus ciudadanos á las máximas y sentimientos de paz y quietud, que por mi parte aseguro á Vds. todo cuanto puede ser compatible con mi corazon, mi obligacion, y con las facultades que me ha dado S. M. el emperador.

Yo envio á Vds. este despacho con un parlamentario: y les propongo que nombren comisarios para tratar con los que yo nombraré á este efecto.

Quedo de Vds. con la mayor consideracion. = Señores. = El mariscal Moncey. = Cuartel general de Torrero 22 de diciembre de 1808.

Respuesta del general Palafox.

El general en gefe del ejército de reserva responde de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. El Sr. mariscal del imperio observará todas las leyes de la guerra, y medirá sus fuerzas conmigo. Yo estoy en comunicacion con todas partes de la península, y nada me falta. Sesenta mil hombres resueltos á batirse no conocen mas premio que el honor ni yo que los mando. Tengo esta honra que no la cambio por todos los imperios.

S. E. el mariscal Moncey se llenará de gloria si observando las nobles leyes de la guerra me bate: no será menor la mia si me defiendo. Lo que digo á V. E. es que mi tropa se batirá con honor, y desconozco los medios de la opresion que aborrecieron los antiguos mariscales de Francia.

Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor, y mas cuando ya conozco sus efectos en 61 dias que duró la vez pasada. Sino supe rendirme entonces con menos fuerzas, no debe V. E. esperarlo ahora, cuando tengo mas que todos los ejércitos que me rodean.

La sangre española vertida nos cubre de gloria; al paso que es ignominioso para las armas francesas haber vertido la inocente.

El Sr. mariscal del imperio sabrá que el entusiasmo de once millones de habitantes no se apaga con opresion, y que el que quiere ser libre lo es. No trato de verter la sangre de los que dependen de mi gobierno; pero no hay uno que no la pierda gustoso por defender su patria. Ayer las tropas francesas dejaron á nuestras puertas bastantes testimonios de esta verdad, no hemos perdido un hombre, y creo poder estar yo mas en proporcion de hablar al Sr. mariscal de rendicion, sino quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza. La prudencia que le es tan

característica y que le da el renombre de bueno, no podrá mirar con indiferencia estos estragos y mas cuando ni la guerra, ni los españoles los causan ni autorizan.

Si Madrid capituló, Madrid habrá sido vendido, y no puedo creerlo; pero Madrid no es mas que un pueblo, y no hay razon para que este ceda.

Solo advierto al Sr. mariscal que cuando se envia un parlamento no se hacen bajar dos columnas por distintos puntos, pues se ha estado á pique de romper el fuego, creyendo ser un reconocimiento mas que un parlamento.

Tengo el honor de contestar á V. E., Sr. mariscal Moncey, con toda atencion en el único lenguage que conozco, y asegurarle mis mas sagrados deberes. Cuartel general de Zaragoza 22 de diciembre de 1808. = El general Palafox.

Numero 5.°

Capitulacion.

Artículo 1.° La guarnicion de Zaragoza saldrá mañana 21 al mediodia de la ciudad con sus armas por la puerta del Portillo, y las dejará á cien pasos de la puerta mencionada.

Art. 2.° Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas prestarán juramento de fidelidad á S. M. católica el rey José Napoleon I.

Art. 3.° Todos los oficiales y soldados españoles que hayan prestado juramento de fidelidad, podrán, si quieren, entrar al servicio para la defensa de S. M. católica.

Art. 4.° Los que no quieran tomar servicio irán prisioneros de guerra á Francia.

Art. 5.° Todos los habitantes de Zaragoza y los extrangeros, si los hubiere, serán desarmados por los

alcaldes, y las armas se entregarán en la puerta del Portillo al mediodia del 21.

Art. 6.° Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas de S. M. el emperador y rey.

Art. 7.° La religion y sus ministros serán respetados: se pondrán guardias en las puertas de los principales edificios.

Art. 8.° Mañana al mediodia las tropas francesas ocuparán todas las puertas de la ciudad y el palacio del Coso.

Art. 9.° Mañana al mediodia se entregarán á las tropas de S. M. el emperador y rey toda la artillería y las municiones de toda especie.

Art. 10. Las cajas militares y civiles todos se pondrán á disposicion de S. M. católica.

Art. 11. Todas las administraciones civiles y toda clase de empleados prestarán juramento de fidelidad á S. M. católica.

La justicia se ejercerá como hasta aquí y se hará en nombre de S. M. católica José Napoleon I. Cuartel general delante de Zaragoza 20 de febrero de 1809. = Firmado. = Lannes.

En comprobacion de haberse concluido en toda forma esta capitulacion, léase la representacion hecha á José por la junta de Zaragoza en 11 de marzo de 1809 é inserta en la gaceta de Madrid de 19 del mismo mes y año, y en la que se dice "quedó acordada »la capitulacion, que fue ratificada y canjeada en de»bida forma."

Numero 6.°

He aquí la lista y evaluacion de las alhajas extraidas.

1.ª Una joya con 1900 brillantes, nueve de ellos de extraordinaria magnitud y muy subido valor. Su hechura un corazon que en el centro figuraba un cisne tendidas las alas y descansando en el tron-

co con un polluelo á cada lado. Dádiva testamentaria de la reina de España Doña María Bárbara de Portugal. Valuada en pesos fuertes. . . . . 50,000.

2.ª Una corona de la Vírgen que en 1775 costeó el arzobispo de esta diócesis D. Juan Saenz de Burruaga, de oro guarnecida de diamantes, rubíes y topacios brillantes; en el círculo formados de diamantes los atributos de la Vírgen, á saber; nave, pozo, fuente, castillo, luna, sol, estrella, torre, palma, lirio, rosa y cedro: en el centro un triángulo de diamantes del cual se desprendia una palomita de lo mismo en ademan de mirar á María, y en lo alto un pectoral de finísimos topacios: costó pesos. . . . . 30,000.

3.ª Otra para el niño, dádiva del mismo prelado, á cuya muerte no pudo recobrarse hasta el año 1780, de oro y diamantes y rubíes brillantes, por remate una cruz y en el pie un círculo de oro con un diamante tostado: pesos. . . . . . . 5000.

4.ª Dos retratos guarnecidos de brillantes del emperador Francisco I y de la emperatriz su esposa María Teresa de Austria reina de Ungria y Bohemia, que por testamento dejó á N.ra S.ra el Excmo. Sr. D. Antonio Azlor: pesos. . . . . 16,000.

5.ª Un clavel jaspeado de chispas de diamantes y rubíes brillantes, sobre un pie de esmeraldas orientales, puestas en oro, con sus dos capullos el uno cerrado y el otro abierto con su gancho largo de oro y puesto en una cajita de zapa verde con su charnela de plata. Le dió á María Santísima la Excma. Sra. Doña María Te-

resa de Vallabriga esposa del Sermo. Infante de España D. Luis de Borbon, año 1788: valorado en pesos. . . . . 7000.

6.ª Una cruz de la órden de Santiago con 68 diamantes montados en oro por dos caras, todos rosas y tan bellos que por su blancura parecian cortados de una pieza: valuada en pesos. . . . . 8418.

7.ª Una joya con 106 diamantes rosas, de esquisita limpieza y blancura y un precioso esmalte que regaló á María Santísima el Sermo. Sr. D. Juan de Austria el dia de la Concepcion de 1669: pesos. . . . . . . 6891½.

8.ª Una venera de la órden de Calatrava de oro esmaltado con 52 diamantes rosas, algunos gruesos y muy finos todos. La dió el Excmo. Sr. conde de Baños: apreciada en pesos. . . . . 3943.

9.ª Un par de pendientes con 28 diamantes rosas muy preciosos montados en oro que dejó en 1743 Doña María Ignacia de Azlor: valorados sin hechuras en pesos. . . . . 1855.

10. Un corazon de aljófar grande y bello con algunos rubíes, esmeraldas y diamantes: pesos. . . . . 116.

11. Una joya con corona de oro y 64 diamantes rosas: pesos. . . . . 128.

12. Otra de oro con 59 diamantes: pesos. . . . . 60.

Suman todas: pesos. . . . . 129,411½.

El mariscal Mortier fue el único que rehusó el regalo que le presentáron; mas la alhaja parece no volvió al joyero.

NUMERO 7.º

Véase el "Manifiesto del vecindario de Aragon" publicado por D. Antonio Plana é impreso en Zaragoza en 1814, segun razon tomada por el alcalde mayor de Zaragoza D. Angel Morell de Solanilla.

NUMERO 8.º

Relation des siéges de Saragosse et de Tortose, par le Baron Rogniat–Avánt propos.

APÉNDICE

DEL

LIBRO OCTAVO.

NUMERO 1.º

Véase el decreto de 12 *de abril de* 1809, *inserto en el suplemento á la gaceta del gobierno de Sevilla de* 15 *de mayo de* 1809.

NUMERO 2.º

Véase el prontuario de las leyes y decretos de José, tom. 1.º, *pág.* 109.

NUMERO 3.º

Véase el manifiesto de la junta central; seccion tercera, hacienda: documentos justificativos núm. 38 *y siguientes.*

Entre los donativos y anticipaciones extraordinarias de América se cuentan, entre muchos que ascendieron á un millon y dos millones, el de D. Anto-

nio Basoco de cuatro millones de reales, y el del gobernador del estado D. Manuel Santa María que fue de ocho millones de la misma moneda. *(Véase sobre esto último gaceta extraordinaria del gobierno de Sevilla del* 8 *de diciembre de* 1809.)

Numero 3 bis.

El rey nuestro Sr. D. Fernando VII, y en su real nombre la junta suprema central gubernativa del reino, considerando que los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente colonias ó factorías como los de otras naciones, sino una parte esencial é integrante de la monarquía española; y deseando estrechar de un modo indisoluble los sagrados vínculos que unen unos y otros dominios, como asimismo corresponder á la heróica lealtad y patriotismo de que acaban de dar tan decisiva prueba á la España, en la coyuntura mas crítica que se ha visto hasta ahora nacion alguna, se ha servido S. M. declarar, teniendo presente la consulta del consejo de Indias de 21 de noviembre último, que los reinos, provincias é islas que forman los referidos dominios, deben tener representacion nacional é inmediata á su real persona, y constituir parte de la junta central gubernativa del reino por medio de sus correspondientes diputados. Para que tenga efecto esta real resolucion han de nombrar los vireinatos de Nueva-España, el Perú, Nuevo reino de Granada, y Buenos-Ayres, y las capitanías generales independientes de la isla de Cuba, Puerto-Rico, Goatemala, Chile, provincias de Venezuela y Filipinas, un individuo cada cual que represente su respectivo distrito. En consecuencia dispondrá V. E. que en las capitales, cabezas de partido del vireinato de su mando (1), inclusas las provincias internas, procedan los ayuntamientos á nombrar tres individuos de notoria probidad, talen-

(1) México.

to é instruccion, exentos de toda nota que pueda menoscabar su opinion pública; haciendo entender V. E. á los mismos ayuntamientos la escrupulosa exactitud con que deben proceder á la eleccion de dichos individuos, y que prescindiendo absolutamente los electores del espíritu de partido que suele dominar en tales casos, solo atiendan al rigoroso mérito de justicia vinculado en las calidades que constituyen un buen ciudadano y un zeloso patricio.

Verificada la eleccion de los tres individuos, procederá el ayuntamiento con la solemnidad de estilo á sortear uno de los tres, segun la costumbre, y el primero que salga se tendrá por elegido. Inmediatamente participará á V. E. el ayuntamiento con testimonio el sugeto que haya salido en suerte, expresando su nombre, apellido, patria, edad, carrera ó profesion y demas circunstancias políticas y morales de que se halle adornado.

Luego que V. E. haya recibido en su poder los testimonios del individuo sorteado en esa capital y demas del vireinato, procederá con el real acuerdo (1) y prévio exámen de dichos testimonios, á elegir tres individuos de la totalidad en quienes concurran cualidades mas recomendables, bien sea que se le conozca personalmente, bien por opinion y voz pública; y en caso de discordia decidirá la pluralidad.

Esta terna se sorteará en el real acuerdo (2) presidido por V. E., y el primero que salga se tendrá por elejido y nombrado diputado de ese reino (3) y vocal de la junta suprema central gubernativa de la monarquía, con expresa residencia en esta corte.

Inmediatamente procederán los ayuntamientos de

(1) Isla de Cuba. Procederá con el real acuerdo, si existiese en la Habana, y en su defecto con el R. obispo, el intendente, un miembro del ayuntamiento y prior del consulado y prévio exámen etc.

(2) O junta.

(3) O Isla. Puerto-Rico. Procederá con el R. obispo, y un miembro del ayuntamiento, y prévio exámen etc. - En otra parte. - Tratará V. S. en la junta y con los ministros de esas reales cajas la cuota etc.

esa y demas capitales á extender los respectivos poderes ó instrucciones, expresando en ellas los ramos y objetos de interés nacional que haya de promover.

En seguida se pondrá en camino con destino á esta corte y para los indispensables gastos de viages, navegaciones, arribadas, subsistencia y decoro con que se ha de sostener, tratará V. E. en junta superior de real hacienda la cuota que se le haya de señalar, bien entendido que su porte, aunque decoroso, ha de ser moderado, y que la asignacion de sueldo no ha de pasar de seis mil pesos fuertes anuales.

Todo lo cual comunico á V. E. de órden de S. M. para su puntual observancia y cumplimiento, advirtiendo que no haya demora en la ejecucion de cuanto va prevenido. Dios guarde á V. E. muchos años. Real palacio del Alcázar de Sevilla 22 de enero de 1809.

Numero 4.º

Señor ministro de la corte de Lóndres: muy señor mio. He dado cuenta á la suprema junta central de la nota que V. S. se ha servido pasarme con fecha de 27 de febrero último, relativa á la guarnicion de la plaza de Cádiz por las tropas inglesas, y asimismo de la carta del general D. Gregorio de la Cuesta que V. S. me incluye original, y tengo el honor de devolver adjunta: y S. M. queda enterado de que no encontrando V. S. por la respuesta del general Cuesta una necesidad imperiosa ó urgente de hacer marchar á su ejército el pequeño cuerpo de tropas británicas que V. S. queria enviarle de refuerzo (obteniendo el permiso de que ese cuerpo dejase una fraccion suya en la plaza de Cádiz), ha escrito V. S. al general Mackecuse, para que los transportes vuelvan á Lisboa, donde su presencia parece necesaria segun los avisos que acaba de recibir. Con este motivo manifiesta V. S. que le ha parecido no sería ni decente ni conveniente

insistir en la admision de beneficio, cuyas consideraciones inseparables eran miradas con una especie de repugnancia. V. S. tendrá presente cuanto sobre este particular he tenido el honor de manifestarle en nuestras conferencias; pero la suprema junta me manda presentar á V. S. algunas observaciones que cree de importancia. Empezaré por repetir á V. S. que la suprema junta está muy léjos de concebir la menor sospecha contra los deseos que V. S. ha manifestado de que quedasen en la plaza de Cádiz algunas tropas británicas. La lealtad del gobierno inglés, la generosidad con que ha acudido á nuestro socorro, y la franqueza que ha usado con el gobierno español hacen imposible toda sospecha. Pero la suprema junta debe respetar la opinion pública nacional; y asi se ha propuesto observar una conducta mesurada y prudente que la ponga á cubierto de toda censura. Si el estado presente de nuestros negocios militares fuese tan apurado que hiciese temer alguna próxima amenaza contra Cádiz; si nuestras propias fuerzas fuesen incapaces de defender aquel punto; si faltasen otros sumamente importantes donde puede ser combatido el enemigo con el mejor suceso, la suprema junta no tendria el temor de chocar con la opinion pública, admitiendo tropas extrangeras en aquella plaza; porque la opinion pública no podría menos de formarse sobre este estado supuesto de cosas. Mas V. S. sabe que nada de esto sucede; que nuestros ejércitos se mantienen en puntos muy distantes de Cádiz; que aquella plaza está por ahora exenta de toda sorpresa; que aun cuando las cosas sucediesen tan mal, como no podemos esperar, le quedarían al enemigo mucho terreno y muchos obstáculos que vencer antes de amenazar á Cádiz, que en ningun caso podia faltar tiempo para replegarse sobre una plaza fácil de defender, y que no puede mirarse sino como un último punto de retirada; y por último, que esos puntos extremos

no deben defenderse en ellos mismos, á menos de un caso apurado, y sí en otros mas adelantados. Asi es que el ejército de Extremadura defiende por aquella parte la entrada de los enemigos, como la defiende por Sierramorena el ejército de la Carolina y del centro combinados. En esos puntos es necesario convenir que está la defensa de las Andalucías; y por eso S. M. hace todo lo posible para reforzarlos. Allí está el enemigo que de algun tiempo á esta parte no ha podido hacer el menor progreso; y alli, si conseguimos reunir fuerzas superiores, se puede dar un golpe decisivo al enemigo al paso que no será nunca tal contra nosotros el que él pudiera darnos. Por otra parte ve V. S. que la Cataluña se defiende valerosamente sin dejar al enemigo adelantar un paso; y que Zaragoza, que debe mirarse como un antemural, resiste heróicamente á los repetidos ataques y hace pagar bien caro al enemigo su obstinada porfia. Es pues evidente que los poderosos auxilios de la Gran Bretaña serían infinitamente útiles en el ejército de Extremadura, en el de la Carolina, y en Cataluña, donde podría servir directa ó indirectamente á la defensa de Zaragoza. Esta es la opinion de la suprema junta, de la nacion entera, y esta será sin duda la de quien contemple con imparcialidad el verdadero estado de las cosas. La suprema junta espera que V. S. reflexionando detenidamente sobre esta franca exposicion, entrará en sus ideas, y se lisonjea de que ellas merecerán el aprecio del gobierno de S. M. B., ya por el valor que ellas tienen, y ya por la deferencia que el mismo gobierno ha manifestado hácia la suprema junta; pues al dar el ministro británico parte de su pensamiento sobre la entrada de tropas inglesas en Cádiz al ministro de S. M. en Lóndres, solo se la presentó como una idea que debia comunicarse á la suprema junta para oir su opinion acerca de ella. De aqui nace en gran parte la confianza que tiene S. M. sobre los sentimientos de

S. M. B. en este asunto, luego que le sean presentes estas justas observaciones.

Debe tambien considerarse que desembarcando las tropas auxiliares en los puntos que se han indicado á V. S. en las inmediaciones de Cádiz, y dirijiéndose á reforzar el ejército del general Cuesta donde pueden cubrirse de gloria, siempre encontrarán en Cádiz una segura retirada en caso de desgracia. Pero si un cuerpo desde luego poco numeroso hubiese de dejar en Cádiz parte de su fuerza para asegurar en tanta distancia la retirada, V. S. convendrá que semejante socorro inspiraria á la nacion poca confianza, sobre todo despues de los sucesos de la Galicia. V. S. cree que todos los transportes deben volver á Lisboa, donde juzga necesaria su presencia, y ha comunicado en su consecuencia las órdenes al efecto. De esa medida pudiera decirse lo que de la que acabo de exponer; á saber: que la suprema junta tiene la firme opinion de que el Portugal no puede defenderse en Lisboa, y de que el mayor número de tropas debería emplearse en las líneas mas adelantadas donde se halla el enemigo, y donde puede ser derrotado de un modo que sea decisivo en sus consecuencias. Por todas estas razones está persuadida la suprema junta de que si el gobierno británico resolviese que sus tropas no obren unidas con las nuestras sino con la condicion indicada, jamás podrá imputársela esa no cooperacion. No puede ocultarse á la discreta ilustracion de V. S. que la suprema junta debe obrar en todas ocasiones, y mucho mas en las presentes circunstancias, de tal modo, que si por hipótesi fuere necesario manifestar á la nacion y á la Europa entera las razones de su conducta en todos, ó en algunos de los grandes negocios que ocupan la atencion de S. M., pueda hacerlo con aquella seguridad y aquellos fundamentos que la concilien la opinion general, que es el primero y principal elemento de su fuerza.

S. M. espera que tomadas por V. S. en séria consideracion estas observaciones, serán presentadas por V. S. al gobierno de S. M. B. como los sentimientos francos de un aliado fiel y reconocido, que cuenta en tan honrosa lucha con el auxilio eficaz de las tropas inglesas. Tengo con este motivo el honor &c. = Dios &c. = Sevilla 1.° de marzo de 1809. = B. L. M. de V. S. &c. = Martin de Garay.

Numero 5.°

Véase la gaceta extraordinaria del gobierno de Sevilla de 24 *de abril de* 1809 *y el suplemento á la misma del* 8 *de mayo del mismo.*

Numero 6.°

Esta correspondencia se insertó íntegra en el suplemento á la gaceta del gobierno de Sevilla de 12 *de mayo de* 1809. *Todas las contestaciones honran á sus autores, como tambien otra que dió mas adelante y sobre el mismo asunto al general Sebastiani Don Francisco Abadía. Esta se insertó en la gaceta del gobierno de Sevilla de* 29 *de mayo de* 1809.

Numero 7.°

	Reales.
Las rentas ordinarias de la provincia de Asturias produjeron entonces al año lo mismo que antes.	8.000,000.
Los donativos.	4.000,000.
Un préstamo.	3.500,000.
Asi el total que entró en arcas desde mayo de 1808 hasta mayo de 1809 de rentas y recursos de la provincia, fue de unos.	15.500,000.

Deben agregarse á estos quince millones quinientos

mil rs. vn. veinte millones de reales que vinieron de Inglaterra; mas de los últimos habiéndose enviado dos á la central, quedan reducidos á diez y ocho, ascendiendo por consiguiente el total á 35.500,000 reales vn. Durante este tiempo mantuvo la provincia constantemente de 18 á 20,000 hombres sobre las armas; á los que al principio dió hasta una peseta diaria. Véase si con este gasto y lo que costaba el pago de las autoridades civiles habia lugar á dilapidaciones. Ademas el marqués de Vista-Alegre, que estaba al frente de la hacienda del principado, era hombre de gran severidad en la materia é incapaz de entrar en ningun manejo deshonroso y feo.

Numero 8.°

D. Argenton se escapó por la noche luego que los franceses salieron de Oporto. Pasó á Inglaterra y de allí parece ser que yendo á Francia para sacar á su muger y á sus hijos fue cogido y arcabuceado.

Numero 9.°

Sabe V. M. que hace mas de cinco meses que no he recibido órdenes ni noticias, ni socorros: por consiguiente carezco de muchas cosas, é ignoro las disposiciones generales. El general de brigada Vialenes se hallaba muy cansado, y me dijo en Lugo que estaba malo. Conocí que su dolencia no era tan grave como decia; pero viendo su temor le mandé que se retirase hácia el lado del mayor general de V. M. á recibir sus órdenes. Tambien hubiera querido dar igual destino á los generales Lahoussaye y Mermet que no siempre han hecho lo que pudieran hacer para ventaja nuestra; pero dejé de tomar esta determinacion hasta llegar á Zamora, para no dar mas crédito á las voces de las cabalas ó conspiraciones que se esparcie-

ron..... Sacado de la gaceta del gobierno de 28 de julio de 1809. (Pliego interceptado del mariscal Soult á José, fecho en la Puebla de Sanabria á 25 de junio de 1809.)

Numero 10.

He aqui algunos pormenores de tan singular hecho. Era en el Otoño de 1805 y daba Mr. Pitt una comida en el campo, á la que asistian los lores Liverpool (entonces Hawkesbury) Castelreagh, Bashurst y otros, como tambien el duque de Wellington (entonces Sir arturo Wellesley) que acababa de llegar de la India. Durante la comida recibió Pitt un pliego, cuya lectura le dejó pensativo. A los postres yéndose los criados, segun la costumbre de Inglaterra ó como ellos dicen *the cloth being removed and the servants out,* dijo Pitt "Malísimas noticias; Mack se ha rendido en »Ulma con 40,000 hombres, y Bonaparte sigue á Vie»na sin obstáculo." Etonces fue cuando exclamaron sus amigos, y él replicó lo que insertamos en el texto. Como su respuesta era tan extraordinaria, muchos de los concurrentes, aunque callaron por el respeto que le tenian, atribuyéronla sobre todo en lo que dijo de España á desvario causado por el mal que le oprimia, y de que falleció tres meses despues. Pitt percibiendo en los semblantes el efecto que habian producido sus primeras palabras, añadió las siguientes bien memorables. "Sí, señores, la España será el primer »pueblo en donde se encenderá esta guerra patriótica »que solo puede libertar á Europa. Mis noticias sobre »aquel pais, y las tengo por muy exactas, son de que » si la nobleza y el clero han degenerado con el mal »gobierno y estan á los pies del favorito, el pueblo »conserva toda su pureza primitiva, y su odio contra »Francia tan grande como siempre, y cási igual á su »amor á sus soberanos. Bonaparte cree y debe creer »la existencia de estos incompatible con la suya, tra-

»tará de quitarlos, y entonces es cuando yo le aguar-
»do con la guerra que tanto deseo."

Hemos oido esto en Inglaterra á varios de los que estaban alli presentes: muchas veces ha oido lo mismo al duque de Wellington el general Don Miguel de Álava, y dicho duque refirió el suceso en una comida diplomática que dió en Paris el duque de Richelieu en 1816, y á la que se hallaban presentes los embajadores y ministros de toda Europa.

FIN DEL TOMO II.

ERRATAS

DE LOS TOMOS 1.º Y 2.º

TOMO 1.º	DICE.	LEASE.
Pág. 20, lín. 4,	uno y otro,	uno y otra.
Pág. 51, lín. 1,	exprimir,	expresar.
Pág. 73, epígrafe,	16 de abril,	16 de marzo.
Pág. 241, lín. 24,	triunfo,	Triunfo.
Pág. 344, lín. 7,	siguisen,	siguiesen.
Pág. 401, lín. 25,	dospojados,	despojados.
APENDICES.		
Pág. 100, lín. 24,	cuam,	quam.
Pág. 112, lín. 34,	nullaae,	nullae.
TOMO 2.º		
Pág. 304, lín. 24,	esta,	estas.
Pág. 307, lín. 5,	propia,	propias.
Pág. 332, lín. 19,	Marte,	Martí.
Pág. 356, lín. 9,	embocadura,	desembocadura.
Pág. 360, lín. 5,	Calzada,	calzada.
Pág. 363, lín. 3,	tanto,	tanta.
Pág. 394, lín. 13,	Zuaim,	Znaim.
APENDICES.		
Pág. 1, lín. 7,	summunque,	summumque.
Pág. 19, lín. 24,	cuam,	quam.
Pág. 23, lín. 11,	aperations,	operations.

